

*Textos Instituto
de Historia*

SEMINARIO

SIMON COLLIER

2008

RAFAEL PEDEMONTE LAVIS
CAMILO ALARCÓN BUSTOS
GABRIEL CID RODRÍGUEZ
VERÓNICA LUCO ILLANES
RODRIGO MAYORGA CAMUS
PATRICIA PALMA MATURANA



INSTITUTO DE HISTORIA
PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DE CHILE

SEMINARIO SIMON COLLIER 2008

Seminario
SIMON COLLIER

2008

RAFAEL PEDEMONTTE LAVIS
CAMILO ALARCÓN BUSTOS
GABRIEL CID RODRÍGUEZ
VERÓNICA LUCO ILLANES
RODRIGO MAYORGA CAMUS
PATRICIA PALMA MATURANA



INSTITUTO DE HISTORIA
PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATÓLICA DE CHILE

El Jurado que decidió el Concurso Seminario Simon Collier 2008 estuvo integrado por los académicos y académicas del Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Patricio Bernedo (Director del Instituto de Historia), Ximena Illanes, Fernando Purcell, Ana María Stiven y Matías Tagle, y por Marcelo Casals, estudiante del programa de Magíster del Instituto de Historia.

La revisión de este texto estuvo a cargo de Ana María Cruz Valdivieso.

Esta publicación contó con el apoyo de la familia del historiador Simon Collier.

SEMINARIO SIMÓN COLLIER

2008

Primera edición: diciembre de 2009

© Instituto de Historia,
Pontificia Universidad Católica de Chile, 2009

DISEÑO, DIAGRAMACIÓN E IMPRESIÓN

RIL® editores

Alfárez Real 1464

750-0960 Providencia

Santiago de Chile

Tel. (56-2) 2238100 • Fax 2254269

ril@rileditores.com • www.rileditores.com

Impreso en Chile • *Printed in Chile*

ISBN Obra completa «Texto Instituto de Historia» 978-956-299-336-4

ISBN Volumen 5 «Seminario Simón Collier» 978-956-14-1101-2

Derechos reservados.



Simon Collier (1938-2003)

ÍNDICE

Presentación	11
Chile y la «guerra por las ideas»: intercambios y vínculos culturales con la Unión Soviética (1964-1973) <i>Rafael Pedemonte</i>	13
La emigración patriota al Río de la Plata durante la Reconquista de Chile (1814-1817) <i>Camilo Alarcón Bustos</i>	51
Miradas ambiguas: visiones latinoamericanas de Tierra Santa en el siglo XIX <i>Gabriel Cid</i>	97
Vida cotidiana y juventud en tiempos de Hitler. Propuestas y respuestas, negociación y simbiosis <i>Verónica Luco</i>	129
Ser joven católico en Chile. Educación católica y formación de élites en el Chile del Centenario <i>Rodrigo Mayorga</i>	169
Seduciones de Oriente. Representaciones y cultura material asiática en Chile. Santiago y Concepción a fines del siglo XVIII <i>Patricia Palma</i>	221

PRESENTACIÓN

EL SEMINARIO SIMON COLLIER 2008, reúne seis monografías preparadas por sus autores y autoras durante el año 2007, en los distintos seminarios de investigación que se dictan en el Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Con esta publicación continúa una tarea iniciada el 2004 que, homenajeando al gran historiador que fue Simon Collier, busca a través de un reconocimiento que lleva su nombre, estimular y premiar a los jóvenes que se inician en la investigación histórica.

Como en anteriores versiones del Seminario Simon Collier, esta también reúne una variada gama de temas, metodologías y planteamientos historiográficos, dando cuenta así de la heterogeneidad existente al interior de los seminarios de investigación del Instituto de Historia.

En esta versión 2008, el volumen también se inicia con el trabajo que recibió la máxima distinción de la versión del Seminario de este año, que corresponde a la monografía de Rafael Pedemonte Lavis. Lo siguen, por orden alfabético, los otros tres trabajos seleccionados por el jurado.

Con este nuevo volumen del Seminario Simon Collier, el Instituto de Historia de la Pontificia Universidad Católica de Chile continúa con su labor de formación y reconocimiento hacia los jóvenes historiadores. A los lectores queda el trabajo de apreciar los resultados de esta actividad académica.

CHILE Y LA «GUERRA POR LAS IDEAS»: INTERCAMBIOS Y VÍNCULOS CULTURALES CON LA UNIÓN SOVIÉTICA (1964-1973)¹

Rafael Pedemonte

I. INTRODUCCIÓN

*Entro en la Unión Soviética,
incorruptible, erguido, bien chileno,
con la chaqueta al brazo,
en mangas de camisa, sin corbata,
de cara y pecho al frente
como en mi propia patria.
Aquí no puedo menos que cambiar de pellejo,
respirar por la piel el aire frío,
temblar como un alambre eléctrico;
aquí revivo,
renazco de las cenizas para vivir de nuevo
con tronco, brote, yemas
y alta copa².*

A PARTIR DE LOS ÚLTIMOS AÑOS de la década de 1940, el mundo experimentó un proceso excepcional, marcado por la aceleración de la bipolaridad ideológica global y por la intensificación de las tensiones entre sistemas opuestos, que buscaban demostrar su efectividad expandiéndose por el orbe. En efecto, la Guerra Fría fue un tipo especial de conflicto, caracterizado por la lucha inevitable entre dos concepciones y visiones de mundo incompatibles. Moscú y Washington representaron dos sistemas adversos que luchaban por imponerse y demostrar su aplicabilidad uni-

¹ Este artículo se inserta en el seminario de investigación «La Guerra Fría en América latina» impartido por la profesora Olga Ulianova.

² Juvencio Valle, «Adiós que me voy llorando», en *Enfoque Internacional* 6, Santiago, junio de 1967, 21.

versal. Para ello, y como plantea Odd Arne Westad, cada potencia necesitaba cambiar el mundo y exponer la efectividad de sus ideologías. Con este objetivo fueron conducidos a desarrollar una sólida y amplia política de intervención, siendo el Tercer Mundo un suelo fértil para el desarrollo de sus antagonismos³.

La Guerra Fría se constituyó, por ende, en un conflicto particular, compuesto de tensiones ideológicas irresolubles, pero desprovisto de enfrentamientos militares directos entre los dos polos en disputa. En este sentido, se consolidó una guerra con rasgos únicos, una «guerra entre y por las ideas», es decir, una competencia que pretendía legitimar ante los ojos del planeta sus propios sistemas y convicciones. Si entendemos el proceso bajo esta óptica excepcional, debemos necesariamente ampliar las dimensiones de estudios en torno a este fenómeno e integrar al análisis nuevos elementos. Sostenemos que las relaciones e intercambios culturales conforman una dimensión imprescindible que arroja luces sobre la naturaleza de este tipo especial de conflicto ideológico. Efectivamente las manifestaciones culturales, en muchos casos, fueron instrumentos utilizados por los estrategas de cada potencia para expandir por el mundo ideas y visiones particulares, a la vez que propagaban una imagen atractiva de su propia realidad. La cultura fue una herramienta de propaganda que se insertaba perfectamente en el desarrollo de la «guerra por las ideas».

Tanto Estados Unidos como la Unión Soviética acumularon un vasto arsenal de «armas» culturales, que poseían un evidente contenido ideológico: revistas, libros, exposiciones, concursos, filmes y conferencias, se transformaron de esa forma en elementos privilegiados para el desarrollo de la Guerra Fría⁴. Estos materiales de propaganda encubierta estaban destinados a «conquistar las mentes» y legitimar ante la población de todo el orbe su propio sistema. La intención era vencer a través de la conversión ideológica de los habitantes de otros países, para lo cual la transmisión de ideas (que usó a la cultura como su principal soporte) fue una estrategia privilegiada y masiva.

Si bien la «política cultural» jugó un rol significativo en el conflicto, su papel aún no ha logrado ser desentrañado completamente, a causa de la escasez de estudios satisfactorios en torno al tema. En este trabajo

³ Odd Arne Westad, *The Global Cold War. Third World Interventions and the Making of our Times*, Cambridge, Cambridge University Press, 2006, 1-7.

⁴ Para un análisis de la «Guerra Fría cultural» desde la perspectiva de los actores norteamericanos, véase Frances Stonor Saunders, *La CIA y la guerra fría cultural*, Madrid, Editorial Debate, 2001.

pretendemos reposicionar la importancia de las relaciones culturales en el contexto de bipolaridad ideológica que caracterizó a la Guerra Fría y demostrar que estas constituyeron un «arma» protagónica en la lucha global por las ideas. Para ello nos referiremos al amplio intercambio cultural producido entre Chile y la Unión Soviética, entre el año del restablecimiento de las relaciones diplomáticas entre ambos países (1964) y la caída del gobierno socialista de Salvador Allende (1973).

A pesar de la distancia que separaba a Chile de las superpotencias, en su territorio se desarrolló igualmente una dimensión específica del conflicto internacional. La tensión global se vio reflejada, aunque con ciertas particularidades, en este pequeño país del Tercer Mundo. La lucha entre referentes ideológicos, por lo tanto, penetró con intensidad. Como muy bien dice Arturo Fontaine Talavera, «hay que admitir que Chile no era solo un pequeño país aislado y lejano, sino que era uno de los escenarios donde se enfrentaban dos visiones del mundo, donde medían su poder persuasivo las dos grandes potencias de la época»⁵. En este sentido, la «guerra por las ideas», con su inseparable dimensión cultural, adquirió en Chile una dimensión relevante.

II. INTENSIFICACIÓN DE LAS RELACIONES CHILENO-SOVIÉTICAS DURANTE LOS GOBIERNOS DE EDUARDO FREI Y SALVADOR ALLENDE: APUNTES PARA ENTENDER LAS VINCULACIONES CULTURALES ENTRE AMBOS ESTADOS

1. *Evolución de la política soviética hacia América Latina*

Durante los primeros años del desarrollo de la «Guerra Fría», la Unión Soviética se concentró fundamentalmente en potenciar su propio desarrollo interno. Las ambiciones del Gobierno durante el mandato implacable de Stalin estuvieron dirigidas a consolidar la estabilidad nacional para, de esa forma, afianzar una posición privilegiada en el concierto mundial. Stalin «estaba más preocupado en destruir las minorías soviéticas que aspiraban a mayor autonomía, focalizando sus energías en construir un Estado totalitario y no capitalista bajo su propio mando»⁶.

⁵ Arturo Fontaine Talavera, «Estados Unidos y la Unión Soviética en Chile», en *Estudios Públicos* 72, Santiago, primavera de 1998, 5-6.

⁶ Westad, *op. cit.*, 56-57.

Los efectos de la Segunda Guerra Mundial se habían dejado sentir con mucha intensidad en la URSS, por lo que era imperiosamente necesario llevar a cabo un programa de reconstrucción nacional. Durante esos años, la mayor preocupación del Gobierno consistía en rearmarse internamente y mantener la supervivencia de una sociedad devastada por los efectos de la guerra. En este sentido, Moscú no podía aspirar a intervenir con intensidad en el Tercer Mundo y, como consecuencia, las relaciones con Latinoamérica fueron muy escasas.

Por otra parte, el jefe del gobierno soviético no mostraba interés en afianzar las relaciones con los líderes latinoamericanos, es más, todo parece indicar que desconfiaba de ellos. En 1951, Stalin afirmó que «el núcleo agresivo [de las Naciones Unidas] está representado por los diez países miembros de la OTAN y los veinte países latinoamericanos»⁷. La política de la «contención» del avance soviético, formulada por Estados Unidos, intensificó las tensiones entre ambas superpotencias e impuso obstáculos insalvables al desarrollo de las relaciones entre la URSS y el Tercer Mundo. Además, los países de América Latina, víctimas de la paulatina polarización mundial en dos esferas antagónicas, se alinearon con Estados Unidos, lo que quedó demostrado con la suscripción de todos los gobiernos del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca en 1947⁸.

No obstante, con el advenimiento de la administración de Nikita Khrushchev, esta actitud hacia los países tercermundistas varió consistentemente. El nuevo líder soviético desarrolló una renovada política específica de relaciones internacionales con América Latina y una reorientación de sus vinculaciones con el exterior. Esta nueva actitud se enmarcó en un contexto de re-posicionamiento de las relaciones de poder a nivel planetario. La reunión de representantes de 29 países de Asia y África en Bandoeng (Indonesia) en 1955, cuyo resultado fue la reprobación unánime y categórica del colonialismo, y de la crisis del Canal de Suez de 1956, que constituyó una clara derrota de los intereses franco-británicos en la zona de conflicto, marcó el surgimiento del Tercer Mundo como un actor relevante y modificó la estructura de poder en el concierto mundial. A partir de ese momento, las prioridades de la política internacional sovié-

⁷ Citado en Augusto Varas, «América Latina y la Unión Soviética: Relaciones interestatales y vínculos políticos», Trabajo presentado al XIV Congreso Latinoamericano de Sociología y reunión constitutiva del Grupo de Trabajo de CLACSO sobre Relaciones Internacionales de América Latina, San Juan, Puerto Rico, 5-9 octubre, 1981, 9.

⁸ *Ibid.*, 8-9.

tica debían adaptarse a este nuevo escenario internacional, lo que quedó reflejado en el acercamiento creciente y la intensificación de las relaciones entre la Unión Soviética y los estados latinoamericanos⁹.

Según James Theberge, en ese momento Moscú determinó tres objetivos bien definidos en relación a Latinoamérica: reforzar las influencias soviéticas, defender a la Cuba socialista y debilitar la posición de Estados Unidos, que seguía siendo predominante en la región¹⁰. La URSS, por lo tanto, se preparó para realizar un programa sólido de cooperación en el continente, especialmente en torno Cuba. En efecto, el caso cubano se constituyó en un hito fundamental para comprender la intensificación de las relaciones entre América Latina y la URSS, ya que fue una especie de puerta de entrada al resto de los estados americanos y coadyuvó a forjar una política específica hacia la región. El éxito del movimiento guerrillero encabezado por Fidel Castro transformó a Latinoamérica en un escenario donde eran factibles las «revoluciones socialistas», lo que, a juicio de Olga Ulianova, «permitía mantener viva la doctrina [para las autoridades soviéticas] en un momento en que las perspectivas de estas en los países más desarrollados se veían lejanas»¹¹.

Esta renovada vocación universalista de la política soviética, asentada a finales de la década de 1950, demostró que «la ideología soviética ya había alcanzado una etapa en que la competencia por la influencia en el Tercer Mundo fue una parte esencial de la existencia del socialismo»¹². Simultáneamente, la apertura de Khrushchev acercó la realidad soviética a los habitantes de la región e hizo de ella un polo que generaba una atracción creciente. La imagen de la URSS se alteró positivamente al interior de ciertos sectores de las sociedades latinoamericanas y se constituyó en un referente importante para un núcleo significativo de la población. En palabras de Augusto Varas, la URSS cambió «su imagen de centro operativo de una conspiración mundial, por el de un Estado que si bien tiene otras orientaciones y parámetros es un elemento integrante e importante del

⁹ Un excelente análisis de la crisis del Canal de Suez y sus consecuencias en el desarrollo de nuevas relaciones de poder a nivel global es la obra de Marc Ferro, *Suez. Naissance d'un Tiers monde*, Bruselas, Complexe, 1982.

¹⁰ James Theberge, *Presencia soviética en América Latina*, Santiago, Editorial Gabriela Mistral, 1974, 14.

¹¹ Olga Ulianova, «La Unidad Popular y el Golpe Militar en Chile: Percepciones y análisis soviéticos», en *Estudios Públicos* 79, invierno de 2000, 86.

¹² Westad, *op. cit.*, 72.

sistema internacional y, en consecuencia, se puede y debe tener relaciones con él»¹³.

La ascensión de Leonid Brezhnev al cargo de Secretario General del Partido Comunista de la URSS en 1964 y de Alexei Kosiguin a la presidencia del Consejo de Ministros ese mismo año favorecieron la continuidad de las políticas de acercamiento con los diferentes países de América Latina, siendo Chile uno de los más beneficiados con esta nueva mirada hacia el continente, debido fundamentalmente a la importancia y amplio apoyo interno que gozaba el Partido Comunista local¹⁴. Esta actitud abierta hacia los países de nuestro continente pudo apreciarse en el XXIII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética en 1966, en el cual el propio Leonid Brezhnev argumentaba que «nuestro partido y el Estado soviético están decididos, también en lo sucesivo, a: [...] reforzar los lazos fraternales del PCUS con los partidos comunistas y las organizaciones democrático-revolucionarias de los países de Asia, África y América Latina»¹⁵.

Sin embargo, las características de las vinculaciones con América Latina se vieron alteradas en algunos aspectos. La crisis de los misiles en Cuba, que mantuvo a todo el orbe al borde de una confrontación nuclear sin precedentes, fue una potente advertencia de la fragilidad del equilibrio mundial. Esta experiencia no podía volver a repetirse y, por ende, la intervención explícita al interior de los estados latinoamericanos debía moderarse. La política exterior de Brezhnev fue más cautelosa y estuvo destinada a extender sus influencias por el continente, pero sin arriesgar una confrontación militar que desestabilizara el sistema mundial¹⁶. De ahí que las autoridades soviéticas insistieran frecuentemente en la necesidad de mantener una política de «coexistencia pacífica». Esto no significaba la anulación de la bipolaridad ideológica, sino la moderación intervencionista y el esfuerzo por evitar un conflicto militar. Al mismo tiempo otras po-

¹³ Varas, *op. cit.*, 12-13.

¹⁴ Según los datos que nos otorga Cole Blasier, hacia 1973 militaban 120.000 chilenos en un Partido Comunista pro soviético, cifra que sólo comparte con Cuba. Mucho más atrás se encuentra Argentina con 70.000 militantes, mientras que Perú tiene tan sólo 2.000. Cole Blasier, *The Giant's Rival. The USSR and Latin America*, Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1987, 83.

¹⁵ Leonid Brezhnev, «Informe del Comité Central del PCUS al XXIII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética», en *El XXIII Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética*, Moscú, Editorial de la Agencia de Prensa Novosti, 1966, 42.

¹⁶ Theberge, *op. cit.*, 14.

líticas hacia el Tercer Mundo fueron favorecidas y empleadas con mayor constancia por Moscú, como la propaganda y la diplomacia.

Desde esta línea cautelosa, Brezhnev siguió prestando apoyo a los países con proyectos «antiimperialistas», dentro de los cuales Chile se enmarcaba perfectamente, tanto durante el gobierno de Frei como durante el de Allende. En este contexto se produce el restablecimiento de las vinculaciones diplomáticas entre Chile y la URSS.

2. Estrechamiento de las relaciones entre Chile y la URSS

El 24 de noviembre de 1964, el gobierno demócratacristiano de Eduardo Frei Montalva oficializó el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética. Este acto reflejó la existencia de un interés por parte de la nueva administración chilena por acentuar las relaciones con la potencia socialista e inició un camino caracterizado por un mayor entendimiento entre ambos países y una intensificación de las relaciones chileno-soviéticas. El afán por incentivar un acercamiento con la URSS y la mirada renovada que desarrolló el oficialismo hacia este país quedaron claramente reflejados en un elogioso discurso del titular de RR.EE. del gobierno de Chile, Gabriel Valdés:

El Gobierno de Chile considera que sus relaciones normales con la URSS contribuirán a afianzar la paz y la cooperación pacífica de todos los pueblos [...] Estamos seguros que ellas serán fructíferas y, más allá de la forma diferente de los regímenes políticos, habrá una cooperación entre nuestro pueblo [...] y el gran pueblo ruso, cuyos sufrimientos en la guerra, cuya bondad y cuyo amor por la paz son una parte del gran patrimonio de la humanidad entera¹⁷.

La apertura hacia los países socialistas de Europa del Este se hizo evidente en los primeros años del gobierno de Frei. De esta forma, durante 1965 se reanudaron las relaciones diplomáticas con la República Popular de Polonia, la República Socialista de Checoslovaquia, la República Popular de Hungría, la República Popular de Bulgaria y la República Socialista de Rumania¹⁸. Desde ese momento se acrecentaron fuertemente los víncu-

¹⁷ *Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores correspondiente al año 1964*, Santiago, El Ministerio, 1964, 44.

¹⁸ *Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores correspondiente al año 1965*, Santiago, El Ministerio, 1965, 163.

los con las naciones socialistas, demostrando que la nueva administración estaba interesada en efectuar un esfuerzo por regularizar e incrementar las relaciones con los países mencionados y por diversificar las vinculaciones internacionales en general. Estas nuevas condiciones diplomáticas conllevaron al establecimiento de distintos acuerdos de cooperación con la URSS. El año 1967 la Unión Soviética otorgó al gobierno chileno un crédito por la inédita suma de 40 millones de dólares para fines generales y otro de 15 millones para el abastecimiento de maquinarias soviéticas¹⁹.

Por otra parte, se acentuó igualmente el interés político por lograr una mayor familiarización con la realidad de la URSS. El restablecimiento de las relaciones diplomáticas favoreció e incentivó la presencia de parlamentarios en el territorio del estado soviético. En este contexto las autoridades locales lograron un acercamiento con una realidad que tradicionalmente había permanecido, a los ojos de los chilenos, bajo un misterioso manto. Es así como el 18 de octubre de 1965, invitada por el Soviet Supremo, una amplia delegación oficial de congresistas chilenos aterrizó en Moscú. Esta comitiva estaba encabezada por el demócratacristiano Eugenio Ballesteros, presidente de la Cámara de Diputados, e integrada por una decena de otros políticos, entre los que se encontraban los senadores Aniceto Rodríguez y Volodia Teitelboim²⁰. En este caso las misiones estatales se confunden con las motivaciones no-estatales. Políticos como Teitelboim mantenían una antigua amistad con la potencia del este, por lo que su presencia en la delegación oficial se hacía necesaria para potenciar la importancia de la representación chilena. Ambos planos, el estatal y el no-estatal, se refuerzan y complementan para cerciorar el éxito de las misiones diplomáticas, reflejando la dualidad del desarrollo de la política exterior local en relación a la Unión Soviética.

La intensificación de los vínculos entre Chile y la URSS también fue favorecida por la positiva imagen que las autoridades soviéticas tenían respecto al gobierno demócratacristiano. Siguiendo a Fermandois, «todo parece indicar que la Unión Soviética miraba a la administración Frei con buenos ojos»²¹. La veloz aceleración de los intercambios culturales y la constitución de convenios recíprocos y préstamos económicos avalan esta

¹⁹ Joaquín Fermandois, *Chile y el mundo 1970-1973. La política exterior del Gobierno de la Unidad Popular y el Sistema Internacional*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1985, 354.

²⁰ *Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores correspondiente al año 1965, op. cit.*, 167.

²¹ Fermandois, *op. cit.*, 354.

opinión. Simultáneamente, la realidad de la URSS fue transformándose en un referente permanente de un sector importante de la población chilena. Quienes estaban ligados al Partido Comunista miraban desde hace muchos años al país de Lenin como un ideal político. Sin embargo, en esta época aumentaron los chilenos que concebían a la URSS como un modelo a seguir, sobrepasando los límites de las filas partidistas. Esta situación coadyuvó igualmente al incentivo de un mayor acercamiento con la Unión Soviética, generando un esfuerzo no oficial por familiarizar a los habitantes del país con la realidad de la principal potencia socialista. Por ende, no solo las instancias gubernamentales facilitaron la intensificación de los vínculos entre ambos estados, sino que actores no-estatales también efectuaron un intento permanente por acercar la realidad soviética al pueblo chileno.

El 4 de septiembre de 1970 las fuerzas políticas de izquierda de tendencia predominantemente marxista, agrupadas en la Unidad Popular, obtuvieron un estrecho triunfo en las elecciones presidenciales. Luego de algunas semanas, el Congreso Nacional ratificó este resultado, con lo cual el socialista Salvador Allende ascendió al cargo de Presidente de la República. Es indudable que esta nueva administración poseía una mayor cercanía ideológica con el sistema soviético. Por otra parte, el país de Europa del Este se transformó en un referente constante del Gobierno, el cual no ocultó su admiración por el sistema político de la URSS, a tal punto que Allende, en un discurso pronunciado durante su visita a la Unión Soviética, se refirió a este país como el «Hermano Mayor», generando una polémica nacional de considerables proporciones²². La potencia socialista se conformó, por lo tanto, en un polo de atracción para las nuevas autoridades políticas chilenas y en un horizonte hacia el cual el país debía orientarse. Siguiendo los planteamientos de Joaquín Fernandois, la mirada del marxismo local hacia la URSS puede calificarse «como la relación y dependencia ideológica de un *horizonte paradigmático*»²³.

3. *La coexistencia pacífica y la intensificación de la «estrategia cultural»*

Sin embargo, y a pesar de la cercanía política y de la afinidad ideológica entre ambas naciones, desde mediados de la década de los 50, la URSS estuvo más preocupada por asentar y profundizar una política de «co-

²² *Ibid.*, 365-366.

²³ *Ibid.*, 49.

existencia pacífica» con Estados Unidos. Bajo esta circunstancia, se hizo indispensable y prioritario mantener una relación estable con la potencia del norte, por lo que el apoyo hacia los países socialistas del mundo, si bien siguió efectuándose, permaneció supeditado a un interés superior: no arriesgar la «détente» entre Moscú y Washington. Esta intención fue explicitada en el «Informe del Comité Central al XXIV Congreso del Partido Comunista», rendido por el secretario general Leonid Brezhnev en 1971:

Partimos de que el mejoramiento de las relaciones entre la URSS y los Estados Unidos es posible. Nuestra línea de principios en relación con los países capitalistas, comprendidos los Estados Unidos, consiste en aplicar consecuentemente y con plenitud los principios de la coexistencia pacífica y en desarrollar relaciones recíprocamente provechosas; con los Estados dispuestos a ello, estamos prestos a colaborar en la palestra del fortalecimiento de la paz, dando un carácter lo más estable posible a nuestras relaciones²⁴.

Este cambio en la política exterior impidió a la URSS prestar un compromiso político sólido y con intervenciones directas al gobierno de la Unidad Popular, ya que esto podría haber erosionado las estables relaciones con EE.UU. El balance de la política mundial de la URSS y el nuevo sistema de relaciones se vio inscrito al interior de un interés global ajustado a las políticas en relación a Washington²⁵. En consecuencia, si bien los dirigentes de la URSS sentían una sincera simpatía por el desarrollo de los sucesos políticos en Chile, especialmente tras el triunfo de Salvador Allende, no estaban en condiciones de otorgar un amplio apoyo político-militante que amenazara la estabilidad internacional alcanzada. En otras palabras, Chile no podía transformarse en una «segunda Cuba». Además, persistieron dudas por parte de las autoridades de la URSS hacia la factibilidad de la «vía chilena».

Pero, si bien la «coexistencia pacífica» disminuyó la confrontación agresiva y hostil entre Moscú y Washington, no debilitó la lucha ideológica ni el afán por esparcir por el mundo las convicciones de cada superpotencia. Es innegable que la intervención de Moscú en Chile debió verse moderada para no sacrificar la estabilidad del sistema internacional; no obstante, simultáneamente se vieron favorecidas otras instancias

²⁴ «Informe del Comité Central al XXIV Congreso del Partido Comunista rendido por el Secretario General Leonid Brezhnev», en *El XXIV Congreso del PCUS*, Santiago, Imprenta Horizonte, 1971, 46-47.

²⁵ Varas, *op. cit.*, 18.

de apoyo y colaboración (siendo la cultura una de las más utilizadas), que permitieran evitar un enfrentamiento directo con EE.UU. Siguiendo a Nigel Gould-Davies, quien analiza la «diplomacia cultural» de la Unión Soviética, «la Guerra Fría fue esencialmente un conflicto de sistemas de creencias, en ausencia de hostilidades militares directas, la transmisión de ideas y valores fue el método clave del conflicto. La ‘baja política’ de las relaciones culturales fue, de hecho, alta política»²⁶.

En definitiva, la «guerra por las ideas» siguió su curso, aunque desafiada de intervenciones militares y procurando mantener un equilibrio internacional que no hiciera derrumbar una paz frágilmente sostenida. Para ello la cultura se constituyó en un instrumento fundamental, ya que mediante estas expresiones las potencias intentaron difundir por el mundo una «imagen país» atractiva, acompañada de una «imagen ideológica» convincente. La «coexistencia pacífica» no implicó una interrupción del desarrollo de la bipolaridad ideológica, sosteniéndose con fuerza una confrontación por las ideas, en la cual la cultura jugó un rol esencial como medio de transmisión masivo de valores y convicciones específicas. Bajo esta lógica, los lazos culturales entre Chile y la URSS, durante los gobiernos de Frei y Allende, adquirieron una dimensión relevante.

Sin embargo, sería erróneo considerar que en este juego de influencias y de «lucha por las mentes», los países receptores fueron meras «marionetas» pasivas y sin reacción ante los influjos de las potencias, por el contrario, cada país poseyó una lógica propia en la que se desarrolló una pequeña «Guerra Fría interna». En este sentido, las manifestaciones culturales impregnadas de valores ideológicos no fueron interiorizadas pasivamente, sino que fueron reapropiadas e incluso, reinstrumentalizadas por los propios actores locales. Como plantea Peter Burke, es necesario evitar una visión fragmentaria de la cultura, «incapaz de explicar la forma en que todos creamos nuestras mezclas, sincretismos o síntesis individuales o grupales»²⁷. Esta precisión puede y debe aplicarse para el caso chileno.

Numerosos artistas e intelectuales locales de aquella época militaban activamente en partidos de izquierda o sentían una sincera afición por esta sensibilidad, lo que estrechó aún más los lazos entre política contingente y expresiones culturales. Pablo Neruda, Alejandro Lipschütz, Juvencio Valle, Nicomedes Guzmán, Francisco Coloane, Gustavo Becerra y Pedro de la

²⁶ Nigel Gould-Davies, «The Logic of Soviet Cultural Diplomacy», en *Diplomatic History* 27, Oxford, abril 2003, 212.

²⁷ Peter Burke, *Formas de historia cultural*, Madrid, Editorial Alianza, 2000, 264.

Barra eran solo algunos de los destacados artistas que figuraban en la lista del Partido Comunista²⁸. Muchos de ellos actuaron como activos intermediarios entre Chile y la URSS, favoreciendo la penetración cultural recíproca.

La Unión Soviética de Brezhnev fomentó la actividad cultural, pero la concibió como un medio para consolidar el sistema comunista. La creación artística debía expresar una fidelidad con el régimen imperante y demostrar que avanzaba hacia un mismo camino con los ideales políticos. Las autoridades fueron explícitas en catalogar a los autores críticos del sistema soviético como «seudo-artistas que, en vez de ayudar al pueblo, se especializan en denigrar nuestro régimen y calumniar a nuestro pueblo heroico»²⁹. Los dirigentes plasmaron en documentos oficiales qué debía entenderse por cultura y cuál era su función primordial al interior de la sociedad, así como tampoco ocultaron su interés por la conformación de una «cultura única»:

Tiene gran importancia el que nuestra época y los problemas de edificación del comunismo en nuestro país constituyan hoy el contenido primordial de las obras de la literatura y la cinematografía, del teatro y de la pintura, de la música y la escultura soviética. [...] Las culturas [...] de los pueblos unidos en la fraterna familia de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas forman, a la vez, una cultura única por su contenido socialista, impregnado del énfasis de la edificación del comunismo, del desvelo por el bien y la prosperidad de nuestra gran Patria multinacional³⁰.

Por lo tanto, las manifestaciones artísticas oficiales, destinadas a penetrar más allá de las fronteras soviéticas, poseían un contenido que se ajustaba a las características que las autoridades estimaban apropiadas, evidenciando que la política de propagación cultural de la URSS permaneció íntimamente ligada a las convicciones ideológicas. Las distintas formas de cooperación que Moscú perpetró en nuestro país no pueden dimensionarse correctamente si no consideramos el tinte político que indisolublemente iba acompañado a esta colaboración.

A primera vista puede parecer un tanto ambicioso abarcar los gobiernos de Eduardo Frei y Salvador Allende en un mismo trabajo monográfico. Sin embargo, si bien puede percibirse una intensificación de la ayuda soviética durante los años 1970-1973, creemos que existen numerosos elementos de continuidad entre ambas administraciones, especialmente en lo concerniente a la colaboración cultural. Recordemos, por una parte,

²⁸ Luis Corvalán, *De lo vivido y lo peleado*, Santiago, Lom Ediciones, 1997, 89.

²⁹ Brezhnev, *op. cit.*, 125.

³⁰ *Ibid.*, 123-124.

que la URSS poseía una positiva imagen del gobierno demócratacristiano y, por otro lado, que durante ya varios años existían agentes locales interesados en acrecentar los lazos con la esfera socialista europea. Además, y como veremos más adelante, gran parte de las instituciones encargadas de fomentar el contacto entre ambos países fueron creadas durante los años de la administración Frei o, incluso, con antelación, por lo que ciertas redes de intercambio ya estaban firmemente asentadas.

En este sentido, el arribo al poder de la Unidad Popular contribuyó a acrecentar los contactos con la URSS, pero no fue el evento determinante que alteró completamente la dinámica de las relaciones. De ahí que concibamos indispensable iniciar esta investigación en 1964, ya que el hito decisivo que alteró e impulsó los contactos entre ambas naciones no fue el triunfo en Chile de un gobierno socialista como el de Salvador Allende, sino el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética.

III. DIMENSIONES DE LAS RELACIONES CULTURALES ENTRE CHILE Y LA UNIÓN SOVIÉTICA

1. *Chilenos en la URSS y soviéticos en Chile: un amplio intercambio humano*

Una de las principales expresiones de las vinculaciones culturales fueron los permanentes viajes a la URSS realizados por chilenos y viceversa. En efecto, a partir de los primeros años de la administración Frei se acrecentó el número de artistas que tuvieron la posibilidad de exponer sus talentos y conocimientos en Europa del Este. De la misma manera, las instancias que facilitaban estos viajes se ampliaron y consolidaron, haciendo más frecuente la presencia chilena. Durante la década de 1950 existían diversos obstáculos que impedían realizar el anhelo de recorrer el país de Lenin; las relaciones oficiales entre ambos estados eran inexistentes y era muy difícil, aunque no imposible, obtener visas que permitieran la estadía en territorio soviético.

Pero esta condición comenzó a alterarse. En 1959, por iniciativa de Raúl Vicherat, se creó una agencia de turismo que se propuso abrir las fronteras con los estados del este. Esta empresa, que se denominaba Vía Mundi, estaba asociada al PC y rápidamente comenzó a organizar viajes de diversos artistas nacionales en suelo soviético, encargándose de la parte logística. En 1961, Margot Loyola realizó su segunda visita a Europa. La

gira fue organizada por Vía Mundi, que programó más de 80 conciertos en cuatro países de la esfera socialista: Bulgaria, Rumania, Polonia y la URSS³¹. En 1962, la agencia envió la primera delegación artística a la URSS, el coro Pablo Vidales³². Simultáneamente programaba la llegada a Chile de conjuntos soviéticos: es así como el *ballet* folclórico Beriozka se presentó por primera vez en Santiago el año 1962, actuando con éxito en el Teatro Municipal y en el Caupolicán³³.

A partir de 1964 estos viajes se intensificaron, debido a las diversas invitaciones que efectuaban algunos organismos de la URSS. Paulatina-mente se fue forjando un interés oficial de parte del gobierno soviético por facilitar estos intercambios, como parte de una estrategia de «diplomacia cultural». A comienzos de 1967, el Ministerio de Educación Superior de la URSS invitó a siete rectores de las más importantes universidades chilenas a recorrer los países socialistas. La estadía contemplaba la visita de Polonia, Checoslovaquia, Hungría y la URSS, durante un prolongado período de dos meses. Finalmente, partieron el tres de mayo los rectores Alfredo Silva Santiago (Universidad Católica de Chile), Ignacio González (Universidad de Concepción), Arturo Zavala (Universidad Católica de Valparaíso), Carlos Ceruti (Universidad Técnica Federico Santa María), Horacio Aravena (Universidad Técnica del Estado), Félix Martínez (Universidad Austral) y Carlos Aldunate (Universidad del Norte)³⁴.

No obstante, sería erróneo considerar que todos estos intercambios se realizaban exclusivamente bajo incentivos oficiales. Las iniciativas individuales y los acuerdos entre instituciones jugaron también un papel relevante en la aceleración de los lazos culturales y en la organización de visitas recíprocas. En enero de 1968, se firmó un convenio por tres años entre la Escuela de Danza de la Universidad de Chile y la Escuela Coreográfica del Teatro Bolshoi. Este plan contemplaba la visita anual de bailarines soviéticos a Chile y viceversa, y el intercambio mutuo de estudiantes de danza. «Culminando todo el plan un coreógrafo soviético vendrá a montar en nuestro país varias obras»³⁵. Con motivo de este acuerdo, la directora de la Escuela de Danza de la Universidad de Chile, Malucha So-

³¹ Margot Loyola, *Por el mundo. Memorias de viaje*, Santiago, Sello Raíces, 1989, 20-21.

³² «Turismo chileno hacia la URSS» [Entrevista a Raúl Vicherat], en *Enfoque Internacional* 17, mayo 1968, 34.

³³ *Idem.*

³⁴ *El Siglo*, Santiago, 27 de abril de 1967, 4.

³⁵ *El Siglo*, 11 de enero de 1968, 9.

lari, permaneció un mes y cinco días en Moscú y Leningrado, observando la enseñanza de la danza en la Escuela Bolshoi³⁶.

Las invitaciones que ofrecía el gobierno de la URSS y las distintas instituciones asociadas cubrían todos los gastos necesarios de sus convidados. Estas giras eran instancias que permitían acercar la realidad soviética a los países del Tercer Mundo, ya que los visitantes, una vez de vuelta en Chile, solían expresar a través de distintos medios sus vivencias en Europa del Este. De ahí la importancia de ofrecer un trato amable y obsequioso a los extranjeros y de infundir una positiva «imagen país».

Los invitados a permanecer en la URSS respondían a este acogedor recibimiento con un acto de «retribución», encarnado fundamentalmente en la manifestación pública de sus impresiones de viaje. En efecto, estando de vuelta en sus países de origen, solían publicar pequeños artículos u ofrecer charlas referidas a su estadía en la URSS. Por lo general, estas exposiciones eran extremadamente elogiosas y con cierto contenido nostálgico, por lo que favorecieron la propagación de una positiva imagen del estado socialista por el mundo. Las invitaciones de la Unión Soviética a artistas y figuras importantes de Chile se constituyeron, por lo tanto, en una efectiva estrategia de divulgación de una atrayente realidad, en un país en el que los conocimientos sobre la URSS eran muy escasos. En junio de 1967, Juvencio Valle, poeta y Premio Nacional de Literatura en 1966, publicó en la revista *Enfoque Internacional* un poema inédito dedicado a su viaje a la potencia socialista, el cual fue titulado, con cierto tono melancólico, «Adiós que me voy llorando»³⁷. El caso de Rolando Alarcón, destacado folclorista chileno, es aún más interesante. Este músico, que permaneció un período en la URSS a finales de la década de 1960, compuso en 1971 un disco llamado «Rolando Alarcón canta a los poetas soviéticos», en el que musicalizaba versos de Eugeni Evtushenko y Bulat Okudzhava. Esta «retribución» de los artistas locales contribuyó a la difusión de una atractiva imagen de la nación de Lenin. Por otra parte, como podemos apreciar en los ejemplos ofrecidos, quienes viajaban eran artistas de primer nivel, verdaderas autoridades intelectuales de Chile, por lo que sus relatos o comentarios podían tener un fuerte poder de convencimiento en los receptores.

³⁶ «Malucha Solari cuenta sus impresiones de la URSS» [Entrevista], en *Enfoque Internacional* 17, mayo de 1968, 10.

³⁷ Valle, *op. cit.*, 20-21.

El año 1967 fue una fecha muy relevante en lo que a intercambios humanos se refiere. En Moscú se festejó la conmemoración de los 50 años de la Revolución Rusa, para lo cual se programaron numerosas celebraciones con la presencia de amplias delegaciones de diferentes países del mundo. Según el embajador de la Unión Soviética en Chile, Alexander Anikin, el año del cincuentenario de la revolución se dirigieron 700 chilenos a la URSS³⁸. Esta cifra no deja de ser sorprendente, sobre todo si consideramos las dificultades inherentes de efectuar, desde un país latinoamericano, un viaje a tan larga distancia. En palabras del gerente de Vía Mundi, Raúl Vicherat, esta es «la más grande cantidad de turistas que haya viajado en esa calidad a país alguno, en toda nuestra historia»³⁹.

La presencia de artistas chilenos durante estos festejos fue muy elevada y superó ampliamente las expectativas iniciales. Entre ellos viajó la pianista Flora Guerra, un grupo de 12 artistas circenses agrupados en el Circo Chileno Cóndor, la orquesta Sonora Palacios, el cineasta Sergio Bravo, el conjunto musical Chile ríe y canta, el Quilipayún, Patricio Manns, Silvia Urbina, Héctor Pavez y el dúo Rey Silva. Sin embargo, no todos los participantes chilenos de las conmemoraciones recibieron invitaciones, de hecho, hubo un importante grupo de interesados que debieron costearse sus propios pasajes, demostrando la existencia de un sincero interés por la Unión Soviética de parte de un sector de la población. El Instituto Chileno-Soviético de Cultura de San Antonio, por ejemplo, se preparó todo un año para poder enviar una delegación de 53 representantes a las celebraciones del cincuentenario⁴⁰, cifra enorme si consideramos las reducidas dimensiones de esta localidad.

Pero, por otra parte, ese mismo año también se efectuaron variadas visitas a nuestro país de un gran número de personalidades soviéticas relacionadas con el mundo de la cultura. Entre los que se encontraban, el destacado documentalista Roman Karmen, acompañado de su colega Rezo Chjeidze y de dos actrices, el ballet Folklórico Beriozka, los músicos Sergei Dorensky, Igor Bezrodny, Nina Berlina, Tatiana Nicoleva y Marina Mdivani, la bailarina Sofia Golovkina, el conjunto de variedades Music Hall de Moscú y el poeta Evgueni Evtushenko.

³⁸ Entrevista a Alexander Anikin, en *El Siglo*, 26 de febrero de 1968, 6.

³⁹ Turismo chileno hacia la URSS», *op. cit.*, 34.

⁴⁰ *Boletín del Instituto Chileno-Soviético de San Antonio* 12, San Antonio, noviembre de 1967, 11.

2. *El Convenio de Cooperación Cultural y Científico (1970): ¿continuidad o ruptura?*

En 1967, el intercambio cultural entre Chile y la Unión Soviética alcanzó niveles inéditos, que no pudieron ser superados en los años siguientes. Más allá de este caso excepcional, en términos generales, las influencias e intercambios artísticos se consolidaron con el paso del tiempo, alcanzando una dimensión considerable. Con la llegada de Salvador Allende al poder, estas siguieron intensificándose y acrecentándose, abarcando múltiples ámbitos. En diciembre de 1970, es decir, durante los primeros meses de la nueva administración socialista, el ministro de Relaciones Exteriores de Chile, Clodomiro Almeyda, y el embajador de la URSS, Nicolai Alexeiev, suscribieron de manera definitiva el Convenio de Cooperación Cultural y Científica entre ambos países. En esta ocasión, Alexeiev expresó que «toda la actividad cultural y científica será ahora mucho más coordinada, aprovechada y sólida, abriéndose una nueva etapa en nuestras buenas relaciones»⁴¹.

El Convenio acordaba la creación de una comisión mixta, compuesta de tres o más representantes de cada estado, la cual debía encargarse de confeccionar cada dos años un programa de intercambio y de determinar las formas de financiamiento de estos vínculos científicos-culturales⁴². Es indudable que a partir de ese momento las relaciones artísticas entre Chile y la Unión Soviética fueron sistematizadas, sin embargo, eso no implicó necesariamente, como dice Alexeiev, una «nueva etapa». Para ser justos, el Convenio logró institucionalizar y formalizar un largo proceso de intercambios, que venía acelerándose desde los primeros meses del gobierno de Eduardo Frei, pero no fue una ruptura con todo lo anterior. Como hemos planteado en el capítulo precedente, en lo que respecta a las relaciones culturales recíprocas entre Chile y la URSS, existen más elementos de continuidad entre ambas administraciones que de ruptura. Por otra parte, si bien este acuerdo fue firmado de manera definitiva en pleno gobierno de la Unidad Popular, las gestiones para su confección se venían realizando desde algunos años atrás. Ya en enero de 1967, Máximo Pacheco, entonces embajador de Chile en Moscú, reconocía que «se encuentra muy

⁴¹ *La Nación*, Santiago, 3 de diciembre de 1970, 3.

⁴² *Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores, correspondiente al año 1970*, Santiago, El Ministerio, 1970, 256.

avanzada la redacción de un Convenio Cultural»⁴³. Durante el gobierno de Allende se culminó, por ende, con un proceso que ya venía desarrollándose desde hacía unos cuantos años.

El establecimiento de este Convenio y la creación de una comisión mixta que definió los programas de intercambio cultural permitieron que, a partir de 1971, las relaciones artísticas entre Chile y la Unión Soviética se volvieran rutina y se organizaran con mayor antelación. De esta forma, comenzaron a viajar delegaciones más numerosas y con objetivos mejor definidos. En 1971, se dirigió a la URSS una representación de cinco escritores chilenos, encabezados por el presidente de la Sociedad de Escritores de Chile Luis Merino Reyes, quien iba acompañado por Francisco Coloane, Diego Muñoz, Eulogio Joel y Poli Délano. Fueron invitados por la Unión de Escritores de la URSS a participar en un foro sobre «Literatura para las Masas y para la Elite» y debieron intervenir en algunas conferencias, junto con literatos de otras nacionalidades⁴⁴.

También se acrecentaron las misiones de colaboración cultural y los intercambios extraoficiales, demostrando que no solo existía solidaridad política entre ambos estados socialistas, sino también un estrecho vínculo en materia artística. A mediados de 1973, respondiendo a una invitación de Chile Films, llegó a Chile una notable delegación de soviéticos ligados a la cinematografía, que estaba compuesta por Yury Oserov, cineasta y realizador del film *Liberación*, la actriz Evi Kivi y tres técnicos, y se proponía colaborar en diversas materias cinematográficas. Posteriormente, las propuestas fueron presentadas al propio presidente Salvador Allende. Desgraciadamente nunca se pudieron constatar los resultados de este proyecto de colaboración conjunta, ya que pocos meses más tarde el gobierno de la Unidad Popular fue derrocado por un Golpe de Estado y los lazos culturales con la Unión Soviética se desintegraron irreparablemente.

3. *Las revistas soviéticas en Chile y las becas de estudio a la URSS: dos importantes manifestaciones de intercambio cultural*

Más allá del envío recíproco de delegaciones artísticas y de los permanentes viajes que efectuaban distintas personalidades del mundo de la cultura, las relaciones entre ambos países poseían igualmente otras mani-

⁴³ «Entrevista a Máximo Pacheco», en *Enfoque Internacional* 1, enero de 1967, 3.

⁴⁴ Luis Merino Reyes, «Chilenos y soviéticos», en *Enfoque Internacional* 55, agosto de 1971, 32-33.

festaciones no menos importantes. Una de ellas era el envío permanente a Latinoamérica de una serie de revistas soviéticas de muy diverso contenido, las cuales eran traducidas al castellano y posteriormente repartidas en los países de habla hispana, lo que favorecía la accesibilidad de las fuentes periodísticas de la URSS en diversas partes del mundo. Gran parte de estas publicaciones eran editadas por la Agencia de Prensa Novosti (APN), una de las principales agencias informativas soviéticas, destinada a propagar hacia el exterior un positivo y engalanado retrato de la realidad en la URSS y que contaba con un elevado presupuesto que le permitía editar y diseminar numerosas publicaciones en el mundo entero. Es así como financiaba la traducción y la posterior impresión de variadas revistas, como parte de una estrategia global de propaganda y promoción de la Unión Soviética⁴⁵.

En Chile se publicaba la revista *Enfoque Internacional*, órgano mensual editado en Moscú por la APN, pero impreso en Santiago. Las relaciones culturales entre ambos países y los intercambios y aportes artísticos recíprocos eran contenidos recurrentes de esta publicación. En sus páginas escribían intelectuales, tanto soviéticos como chilenos, y los artículos seleccionados contenían variada y elogiosa información sobre la URSS. La editorial de *Enfoque* destacaba: «Las noticias que en general se publican sobre el mundo socialista u otros países son a menudo incompletas o deformadas. En estas páginas nos preocupará entregar una visión objetiva y directa sobre esta realidad que indudablemente interesa en cualquier parte»⁴⁶. A decir verdad, la información presentada en los artículos distaba mucho de ser objetiva. Los autores chilenos que solían publicar en *Enfoque*, como Luis Alberto Mansilla, Francisco Coloane y Pablo Neruda, mantenían una postura declaradamente pro-soviética y los escritos de intelectuales soviéticos eran más bien apologías y loas hacia la realidad, política y cotidiana, de la URSS. Por lo tanto, esta revista fue un caso notable de propaganda cultural soviética, que pretendía fortalecer en el Tercer Mundo una positiva «imagen país» y hacer atractivo ante los ojos de los receptores latinoamericanos el sistema socialista que imperaba en la URSS.

⁴⁵ Cole Blasier ofrece una extensa lista de las distintas revistas soviéticas que eran publicadas en español hacia 1982. Estas son: *Novedades de Moscú, El Teatro Soviético, El Siglo XX y la Paz, Comercio Exterior, El Libro y el Arte en la URSS, Cultura y Vida, América Latina, Tiempos Nuevos, Ciencias Sociales, Problemas del Extremo Oriente, La Mujer Soviética, Literatura Soviética, La Unión Soviética, Film Soviético, Revista Militar Soviética, Socialismo: Teoría y Práctica, Deportes en la URSS y Sputnik*. Blasier, *op. cit.*, 215.

⁴⁶ *Enfoque Internacional* 1, enero de 1967, 1.

Existían también otras muchas publicaciones soviéticas accesibles para los chilenos interesados, las cuales podían conseguirse por distintos canales. Ya hacia 1964, el Instituto Chileno-Soviético de Cultura recibía regularmente 10 ejemplares de *Tiempos Nuevos*, 15 de *Unión Soviética*, 15 de *Mujer Soviética*, 10 de *Deportes en la URSS*, 5 de *Cultura y Vida* y 5 de *Literatura Soviética*⁴⁷, estas dos últimas eran de contenido preponderantemente cultural. Otra forma de acceso eran las suscripciones personales y la venta en librerías específicas, aunque las más populares, como *Enfoque Internacional*, se vendían, incluso, en algunos quioscos.

A pesar de la accesibilidad de los órganos informativos soviéticos para la sociedad chilena, compartimos la opinión de Cole Blasier, en el sentido de que este tipo de manifestaciones satisfacía las necesidades e intereses de solo algunos grupos particulares, mientras la mayoría permanecía indiferente⁴⁸. Las revistas lograron fortalecer la opinión de un sector de la sociedad que ya estaba alineado con la esfera socialista, pero no consiguió «convertir» ideológicamente al resto de la población. Inferimos, por ende, que los lectores formaban un sector específico del espectro social chileno, el cual ya poseía una clara definición política. Este grupo, a través de estas publicaciones, satisfacía su interés por familiarizarse e informarse sobre un país que era concebido como un «horizonte paradigmático» y que justamente por eso era necesario conocer con mayor profundidad.

Si bien la propagación por el mundo de estas obras traducidas formaba parte de una estrategia soviética de grandes dimensiones, cuyo objetivo era difundir una atractiva imagen de la URSS y de su sistema político, también surgieron iniciativas individuales que pretendían, sin afán de desarrollar una «diplomacia cultural», estrechar los vínculos entre ambos países. Una de estas fue la revista *Aurora*, órgano bimestral, cuyo redactor jefe era Volodia Teitelboim. Esta poseía un amplio contenido cultural y en sus páginas escribían artículos intelectuales chilenos y soviéticos. A pesar de no ser una publicación destinada exclusivamente a informar sobre la potencia socialista, el contenido que resaltaba primordialmente tenía relación con la URSS. De hecho, el tomo XXIII, que correspondía a 1967, año

⁴⁷ Archivo Estatal de la Federación Rusa (en adelante GARF), F9495, O10, D29, 54-55, 5 de marzo de 1964. (Quisiera agradecer muy especialmente a la profesora Olga Ulianova por haberme facilitado espontáneamente una serie de documentos provenientes de los archivos soviéticos, los que constituyen una fuente primordial de esta investigación. Ninguno de ellos ha sido publicado aún y fueron reunidos en el marco del proyecto FONDECYT 1060055).

⁴⁸ Blasier, *op. cit.*, 15.

del cincuentenario de la Revolución de Octubre, fue dedicado únicamente a homenajear este evento⁴⁹. Todo esto nos demuestra nuevamente que el acercamiento cultural entre ambos países no solo se afianzó por intermedio de voluntades oficiales, sino también por sinceras iniciativas personales, que, de esta forma, reafirmaban su propio compromiso ideológico.

Las becas que otorgaba el gobierno soviético a los estudiantes del Tercer Mundo eran igualmente una relevante manifestación del intercambio cultural, quizás la más importante. En 1960, se creó en Moscú la Universidad de Amistad de los Pueblos Patricio Lumumba, que recibía un elevado número de becados extranjeros en sus planteles. Según Morris Rothenberg y Leon Gouré, los estudiantes latinoamericanos formaban el grupo más grande en la Universidad Patricio Lumumba de Moscú: en 1970 eran 964 de un total de 3.092 alumnos extranjeros⁵⁰. Por lo general, la beca incluía también un curso intensivo de ruso durante un año. Las condiciones del otorgamiento eran bastante beneficiosas para los alumnos provenientes de países tercermundistas, como lo describe el siguiente documento, emitido en 1962 por la Unión de Sociedades Soviéticas de Amistad y Relaciones Culturales con los Países Extranjeros (SSOD):

Las becas son de seis años (para estudiantes de pregrado) y de 4 años, para los estudiantes de postgrado. Los estudiantes reciben 90 rublos mensuales, y los alumnos de postgrados, 100 rublos mensuales [...] A los alumnos de postgrados se paga adicionalmente 80 rublos anuales para adquirir literatura científica. El Gobierno de la URSS paga a los becarios los pasajes de vuelta de la URSS hasta el país de residencia. [...] A cada uno de los alumnos de los países económicamente subdesarrollados se paga un subsidio de una vez por el monto de hasta 300 rublos para adquirir la ropa de invierno necesaria. Si el alumno pasa sus vacaciones en la Unión Soviética, se le paga hasta 150 rublos anuales para adquirir las estadías en sanatorios y casas de descanso. [...] Los alumnos usan biblioteca y laboratorios sin costo, reciben tutorías y dan pruebas gratis, reciben el servicio médico gratuito⁵¹.

Como podemos apreciar, las condiciones eran muy beneficiosas y atractivas, constituyéndose en una excelente oportunidad para los estudiantes interesados. Por otra parte, a través de esta política de ayuda educacional,

⁴⁹ *Aurora* 13, Santiago, 1967.

⁵⁰ Leon Gouré y Morris Rothenberg, *Soviet penetration of Latin America*, Miami, University of Miami, Center for Advanced International Studies, 1975, 165.

⁵¹ GARF, F9576r, O10, D14, 17 de septiembre de 1962.

la Unión Soviética pretendía demostrar al mundo su «voluntad solidaria», mientras difundía la existencia de una educación de buen nivel. El fortalecimiento de la imagen de la URSS se veía con esto nuevamente favorecido.

En Chile, la institución encargada de otorgar las becas de estudio era el Instituto Chileno-Soviético de Cultura, cuyas autoridades escogían un número apreciable de jóvenes que postulaban a los subsidios ofrecidos por la Unión Soviética. Según Enrique Silva Cimma, presidente del Instituto entre 1968 y 1973, el proceso de selección era riguroso y priorizaba a los postulantes de menores recursos, aunque en ocasiones se prestaba para intervenciones y favorecimientos políticos⁵². El propio Pablo Neruda intentó interceder hacia 1963 ante Vladimir Kuzmichev, importante funcionario de la SSOD, a favor de Enrique Astudillo Arce, un sobrino de un viejo amigo suyo⁵³.

Los becados chilenos en la Unión Soviética constituían un amplio contingente. Óscar Caro Campos, un alumno beneficiado con las posibilidades que ofrecía Moscú, expresaba en 1973 lo siguiente: «cerca de 200 jóvenes chilenos se encuentran en la Unión Soviética cursando estudios superiores en distintas ramas de la ciencia, la técnica y el arte. Jóvenes de casi todas las provincias de nuestro país, de Arica a Punta Arenas, se preparan [...] en diversas ciudades de la URSS»⁵⁴. Esta cifra, nada despreciable, fue confirmada por Enrique Silva Cimma⁵⁵. Por otra parte, esta «colonia» estudiantil creó una organización única que agrupaba a los distintos alumnos chilenos establecidos en la URSS: la ANECH, Asociación Nacional de Estudiantes Chilenos. Las actividades que realizaban eran numerosas, pero estaban centradas en la difusión de la realidad nacional, para lo cual hacían conferencias, encuentros con compañeros de otras nacionalidades y extensas giras por el país. También intentaban propagar la cultura de su patria natal. Con esta idea crearon un grupo de música folclórica, que «en varias oportunidades ha realizado giras por diferentes repúblicas de URSS –Georgia, Ucrania, Uzbekistán, Moldavia–. Ha cumplido actuaciones por la televisión y en tres ocasiones ha participado en conciertos en el Palacio de los Congresos del Kremlin»⁵⁶.

⁵² Entrevista de Rafael Pedemonte y Sofía Honeyman a Enrique Silva Cimma, Santiago, 2007.

⁵³ GARE, F9576, O10, D13, 17 de abril de 1963.

⁵⁴ Óscar Caro, «La colonia estudiantil chilena en la URSS», en *Enfoque Internacional* 79, Santiago, agosto 1973, 26.

⁵⁵ Entrevista de Rafael Pedemonte y Sofía Honeyman a Enrique Silva Cimma, Santiago, 2007.

⁵⁶ Caro, *op. cit.* 26.

4. Otras manifestaciones de intercambio cultural recíproco

Volviendo a las influencias artísticas soviéticas en Chile, estas cubrían numerosos campos de la cultura. Uno de ellos era el cine, que se constituyó en una manifestación muy relevante y masiva. En abril de 1967, por ejemplo, se realizó un exitoso festival de cine soviético, que contó con la presencia de destacados directores y actrices de la URSS, entre los que se encontraba el famoso documentalista Roman Karmen. Este evento contemplaba la exhibición de siete películas diferentes en cuatro ciudades del país: Santiago, Valparaíso, Arica y Concepción, y congregó en una semana a 35 mil interesados⁵⁷. El éxito del festival permitió que las exhibiciones posteriormente se trasladaran a Talca y Viña del Mar⁵⁸. Este tipo de certámenes cinematográficos se volvieron a repetir en los años venideros. Incluso, entre el 26 y el 31 de octubre de 1970, se organizó un inédito festival de cine chileno en la URSS, en el que se presentaron los filmes, *Valparaíso, mi amor*, *El Chacal de Nahueltoro* y *Caliche Sangriento*, sumados a una serie de cortometrajes. En esta ocasión estuvieron presentes el compositor Gustavo Becerra y el director Aldo Francia, quienes tuvieron que exponer ante la prensa soviética⁵⁹.

Por otra parte, las instituciones de amistad de la URSS enviaban a Chile un amplio material cinematográfico, consistente en numerosas cintas y proyectores de cine. El Instituto Chileno-Soviético de Cultura y sus filiales regionales recibían estas abundantes donaciones y posteriormente se encargaban de exhibir los filmes seleccionados. Aparentemente, las presentaciones de cintas rusas eran bastante exitosas, transformándose en el medio más efectivo de penetración cultural soviética en Chile. Solo en el mes de mayo de 1969, por poner un ejemplo, asistieron 72 mil personas a las variadas presentaciones de cine soviético⁶⁰. Además, estas cintas poseían un claro contenido ideológico y ensalzaban los logros alcanzados por la potencia socialista. Los títulos revelan, en cierta medida, un contenido teñido de intencionalidades políticas: «La Gran Guerra Patria», «Fascismo Corriente», «Liberación» y «Lenin en Polonia», solo por nombrar algunos. La cinematografía soviética era indudablemente la manifestación artística más accesible para la población nacional, las exhibiciones se producían sistemáticamente y en diversas localidades y el contenido

⁵⁷ *El Siglo*, 18 de abril de 1967, 10.

⁵⁸ *El Siglo*, 28 de abril de 1967, 10.

⁵⁹ *El Siglo*, 22 de octubre de 1970, 10.

⁶⁰ *El Siglo*, 9 de junio de 1969, 10.

era fácilmente asimilable. El cine, por ende, pudo transformarse en un efectivo instrumento de propagación cultural para las autoridades de la URSS, y no debemos olvidar que este instrumento no estaba desteñado de contenidos e intencionalidades ideológicas.

Las exposiciones fueron también un medio relevante y frecuentemente usado para expandir en Chile el conocimiento sobre la Unión Soviética. La APN poseía en sus archivos una enorme cantidad de materiales de todo tipo que enviaba a diferentes naciones del orbe, con el objeto de informar sobre la realidad de la URSS y de favorecer la organización de exhibiciones. La exportación de todos estos objetos formaba parte de una política informativa de gran escala que pretendía propagar por el mundo una imagen particular de la URSS, con una clara connotación positiva. Exposiciones como *La Gran Hazaña*, *Imagen de la URSS* y *Niños de la URSS*, recorrieron Chile, familiarizando, aunque tendenciosamente, a los habitantes locales⁶¹.

Las regiones también recibían un gran número de exposiciones, demostrando que la difusión de la cultura soviética no fue solamente un fenómeno centralista. Con motivo de la conmemoración de un importante evento de la historia de la potencia socialista, en 1973 la ciudad de Coquimbo pudo presenciar una muestra fotográfica sobre la URSS, instalada en la planta baja de la Gobernación. Asistieron 5.000 visitantes, a los cuales se les obsequiaron numerosos libros, folletos y álbumes editados por APN⁶². De la misma manera, la Casa de la Cultura de la Municipalidad de San Fernando desplegó en 1972 una exposición fotográfica y otra de artesanía soviética⁶³.

El envío de materiales y objetos de exposición no debe ser entendido como un fenómeno unilateral, es decir, incentivado exclusivamente por los organismos soviéticos, ya que también se realizaron exposiciones sobre

⁶¹ Para dimensionar el volumen de exposiciones que se presentaban en Chile el siguiente dato resulta muy elocuente y, por sobre todo, sorprendente. Ya hacia 1965, es decir a tan sólo unos meses del restablecimiento de las relaciones diplomáticas, fueron enviadas al país 17 exposiciones fotográficas. Alguno de sus títulos eran, «Lenin», «Una familia obrera», «El pueblo soviético condena con infamia a los imperialistas norteamericanos», «Ejército soviético al servicio del pueblo», «La guerra mundial puede ser prevenida», sólo por nombrar algunos. Queda en evidencia el marcado contenido ideológico que poseían estas manifestaciones culturales. GARE, F 9576R, O10, D 50, 1 de septiembre de 1965.

⁶² «Exposición fotográfica en San Miguel y Coquimbo», en *Enfoque Internacional* 76, mayo de 1973, 37.

⁶³ «Exposición la 'Gran Hazaña' recorre Chile», en *Enfoque Internacional* 66, julio de 1972, 22.

Chile en el país de Lenin. Cuando el embajador chileno Máximo Pacheco presentó su renuncia al cargo diplomático, envió al presidente Frei una misiva que recapitulaba su labor ejercida en la URSS, en la que destacaba que «se realizaron en Moscú y Leningrado exposiciones de libros, pinturas y fotografías chilenas»⁶⁴. Años más tarde, la comisión mixta que fue creada luego de la suscripción del Convenio Cultural y que debía definir el programa de intercambio entre Chile y la URSS, estableció que en 1971 se efectuarían dos exposiciones chilenas en la nación de Europa del Este: una de arte aplicado y otra de pintura infantil⁶⁵. Todo esto contribuyó a hacer de un estado pequeño y desconocido en el exterior, como Chile, una realidad un poco más cercana.

Como hemos visto anteriormente, el intercambio cultural recíproco no solo se explica a través de los incentivos oficiales, por lo que no debemos reducir este proceso únicamente a los intereses ideológicos de las autoridades. Lo que hace posible este contundente intercambio entre Chile y la URSS es una red compleja y vasta de instituciones y organismos, en la que participan muchos individuos de ambas naciones que sienten un sincero interés por incentivar el acercamiento cultural. Es necesario, por lo tanto, adentrarse en este complejo entramado.

IV. LA FORMALIZACIÓN DE LAS VINCULACIONES CULTURALES:

INSTITUTOS Y ORGANISMOS A CARGO

1. *Una sólida red de intercambio cultural*

En julio de 1944, se constituyó en Santiago un organismo que pretendía familiarizar a la población local con la realidad y los logros de la URSS. Se trataba del Instituto Chileno de Relaciones Culturales con la Unión Soviética, fundado por un grupo de intelectuales y políticos de izquierda encabezados por Alejandro Lipschütz, quien ejerció en un comienzo el cargo de presidente del Instituto⁶⁶. El profesor Lipschütz era un destacado

⁶⁴ Archivo Fundación Frei, sin catalogación, «Carta de Máximo Pacheco dirigida a Eduardo Frei Montalva», Moscú, 25 de noviembre de 1967, 2.

⁶⁵ *Memoria del Ministerio de Relaciones Exteriores correspondiente al año 1971*, Santiago, El Ministerio, 1971, 147.

⁶⁶ Antes del Instituto Chileno de Relaciones Culturales con la Unión Soviética, se había fundado en 1936 en Valparaíso la Asociación de Amigos de la URSS. Esta institución propagaba la realidad de la potencia socialista mediante dos

antropólogo y médico nacido en Riga (actual Letonia), en 1883. En la década de 1920, fue contratado por la Universidad de Concepción, por lo que emigró a Chile, iniciando una sobresaliente carrera intelectual en diversos campos de estudio. Una vez en Santiago, obtuvo la nacionalidad chilena en 1941, asentándose definitivamente en el país. Pero, más allá de su trabajo académico, Lipschütz se transformó en una verdadera autoridad intelectual de la izquierda chilena, su sabiduría infundía una gran admiración y su permanencia en Europa del Este durante la Revolución Rusa lo elevó a la categoría de un referente presencial de aquellos eventos, tan ensalzados por los comunistas locales. Constantemente apodado el «sabio», Pablo Neruda incluso llegó a decir que era el hombre más importante de Chile⁶⁷.

El nuevo Instituto de Relaciones Culturales fue creado en un momento en que se realizaba una gran campaña a nivel nacional para presionar al Gobierno a establecer relaciones diplomáticas con la URSS. Sus objetivos eran promover la exposición de obras soviéticas, incentivar el intercambio cultural, procurar un fácil acceso a información y literatura sobre la URSS y fomentar el aprendizaje del idioma ruso⁶⁸.

Este organismo fue creado, por ende, bajo incentivos particulares y por motivación de un grupo de chilenos que sentía una sincera afición por la realidad de la Unión Soviética. En la década de 1960 siguió funcionando con el nombre de Instituto Chileno-Soviético de Cultura. Para esa fecha ya era una organización sólida que realizaba numerosas actividades y que recibía una amplia ayuda material por parte de algunas instituciones de la URSS y se había erigido en el principal intermediario que facilitaba las vinculaciones culturales entre ambos países. Con el tiempo su influencia se expandió considerablemente, transformándose en un activo centro de reunión de individuos interesados en conocer la cultura soviética. También el Instituto se expandió a lo largo del país, ya que a partir de los años

publicaciones, *Actualidad Soviética y Hechos de la URSS*, aunque ambas de corta duración. Posteriormente se trasladó a Santiago, donde sus miembros orientaron sus esfuerzos a organizar charlas, exposiciones y otras actividades. Para más información véase Gabriel Lagos, *Los intelectuales de Izquierda Chilenos y la Unión Soviética (1920-1945)*, Tesis para optar al grado de Licenciatura en Historia, Santiago, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 1990.

⁶⁷ Pablo Neruda, «El hombre más importante de mi país», en Alejandro Lipschutz, *Nueva antología: 1911-1967. Escritos: Antropológicos, Políticos y Filosóficos*, Santiago, Consejo Nacional de la Cultura y las Artes, 2005, 367-369.

⁶⁸ Instituto Chileno de Relaciones Culturales con la Unión Soviética, *Estatutos*, Santiago, Imprenta Universitaria, 1944.

60 se empezaron a conformar diversas filiales regionales que se propagaron por casi todas las provincias de Chile.

Para comprender correctamente esta amplia y enérgica red de intercambios culturales, debemos igualmente adentrarnos en las instituciones creadas en Moscú para este fin. A partir de los últimos años de la década de 1950, el gobierno soviético y actores no-estatales impulsaron fuertemente los vínculos de amistad entre su país y el resto del mundo, creando instituciones encargadas de fomentar el acercamiento con otras naciones. De esta forma, en septiembre de 1957 se creó la Unión de Sociedades Soviéticas de Amistad y Relaciones Culturales con los Países Extranjeros (SSOD), después de lo cual, rápidamente se comenzaron a crear otras sociedades de amistad con intereses más específicos. En enero de 1959, se constituyó la Asociación de Amistad y Colaboración Cultural con los países de América Latina, cuyo presidente fue el destacado compositor soviético Aram Khatchatourian, autor de la mundialmente famosa «Danza del sable». En palabras del músico, las labores efectuadas eran «desempeñadas por miembros representativos, [...] representantes de empresas que suministran mercancía a países de América Latina, tripulaciones de buques mercantes, estudiantes que mantienen correspondencia con muchachos de América Latina»⁶⁹. Las actividades que se realizaban por intermedio de esta asociación fueron variadas e intensas, permitiendo estrechar los lazos culturales entre la URSS y las naciones latinoamericanas:

Tenemos filiales en Ucrania, en Armenia, en Azerbaidzhan y Uzbekistán. [...] El intercambio de libros, partituras musicales, fotografías y exposiciones artísticas contribuye al enriquecimiento recíproco de las culturas nacionales. [...] En total, en estos diez años hemos recibido a más de 180 delegaciones de casi todos los países de América Latina. [...] Se trata concretamente de la organización de emisiones de radio y TV dedicadas a América Latina, de veladas de música y poesía latinoamericana, de la publicación de artículos y conferencias sobre estos países, de entrevistas con las delegaciones⁷⁰.

De la misma manera, este organismo enviaba un amplio caudal de diversos productos a los institutos bilaterales que funcionaban en Chile, permitiendo el abastecimiento de obras literarias, películas, exposiciones fotográficas y otros materiales artísticos. Con el paso del tiempo, las pe-

⁶⁹ «Entrevista a Aram Khatchatourian», en *Enfoque Internacional* 26, febrero 1969, 6.

⁷⁰ *Ibid.*, 6-7.

ticiones se hicieron cada vez más ambiciosas y amplias, demostrando que los vínculos culturales entre instituciones chilenas y soviéticas se acentuaron sistemáticamente y que rápidamente se fue conformando una sólida red de intercambios. A comienzos de 1971, D. Pastujov, representante de la SSOD en Chile, solicitaba el envío de los siguientes materiales: 1 piano, 3 televisores, 5 grabadoras, 2 proyectores de cine 35 mm, 5 proyectores 16 mm, 3 máquinas de escribir, 5 proyectores para diapositivas, 20 banderas de la Unión Soviética, 300 discos con música de la URSS y 500 manuales de idioma ruso, entre otros variados productos⁷¹. La ayuda no monetaria de la URSS parece, por ende, haber constituido una parte importante de la colaboración soviética a Chile.

En septiembre de 1966, se creó en Moscú una nueva y relevante organización destinada a fortalecer los lazos entre ambos países. Se trata de la Sociedad URSS-Chile, que desarrolló una amplia labor para facilitar los contactos culturales entre ambos estados. Era, en definitiva, la contraparte del Instituto Chileno-Soviético de Cultura y actuaba en estrecho contacto con este organismo. Alexander Vishnevski, conocido médico y académico soviético, director del Instituto de Cirugía, fue el encargado de presidir la Sociedad, en cuyo directorio se encontraban destacadas figuras del mundo de la ciencia y la cultura. Enviaban diversos materiales a Chile y organizaban encuentros con personalidades de ambas naciones. Al ser consultado por las tareas concretas que se efectuaban para conseguir las metas propuestas, Yuri Lundin, secretario ejecutivo de la Sociedad URSS-Chile, respondió lo siguiente:

Nosotros intercambiamos materiales informativos, que reflejan la vida de los pueblos de ambos países; exposiciones, películas, libros, notas musicales, discos, grabaciones de obras de compositores soviéticos y chilenos. En base a estos materiales, los activistas de la Sociedad imparten conferencias sobre Chile en fábricas, [...] institutos, escuelas; organizan veladas dedicadas a la literatura, poesía y música de este país. Por nuestra parte, también organizamos actos conmemorativos de las fechas memorables de Chile y ayudamos al intercambio de delegaciones y grupos turísticos entre los dos países⁷².

Según Vladimir Tirkin, secretario general de la Sociedad, esta promociónaba conciertos de artistas chilenos en la URSS y organizaba veladas

⁷¹ GARF, F9576, O10, D152, 22 de enero de 1971.

⁷² «Sociedad URSS-Chile, crisol de la amistad» [Entrevista a Yuri Lundin], en *Enfoque Internacional* 73, febrero de 1973, 29.

literarias con destacados escritores, de hecho, en una de ellas participaron Pablo Neruda y Francisco Coloane⁷³. Como vemos, con el tiempo estas instituciones ampliaron considerablemente sus actividades y estrecharon los vínculos entre los organismos bilaterales de ambos estados, favoreciendo las relaciones culturales recíprocas y haciendo de cada país una realidad un poco más accesible y conocida. Todo ello acentuó y consolidó las vinculaciones culturales, demostrando que antes del advenimiento del gobierno de la Unidad Popular, ya existía una red firme y consolidada de intercambio recíproco.

2. Actividades del Instituto Chileno-Soviético de Cultura

El Instituto Chileno-Soviético de Cultura de la capital, adscrito a la Comisión Chilena de Cooperación Intelectual de la Universidad de Chile, efectuaba una intensa y variada gama de actividades culturales que se difundían por distintos medios a los habitantes. En junio de 1967, este organismo adquirió una nueva sede, ubicada en Ejército 57. La propiedad poseía amplias dimensiones, lo que permitió acelerar la frecuencia de los eventos organizados y desarrollar otro tipo de instancias culturales. La casona estaba compuesta por tres grandes pisos y poseía una biblioteca, una sala de lectura, cinco salas de clase, una de exposiciones, una de ballet y un casino⁷⁴. Dos años después, se instaló un moderno teatro con 178 butacas, con lo cual se buscaba satisfacer la creciente realización de actividades que organizaba el Instituto. El nuevo espacio se destinó a la realización de conferencias, conciertos, foros, funciones de cine y representaciones teatrales, y fue inaugurado con la presencia de una delegación de la Sociedad URSS-Chile⁷⁵. A partir de ese momento, la instalación del Instituto adquirió las dimensiones de un centro cultural importante, con un activo y diverso programa de actividades.

Para esa fecha el Instituto de la capital contaba con 1.327 socios⁷⁶, quienes tenían acceso a la numerosa colección de materiales artísticos que preservaba la institución. Para inscribirse era necesario llenar un formulario y estar avalado por la firma de un socio patrocinante, por lo que

⁷³ Entrevista a Vladimir Tirkin, en *El Siglo*, 23 de septiembre de 1967, 7.

⁷⁴ *El Siglo*, 9 de junio de 1967, 5.

⁷⁵ «El teatro del Instituto Chileno-Soviético de Cultura», en *Enfoque Internacional* 31, julio de 1969, 46.

⁷⁶ «Actividades del Instituto Chileno-Soviético», en *Enfoque Internacional* 28, abril 1969, 47.

generalmente los miembros formaban parte de un círculo cercano y familiarizado. Sin embargo, el calendario diario de actividades estaba abierto a todo público y contemplaba muchos eventos con entrada liberada, facilitando el acceso a la cultura soviética de la población en general.

Las exhibiciones cinematográficas que ofrecía el instituto bilateral se realizaban frecuentemente. Recordemos que los organismos soviéticos de amistad recíproca enviaban numerosas películas, por lo que se acumuló en la sede capitalina una gran colección de cine soviético. Esto permitía proyectar semanalmente, y de forma gratuita, cintas de realizadores rusos. Se realizaban igualmente en el local de Ejército frecuentes exposiciones sobre la realidad de la URSS, que contemplaban normalmente amplias muestras fotográficas, contribuyendo a familiarizar a los observadores con el desarrollo de la vida en la potencia socialista. Por otra parte, la sala destinada a las exposiciones era facilitada, en ocasiones, a artistas nacionales. Simultáneamente se organizaban ciclos de charlas, en las que participaban destacados intelectuales chilenos. En diciembre de 1967, por ejemplo, Pablo Neruda y Nicanor Parra ofrecieron en el Instituto, en homenaje al cincuentenario de la Revolución de Octubre, una charla conjunta, cuyo tema fueron los «cincuenta años de poesía soviética»⁷⁷. También se realizaban conciertos con importantes conjuntos musicales. La entrada generalmente era gratuita, constituyéndose en una excelente oportunidad para escuchar sin costo a destacados músicos chilenos.

Las autoridades del Instituto capitalino también se preocuparon por editar obras literarias, aunque, para ser francos, esta iniciativa no logró consolidarse ni hacerse de manera sistemática. Excepcionalmente el organismo lanzaba una publicación sencilla escrita por algún autor chileno del grupo de intelectuales pro-soviéticos. Es así como en 1966 se publicó un extenso discurso de Francisco Coloane en homenaje al premio Nobel obtenido por el escritor soviético Mijail Sholójov, quien además era un activo político y miembro del Partido Comunista⁷⁸. Dos años más tarde, fue editado un pequeño libro de divulgación e interés general del gran referente de la intelectualidad de izquierda, Alejandro Lipschütz, titulado ambiciosamente *Oriente y occidente, del neolítico al siglo XX*⁷⁹.

⁷⁷ *El Siglo*, 12 de diciembre de 1967, 8.

⁷⁸ Francisco Coloane, 'Ante el destino de un hombre' de Mijail Sholójov. *Discurso pronunciado en la Universidad de Chile, con motivo de la adjudicación del Premio Nóbel a Mijail Sholójov*, Santiago, Publicaciones del Instituto Chileno-Soviético de Cultura, 1966.

⁷⁹ Alejandro Lipschütz, *Oriente y occidente, del neolítico al siglo XX*, Santiago, Publicaciones del Instituto Chileno-Soviético de Cultura, 1968.

La actividad teatral era fuertemente incentivada por el Instituto. Ya hemos dicho que en 1969 se construyó un amplio teatro con 178 butacas, donde se realizaban funciones permanentes. Estas favorables condiciones permitieron la formación del Círculo Teatral del Instituto Chileno-Soviético de Cultura, compuesto por jóvenes que provenían mayoritariamente de la Escuela de Cultura Artística de San Bernardo y que luego de egresar no encontraron una instancia en la cual exponer los talentos adquiridos. Ante esta situación el Instituto les ofreció la nueva sala, donde comenzaron a exponer distintas obras teatrales⁸⁰. Este grupo de jóvenes actores realizó también, en representación del Instituto Chileno-Soviético, una prolongada gira en el verano de 1971, gracias a la cual pudieron presentarse en Valdivia, Panguipulli y algunos pueblos de la isla de Chiloé⁸¹.

Otra de las importantes funciones que asumió el organismo bilateral fue la organización sistemática de actos conmemorativos relacionados con sucesos importantes de la historia de la URSS. En efecto, cada vez que se cumplía un aniversario de la Revolución Rusa, el Instituto efectuaba algunas actividades para homenajear dicho evento. Con motivo de los 51 años de la Revolución, el Instituto Chileno-Soviético organizó un masivo acto en la Universidad de Chile, que contó con la presencia de importantes figuras políticas, como Salvador Allende y Volodia Teitelboim. Al finalizar los discursos, se ofrecieron conciertos musicales y presentaciones artísticas⁸². De la misma manera, al cumplirse 100 años del nacimiento de Lenin, todas las filiales del Instituto efectuaron un nutrido programa de actividades y homenajes, que comprendía presentaciones artísticas, festivales de cine soviético y veladas conmemorativas. Además, se organizó especialmente un concurso literario para estudiantes sobre Lenin, cuyo primer premio consistía en un viaje a la URSS⁸³.

Cada sede del Instituto Chileno-Soviético de Cultura ofrecía diferentes cursos durante el año. Estos permanecían abiertos a toda la población de la ciudad, pero solo los socios eran beneficiados con una rebaja de la matrícula. La sede principal de Santiago brindaba clases de ballet, guitarra, pintura y dibujo, para lo cual participaban profesores chilenos y

⁸⁰ «Un promisorio círculo de teatro», en *Enfoque Internacional* 33, agosto de 1969, 46.

⁸¹ «El Instituto en los trabajos de verano», en *Enfoque Internacional* 51, abril de 1971, 39.

⁸² «51 aniversario de la Revolución de Octubre en el extranjero», en *Cultura y Vida* 2, 3^{er} año, Moscú, 1969, 15.

⁸³ *El Siglo*, 19 de abril de 1969, 4.

soviéticos. Pero la actividad que generaba más interés para los organizadores eran los cursos de idioma ruso, que se ofrecían de forma diferenciada para distintos niveles (elemental e intensivo) y para variados usos prácticos (perfeccionamiento general, traducción)⁸⁴. El Instituto organizaba, además, secciones especiales de clases de ruso durante los veranos. El Instituto Chileno-Soviético de San Antonio, por ejemplo, dictaba clases de cerámica, de inglés, de ruso, de ballet, de modas, de secretariado y de dactilografía. Cada sección funcionaba solo si se congregaba un mínimo de 15 alumnos interesados⁸⁵. A pesar de la variedad de cursos ofrecidos, el principal interés de los institutos bilaterales era fomentar y desarrollar el aprendizaje del ruso, como una forma de familiarizar a los habitantes de cada ciudad con la realidad y la vida de la Unión Soviética. Para ello, la sede de la capital recibía un gran número de manuales de lengua rusa de parte de los organismos soviéticos de amistad, los cuales servían como complemento de las clases dictadas. Ya a finales de 1963, las autoridades del Instituto de Santiago constataban el envío de 20 ejemplares de «La acentuación del ruso», 10 de «El ruso enseñado por la práctica», 16 de «Gramática rusa» y 36 de «Libros de lecturas para extranjeros»⁸⁶. También se donaban numerosos diccionarios de ruso-español.

Cada cierto tiempo, las distintas sedes regionales del Instituto Chileno-Soviético se reunían para coordinar sus actividades y plantear los objetivos de trabajo en el corto plazo. La difusión del idioma ruso figuraba siempre entre los intereses prioritarios. Entre las conclusiones obtenidas en una reunión efectuada en marzo de 1972, destacaba la necesidad de «propender a una mayor difusión del idioma ruso a través de la organización de cursos en aquellas filiales que aún no los hayan organizado. Con este objetivo habrá en Santiago un seminario de capacitación pedagógica para preparar a los profesores que tendrán a su cargo esta enseñanza»⁸⁷. En estos encuentros entre filiales se determinaban también otras necesidades no menos relevantes: la propagación de la cultura soviética en zonas aisladas del país, el envío permanente de manifestaciones artísticas locales a la URSS y la organización de actividades conjuntas con otras instituciones nacionales (sindicatos, asociaciones deportivas y centros de

⁸⁴ *El Siglo*, 26 de julio de 1971, 9.

⁸⁵ *Boletín del Instituto Chileno-Soviético de San Antonio* 34, marzo de 1970, 10.

⁸⁶ GARF, F9576, 010, D13, 206, 15 de octubre de 1963.

⁸⁷ «Institutos Chileno-Soviéticos dinamizan su labor», en *Enfoque Internacional* 64, mayo de 1972, 20.

estudiantes, entre otras)⁸⁸. Como vemos, todas estas actividades estaban destinadas a estrechar y fomentar el conocimiento recíproco entre la URSS y Chile, utilizando las expresiones culturales como el mejor instrumento para la consecución de estos objetivos.

Desde mediados de la década de 1960, comenzaron a inaugurarse muchas filiales en provincias y rápidamente estas se expandieron a lo largo de casi todo el territorio chileno. Pero debemos constatar que el surgimiento de los institutos regionales se debe fundamentalmente a motivaciones particulares y a un sincero interés de algunos grupos por estrechar los lazos con la Unión Soviética. El Instituto Chileno-Soviético de San Antonio fue creado en 1965 gracias al entusiasmo de un reducido conjunto de profesionales de la zona, encabezados por el doctor Enrique Lagos Pinto. «Para dar los primeros pasos recorrieron el comercio local solicitando algunos objetos a fin de organizar una rifa. Con el producto arrendaron un local pequeño y compraron algunos muebles»⁸⁹. Con el objeto de abastecer de elementos indispensables al Instituto organizaron, incluso, una campaña de donación de sillas. A pesar de las dificultades iniciales, las iniciativas de este grupo de entusiastas produjeron rápidamente fructíferos resultados. De hecho, a un año de inaugurado, el Instituto poseía 549 socios activos⁹⁰ y organizaba todo tipo de actividades culturales⁹¹.

El Instituto Chileno-Soviético de Cultura de La Serena también surgió bajo iniciativas particulares. En 1967, Luisa Kneer, importante poetisa de la zona dedicada fundamentalmente a la composición de versos infantiles, realizó un viaje a la URSS, quedando muy gratamente impresionada con los avances sociales y económicos de esta nación. A raíz de la estadía en la potencia socialista escribió un elogioso relato sobre sus impresiones de Europa del este: «eso es la URSS un ímpetu de renovación, de nuevos trabajos; un acelerado ritmo de nuevas construcciones, de adelantos que

⁸⁸ *Idem.*

⁸⁹ «El Instituto Chileno-Soviético de San Antonio», en *Enfoque Internacional* 18, junio de 1968, 45.

⁹⁰ Instituto Chileno-Soviético de Cultura de San Antonio, *Unión Soviética. Cincuenta años de triunfos*, San Antonio, Imprenta Llolleo, 1967, 15.

⁹¹ El Instituto Chileno-Soviético de Cultura de San Antonio desarrolló una intensa y amplia actividad, consiguiendo importantes éxitos. De hecho, para el cincuentenario de la Revolución Rusa enviaron a 53 socios a la URSS, a fines de 1966 recibieron en su sede al cosmonauta ruso Alexei Leonov, crearon un boletín mensual informativo, organizaron un recital poético con la presencia de Pablo Neruda e instauraron en la ciudad los jueves culturales. Inferimos que se trataba del centro cultural más activo e importante de San Antonio.

vienen asombrando a la humanidad desde hace años»⁹². De vuelta en Chile, esta mujer decidió reflejar su admiración y entusiasmo por la realidad soviética con la creación del instituto bilateral de La Serena, el cual fue inaugurado definitivamente el 15 de octubre de 1968⁹³. Estas iniciativas individuales permitieron la fundación de una amplia red nacional de institutos Chileno-Soviéticos que posteriormente recibieron incentivos y donaciones de diversos materiales por parte de los organismos de amistad de Moscú.

Según datos otorgados por Leon Gouré y Morris Rothenberg, hacia el año 1972 existían 21 institutos Chileno-Soviéticos de Cultura a lo largo del país, cifra muy apreciable que se constituye por lejos en la mayor de Sudamérica, luego viene Perú con 12 y Uruguay con 6⁹⁴. Es indudable, por ende, que Chile constituye un caso excepcional en el concierto sudamericano, donde la cultura soviética penetró más fuertemente que en otras naciones del continente. Sin embargo, queremos insistir en que esta circunstancia no debe explicarse únicamente por un interés oficial o gubernamental por difundir la cultura y el arte soviético. Es decir, la situación excepcional experimentada por Chile en torno a la presencia cultural soviética debe entenderse como una mezcla de fomento estatal, acción de organismos específicos e iniciativas individuales.

3. ¿«Politización» de la cultura o «culturalización» de la política?

Enrique Silva Cimma, presidente del Instituto Chileno-Soviético desde 1968 hasta el Golpe de Estado en 1973 y militante del Partido Radical, recuerda que en una ocasión el senador del Partido Nacional Francisco Bulnes lo encaró por su participación en el Instituto, acusándolo de marxista. De hecho, mientras fue candidato al Parlamento por Ñuble, Concepción y Arauco en 1969, debió aclarar en innumerables ocasiones su postura ideológica y responder ante quienes no veían con buenos ojos el cargo que poseía. Ante este tipo de acusaciones, Silva Cimma es terminante: «es que para mí el cargo de presidente del Instituto Chileno-Soviético, como de cualquier institución cultural, era evidentemente un cargo que tenía por finalidad fomentar y estimular el conocimiento recíproco de la

⁹² Luisa Kneer, *Una turista chilena en Rusia*, Santiago, Arancibia Hermanos Editores, 1968, 23.

⁹³ *El Siglo*, 7 de noviembre de 1970, 8.

⁹⁴ Gouré y Rothenberg, *op. cit.*, 177.

cultura. Y por lo tanto, aquí no había connotaciones de índole política»⁹⁵. Sin embargo, no es casual que la gran mayoría de las autoridades del Instituto de la capital fueran relevantes figuras políticas y no personalidades ligadas directamente con el mundo de la cultura. Sostenemos que la participación en este tipo de organismos sirvió como una verdadera plataforma política, especialmente para los radicales, que, de esa forma, lograron obtener un mayor apoyo al interior de la coalición de izquierda.

Alberto Baltra, considerado el adalid de la izquierda en el Partido Radical, también ejerció el cargo de presidente del Instituto, entre 1960 y 1968. Baltra no ocultaba su admiración por la realidad y el sistema de la Unión Soviética. En 1962, escribió una obra en la que se refería elogiosamente a los países socialistas de Europa. En ella acusaba a ciertos medios de información y a las clases dominantes de incentivar el desconocimiento sobre la URSS, lo que contribuía a la difusión intencional de una imagen deformada del país de Lenin: «mediante el mal uso de los órganos de difusión, que controlan gracias al poder que confiere el dinero, las clases dominantes deforman la realidad y ofrecen de esta una imagen acomodada a sus particulares intereses»⁹⁶. Luego, en tono apologético, describe las positivas características del país, incluidas las condiciones culturales.

En 1968, Alberto Baltra se presentó a una elección senatorial complementaria en Temuco, venciendo por estrecho margen. En esa ocasión recibió un amplio respaldo del Partido Comunista, de hecho el diario *El Siglo*, órgano representativo del comunismo chileno, le brindó un apoyo sistemático durante su campaña. Muy probablemente, su relevante participación en el Instituto Chileno-Soviético de Cultura y sus laudatorias palabras sobre el sistema de la URSS le valieron una mejor impresión frente a los políticos de izquierda, especialmente frente a los militantes del Partido Comunista, para quienes la Unión Soviética constituía el principal referente mundial. En este caso, por lo tanto, y contrariamente a lo que plantea Enrique Silva Cimma, la política y la cultura fueron dos ámbitos que no permanecían tan separados.

Algo similar ocurría con las entidades de relaciones culturales recíprocas con otros países de la esfera socialista europea. Por ejemplo, en 1971 fue elegida la directiva del Instituto Chile-RDA de Cultura, siendo

⁹⁵ Entrevista de Rafael Pedemonte y Sofía Honeyman a Enrique Silva Cimma, Santiago, 2007.

⁹⁶ Alberto Baltra, *Tres países del mundo socialista: La Unión Soviética, la Democracia Popular Alemana, Yugoslavia*, Santiago, Editorial del Pacífico, 1963, 9.

designado presidente el senador radical Luis Fernando Luengo. Como vicepresidentes asumieron el cargo el senador Anselmo Sule, también radical, el diputado Julio Silva Solar, de la Izquierda Cristiana, y el senador Víctor Contreras Tapia, del Partido Comunista⁹⁷. Es evidente, por lo tanto, que la participación de políticos activos en estos organismos culturales fue una práctica común.

En principio, este tipo de institutos debieran haber estado dominados por autoridades vinculadas al Partido Comunista, debido a la cercanía ideológica que los ataba con la URSS. Sin embargo, esto no fue así. Hemos visto como por 13 años el presidente del organismo cultural capitalino fue del Partido Radical. La Embajada de la Unión Soviética en Chile informaba hacia 1965 que «en la actividad de [los] institutos participan personas de distintas convicciones políticas», luego agrega, que en el Instituto de San Antonio fueron elegidos para formar parte de su directiva un radical, un demócratacristiano y un miembro del Partido Liberal, de clara tendencia de derecha⁹⁸. La inclusión de políticos aparentemente distanciados ideológicamente con el sistema de la URSS sirvió para difundir una imagen de apertura ideológica y demostrar públicamente una especie de consenso con respecto a la calidad de la cultura soviética, lo que obedecía a una lógica de demostración de tolerancia y permitía incentivar un acercamiento por parte de una mayor proporción de la sociedad a la realidad del país de Europa de Este.

La existencia de una diversidad partidaria al interior de los institutos bilaterales manifiesta, por otra parte, que el sistema de la URSS no produjo un rechazo consensuado por parte de la sociedad que no tenía afinidades de izquierda. Sostenemos que, y especialmente durante los años 60, la esfera socialista dominada por la Unión Soviética era concebida mayoritariamente como una realidad enigmática, que generaba más curiosidad que aversión. En este sentido, la presencia de vastas tendencias políticas en los cargos del Instituto Chileno-Soviético de Cultura y de sus filiales regionales, reflejó igualmente un espíritu particular de la época, dominado más bien por el ansia de conocer qué había más allá de la «cortina de hierro» que por el rechazo de plano.

Todo esto nos debe llevar a complejizar este proceso y a intentar comprenderlo dentro de sus ambigüedades y contradicciones, y no exclusivamente por las motivaciones ideológicas de las esferas de poder.

⁹⁷ *El Siglo*, 19 de agosto de 1971, 5.

⁹⁸ GARF, F9576r, O10, D50, 19 de julio de 1965.

Las sensibilidades sociales y los intereses oficiales no suelen ir siempre de la mano. Política y cultura, por ende, son dos ámbitos que por algunos momentos parecen asociarse irremediabilmente, pero, por otros, suelen distanciarse.

V. CONSIDERACIONES FINALES

A comienzos de 1967, el representante de la Unión de Asociaciones de Amistad en Chile, A. Razlivajin, envió al vicepresidente de la SSOD un informe sobre las actividades del Instituto Chileno-Soviético de Cultura y sus filiales en provincias. En este documento el funcionario diplomático destacaba que:

El Instituto y sus sucursales consideran como el objetivo principal de su actividad: la divulgación en Chile de los logros de cultura, ciencia y deporte soviético a través de su amplia presentación al pueblo chileno mediante conferencias, cine, teatro, cursos de idioma ruso, difusión de literatura de carácter informativo, etc., aspirando al mismo tiempo abarcar la mayor cantidad posible de organizaciones, entidades y casas de estudio, promover la política de amistad y coexistencia pacífica entre los pueblos de Chile y de la URSS⁹⁹.

No cabe duda de que estos organismos realizaron un amplio esfuerzo por acometer con éxito los objetivos planteados. De hecho, lograron incentivar con efectividad la penetración de la cultura soviética en Chile, haciendo de la URSS una realidad un poco más cercana y familiar. Sin embargo, estas influencias artísticas no arribaban al país desteñidas de motivaciones ideológicas, por el contrario, solían reflejar un sistema exitoso y representar a la Unión Soviética como una nación pujante, justa y solidaria. En este sentido, las obras cinematográficas, las revistas traducidas, la literatura y las exposiciones, contribuyeron a fortalecer, ante los ojos de los receptores chilenos, una positiva «imagen país» y una convincente y atractiva «imagen ideológica». Ciertas prácticas de intercambio cultural, por lo tanto, se enmarcaron en un contexto de tensión y bipolaridad política mundial y constituyeron una manifestación fundamental de la «guerra por las ideas». Sin embargo, este amplio fenómeno, sorprendente por su intensidad y magnitud, no debe concebirse como un proceso desen-

⁹⁹ GARF, F 9576 R, 010, D 87, 19 de febrero de 1967.

cadena exclusivamente por intereses gubernamentales y afanes oficiales de convencimiento ideológico.

Como hemos observado a lo largo de este trabajo, las relaciones y vínculos culturales entre Chile y la URSS fueron incentivadas y acrecentadas por distintas instancias. Una amplia y activa red de instituciones y organismos favorecieron e intensificaron los lazos entre ambos países. Pero esta red no solo logró fortalecerse por medio de motivaciones oficiales, sino igualmente por la participación de actores locales, desligados de las estrategias globales de política mundial. Como hemos dicho, múltiples individuos, incitados por una sincera afinidad hacia la esfera socialista europea, trabajaron desinteresadamente con el objeto de acercar el arte y la realidad de la URSS a los distintos sectores de la sociedad chilena que permanecían ajenos a este mundo. En definitiva, la labor de las diversas entidades de amistad recíproca, los incentivos estatales y las genuinas iniciativas particulares confluyeron en el desarrollo de vastos e intensos vínculos culturales entre estos dos países tan lejanos.

El análisis de las variadas dimensiones que posee el intercambio cultural entre Chile y la Unión Soviética, desde comienzos de la década de 1960 hasta el derrocamiento militar del gobierno socialista de Salvador Allende, no solo refleja las estrategias globales de las grandes potencias, sino que también permite adentrarnos en las sensibilidades y compromisos de un sector importante de la población y en sus más íntimas convicciones. La cultura, por lo tanto, nos ayuda a entender la lógica propia y única que adquirió la Guerra Fría en Chile y las sensaciones y compromisos cotidianos asumidos por los actores locales.

LA EMIGRACIÓN PATRIOTA AL RÍO DE LA PLATA DURANTE LA RECONQUISTA DE CHILE (1814-1817)¹

Camilo Alarcón Bustos

I. INTRODUCCIÓN

«V. VUELVE A CHILE CUANDO NOSOTROS salimos espatriados. Antes de cuatro meses todos los patriotas chilenos que salven del campo de batalla, vendrán a reunirse con nosotros. Veo próxima la ruina de la patria i el triunfo definitivo de los españoles»². Estas fueron las palabras del general Juan Mackenna al brigadier Juan José Carrera cuando cruzaron sus caminos en la cordillera. Mientras el primero, junto a otros notables patriotas, partía al exilio decretado por José Miguel Carrera, el segundo volvía del destierro por orden de su hermano, tras saber la noticia del golpe de Estado del 23 de julio de 1814. Esas palabras, fruto del despecho del vencido, se iban a cumplir literalmente con el triunfo de las fuerzas monarquistas y las fatídicas consecuencias para la revolución chilena.

La proximidad geográfica y la comunión de causa, fueron los elementos que permitieron a los derrotados patriotas buscar refugio al otro lado de la cordillera. Chile había recibido apoyo de los revolucionarios rioplatenses y ahora Mendoza acogía a los que emigraban escapando del «tirano». Pero la emigración debió lidiar con disensiones internas, así como con desavenencias con las autoridades trasandinas. Los líderes de la Patria Vieja tendrían el mismo destino: el exilio de Carrera sellaría su participación en el proceso revolucionario de Chile, mientras que a la cabeza del proyecto emancipador iba a quedar su archirrival Bernardo O'Higgins.

¹ Este artículo se inserta en el seminario de investigación «La elite santiaguina de la colonia a la independencia (1700-1830)» impartido por la profesora Lucrecia Enríquez.

² Diego Barros Arana, *Historia General de Chile*, Tomo IX, Santiago, Rafael Jover Editor, 1888, 488.

El exilio de los patriotas en la provincia de Cuyo fue el hito fundamental para la concreción de la independencia de Chile, dado que la lucha de las facciones iniciada se resolvió y permitió aunar esfuerzos y compromisos para la lucha independentista. Los anti-carrerinos, con el respaldo de José de San Martín, y de acuerdo con las directrices emanadas por las autoridades de Buenos Aires, gobernarían los primeros años de la independencia nacional. Sin lugar a dudas, el exilio de los patriotas vencidos fue la experiencia fundante del Chile independiente.

Es por ello que este artículo se centrará en el estudio de los actores de la revolución chilena, determinando quiénes fueron los sujetos de la Patria Vieja que se fueron al exilio, cuál fue su participación en los sucesos de la emigración a las Provincias Unidas del Río de la Plata y cómo articularon su actuación en el proyecto libertador de Chile del general José de San Martín. Nos interesan las relaciones de todo tipo previas a la emigración y las que se forjaron durante esta, ya que determinarán su participación en el proceso. Por ejemplo, los carreristas más enconados quedarán excluidos del proyecto y no podrán pasar a Chile, como es el caso de Manuel Muñoz Urzúa, quien permaneció en Mendoza aun después de Chacabuco, o los mismos hermanos Carrera, que no volverán a Chile sino *post mortem*.

El tema del exilio patriota no ha sido tratado de manera muy extensa y profunda. La historiografía tradicional lo ha hecho en relación a la reconquista y lo acontecido en torno a los principales personajes de este proceso, lo que probablemente se explica porque la mayoría de las fuentes primarias se encuentran fuera del país. Para el presente trabajo pudimos consultar la documentación del Archivo Histórico de Mendoza, así como otras colecciones documentales poco consultadas y que contienen documentos de gran importancia y novedad³.

³ En el Volumen 122 del Fondo Vicuña Mackenna, del Archivo Nacional (en adelante AN, VM), se encuentran los documentos relativos a los conflictos de José Miguel Carrera con las autoridades rioplatenses, así como comunicaciones de José Miguel Carrera y sus partidarios. En la Biblioteca Nacional hay dos colecciones de documentos relativos a José de San Martín: los *Documentos del Archivo San Martín*, Buenos Aires, Imprenta de Coni Hnos., 1910-1911, compilación hecha para el Centenario de la Independencia de Argentina con los documentos que se encuentran en el Museo Mitre, en Buenos Aires; e Instituto Nacional Sanmartiniano, *Documentos para la Historia del Libertador General San Martín*, Buenos Aires, Ministerio de Educación de la Nación, 1953-1954 (en adelante *DHLGSM*), colección homóloga a nuestro Archivo O'Higgins, editada por el Instituto Nacional San Martiniano y el ministerio de Educación argentino, que contiene documentos que se encuentran en los Archivos y Museos de Buenos Aires.

El tema del exilio patriota ha sido recientemente tratado por Cristián Guerrero Lira⁴. En su obra, junto con realizar una relectura al proceso, ha señalado rasgos interesantes sobre la emigración: caracterizándola con documentos hasta el momento inéditos y rompiendo algunos mitos, como los que tratan de realzar románticamente el rol de Manuel Rodríguez y de Neira, entre otros elementos novedosos. Pero el aporte más considerable es el listado de los patriotas emigrados en Cuyo, contando 390⁵. Sin embargo, durante la presente investigación hemos podido identificar 657⁶. A pesar de la compulsión documental y bibliográfica que realiza, Guerrero Lira no considera en su listado sujetos de relevancia para el proceso revolucionario, como el teniente Ramón Picarte o los hermanos Rodríguez Erdoyza⁷.

Es necesario el estudio de la sociedad de este período en términos de las redes sociales, para poder abarcar las relaciones personales que abundan en la documentación. El comportamiento de los individuos responde a estas relaciones o a las redes dentro de las cuales se encuentra inmerso, y en este sentido el período de la Independencia de Chile no es excepción. Es por ello que nos hemos basado en el planteamiento de dos de los teóricos de las redes sociales en la historia del mundo hispánico: Jean Pierre Dedieu y José María Imizcoz.

Jean Pierre Dedieu plantea la realización de una nueva historia política del mundo hispánico⁸ a partir de la perspectiva de la familia, dado que esta permitió estructurar relaciones de poder y legitimidades⁹. Imizcoz, en sus estudios sobre las élites vascas dentro del Imperio Español, plantea cómo la familia, en sentido amplio, creaba una red social que determinaba la posición del individuo en la sociedad del Antiguo Régimen¹⁰.

⁴ Cristián Guerrero Lira, *La Contrarrevolución de la Independencia*, Santiago, Editorial Universitaria, 2002.

⁵ *Ibid.*, 297-299.

⁶ En el anexo 1 se encuentra la nomina de los individuos identificados.

⁷ En defensa de Guerrero Lira se puede señalar que es esto entendible si consideramos que su investigación abarcaba un período, y este proceso es solamente uno de los tantos que constituyen la Reconquista.

⁸ Mundo hispánico debe entenderse en sentido amplio, de manera que se comprenda la historia de la España peninsular, así como la de aquellos territorios ultramarinos del imperio Español.

⁹ Jean Pierre Dedieu y Christian Windler, «La familia: ¿una clave para entender la historia política?», en *Studia Historica, Historia Moderna* 18, Salamanca, 1998, 201-233.

¹⁰ José María Imizcoz, «Actores, redes, procesos: reflexiones para una historia más global», en *Revista da Faculdade de Letras-História* III:5, Porto, 2004.

Nuestro objetivo es analizar cómo operaron las redes sociales en el exilio, sobre las que se estructuró el proyecto de la liberación de Chile, en la medida en que algunas lealtades fueron decayendo en función de este objetivo común. Por otro lado, queremos mostrar cómo estas vinculaciones produjeron el quiebre definitivo del bando patriota en el exilio.

Nos detendremos en las continuidades y discontinuidades de estas vinculaciones, y en la integración de sujetos que no habían tenido mucha participación durante la Patria Vieja, pero que fueron importantes tras de la victoria de Chacabuco. También las discontinuidades se verificarán en la medida en que vayan desapareciendo sujetos que fueron trascendentes en el período de la Patria Vieja.

Los objetivos secundarios del trabajo son realizar una caracterización de este grupo, individualizando a los emigrados y sus principales rasgos.

El presente trabajo fue posible de hacer gracias a la Base de Datos Fichoz, herramienta de investigación que permite el aprovechamiento de información de las fuentes que mediante la metodología tradicional se hace imposible considerar. De hecho, por este medio pudimos reconstruir a los 657 individuos que abarca esta investigación y en parte sus carreras individuales, sus respectivas relaciones sociales y de parentesco, y acontecimientos colectivos que vinculan a las personas entre sí, con un grupo o con una institución. Esto permite ver la dinámica de las relaciones sociales de un individuo en el grupo a que pertenece y, por lo tanto, posibilita la realización de un análisis cuantitativo y cualitativo del grupo que se estudia. Si bien el tema no está agotado, presentamos aquí las primeras conclusiones.

II. LAS RELACIONES ENTRE CHILE Y LAS PROVINCIAS UNIDAS DEL RÍO DE LA PLATA

Al momento de producirse el movimiento juntista, las relaciones entre Chile y las Provincias Unidas del Río de la Plata se encontraban consolidadas desde el período colonial, manifestándose en intercambios económicos, vínculos personales y culturales, favorecidos por la cercanía geográfica. De modo que era más cercano a Chile el territorio trasandino que el del virreinato del Perú, al que estaba ligado administrativamente. Después, con el paso a la revolución separatista, se estrecharon aun más los vínculos entre ambas vertientes cordilleranas, por lo que la independencia de Chile y del Río de la Plata se entrelazan dentro de un mismo proceso.

A continuación haremos una reseña de los diversos intercambios, para comprender y graficar la interrelación entre ambos procesos.

a) *Intercambios comerciales*. Comercialmente, Chile podía ser abastecido con mayor agilidad desde el puerto de Buenos Aires, cuya conexión con los puertos peninsulares y europeos era más directa que el circuito que desde Lima se entroncaba con el tráfico caribeño hacia Cádiz y Sevilla. Cristián Guerrero Lira señala que el volumen de las importaciones proveniente de Buenos Aires, a través de los pasos cordilleranos, entre los años 1801 a 1814, triplicaba a aquellas llegadas por vía marítima, las que no necesariamente provenían en su totalidad desde Lima¹¹. Con posterioridad a 1810, a través de los pasos cordilleranos, llegarían las armas y pertrechos bélicos para la naciente fuerza militar patriota.

b) *Vínculos sociales y culturales*. Consecuente a los parentescos y vínculos sociales entre individuos de ambas bandas cordilleranas, muchos individuos aprovecharon estas relaciones para trasladarse entre ambas regiones para desarrollar sus carreras profesionales¹², y posteriormente tendrían un papel considerable en el desarrollo político de la independencia de Chile¹³. Veamos un par de casos ilustradores de esta situación:

Bernardo de Vera y Pintado, santafecino que, luego de licenciarse en Leyes y Artes por la Universidad de Córdoba, se traslada a Chile, donde en 1799 se doctora en Teología y en 1807 en Cánones y Leyes por la Universidad de San Felipe. El hecho de que fuera sobrino de Joaquín del Pino, a la sazón Gobernador y Capitán General de Chile, pudo abrirle las puertas para ser presidente de la Academia de la Práctica Forense en 1804¹⁴.

En el ámbito religioso sucedía algo similar: para los trasandinos aspirantes a tomar el hábito religioso, Chile fue el lugar adecuado, dado que las órdenes religiosas establecidas en Cuyo tenían a su superior radicado en Santiago. El sanjuanino Justo Santa María Oro fue enviado a Chile para continuar la tradición eclesiástica de su familia: aunque ingresó a la Orden

¹¹ Guerrero Lira, *Contrarrevolución...*, *op. cit.*, 296.

¹² Luis Lira Montt nos señala la cifra de 410 alumnos de origen trasandino en los planteles educacionales de Chile, entre los años 1747 y 1816, de los cuales 184 provienen de Mendoza, San Juan y San Luis, 126 de Buenos Aires y el resto de otras ciudades del Río de la Plata. Cf. Luis Lira Montt, «La afluencia de estudiantes trasandinos a la Real Universidad de San Felipe y Colegios Universitarios de Santiago de Chile 1747-1816», en *Boletín de la Academia Chilena de la Historia*, LXXIII: 116, enero-junio de 2007, 96.

¹³ Lira Montt, *op. cit.*, 94.

¹⁴ Ver en Base de Datos Fichoz: Bernardo de Vera Pintado, N° identificador 101942.

Dominica en su localidad, sus estudios teológicos los realizó en la Universidad de San Felipe y se ordenó sacerdote en Santiago en 1794. En el convento de la Recoleta Dominica fue profesor, prior en 1804 y vicario general en 1814. Desterrado por José Miguel Carrera en 1814, volvió con el Ejército Libertador y en 1818 fue nombrado Provincial Dominicano de Chile¹⁵.

c) *Relaciones políticas*. Las relaciones entre la provincia de Cuyo y Chile se remontaban a la creación de la Capitanía General de Chile, dado que esta fue parte integrante del territorio de la unidad política chilena. De esto se desprende la existencia de múltiples parentescos y vinculaciones sociales entre ambas secciones. Cuando se creó el virreinato del Río de la Plata, la provincia de Cuyo fue separada de la capitanía general de Chile. Ante la invasión de Buenos Aires por los ingleses, en 1806, el gobernador Muñoz Guzmán organizó un batallón de «patriotas nobles» para remitir a Buenos Aires¹⁶. Conocida la derrota inglesa, se hicieron festejos en Chile y se realizaron suscripciones entre los vecinos notables para socorrer a viudas y huérfanos¹⁷. Aunque la causa haya sido la defensa de la soberanía real, el grado de cooperación y amistad entre ambos pueblos trascendería el marco colonial hacia el movimiento juntista que se apoderará de la parte ultramarina del imperio.

Para la élite política chilena partidaria de la fórmula juntista, los acontecimientos del 25 de mayo de 1810 de Buenos Aires fueron el ejemplo que reafirmaba su postura: el hecho de que el antiguo Virreinato hubiera optado por la solución juntista fue un poderoso aliciente, siendo que, por el otro lado, Lima no escatimó fuerza y violencia para ahogar el juntismo de Quito y La Paz. Instalada la Junta Gubernativa del Reino de Chile, Juan Martínez de Rosas, mendocino de nacimiento, realizó las gestiones necesarias para establecer vínculos sólidos con el gobierno del Río de la Plata, concretados con el envío de un agente diplomático ante la junta chilena. Esta tarea fue desempeñada por José Antonio Álvarez Jonte, quien fue reemplazado en 1811 por Bernardo Vera Pintado¹⁸, intelectual respetado en los círculos patriotas, y en 1814 por Juan José Paso.

¹⁵ Domingo Faustino Sarmiento, *Recuerdos de Provincia*, Buenos Aires, Gradifco, 2006, 72. Caso similar fue el de su familiar José Oro, ordenado sacerdote en Chile en 1800 y en 1817 capellán del Ejército de los Andes. *Ibid.*, 62-63.

¹⁶ Jaime Eyzaguirre, *Ideario y Ruta de la Emancipación Chilena*, Santiago, Editorial Universitaria, 2002, 87.

¹⁷ *Ibid.*, 88.

¹⁸ Francisco Antonio Encina, *Historia de Chile*, Tomo XI, Santiago, Editorial Ercilla, 1983, 111-113.

No solo existía entre Buenos Aires y Chile un sentimiento solidario por la causa común sostenida, sino que subyacían también fuertes razones estratégicas para continuar con estas relaciones. Por un lado, para Chile era importante el respaldo de Buenos Aires, para afrontar en mejor pie el proceso y enfrentar el patronazgo de Lima: lo cual conllevaba acceso al material bélico que le pudiera ofrecer la capital rioplatense. Por otro lado, para las Provincias Unidas del Río de la Plata, la consolidación del proceso revolucionario chileno eliminaba un potencial frente bélico, aliviando la presión militar realista sobre Buenos Aires. Sin embargo, el costo de esta orientación estratégica iba a pesarle a Chile, ya que enfrentó una invasión militar desde Lima, en momentos en que las divisiones intestinas patriotas se agudizaban.

Pero Buenos Aires devolvió el favor recibido en 1811¹⁹, enviando al coronel Santiago Carreras para asesorar a los patriotas y luego a un cuerpo armado que, bajo el mando de Marcos Balcarce, combatió en Cucha-Cucha y San Carlos, en 1814²⁰, y que posteriormente se encontró bajo el mando del coronel Juan Gregorio de Las Heras.

Cabe destacar, que el gobierno del Río de la Plata no realizó una intervención en la contingencia chilena: cooperó indistintamente con quien estuviera en el gobierno, aunque estos no fueran de su completo agrado. Por esta razón, mediante la creación de la Provincia de Cuyo²¹ por parte del gobierno porteño, el de Chile pudo desterrar a ese destino a los individuos considerados un peligro para la causa patriota. Sin embargo, esta medida punitiva no fue exclusiva para realistas, sino que también fue un recurso político para los enemigos patriotas: José Miguel Carrera desterraría a Mendoza a Juan Martínez de Rozas, Manuel de Salas, el padre José Funes, el fraile Ignacio Mujica y el regidor Manuel José de Astorga, por ser conspiradores en su contra. Posteriormente, el director supremo Lastra haría lo propio al desterrar a Juan José Carrera²². Una vez vuelto al poder, José Miguel Carrera deportó a sus principales enemigos²³.

¹⁹ En 1811 se envió un cuerpo militar auxiliar a Buenos Aires, al mando del coronel Andrés Alcázar.

²⁰ *Archivo O'Higgins*, Santiago, Imprenta Universitaria, 1950, VII, 96 (en adelante AO).

²¹ La importancia de la creación de esta provincia, radicaba en un mayor control por parte de una autoridad presente en Mendoza, que tuviera las atribuciones políticas y militares para actuar ante un escenario adverso.

²² *DHLGSM*, II, 130.

²³ Al exilio partieron prominentes patriotas como Mackenna, Irisarri, Argomedo, fray Justo Santa María Oro y el doctor Juan Agustín Jofré, entre otros. Cf.

Pero las relaciones entre ambas unidades no siempre fueron del todo cordiales y fluidas. En 1814 Juan José Paso remitía un oficio al director supremo, Posadas²⁴, señalando las dificultades que encontraba por parte de los chilenos para aceptar la ayuda militar que estaba disponible en Chile, ya que la Junta de Gobierno de José Miguel Carrera no aceptaba sino que se les entregaran los fusiles, quedando el contingente trasandino sin armas y estacionado en la villa de Santa Rosa de los Andes. Luego comunicaba a Balcarce, en septiembre de 1814, la desconfianza de los chilenos hacia el ofrecimiento hecho por ellos, del que solo habían aceptado las armas²⁵, y termina manifestando que:

se necesita mucha paciencia i sufrim[ien]to p[ar]a tolerar tanto insulto; pero esta de p[o]r medio el gran interes q[u]e tiene la causa del pais desta America en no romper la harmonia al descubiertto con este, a ver si puede conseguirse despues q[u]e no resistan el auxilio q[u]e los ha de salba²⁶.

Esta desconfianza de las autoridades chilenas hacia la cooperación de sus vecinos fue un factor importante en la percepción de las autoridades trasandinas hacia José Miguel Carrera posteriormente. Inclusive, tras la derrota de Rancagua y la fuga hacia el norte de Santiago, Juan Gregorio de las Heras, en vez de obedecer las órdenes del general Carrera para el repliegue a Coquimbo e impedir la emigración, se abocó a la tarea de organizar la huida cubriendo la retaguardia, para salvar los bienes de ese estado y proteger a la población que huía despavorida, prometiéndoles que serían bien acogidos en la provincia de Cuyo²⁷.

Las autoridades trasandinas, en especial el coronel mayor José de San Martín, gobernador político y militar de Cuyo, se veían ante una coyuntura crítica: por una parte, había que recibir a la emigración chilena, a la vez que asegurar el orden y la seguridad interna, evitando que las divisiones

Archivo Histórico de Mendoza, Época independiente, 701, 74, fs. 2 y 2v (en adelante AHM, EI).

²⁴ Gervasio Posadas, abogado que participó en la primera fase del proceso revolucionario rioplatense. Fue el primer Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, ejerciendo este cargo entre el 31 de enero de 1814 y el 9 de enero de 1815.

²⁵ *DHLGSM*, II, 192.

²⁶ *Idem*.

²⁷ José Miguel Carrera, *Diário Militar*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1900, 407-408.

intestinas de los emigrados influyeran en las condiciones políticas de las Provincias Unidas; por otro lado, simultáneamente en Santiago se restauraban las autoridades monarquistas, lo que implicaba la potencial y constante amenaza de una invasión realista²⁸. Por eso es que las autoridades rioplatenses priorizaron, en la medida de lo posible, la organización de un plan que libertara a Chile. Para ello San Martín se entregaría por completo, con la ayuda y los sacrificios de la provincia cuyana, a la concreción de este plan.

III. EL ESTADO POLÍTICO DE CHILE HACIA 1814

Al comenzar el año 1814, la crisis intestina de los patriotas se encontraba en el punto más álgido: el grupo de los Larraín emprendía la ofensiva a través de la Junta de Corporaciones, donde su vocero, el guatemalteco Antonio José de Irisarri²⁹, apelaba a la ilegalidad del Reglamento Constitucional de 1812 y del gobierno de Carrera³⁰ y promovía el cambio del mando del Ejército, deponiendo a José Miguel Carrera en favor de Bernardo O'Higgins.

Las circunstancias no mejoraban para Carrera: el 7 de marzo asume Irisarri como Director Supremo interino, siendo su más acérrimo detractor³¹. El Director Supremo propietario, Francisco de la Lastra, pariente de los Carrera y ahora enemigo, se encontraba bajo la influencia de Irisarri y Mackenna. Por su parte, O'Higgins, contendor por antonomasia de Carrera, también mantenía relaciones cordiales y cercana con ambos³². Tanto del mando político como militar, había sido despojada la facción carrerista.

²⁸ Guerrero Lira, *Contrarrevolución...*, *op. cit.*, 92.

²⁹ Sanguíneamente, Irisarri era Larraín. Cf. Ricardo Donoso, *Antonio José Irisarri. Escritor y Diplomático*, Santiago, Prensas de la Universidad de Chile, 1934, 13-14.

³⁰ *El Monitor Araucano y El Semanario Republicano*.

³¹ A pesar de que en un comienzo hubo colaboración entre Carrera e Irisarri, en 1813 este último crea un periódico titulado *El Semanario Araucano*, que serviría como una tribuna desde donde criticaría la manera de gobernar de José Miguel Carrera. Aunque posteriormente fue intervenido por el gobierno, quien coloca a fray Camilo Henríquez como su editor, Irisarri continuará desacreditando a Carrera. Cfr. Donoso, *op. cit.*, 32.

³² Juan Mackenna había sido amigo de su padre y, en ese momento, era su más cercano asesor militar, dado que éste lo era por formación en el ejército hispano, mientras que O'higgins lo fue por la contingencia.

En consecuencia, la política llevada a cabo por el gobierno de Lastra fue de persecución a los hermanos Carrera. En realidad el único afectado en un comienzo fue Juan José, desterrado a Mendoza, ya que Luis y José Miguel habían sido capturados por las fuerzas realistas en el sur.

En un oficio de Lastra al gobernador intendente de Cuyo, el coronel Juan Florencio Terrada, justificaba su actuar señalando que:

La conducta turbulenta del Brigadier Don Juan José Carrera, que ha sido causa muchas veces de graves inquietudes de este pueblo, y que no pocas ocasiones a puesto al Estado de Chile en el borde de su ruina, me ha resuelto a extrañarlo de este territorio obligandole a pasar a esa ciudad a disposición de Usia³³.

Posteriormente, sabida la fuga de los hermanos Carrera de la prisión realista, el Gobierno ordenó la captura de ambos, por amenazar el orden y seguridad interna de Chile, en momentos en que se pactaba la paz en Lircay con el general español Gaínza. Sin embargo, la sola captura de Luis Carrera no fue suficiente para evitar que José Miguel urdiera junto a sus aliados un golpe de Estado para recuperar el poder³⁴.

Esta política oficial de persecución se filtró al resto de la sociedad, y el odio político se transformó en un funesto factor para la causa patriota. Cuando se decidió superar la división en favor del destino de la patria, tras el combate de Tres Acequias en agosto de 1814, fue demasiado tarde: el Comandante General del Ejército Español, Mariano Osorio, supo aprovechar estas divergencias para avanzar hacia la capital.

Cuando Carrera recuperó el poder junto a Julián Uribe y Manuel Muñoz Urzúa, llevó a cabo una política revanchista hacia sus enemigos, para eliminarlos del escenario político³⁵.

Se puede señalar que el nivel de hostilidades en el interior del bando patriota en el año 1814 fue bastante crítico. Estas se habían agudizado, y los acontecimientos de la emigración, las acusaciones en contra de Carrera y su facción por la pérdida de Chile o inclusive el duelo entre Luis

³³ *DHLGSM*, II, 130.

³⁴ Carrera, *op. cit.*, 321-322.

³⁵ Confinándolos en distintos puntos del territorio o exiliándolos junto a los españoles y realistas. Posteriormente, en septiembre, aumentó el número de exiliados, bajo la acusación de enemigos de la revolución, entre ellos algunos patriotas como Hilarión Gaspar, Bernardo Luco o José Villota, desafectos del bando carrerino. Cf. *AO*, VII, 13.

Carrera y Juan Mackenna, que terminaría con la muerte de este último, ilustrarían la desunión patriota.

Por último, fueron los desastrosos militares los que desencadenarían la tragedia para los patriotas. En Rancagua, sitio de la madre de todas las batallas de la Patria Vieja, atrincheradas en la peculiar fisonomía urbana de esa ciudad, las fuerzas patriotas fueron diezmadas por el avance realista, a pesar de la heroica defensa que opusieron. Sin embargo, la polémica iba a radicar en el hecho de que José Miguel Carrera, quien comandaba la tercera división del Ejército, encontrándose en la zona de Angostura de Paine, inexplicablemente se retiró a Santiago en vez de dirigirse a Rancagua para aliviar el asedio al ejército patriota. Este hecho va a ser una de las constantes acusaciones usadas por los patriotas anticarreristas para culparlo de la pérdida del reino³⁶.

IV. LA EMIGRACIÓN A LAS PROVINCIAS UNIDAS DEL RÍO DE LA PLATA

La noticia de la derrota de las fuerzas patriotas en Rancagua sorprendió a la población chilena. Sin embargo, este grave escenario no era del todo inesperado: el 2 de octubre Julián Uribe, al mando provisorio de la Junta, se apuró en dictar órdenes para asegurar los principales activos del Estado chileno en caso de una derrota³⁷. Pero una vez que se supo la noticia de la derrota en Santiago, la ciudad quedó sumida en la desesperación y el caos.

El plan del Gobierno consistía en el repliegue a Coquimbo, llevándose todo lo que pudiera ser útil para la defensa frente a los invasores. De ahí la importancia de la custodia y disposición del tesoro del Estado, cuestión que se transformaría en un tema polémico en Mendoza. Inclusive dictaminó que en la boca de la cordillera se ubicasen centinelas para controlar el movimiento de personas que se trasladasen hacia Mendoza, permitiéndolo siempre y cuando estas llevasen el pasaporte otorgado por las autoridades, así como también comisionó a su secretario de Gobierno, Vera y Pintado, para que cruzase la cordillera buscando ayuda ante las autoridades cuyanas y rioplatenses³⁸.

³⁶ *Ibid.*, VII, 4.

³⁷ Gregorio Víctor Amunátegui y Miguel Luis Amunátegui, *La reconquista española*, Santiago, Imprenta Litografía i encuadernación Barcelona, 1912, 177.

³⁸ Cfr. *Ibid.*, 178; AN, VM, 122, f.21.

Con el avance de las fuerzas de Osorio, se produjo la fuga de patriotas que escapaban del avance realista, con la presencia de militares y civiles prominentes junto a sus familias, como el caso de O'Higgins³⁹. Pero en los estratos medios y bajos de la sociedad chilena, también hubo emigración. Se sumaron a estos, otros de las zonas cercanas a Santiago, como Valparaíso y el valle de Aconcagua, arrastrados por el grupo humano que avanzaba a duras penas hacia la cordillera.

Ante estas circunstancias, cualquier plan urdido por Carrera contaba con poca aceptación, puesto que su autoridad política y militar cesó de facto para parte de los patriotas, y que, con la ayuda de las fuerzas auxiliares del Río de la Plata destacadas en la villa de Santa Rosa de los Andes, el coronel Andrés Alcázar, junto a otros oficiales anticarreristas, ayudaron a organizar la evacuación hacia la cordillera⁴⁰, cuya cifra ha sido estimada entre los mil y tres mil personas⁴¹. José Miguel Carrera atribuyó esta acción a un plan de sus enemigos, abocados a minar su autoridad.

Durante el largo y penoso trayecto a través de la cordillera, circulaban civiles y militares, viejos, mujeres y niños, inclusive familias completas, que escapaban de las represalias de las que podían ser víctimas si eran capturados por las fuerzas de Osorio. Javiera Carrera, hermana de José Miguel, al despedirse de su marido al partir al exilio, señaló que: «me horrorizó la conducta del ex[er]cito real pasar a cuchillo niños de pecho y sus infelices madres»⁴². Por su parte Pedro Monaga, quien presencié un combate entre una guerrilla de Luis Carrera y las avanzadas realistas, contaba que: «todos los prisioneros q[u]e tomo esta guerrilla los paso a cuchillo»⁴³. La emigración se hizo peligrosa en la medida en que las tropas realistas hostilizaban la columna de emigrados.

Pero antes de proseguir con los hechos, cabe preguntarse el porqué de la emigración. En los cuatro años que llevaba la revolución, hubo quienes se encontraban fuertemente comprometidos en ella, por su actuación militar o política. En cambio los de carácter reformistas o moderados estimaban que su actuar no era comprometedor, por lo que decidieron

³⁹ Doña Isabel Riquelme, su madre, y Rosa O'Higgins, su hermana, se encuentran en Santiago de manera preventiva, para evitar que nuevamente cayeran en manos de los realistas.

⁴⁰ V. Amunátegui y M.L. Amunátegui, *op. cit.*, 181.

⁴¹ Guerrero Lira, *Contrarrevolución...*, *op. cit.*, 97-98.

⁴² AN, Fondo Varios, Vol. 237, Doc. 4637, f.1.

⁴³ AHM, EI, 234, Doc. 105, f.1.

permanecer en Chile, esperando no verse víctimas de las represalias que tomarían los vencedores⁴⁴.

Como habíamos dicho, junto a los militares, se fugaron allende los Andes familias enteras, como la de Silva Cienfuegos de Talca⁴⁵ o la familia del coronel Juan de Dios Vial Santelices⁴⁶ o de Fernando Márquez de la Plata Orozco. También encontramos mujeres como Margarita Gazitúa, viuda de un militar patriota, que, por el odio al tirano, emigró junto a sus dos hijas y su hijo⁴⁷. Esto ilustra el carácter heterogéneo de la emigración, compuesta por sujetos de distinta extracción social, género, edad y lugar de origen.

Al saber San Martín de la llegada de los emigrados, expidió órdenes al cabildo de la ciudad de Mendoza para que preparasen el socorro a los refugiados de Chile⁴⁸. Inclusive, tras la difusión del rumor de una posible invasión realista que había acabado con la retaguardia militar que migraba, se resolvió a dirigirse a la zona cordillerana para tomar conocimiento de la situación y disponer las medidas pertinentes.

Desde aquel momento, el Gobernador Intendente se verá abocado a tres tareas principales: procurar la seguridad externa de la provincia de Cuyo; mantener el orden entre los emigrados y obtener su adhesión al proyecto de la liberación de Chile; y conseguir la aprobación de este proyecto y el envío de tropas y pertrechos necesarios desde la capital.

La provincia de Cuyo se vio de pronto despojada de su habitual tranquilidad con la llegada de esta masa migratoria patriota. A diferencia de la boyante capital porteña, cuyo puerto era un importante foco de comercio, Cuyo no era un centro económico de envergadura, que tuviera la capacidad de absorción de este inesperado contingente. Por lo tanto, la llegada de los emigrados chilenos implicaba nuevos problemas, tanto de orden económico, como relativos a la seguridad de la provincia. Sin embargo, los vecinos de Mendoza, fieles al compromiso revolucionario, no dudaron en prestar su consentimiento y respaldo al Gobernador Intendente, quien

⁴⁴ Entre estos últimos encontramos a Manuel de Salas, Juan Egaña, Juan Enrique Rosales e Ignacio de la Carrera, los que, sin embargo, fueron víctimas de las medidas de represalia del bando vencedor, siendo enviados a la Isla de Juan Fernández. Cf. Guerrero Lira, *Contrarrevolución...*, *op. cit.*, 124; Diego Barros Arana, *Historia Jeneral de la Independencia de Chile*, Tomo III, Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1857, 11-12; V. Amunátegui y M.L. Amunátegui, *op. cit.*, 482.

⁴⁵ AHM, EI, 497, 8, f.1.

⁴⁶ *Ibid.* 497, 11B, f. 3.

⁴⁷ *Ibid.* 497, 8, f. 14

⁴⁸ DHLGSM, II, 252.

prácticamente estrujaría los recursos y la buena voluntad de la provincia para su administración.⁴⁹

1. *La disensión intestina patriota*

La dinámica de los conflictos internos del grupo emigrado se vio acelerada por la escalada de recriminaciones mutuas respecto de la responsabilidad por la pérdida de Chile. El enfrentamiento entre Carrera y San Martín se vio influido parcialmente por esta situación, lo que llevó al gobernador de Cuyo a tomar parte por una facción emigrada.

A poco tiempo del arribo patriota chileno, se redactó un documento que acusaba explícitamente a José Miguel Carrera y sus cercanos colaboradores de la pérdida del reino de Chile. El documento se encuentra firmado por 76 patriotas, encabezando las firmas la del brigadier O'Higgins, e inclusive entre los firmantes encontramos a algunos relegados del gobierno de Carrera⁵⁰.

Este documento hace una relación crítica del comportamiento de los Carrera, señalando que, al perder el poder, procuraron dejar en la miseria a la patria, e inclusive robaron el tesoro del Estado. Termina el documento formulando dos acusaciones: a 15 personas que conformaban la camarilla del caudillo, de la pérdida de la provincia de Concepción y de ladrones públicos⁵¹; 2) y al círculo más íntimo de José Miguel Carrera del robo del tesoro del Estado, conforme a lo cual, pidieron la confiscación de sus bienes⁵². En otras palabras, el documento era un ataque directo, que inculpaba a Carrera y su red social. Para los firmantes, la pérdida de Chile por

⁴⁹ Gregorio Funes, «San Martín's Exploit», en Roberto Rauffet (ed), *San Martiniana*, Buenos Aires, Librería del Colegio, 1950, 51.

⁵⁰ Entre ellos a José Gregorio Argomedo, Juan Mackenna, y Antonio José Iriarri, así como dos de los relegados de septiembre de 1814, Bernardo Luco y José Antonio Villota. *AO*, VII, 9-10.

⁵¹ Los acusados son Juan José Carrera, José Miguel Carrera, Luis Carrera, Julián Uribe, Manuel Muñoz Urzúa, el coronel Fernando Vega, Manuel Vega, Bartolo Araos, Juan José Paso, fray Luis Beltrán, el fraile Francisco Solano García, tres Villalobos, Marcos Trigueros, José y Gabino Gaete, dos Cervantes y Servando Jordan. Cfr. *AO*, VII, 9.

⁵² Javiera Carrera, Mercedes Fontecilla, Diego José, Juan José, José María y Manuel José Benavente, Rafael Sotta, Manuel, Ambrosio y Carlos Rodríguez, Manuel Manterola, Manuel Serrano, Miguel y Juan Dios Ureta, Francisco Cuevas, Manuel Cuevas y Esteban Manzano. Cfr. *Ibid.*, VII, 9.

la impericia militar del general Carrera, así como el robo de los tesoros y reliquias del Estado, eran una verdad indiscutible.

Ahora bien, la cuestión de la pérdida de los caudales del Estado involucró una polémica mayor. Aunque José Miguel había dado la orden de resguardar y trasladar a lugar seguro el erario del Estado, los caudales se perdieron en la batalla de la Ladera de los Papeles⁵³, y, dentro de la confusión y el caos de la emigración, los patriotas anticarreristas inquirían saber dónde estaba, de modo que pudiese ayudar a los emigrados a sobreponerse de su dramática situación.

Uno de los líderes militares patriotas, Andrés Alcázar, exigió a Carrera, en vista de la autoridad que aún se arrogaba, la manutención de la tropa, que no tenía rancho y estaba en la mayor miseria, haciéndole ver que si él no lo hacía, lo harían las autoridades del Río de la Plata, a quienes habría de obedecer. Ofendido, el general Carrera le recriminó a Alcázar esta actitud como una insubordinación⁵⁴. Días después, Alcázar formulaba la denuncia de que Carrera solamente ayudaba a los afectos a su persona, mientras que el resto de los emigrados se encontraban desesperados por su subsistencia⁵⁵.

Pero el clímax de las disputas patriotas se lograría en Buenos Aires, con el duelo entre Luis Carrera y Juan Mackenna. Ambos se encontraban allí buscando acaparar la atención y el apoyo del director supremo Posadas, en representación de sus líderes⁵⁶. Mackenna perdió el duelo y su cuerpo fue abandonado en un descampado en las afueras de la ciudad porteña.

La consternación que causó este accidente llevó a que se ordenará la apertura de un sumario para aclarar las causas de la muerte de Mackenna. Durante las pesquisas judiciales, ninguno de los implicados entregaba datos fidedignos, aunque sí se señalaba a Luis Carrera como el autor material del asesinato, mientras que sus partidarios aducían esta acusación al ataque personal de sus enemigos. Irisarri, dolido por la muerte de su cuñado y al ver que el sumario no avanzaba, no se contuvo y remitió por escrito antecedentes inéditos de la muerte de Mackenna, donde acusaba explícitamente a Luis Carrera.

⁵³ *DHLGSM*, II, 296.

⁵⁴ *DHLGSM*, *Ibid.*, II, 325.

⁵⁵ *DHLGSM*, *Ibid.*, II, 319.

⁵⁶ Tanto Irisarri como Mackenna estaban en Buenos Aires, buscando lograr la atención del director Posadas. Por su parte, José Miguel Carrera había enviado a Diego José Benavente y a Luis Carrera, con una pauta de instrucciones para conseguir el mismo cometido.

Pero las cosas se iban a complicar con la llegada a Buenos Aires de José Miguel Carrera, quién imploró justicia al director Posadas, denunciando una persecución sistemática por parte de Irisarri, iniciada en Chile, sostenida en Mendoza y ahora trasladada a la capital rioplatense, cuya finalidad era «presentarnos a la faz del público como unos hombres abominables. Después que se ha cansado de injuriarnos de palabra, ha tocado al extremo de hacerlo por escrito»⁵⁷. Por ello, pide la libertad para Luis y el cierre del caso. Ahora la querrela entre los patriotas se trasladaba a Buenos Aires, aportando mayor complejidad a la vida política porteña, y bajo la excusa de que «no estando los intereses de la causa pública continuar un proceso», Posadas mandó archivar el caso⁵⁸.

2. *Enfrentamientos de Carrera con el gobernador intendente José de San Martín*

Las relaciones entre el ex presidente de la Junta de Gobierno de Chile y el gobernador intendente de Cuyo no fueron de las mejores. En la percepción de este último, sin duda pudo haber influido la opinión parcial de enemigos de Carrera, como la de los rioplatenses que habían tratado con él en Chile⁵⁹. Pero esta vez, San Martín tuvo la experiencia de lo que significaba tratar con José Miguel Carrera. Al establecerse en el campamento de Uspallata, Carrera envió a su hermano Juan José para avisarle a San Martín de su presencia en ese lugar, para que los fuese a saludar. Pero San Martín, como autoridad máxima de la provincia, no estaba dispuesto a permitir aquel trato soberbio, considerando las providencias que estaba tomando para recibir a los emigrados⁶⁰.

San Martín, alertado por los rumores que hablaban del contenido del equipaje de los hermanos Carrera y su grupo, mandó que este fuera revisado por sus oficiales de Aduana. Pero este trámite no fue bien acogido por los Carrera, llegando Juan José a amenazar con quemar los equipajes si se

⁵⁷ AO, VII, 341.

⁵⁸ *Ibid.*, VII, 342. Es importante consignar que el director Posadas era tío de Carlos María Alvear, amigo de José Miguel Carrera, por lo que no es inverosímil que este haya echado mano para conseguir este beneficio.

⁵⁹ Una revisión de la documentación de Marcos Balcarce, Juan Gregorio Las Heras y Juan José Paso, demuestra una marcada animadversión hacia la persona de José Miguel Carrera y sus partidarios.

⁶⁰ José Ignacio García Hamilton, *Don José. La Vida de San Martín*, Buenos Aires, De Bolsillo, 2004, 120-121.

insistía en llevar a cabo la orden emanada del Gobernador Intendente⁶¹. Sin embargo, se vieron obligados a ceder y permitir el trámite aduanero.

Estos hechos ilustran que José Miguel Carrera se sentía aún con autoridad política y militar, dignidades que sintió vulneradas por un jefe provinciano. Por eso alegaba por un mejor trato y exigía comunicación directa con el director supremo Posadas, quien, a su modo de ver, estaría a su altura⁶². Demostrando el respaldo de su facción, remitió a San Martín una proclama, firmada por 170 patriotas, quejándose del trato recibido por parte del mando político cuyano⁶³, a la vez que increpó a San Martín por su intervención en materias privativas de su mando, señalándole que: «apenas pisé este suelo supe que mi autoridad era atropellada. Se nombraba Generales a mis subalternos»⁶⁴. San Martín no iba a permitir que su autoridad fuese mancillada, ni menos que la crisis de los emigrados pusiera en riesgo la seguridad y el orden de la provincia. Por ello estimó que alejándolos de Mendoza podría conjurar aquella amenaza y le pidió a Juan José y Luis Carrera, Manuel Muñoz y Julián Uribe que abandonaran la provincia con dirección a San Luis, a la espera de órdenes superiores. Pero recibió la negativa de Juan José y Luis, apelando a la obediencia militar exclusiva al general del Ejército de Chile, por lo cual no iban a acatar un mandamiento emanado de una autoridad extraña a ese gobierno⁶⁵.

Ante tal desconocimiento de la autoridad de San Martín, este escribió a Posadas para que lo autorizara a tomar medidas contra los Carrera. José Miguel intentó buscar una tregua en los conflictos, presentando un plan para la reconquista de Chile, que fue ignorado por su difícil aplicación en momentos en que la provincia de Cuyo no contaba con los recursos materiales y humanos necesarios para llevarlo a cabo. Por lo demás, cualquier plan para la liberación de Chile tendría que contar con el respaldo del gobierno porteño, que dispondría el dinero, el contingente militar y los pertrechos que requería tamaña tarea.

Los conflictos terminaron cuando San Martín dio un golpe mortal al bando carrerista, asediando con artillería el cuartel donde se encontraban sus fuerzas, y Carrera tuvo que entregar el mando de sus tropas, después de lo cual fue remitido junto a su esposa y cercanos a Buenos Aires, entre

⁶¹ AHM, EI, 233, 32, f.1.

⁶² DHLGSM, II, 265–266.

⁶³ *Ibid.*, II, 291 – 294.

⁶⁴ *Ibid.*, II, 272 – 273.

⁶⁵ La respuesta de Luis Carrera se encuentra en AHM, EI, 233, 34, f.1. Similares fueron las respuestas de Juan José Carrera, Uribe y Muñoz Urzúa.

ellos el ex vocal Julián Uribe, con una custodia de dragones al mando del coronel Agustín López Alcázar, partidario de O'Higgins⁶⁶. Para peor, el pago de la tropa que custodió el viaje debía ser costeado de su propio peculio, siendo mayor su desagrado por el trato recibido⁶⁷.

Con Carrera y Uribe en Buenos Aires y Juan José Carrera detenido en San Luis, y, por otro lado, las tropas carreristas disueltas, San Martín podía actuar con mayor libertad y soltura, organizando la seguridad de la provincia ante la inminente invasión realista desde Chile y planificar su liberación. San Martín escogió personalmente a sus colaboradores, preparando al grupo que posteriormente iba a tener la conducción del Chile independiente.

3. Carrera y el gobierno de Buenos Aires

Aunque Carrera creía que su estadía en Buenos Aires podía ser beneficiosa para sus planes, por la cercanía con el Director Supremo, autoridad análoga a la suya, esto no fue así. Si bien con su presencia pudo influir para liberar a su hermano de los cargos imputados por la muerte de Mackenna, del director supremo Posadas no consiguió mucho, prevaleciendo las buenas relaciones con San Martín y los intereses rioplatenses⁶⁸.

Con la asunción al poder de Carlos María Alvear, en enero de 1815, se avizoraba una mejoría para los intereses carreristas⁶⁹. En sus años en España, Carrera conoció a Alvear, con quién trabajó amistad⁷⁰, y ahora, ubicado en el alto mando político, podía favorecer su situación. En efecto, San Martín, rival de Alvear, fue destituido del cargo de Gobernador Intendente de Cuyo, siendo nombrado en su reemplazo Gregorio Pedriel. Sin embargo,

⁶⁶ Agustín López Alcázar era sobrino de otro colaborador de O'Higgins, el coronel Andrés Alcázar Zapata.

⁶⁷ Cfr. V. Amunátegui y M. L. Amunátegui, *op. cit.*, 314-315; AHM, EI, 234, 124, fs. 1-2.

⁶⁸ *DHLGSM*, II, 331.

⁶⁹ Carlos María de Alvear. Militar porteño, que hizo las campañas contra Napoleón en el ejército español. En España conoció a Carrera, y fue compañero de viaje de San Martín cuando ambos volvieron a Buenos Aires en 1812. Se hizo revolucionario al introducirse en las logias americanas de Cádiz. Fue Director Supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata entre el 11 de enero de 1815 y el 20 de abril del mismo año, cuando fue depuesto por Rondeau.

⁷⁰ Benjamín Vicuña Mackenna, *Ostracismo de los Carreras: Los jenerales José Miguel i Juan José i el coronel Luis Carrera. Un episodio de la Independencia de Sudamérica*, Santiago, Imprenta del Ferrocarril, 1857, 35-36.

el cambio no fue acatado por los vecinos de Mendoza, que en vez de recibir a la nueva autoridad, lo expulsaron y aclamaron a San Martín⁷¹.

Pero el empeoramiento de la situación política de Buenos Aires iba a tener repercusiones en las relaciones entre ambos: por ello, con fecha 13 de febrero de 1815, le pide a los tres hermanos Carrera que «salgan de esta cap[ita]l con destino a la Ciudad de S[an]ta. Fe en un perentorio término de quarenta, y ocho horas»⁷², y dos días después, les extiende un pasaporte a José Miguel y Luis para que viajen a Europa⁷³. Sin embargo, esto no sucede y los hermanos Carrera se mantienen en Buenos Aires.

El movimiento militar de Fontezuelas del 15 de abril de 1815, liderado por el general Rondeau, depuso finalmente a Alvear, y en su lugar asumió la primera magistratura Ignacio Álvarez Thomas⁷⁴. A este, Carrera le presentó un plan para la liberación de Chile, en competencia con O'Higgins, quien se encontraba en la capital bonaerense y que, gracias a la amistad con Juan Florencio Terrada⁷⁵, secretario del gobierno rioplatense, le permitió gozar de un acceso privilegiado y el buen concepto de los altos políticos de Buenos Aires⁷⁶. El plan de Carrera fue rechazado, aduciendo causas externas «hasta que se reciban nuevas noticias de la expedición peninsular, e instruido de ellas pueda fixarse el plan de operaciones militares según el suceso de las del Exército del Perú que por momentos se espera»⁷⁷.

El continuo rechazo de sus planes y la poca disposición hacia la toma de una decisión resuelta por la liberación de Chile terminaron por convencer a Carrera de que ahí no se encontraban los recursos y respaldos que necesitaba. Además, sintió que un nuevo golpe se asestaba contra su familia, con el sumario levantado contra Juan José Carrera por el teniente gobernador de San Luis, Vicente Dupuy, amigo de San Martín. Carrera declaró que «el descaró con que muchos Xefes de estas Provincias nos han perseguido hasta llegar al extremo de ponernos en calavosos y car-

⁷¹ García Hamilton, *op. cit.*, 123-125.

⁷² AN, VM, 122, f. 18.

⁷³ *Ibid.*, 122, f. 20.

⁷⁴ Ignacio Álvarez Thomas, militar revolucionario porteño, fue Director Supremo entre el 21 de abril de 1815 y el 16 de abril de 1816.

⁷⁵ Sobrino del canónigo Juan Pablo Fretes, a ambos los había conocido en su estadía en España.

⁷⁶ Benjamín Vicuña Mackenna, *Ostracismo del Jeneral D. Bernardo O'higgins*, Valparaíso, Imprenta i Librería del Mercurio de Santos Tornero, 1860, 241.

⁷⁷ AN, VM, 122, f. 46.

garnos de grillos, procurando después lisongearnos con falsas y frívolas disculpas»⁷⁸.

Finalmente José Miguel Carrera, cansado de las tramitaciones y las faltas de respeto hacia su persona y familia, se embarcó hacia Estados Unidos de Norteamérica, para buscar el apoyo económico y material necesario para una expedición independiente que libere a Chile⁷⁹.

La actuación de Carrera frente a las autoridades del Río de la Plata resultó incómoda. Carrera se aferró a una autoridad que ya no existía y esperó que ella fuera una llave maestra a la hora de relacionarse con las autoridades trasandinas. Sin embargo, su arrogancia e ímpetu llevaron la simpatía y el favor de las autoridades rioplatenses a sus rivales. Alvear fue el único favorable a Carrera, pero no contaba con una base sólida entre los políticos y militares del Río de la Plata. Al contrario, el actuar discreto y cooperador de O'Higgins, sumado a sus contactos y la amistad con Terrada y San Martín, tuvo un mayor éxito, ya que iba a ser considerado en el proyecto que buscaría la libertad de Chile.

4. *La vida cotidiana en la emigración*

Establecidos en Mendoza, los patriotas chilenos tuvieron que buscar la manera de procurarse la subsistencia. San Martín, con la colaboración del cabildo de Mendoza, buscó alojamiento entre los vecinos para los emigrados. Muchos se acogieron a esta medida, pero una minoría buscó subsistir con sus propios medios —el registro de aduanas figura que 24 personas llevaban equipaje y dinero—⁸⁰, por lo que durante un tiempo se mantuvieron con su propio peculio.

Hubo quienes ejercieron su empleo: esto fue posible para los que tenían profesiones y oficios de tipo civil. Por ejemplo, según una nómina del

⁷⁸ *Ibid.*, 122, f 52.

⁷⁹ V. Amunátegui y M. L. Amunátegui, *op. cit.*, 331-332.

⁸⁰ Cristián Guerrero Lira, «Los Chilenos Exiliados en Cuyo (1814-1817). (Selección Documental)», en *Revista Libertador O'Higgins* 16, 1999, 79-80. Las personas que fueron registradas por los agentes de aduana entre el 14 al 19 de octubre de 1814 fueron: Manuel Muñoz, Ramón Villalón, Casimiro Martínez, Ramón Cerda, Marcelino Victorino, Joaquín Videla, José Conde, Manuel Martínez, José Maten, Narciso Lucares, Juan de Dios Ureta, José María Benavente, Fernando Márquez de la Plata, José Gaete, Domingo Nieto, Pedro Fuentes, Juan de Dios Rivera, Toribio Rivera, Bernardo Videla, Juan José Benavente y Domingo Artigas.

Cabildo donde consigna a los emigrados reubicados en casa de vecinos, se señala que los abogados Juan Esteban Manzano, Manuel Vásquez de Novoa, Carlos Rodríguez y Miguel Zañartu contaban con estudio⁸¹. El derecho común hispánico en América, aspecto que no se vio afectado por la revolución, permitía su ejercicio en cualquier lugar de este imperio en desintegración. También se consigna que Vicente Pinto era un paisano de oficio sastre, que se encontraba ejerciendo su oficio, al igual que Damasio (sic) Lobo, capataz, consignado «con ejercicio»⁸².

En Buenos Aires la ayuda del imparcial Diego Antonio Barros fue fundamental⁸³; desde su cargo de regidor del cabildo porteño ayudó a ubicar a los chilenos en empleos que pudieran asegurarles el sustento. Camilo Henríquez se vio favorecido por Barros, siendo apuntado como editor de diversos periódicos porteños: *La Gaceta de Buenos Aires* en 1815; ese mismo año editaría *Observaciones acerca de unos asuntos utiles*; y en 1817 sería el editor de *El Censor de Buenos Aires*⁸⁴. También ayudó a otros patriotas, empleándolos en una imprenta y una fabrica de naipes, a la que estuvieron ligados Diego José Benavente y Manuel José Gandarillas⁸⁵. La urgencia por subsistir era de tal grado, que estos miembros de la élite chilena tuvieron que trabajar hasta de operarios.

Zenteno tenía familiares en San Juan, quienes le facilitan dinero, y en 1815 se instaló con una venta en las afueras de Mendoza⁸⁶. Sorprendía al público por el nivel cultural que tenía⁸⁷, siendo apodado «el filósofo». La fama de Zenteno llegó a oídos de San Martín, quien acudió a la venta y congració con el chileno. A principios de 1816, en vista de sus méritos, lo nombró Secretario de Guerra del Gobierno de Cuyo⁸⁸.

⁸¹ AHM, EI, 497, 11b, fs. 1 y 1v.

⁸² *Idem*.

⁸³ Nacido en Chile, comerciante de profesión y radicado en la capital rioplatense, fue regidor del Cabildo de Buenos Aires. De su matrimonio con una dama porteña, nacería más tarde Diego Barros Arana.

⁸⁴ Raúl Silva Castro, *Fray Camilo Henríquez. Fragmentos de una historia literaria en preparación*, Santiago, Editorial Universitaria, 1950, 14-15.

⁸⁵ V. Amunátegui y M.L. Amunátegui, *op. cit.*, 341-342.

⁸⁶ Ignacio Zenteno, «El general Zenteno», en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 4:X:15, 1914, 427.

⁸⁷ Zenteno había estudiado Derecho en la Real Universidad San Felipe, pero las necesidades económicas de su familia le obligaron a abandonar sus estudios y buscar empleo como escribano. Así llegó a ser secretario del director supremo De la Lastra.

⁸⁸ *Ibid.*, 445.

No tardó en aparecer la solidaridad entre los emigrados: en la petición de ayuda de Salvador Villalobos para que se le asigne un lugar donde habitar, señalaba que «un virtuoso ciudadano de aquel territorio, que mirándome como hijo ha partido el pan de su familia conmigo»⁸⁹. El virtuoso ciudadano era el coronel Juan de Dios Vial, que, a su vez, fue testigo ante Manuel Corvalán, comisionado para la acreditación de los grados militares de los emigrados, de que Salvador Villalobos había sido alférez de Milicias de Caballería Disciplinada⁹⁰. Los rasgos de lealtad y solidaridad entre los partidarios fueron importantes para la organización posterior del plan libertador de Chile.

Otro caso de solidaridad entre emigrados es el que narra José María Pica, quien señala que, al momento inmediatamente posterior a la emigración a Mendoza,

me acoji a casa de Don José Maria Villalobos tambien hemigrado, biendo que su necesidad y de su familia no menos exigía un reparo que la mia, me pase a la de don Narsiso Lucaris [sic] donde me allo; [...] pero biendo que siendo igualmente hemigrado que todos, ya le es demasiado graboso y aun cuasi insoportable mantener a sus despenzas a sinco chilenos»⁹¹.

Al citado Juan de Dios Vial le urgía tanto la subsistencia, ya que había emigrado con toda su familia, que le escribe a San Martín señalándole que había sido amigo de Juan Martínez de Rozas, a la sazón difunto, y que de verlo en la precaria situación en la que se encontraba el finado lo socorrería, por lo tanto pedía que de la testamentaria de Martínez de Rozas, se le entregara dinero para poder subsistir⁹². El albacea, sorprendido por la naturaleza de la petición, responde que le parece exótico y extravagante que el gobierno obligue a que con los bienes del difunto se auxilie sus necesidades. Ironizando la petición de Vial, pidió a San Martín que tomara medidas para prevenir otros novedosos intentos de obtener dinero o bienes de lo legado por Martínez de Rozas.

5. *San Martín y la ayuda a los emigrados*

José de San Martín, apenas supo de la derrota patriota en Rancagua, coordinó medios con el cabildo de Mendoza para prepararse a recibir a

⁸⁹ AHM, EI, 497, 9, f. 16.

⁹⁰ DHLGSM, III, 114.

⁹¹ AHM, EI, 497, 58, f. 10.

⁹² *Ibid.*, 240, 6, f. 1.

los emigrados: de inmediato envió provisiones al «pie de la cordillera, tanto que a las tropas q[u]e puedan livrarse en caso de la total derrota, quanto a las desgraciadas familias q[u]e hayan emigrado»⁹³. La ayuda que recibían los emigrados se traducían en la marcha de «mil mulas y viveres suficientes; se da alojam[en]to a los que van llegando sin recurso alguno»⁹⁴.

San Martín, consciente del impacto de la masiva emigración en materias de seguridad y el orden de la provincia, ordenó al cabildo de Mendoza la realización de un registro de los individuos emigrados que se encontraban en la provincia, por medio de un bando del día 19 de octubre. El documento clasifica a los emigrados en su calidad civil: solteros, casados y eclesiásticos. A pesar de que señala que no se comprenden militares, se incluye a individuos como Paulino Zisternas (sic) y Cecilio Pardo⁹⁵, que durante la Patria Vieja se desempeñaron militarmente, el primero como subteniente del Ejército y el segundo como soldado. El número de emigrados que registra el documento es de 126 solteros, 65 casados⁹⁶ y 18 eclesiásticos.

Se pensó en los tesoros y reliquias del fenecido Estado de Chile, como los recursos que podían costear la subsistencia de los emigrados, pero, como ya vimos anteriormente, parte de estos recursos no alcanzó a cruzar los Andes, y el resto se distribuyó escasamente entre los exiliados.

A inicios de noviembre de 1814, San Martín comisionó a Francisco Prats⁹⁷, Fernando Urizar⁹⁸ y Miguel Zañartu, como depositarios de los fondos del Estado de Chile⁹⁹. Al 9 de diciembre de 1814, como «no recolectase mas propiedades pertenecientes al Estado de Chile, podran V.S reducir a dinero efectivo los marcos de plata, y demás Chafalonía»¹⁰⁰, para otorgar la ayuda. El criterio de entrega del auxilio se hizo en relación a «los memoriales q[u]e varios individuos de los emigrados han presentado a este Gov[er]n no suplicando se les de alguna cantidad de los fondos recolectados de Chile q[u]e existen en poder de V.S»¹⁰¹. San Martín sugirió a los comisionados

⁹³ AN, VM, 122, f. 22.

⁹⁴ *Idem.*

⁹⁵ AHM, EI, 497, 4, f.1.

⁹⁶ De los cuales no se sabe si emigraron junto a su familia, ya que en la nómina sólo se consigna el estado civil.

⁹⁷ DHLGSM, III, 350.

⁹⁸ *Ibid.*, III, 351.

⁹⁹ AHM, EI, 284, 19, f. 1.

¹⁰⁰ *Idem.*

¹⁰¹ *Ibid.*, Carpeta. 284, 23, f.1.

que procedieran con la «justicia y equidad que les caracteriza» y que no lo hicieran de inmediato por si aparecían nuevas peticiones de asistencia¹⁰². Finalmente se entregó ayuda a 38 personas, entre ellas una sola mujer: Josefa Somonte¹⁰³. El resto eran en su mayoría militares.

Pero el socorro que se entregaba a los emigrados no se agotaba en estos escasos fondos. A comienzos de 1815 San Martín creó una comisión de ayuda a los emigrados, cuya función era administrar bienes embargados a propietarios peninsulares y americanos desafectos cuyanos. La comisión estaba formada por los ya citados Francisco Prats y Miguel Zañartu, a los que se unió José Gregorio Argomedo, quien ya era colaborador de San Martín, informándole sobre los emigrados.

En los primeros meses de 1815, San Martín entregó la Hacienda de la Arboleda, para que fuera administrada por la comisión y con las utilidades producidas se auxiliase a los emigrados. Como la hacienda se encontraba en «absoluta necesidad de varios utensilios», para lo cual no contaban con los fondos necesarios, se pedía a San Martín que se diera la orden de retirar a aquellos que se encontraban en la Hacienda que había dejado abandonada Pedro Nicolás de Chopitea, enconado realista que se había fugado hacia Chile¹⁰⁴. A cargo de la Hacienda la Arboleda estuvo Andrés Vera, quien será separado del empleo de capataz a favor de Ramón Lantaño en mayo de 1815. Este último será reemplazado por Francisco Espejo en marzo de 1816.

Pero los comisionados solicitaban a San Martín, en oficio fechado el 9 de mayo de 1815, que la ayuda entregada no estuviera sujeta a la obligación de devolución de lo entregado, ya que:

si el objeto es socorrer a los infelices, mal podemos responder, por hombres que aun reconquistado Chile, seran miserables, si aquel estado, combencido de su patriotismo, no les proporciona de que subsistir. Si vamos a los pudientes, nos separamos de las veneficas ideas de V.S, [...] Nos compadece la triste suerte, de nuestros hermanos, pero aun quando llegue aquel día suspirado apenas restaurando nuestros vienes, pocéido hoy por el enemigo, tendremos con que atender a las grandes necesidades, que supuestamente nuestras, y largas familias¹⁰⁵.

¹⁰² *Idem.*

¹⁰³ *Ibid.*, 497, 6, f. 16.

¹⁰⁴ *Ibid.*, 236, 5, f3.

¹⁰⁵ *Ibid.*, 236, 5, f 4.

Una tercera iniciativa de San Martín data de diciembre de 1815, donde pide al cabildo mendocino que forme una comisión para franquear vivienda y alimentación a los emigrados, con la cooperación de los vecinos de Mendoza. El Cabildo le respondió a San Martín que «la protección de nuestros hermanos es justa y a ella estamos obligados por un principio de humanidad, pero serían útiles los preventivos informes sobre su conducta»¹⁰⁶. José Gregorio Argomedo iba a jugar un papel determinante en esta tarea, al calificar a los sujetos que presentaban solicitud de ayuda, para satisfacer la inquietud del Cabildo. Por ejemplo, Argomedo informaba a San Martín sobre una petición que presentaba Manuel Cuevas, conocido carrerista, que «el suplicante es patriota, aunq[ue] notado de faccioso. En quanto a su conducta nunca se le ha conocido desarreglo reprehensible»¹⁰⁷. De Francisco Borja Sotomayor, informó que «a principio el suplicante fue como de ayudante de D[o]n Juan José Carrera p[o]r q[ui]e[n] paso a Subteniente de granaderos, y aseguran es de corto talento. Patriota en suma indigencia y su conducta arreglada»¹⁰⁸. Por lo tanto, el filtro para obtener el auxilio dependería de la actitud y el trasfondo partidario que tuviesen los peticionarios.

Con respecto al alojamiento, el cabildo de Mendoza entregó, el 30 de diciembre de 1815, una nómina de 37 vecinos que estaban dispuestos a alojar a emigrados¹⁰⁹. En un documento del Cabildo remitido a San Martín en marzo de 1816 se consigna que 60 vecinos se encontraban alojando a una cantidad que superaba los 76 individuos¹¹⁰.

Es probable que esta cifra fuera mucho mayor, dado que hubo vecinos de Mendoza que ayudaron espontáneamente a los emigrados, como fue el caso de Antonia Cavero, que ofreció alojamiento y manutención a José Ignacio Fermandois¹¹¹. Pero este individuo se aprovechó de la buena voluntad de la citada Antonia y denunció ante San Martín el cese del cumplimiento de la ayuda, con la petición de que se le obligara a reestablecer el auxilio que estaba entregando¹¹². Pero las indagaciones del caso

¹⁰⁶ DHLGSM, III, 90.

¹⁰⁷ AHM, EI, 236, 9, f. 1.

¹⁰⁸ *Ibid.*, 237, 14, f.1.

¹⁰⁹ DHLGSM, III, 91.

¹¹⁰ AHM, EI, 497, 11B, fs. 1 y 2. Inclusive tenemos el caso de Juan de Dios Vial y Manuel Serrano, que fueron acogidos con sus familias completas, que habían logrado emigrar.

¹¹¹ AHM, EI, 239, 48, f. 3.

¹¹² *Ibid.*, 239, 48, f. 1v.

incluían una declaración de la señora Cavero, que señalaba que Fernandois mantenía un comportamiento inadecuado y poco agradecido con la ayuda brindada, llegando al punto de golpear a los criados que le enviaba para atenderlo. Además se había llevado bienes y la llave de la casa¹¹³. Fernandois, posteriormente, devolvió las llaves y retiró la petición del restablecimiento del auxilio¹¹⁴.

V. CARACTERÍSTICAS DEL GRUPO EMIGRADO:

ANÁLISIS CUALITATIVO Y CUANTITATIVO

El grupo de los emigrados era un grupo bastante heterogéneo: la emigración fue una disyuntiva que se presentó a individuos de las diversas capas sociales. A primera vista, pareciera que la fuga fue en casi su totalidad realizada por militares derrotados que escapaban de las represalias del vencedor, pero también emigraron una cantidad considerable de civiles y religiosos: mujeres, viejos y niños.

A continuación, de la recopilación de información de fuentes primarias, así como de datos aparecidos en bibliografía que estudia el período, se hará un análisis cualitativo y cuantitativo, sobre la base de un universo de 657 individuos que han sido identificados, a diferencia de los 390 individuos que reconoce Cristián Guerrero Lira¹¹⁵, de modo que nos permita caracterizar al grupo emigrado de los chilenos. Sin embargo, la cifra aumenta a 701, respecto a los datos que señalan el número exacto de acompañantes, ya fueran familiares o criados. La información que nos entregan las fuentes es escasa y dispersa, ya que parcialmente está fuera del país. Por lo tanto no ha sido posible encontrar los datos respectivos para todos los individuos en todos los criterios sobre los que se hace el análisis.

Los criterios escogidos son los siguientes: sexo, estado civil, lugar de procedencia, motivaciones del exilio y filiación a una de las facciones patriotas, actividades que ejercían en Chile durante la Patria Vieja y si durante el exilio permanecieron en Mendoza o se trasladaron a la capital de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

a) *Sexo*: del universo de los 701 individuos identificados, 654, una abrumante mayoría, eran hombres (93,4%) y 46 mujeres (6,6%).

¹¹³ *Ibid*, 239, 48, f. 3v.

¹¹⁴ *Ibid*, 239, 48, f. 4v.

¹¹⁵ Guerrero Lira, *Contrarrevolución...*, op. cit., 297-299.

b) *Estado Civil*: solamente de 310 (44,22%) conocemos información sobre su estado civil. Con los datos de ambos géneros tenemos que 105 emigrados (14,98%) eran casados¹¹⁶, mientras 160 eran solteros (22,82%), 41 eclesiásticos (5,85%) y 4 viudas (0,57%). De los casados, 22 fueron mujeres y 83 hombres. Por otro lado, el número de solteras fue de 20, mientras que los solteros varones alcanzaban la cifra de 140. Los otros 41 eran miembros del clero.

De lo anterior se desprende que la mayoría de los expatriados dejaron Chile solos: a muchos el desastre de Rancagua no les dio tiempo para pasar a recoger sus familias, y tuvieron que emigrar con sus camaradas. En el caso de los que emigraron con sus familias, se trataba de patriotas que temiendo la represalia por parte de los españoles, se llevaron a esposas, hijos, madres y hermanas. Los hermanos Carrera, O'Higgins y Juan de Dios Vial son ejemplos de este tipo.

c) *Lugar de Procedencia*: solamente se obtuvieron datos de 153 de los 701 emigrados, es decir, de un quinto del total de emigrados identificados (21%). Pero los datos aún pueden graficarnos la alta dispersión geográfica de los lugares de origen de los emigrados. El grupo principal, que proviene de la capital de Chile, es prácticamente un tercio¹¹⁷. El segundo y el tercer lugar corresponden a Concepción y Talca respectivamente. Otro dato interesante es que se encuentran 8 extranjeros: un norteamericano, un francés, un individuo del Alto Perú y 4 rioplatenses. Estos últimos corresponden a trasandinos que participaron del proceso revolucionario durante la Patria Vieja como Hipólito Villegas, Bernardo Vera y, Justo Santa María Oro.

d) *Motivo del Exilio*: este criterio es más representativo, en la medida en que se pudo establecer el motivo del exilio de la totalidad de los emigrados identificados. El 94,1% de los emigrados, es decir 662 individuos, emigraron a Cuyo buscando refugio de la invasión española, de la cual temían las represalias. En cambio 41 (5,9%) se encontraban en Mendoza, porque habían sido exiliados por el gobierno del 23 de julio de 1814. De estos exiliados, 14 eran patriotas que habían sido alejados por Carrera,

¹¹⁶ Este dato no implica que quienes estaban casados hayan emigrado con sus respectivas familias. Solamente en el caso de las mujeres, a excepción de las viudas, se entiende que lo hicieran con sus esposos y padres. Pero hubo muchos casos de personas que dejaron a sus familias en Chile, como el de Hilarión Gaspar, quien, una vez reconquistado Chile, se reúne con su mujer e hijos.

¹¹⁷ Santiago es lugar de origen de 49 de los 151 emigrados identificados.

por ser considerados como una amenaza a la estabilidad del Gobierno¹¹⁸. También eran percibidos como agentes de la inestabilidad, pero por ser realistas, otros 27 exiliados que se encontraban en esa ciudad. Por lo tanto el 96,14% (674) era de filiación política patriota.

La identificación con una de las facciones patriotas alcanza a 244 emigrados (34,8%). De estos 244, encontramos 145 carreristas y 99 o'higinistas¹¹⁹.

e) *Tipo de Empleo en Chile*: aquí el cálculo se hace sobre el total de hombres identificados, ya que la participación de la mujer en el mundo laboral de aquel entonces es desconocida, de modo que no aparece en las fuentes. Los empleos están clasificados entre civiles¹²⁰, militares¹²¹ y eclesiásticos¹²². De 370 emigrados (56,57%), se tiene información sobre su ocupación en Chile.

Entre los militares, la mayoría de los emigrados había tenido experiencia en este campo durante la Patria Vieja. Se trata de un número de 260 individuos del total de 654, es decir, el 39,75%. De los 260 individuos, 96 eran de filiación carrerista, mientras que 62 se identificaban como o'higinistas. Esto representa muy gráficamente que el sustento de la facción carrerista reposaba sobre el clientelismo militar de José Miguel Carrera. Estas cifras modifican lo sostenido por Cristián Guerrero Lira, quien sostiene que la emigración fue fundamentalmente civil¹²³.

De los empleos de orden civil, los emigrados de este tipo representaban a un 10,55% del total de identificados, es decir, el número de 69. De estos 69 individuos, 7 eran de filiación carrerista, mientras 14 se mani-

¹¹⁸ En este grupo encontramos a Argomedo, Mackenna e Irisarri entre otros.

¹¹⁹ La identificación de pertenencia a una facción, se hizo con los documentos emanados de las propias facciones, a saber, el manifiesto de los patriotas liderados por O'Higgins, que acusaron a José Miguel Carrera y su grupo como responsables de la pérdida de Chile, así como la crítica de los patriotas carrerinos, que se quejaban del trato recibido por San Martín. A su vez, la información consignada en el *Diario Militar* de José Miguel Carrera es bastante ilustrativa para estos fines.

¹²⁰ Los empleos civiles son entendidos aquí como las profesiones letradas, así como también los oficios u ocupaciones artesanales.

¹²¹ Los que ejercieron empleos militares son aquellos que tenían carrera militar y/o que habían participado activamente en las campañas militares de la Patria Vieja, ya fuera en los cuerpos regulares del ejército como en los cuerpos de milicias.

¹²² Los empleos eclesiásticos tienen relación con curas y frailes.

¹²³ Cfr. Guerrero Lira, *Contrarrevolución...*, op. cit., 99.

festaban partidarios de O'Higgins. Por último, los eclesiásticos representaban al 6,29% de los emigrados identificados (41), de los cuales 9 eran carreristas y 6 o'higinistas.

f) *El Paso a Buenos Aires*: el último criterio da cuenta de la cantidad de emigrados que pasaron a Buenos Aires. De los 701 exiliados, 64 hicieron este recorrido. En su mayoría varones, a excepción de los casos de la hermana y la madre de O'Higgins, así como las damas del grupo carrerista, es decir, Javiera y Mercedes Fontecilla. De los 64 que pasaron a Buenos Aires, 24 se identificaban como carreristas y 17 como o'higinistas. El resto permaneció en Mendoza, siendo la mayoría de los patriotas.

VI. EL PROYECTO LIBERTADOR DE CHILE

Para las autoridades rioplatenses, la liberación de Chile era un proyecto que en el mediano plazo debía verificarse. La provincia de Cuyo no tenía los recursos para mantener durante mucho tiempo al grupo emigrado, pero por otra parte, de no realizarse una campaña libertadora, era probable el comienzo de la agitación entre los emigrados, complicando aún más la frágil estabilidad política del Río de la Plata. Y esto último era un factor gravitante para la ejecución de cualquier plan que buscara la independencia de Chile.

Para las esperanzas de los emigrados, San Martín era la persona adecuada para la organización del plan libertador de Chile. El Gobernador Intendente, desde su vuelta desde el viejo continente, se entregó por entero a la causa revolucionaria, pagando el costo de apartarse de su familia¹²⁴. Hasiado del ambiente de Buenos Aires, y por sus problemas de salud, había pedido que se le otorgara la provincia de Mendoza, desde donde podía

¹²⁴ A diferencia de José, sus hermanos no optaron por la causa americana, y estuvieron al servicio de la monarquía. Siguiendo el ejemplo del padre, el primogénito Manuel Tadeo fue coronel de infantería y murió en Valencia en 1851; Juan Fermín fue comandante de Húsares de Luzón y murió en las Filipinas en 1822; Justo Rufino fue coronel del regimiento de Almanza y murió en Madrid en 1832. La hermana de San Martín, María Elena, se casó con un empleado de la administración monárquica y murió en Madrid en 1853. Cfr. Benjamín Vicuña Mackenna, *El General Don José de San Martín*, Buenos Aires, Editorial Francisco de Aguirre, 1971, 5-6.

planificar de mejor manera su proyecto de liberación americana. El objetivo era Lima, y para ello, Chile tenía que consolidar su independencia¹²⁵.

San Martín fue uno de los más ardorosos promotores de la liberación de Chile. Pero, a diferencia del exaltado y nostálgico sentimiento del emigrado chileno, estaba consciente de que la aprobación de Buenos Aires se debería a la coyuntura política de las Provincias Unidas¹²⁶. El director supremo Pueyrredón¹²⁷ dio el impulso definitivo para que el gobernador intendente de Cuyo iniciara los preparativos para la invasión a Chile en el corto plazo. San Martín comprendió que cualquier proyecto de liberación debía contar con la participación activa de los emigrados. Obviamente, tras los conflictos con los Carrera, este grupo fue parcialmente descartado, en la medida en que amenazara la ejecución del proyecto, pero San Martín supo trabajar con algunos de ellos, dependiendo del servicio que podían prestar a la causa patriota.

Un eje del trabajo organizador de San Martín fue la integración de los emigrados al proyecto. Al hacerlos partícipes, los estaba preparando para las tareas que asumirían para organizar el gobierno patriota una vez recuperado Chile. Sin embargo, la cooptación de los emigrados para el proyecto libertador debía guiarse según las directrices básicas emanadas desde el gobierno porteño. Entre las altas autoridades de Buenos Aires, fue común el criterio de afinidad hacia personajes contrarios a Carrera, dada la poco grata experiencia en las relaciones con este. El director supremo Álvarez Thomas escribía a San Martín, señalando que de realizarse la campaña a Chile durante el verano de 1816, se optara por el grupo de los «Larreines» que se encontraban en Chile¹²⁸. Es por ello que no debe sorprender el hecho de que en las Provincias Unidas se trabajase con aquellos sujetos que demostraban animosidad, o indiferencia en su defecto, hacia José Miguel y su camarilla.

¹²⁵ *Ibid.*, 20.

¹²⁶ La situación de la banda oriental del río de la Plata y la naciente agitación en las provincias, así como la situación del Alto Perú y la potencial expedición peninsular, tenían un peso gravitante en la coyuntura rioplatense.

¹²⁷ Juan Martín Pueyrredón, militar porteño que ocupó la magistratura de Director Supremo entre el 9 de julio de 1816 y el 9 de junio de 1819, es quien, tras la declaración de la Independencia del Río de la Plata en el Congreso de Tucumán, le brindara todo el apoyo a San Martín para emprender la campaña de liberación e independencia de Chile. Cfr. García Hamilton, *op. cit.*, 134.

¹²⁸ *Documentos del Archivo San Martín, op. cit.*, II:103.

San Martín escogió a las personas que prestasen servicios relevantes para el proyecto libertador en virtud de sus méritos, aunque tratándose de carreristas buscó que su lealtad hacia el último presidente de la Junta de Gobierno de Chile estuviese atenuada¹²⁹. Por el otro lado, no dudó en contar con la asistencia de los notables anticarreristas. Ejemplos más claros de este criterio de San Martín fueron: Zañartu y Argomedo, como depositarios de los fondos del Estado de Chile¹³⁰; José Ignacio Zenteno, secretario de Guerra de la Provincia de Cuyo¹³¹; Hipólito de Villegas, comisionado para velar por los intereses de la ciudad de Mendoza en Buenos Aires¹³²; y Casimiro Albano Pereira, nombrado provisor por San Martín¹³³. El mismo O'Higgins sería nombrado presidente de la Comisión Militar del Ejército en Cuyo y, posteriormente, San Martín le encargaría el interinato del mando del Ejército, durante la ausencia del Gobernador Intendente en el año 1816¹³⁴. Todos estos sujetos serían posteriormente los altos funcionarios y ministros del gobierno de O'Higgins.

Adicional a esto, San Martín se abocó a obtener información de lo que sucedía en Chile. Para ello, mantenía una amplia red de patriotas que debían ingresar clandestinamente al país y brindar información valiosa para la expedición que lo libertaría. Entre estos colaboradores estaba Manuel Rodríguez, partidario díscolo de Carrera. Durante su estadía en Mendoza, Rodríguez no participó de las disensiones intestinas de los chilenos. San Martín valoró su inteligencia y astucia y le comisionó para realizar una guerra de zapa¹³⁵.

¹²⁹ Este fue el caso de José María Benavente, como se podrá ver más adelante. Pero San Martín también vetó o dejó en suspenso nombramientos de oficiales recomendados por la comisión que organizó los cuadros de oficiales del Estado de Chile, cuando no tenía la certeza de su comportamiento o noticias sobre su pasado inmediato en Chile.

¹³⁰ AHM, EI, 284, 19, f. 1.

¹³¹ Zenteno, *op. cit.*, 445.

¹³² Arturo Cabrera, «Doctor Don Hipólito de Villegas, Primer Ministro de Hacienda del Director Supremo O'higgins», en *Revista Chilena de Historia y Geografía* 2:III:6, 1912, 343.

¹³³ AHM, EI, 233, 82, f.1.

¹³⁴ AO, VII, 25. Todos estos anteriores comisionados del grupo emigrado son de filiación o'higginstina, lo que explica que se les encomienden tareas de mayor responsabilidad.

¹³⁵ Ricardo Latcham, *Manuel Rodríguez. El guerrillero*, Santiago, Editorial Nascimento, 1932, 122-123.

Pero no fue el único. Con fecha 10 de mayo de 1815, Diego Guzmán Ibáñez y Ramón Picarte fueron comisionados por el director supremo Álvarez Thomas para que pasaran a Chile a «promover en el la insurrección contra el godo español» e instruyeran a San Martín en su calidad de espías, de «quantas noticias crean interesantes»¹³⁶. El 23 de junio de 1815, Álvarez Thomas vuelve a comisionar a dos espías más: Miguel Ureta y Pedro Alcántara Urriola, dos carreristas, también pasan a Chile con la misión de «mirase las intenciones del enemigo, comunicarlas a V.S. con expresión de su fuerza, recursos, movimientos, y todo quanto sea conducente al bien de estas provincias, y fomentar al mismo tiempo el partido de la libertad y ruina del tirano»¹³⁷. Por lo tanto la misión que efectuaban los espías patriotas era esencial como fuente de datos para organizar de mejor manera la expedición, y permitía verificar la factibilidad del plan de liberación de Chile que había compuesto O'Higgins en Mendoza en el año 1816.

Otro eje importante en el desarrollo del plan era la organización militar. Como ya vimos, un 39,75 % de los emigrados eran militares. Hacia fines del año 1815, se acreditaron los grados militares de los emigrados¹³⁸, reconocimiento que se hizo mediante documentación que demostraba la validez y existencia de los grados que los emigrados declaraban haber tenido en Chile. En el caso de quienes no contaban con documentos probatorios, tuvieron que acudir al testimonio de los militares de más rango de lo que había sido el ejército patriota. Con este tipo de prueba es que aparecieron las lealtades políticas. De las 104 acreditaciones, 78 se realizaron con testigos. Entre los carreristas, los principales testigos fueron los hermanos Diego José y José María Benavente y Manuel Serrano, entre los tres hicieron 19 testificaciones. En cambio en el bando o'higginista, solamente Juan de Dios Vial hizo 17 testificaciones, seguido de O'higgins y Fernando Márquez de la Plata, con 3 testificaciones cada uno, y 2 de José Gregorio Argomedo¹³⁹.

Quedó así habilitada para ser incluida en servicio activo, una plana mayor que contaba con oficiales de la talla de Juan de Dios Vial, Andrés Alcázar, Francisco Calderón y Venancio Escanilla¹⁴⁰, entre los más prominentes o'higginistas. Pero en esta nómina de oficiales de alta graduación, encontramos también a 3 carreristas: Miguel Ureta, primo de los herma-

¹³⁶ *DHLGSM*, II, 494.

¹³⁷ *Ibid.*, II, 516.

¹³⁸ *Ibid.*, III, 104.

¹³⁹ *Ibid.*, III, 104-114.

¹⁴⁰ *Ibid.*, III, 126.

nos Carrera, Pedro del Villar y Diego José Benavente¹⁴¹. Con graduaciones menores, quedaron habilitados 7 sargentos mayores; 38 capitanes; 31 tenientes; 41 subtenientes y 5 cadetes¹⁴². También, 13 jefes de Milicias de Caballería quedaron habilitados para integrarse en la formación del Ejército de los Andes¹⁴³.

A estas alturas, la filiación al bando carrerista se encontraba debilitada ante la ausencia de los hermanos Carrera en Mendoza. Esta facción se vio ante el escenario de que tendrían que deponer su postura para integrarse y cooperar en los esfuerzos que permitieran recuperar Chile. De los 138 patriotas partidarios de José Miguel Carrera que habían firmado en octubre de 1814 una queja contra el trato recibido por parte de San Martín, 33 suscriben un compromiso de los exiliados chilenos para recompensar los esfuerzos de Mendoza una vez reconquistada la libertad de Chile¹⁴⁴. Por lo tanto, prácticamente un cuarto había desistido de su inflexible postura. No significa que hayan cambiado de bando explícitamente, pero sí que tuvieron que dejar de exteriorizar su afinidad por Carrera. Por lo demás, muchos de los que suscribieron esa queja fueron los mismos que enviaron una petición de ayuda para que San Martín los ubicase en la casa de algún vecino.

El 16 de abril de 1816, San Martín comisiona a seis prominentes emigrados con la tarea de formar los cuadros militares de los emigrados chilenos residentes en las Provincias Unidas del Río de la Plata. Entre estos había dos carreristas: José María Benavente y Pedro del Villar. Los otros cuatro son cercanos colaboradores de O'Higgins: Venancio Escanilla, Juan de Dios Vial, Antonio Hermida y Antonio Merino¹⁴⁵. La tarea de estos comisionados era la formación de dos regimientos de infantería; uno de artillería y otro de caballería. Posteriormente, encargó la comandancia del Regimiento N°1 de Infantería a Juan de Dios Vial; el Cuerpo de Artillería a Joaquín Prieto; la Compañía de Emigrados Chilenos a José Manuel Astorga, quien será reemplazado por José María de la Cruz, y la Legión Patriótica del Sur a José María Portus¹⁴⁶.

¹⁴¹ *Idem.*

¹⁴² *Ibid.*, III, 126-130.

¹⁴³ *Ibid.*, III, 130.

¹⁴⁴ Guerrero Lira, «Los Chilenos», *op. cit.*, 92-94.

¹⁴⁵ Nicanor Molinare, «El Coronel don José María Portus. Noticias sobre su vida y sus campañas», en *Revista Chilena de Historia y Geografía* 9, 1913, 201.

¹⁴⁶ *Idem.* Portus aunque era carrerino, tras emigrar envía una carta a San Martín ofreciendo sus servicios. Cfr. AHM, EI, 237, 7, f.1. Había decidido no inter-

La integración de chilenos a los cuerpos militares, no solo se dio en estos cuerpos que tenían carácter nacional. Dentro del Ejército de los Andes también se le dio cabida a otros prominentes emigrados. Los que habían llevado a cabo la tarea de espionaje y habían retornado a Cuyo, como Ramón Picarte y Diego Guzmán Ibáñez, fueron recompensados con grados militares del Ejército de los Andes¹⁴⁷: el primero como teniente de Artillería del Ejército de las Provincias Unidas, y el segundo como sargento mayor del mismo. Por su parte, Bernardo O'Higgins recibió el grado de brigadier del Ejército del Río de la Plata, y sería uno de los oficiales de alto rango en la expedición a través de los Andes¹⁴⁸. Su amigo Ramón Freire, quien había participado en el Corso de Brown, también participaría con una comisión destacada en el Ejército de los Andes: sería quién conduciría el ataque patriota por la parte sur de Chile.

VII. CONCLUSIONES

La experiencia del exilio en las Provincias Unidas del Río de la Plata fue bastante dramática para los criollos: por una parte la miseria a la que se expusieron ante la rápida fuga tras la derrota total de las armas patriotas, y por otra las duras querellas entre las facciones, que aumentaron la disensión y polarizaron a los grupos. La única solución para el problema patriota era la desaparición de uno de los bandos o, en su defecto, el debilitamiento. Carrera y su camarilla fueron apartados, y desde entonces O'Higgins fue el líder de los patriotas ante las autoridades rioplatenses.

La emigración fue la opción para los que se encontraban muy comprometidos con el proceso revolucionario, así como también para quienes odiaban al poder español, siendo la experiencia de la guerra, directa para los soldados y oficiales, indirecta para viudas y familiares, la que iba a ir agudizando la identidad protonacional. Quien ha perdido algo, puede valorarlo en su magnitud. En el caso de los patriotas, hubo quienes de-

venir en las disensiones internas y San Martín le encomendaba el comando de la Legión, en la cual se encontraban enrolados una cantidad considerable de carrerinos.

¹⁴⁷ Picarte había participado en una conspiración fallida contra Carrera. Cfr. Lat-cham, *op. cit.*, 75. Diego Guzmán Ibáñez era partidario de O'higgins y había firmado el manifiesto patriota que acusaba a Carrera y su camarilla. Cfr. AO, VII, 10.

¹⁴⁸ AO, VII, 89.

pusieron lealtades para colaborar con los emigrados anticarreristas y las autoridades trasandinas, ya que dependía de estos que se llevara a cabo un plan que buscara la libertad de Chile.

Al margen de las querellas de las cúpulas dirigentes de los patriotas, el drama humano era una realidad latente. Para aminorar sus efectos, San Martín se abocó a la tarea de socorrer a los emigrados, ya fuera designándoles un lugar donde podían ser acogidos para vivir, o buscando los medios de darles ocupación, a través de la creación de los cuerpos militares que se iban a batir contra las armas del rey en Chile.

El proceder de las Provincias Unidas del Río de la Plata fue consecuente con lo que habían hecho por el proceso chileno durante la Patria Vieja. Asumieron el costo de la derrota de Chile y San Martín se entregó por entero a la tarea de la reconquista. En diciembre de 1816 le decía a su amigo Tomas Guido: «Es menester hacer el último esfuerzo en Chile, pues si esta la perdemos todo se lo lleva el diablo»¹⁴⁹. Esta fue la apuesta de San Martín y de los emigrados a quienes escogió, como también de aquellos que decidieron cooperar en la lucha por libertar Chile.

El exilio fue realmente una experiencia fundante del Chile republicano, en la medida en que fue ahí donde se fue perfilando, con respaldo de San Martín y otras autoridades rioplatenses, el grupo que iba a asumir el poder y gobernaría en los años que seguirían a la libertad de Chile.

Por su parte, hemos podido identificar a 657 emigrados, entre hombres y mujeres, de los cuales sabemos que formaban un grupo diverso, ya fuera por su posición social, ocupación laboral o lugar de origen, siendo la emigración una experiencia que formaría un sentimiento general de identidad y pertenencia a Chile, una de las fuentes de la identidad nacional que se desarrollaría posteriormente. También pudimos identificar a las facciones y su presencia en Mendoza: a pesar de que mayoritaria fue la facción carrerista, esta se vio derrotada y hubo individuos que tuvieron que dejar de lado la lealtad a Carrera para participar en la liberación de Chile, aunque sus deudos más inmediatos no participaron y se vieron presas de las medidas de las autoridades para que no malograrán el plan que se estaba ejecutando, siendo los vínculos importantes para ellos. Así, también pudimos ver cómo sujetos tales como Juan de Dios Vial o Argomedo fueron algunos de los personajes clave para involucrarse en el proyecto libertador.

¹⁴⁹ Arturo Capdevila, *Pensamiento vivo de San Martín*, Buenos Aires, Losada, 1982, 64.

Pero el tema no puede declararse agotado, aún queda mucha información por revisar y recopilar en los archivos trasandinos, tarea que ha animado a pocos historiadores, que se han limitado a reproducir lo que señalan los clásicos de la historiografía decimonónica. Sería interesante la realización de un estudio más pormenorizado de la emigración patriota durante la reconquista española, que pretenda analizar el estudio de la mantención de las redes de contacto y vínculos, o un estudio más amplio para ver la relación entre política y ejército en función de las dinámicas de las facciones políticas dominantes del proceso. En el corto espacio del presente trabajo no ha sido posible hacerlo en la magnitud y complejidad que le corresponde, sin embargo, creemos que este primer paso puede animar a continuar con nuevas perspectivas en el estudio de la Independencia de Chile.

LA EMIGRACIÓN PATRIOTA AL RÍO DE LA PLATA

ANEXO N° I

NÓMINA DE LOS INDIVIDUOS IDENTIFICADOS COMO EMIGRADOS PATRIOTAS EN LAS PROVINCIAS UNIDAS DEL RÍO DE LA PLATA

ACUÑA, NICOLÁS	ARAYA, JOAQUÍN
ÁGUILA, JOSÉ	ARAYA, JOSÉ MARÍA
ALBANO PEREIRA, CASIMIRO	ARAYA, LORENZO
ALBORNOZ, JUAN	ARAYA, MANUEL
ALCÁZAR, ANDRÉS	ARAYA, PEDRO
ALDUNATE, FRANCISCO	ARCE, CASEANO
ALDUNATE, PEDRO MARTÍNEZ	ARCE, PEDRO [FRAY]
ALEMPARTE, JOSÉ ANTONIO	ARCOS, JOSE AGUSTÍN
ALLENDE, GREGORIO	ARENAS, JOSÉ MARÍA
ALLENDE, JOSÉ ANTONIO	ARENAS, SANTO
ALLENDE, JOSÉ GREGORIO	ARGOMEDO, JOSÉ GREGORIO
ALLENDE, JOSÉ MARÍA	ARGOMEDO, JOSÉ RAMÓN
ALLENDE, RAMÓN	ARGOMEDO, JOSÉ TORIBIO
ALMARZA, ANTONIO	ARGÜELLES VALENZUELA, ANGEL
ALQUÍZAR, JOSÉ MANUEL	ARIAS, JOAQUÍN
ÁLVAREZ, DOMINGO	ARIZA, ESTEBAN [FRAY]
ÁLVAREZ, JOSÉ ANGEL	ARMANZA, AGUSTÍN
ÁLVAREZ, JOSÉ DOMINGO	ARMIJO, ANASTASIO
ÁLVAREZ, MANUEL	ARRIAGADA, PEDRO RAMÓN
ÁLVAREZ, TOMÁS	ARTEAGA, DOMINGO
AMENABAR, CUSTODIO	ASPEE, TOMÁS
ANDONEIG, MARTÍN	ASTABURUAGA PIZARRO, JOSÉ MARIANO
ANDRADE, ELEUTERIO	ASTORGA, MANUEL JOSÉ
ANGUITA, DOMINGO	ASTORGA, RAMÓN
ANGUITA, JUDAS TADEO	AVARIA, RAMÓN
ANGUITA, RAFAEL	ÁVILA, LORENZO
ARAGÓN, CARMEN	BAQUEDANO, FERNANDO
ARANCIBIA, MIGUEL	BARAHONA, JOSÉ ANTONIO
ARANIBAR, FELIPA	BARAINCA, RAFAEL MARÍA
ARAOS, BARTOLO	BARNECHEA, PEDRO
ARAOS, JOSÉ MARÍA	BARRA, JOSÉ MARÍA
BARRIGA, JOSÉ ANTONIO	BARROS FERNÁNDEZ LEIVA, JOSÉ MANUEL
BARRIOS, ANDRÉS	BARROS, BARTOLOMÉ
BARROS, FRANCISCO	CABRERA, EUGENIO

CAMILO ALARCÓN

BARRUETO, BERNARDO	CÁCERES, BERNARDO
BASCUÑÁN, ANTONIO	CÁCERES, DOMINGO
BASCUÑÁN, FRANCISCO	CALANCHA, DIEGO
BASSO, JUAN MANUEL	CALANCHA, MANUEL
BAUZA, JOSÉ ANTONIO [FRAY]	CALDERÓN, FRANCISCO
BAUZA, JUAN ANTONIO [FRAY]	CALDERÓN, JOAQUÍN
BAZÁN, JOSÉ MANUEL	CALDERÓN, MANUEL
BELLO, JUAN ANTONIO	CALVO, JOSÉ MARÍA
BENAVENTE BUSTAMANTE, JOSÉ MARÍA	CAMPINO, ENRIQUE
BENAVENTE, CAMILO	CAMPINO, JOSÉ ANTONIO
BENAVENTE, JOSÉ ANTONIO	CAMPINO, JOSÉ SANTIAGO
BENAVENTE, JOSÉ TADEO	CAMPO, PEDRO IGNACIO
BENAVENTE, JUAN JOSÉ	CAMPOS, MATEO
BENAVENTE, MANUEL IGNACIO	CAMPUSANO, PEDRO JOSÉ
BENAVENTE, MANUEL JOSÉ	CAMUS, PEDRO
BENAVENTE, MARIANO	CANTO, FRANCISCO
BENAVIDES MUJICA, JUAN MANUEL [FRAY]	CANTO, JOSÉ MANUEL
BENAVIDES, LAUREANO	CANTO, PEDRO ANTONIO
BENÍTEZ, ALFONSO	CANTO, PEDRO IGNACIO
BENÍTEZ, JUAN IGNACIO	CAÑAS, JOSÉ GREGORIO
BERTOMESI, VICENTE [FRAY]	CARABANTES, FRANCISCO
BEVELAGUA, ESTEBAN	CÁRDENAS, JUAN FELIPE
BOSQUIS, JOSÉ JOAQUÍN	CARMONA, MÓNICA
BRAVO, ANDRÉS	CARMONA, PEDRO ANTONIO
BRAVO, DIEGO	CARMONA, RAFAEL
BRAVO, GREGORIO	CARO, AGUSTÍN
BRAVO, ISIDRO	CARRASCO, PEDRO
BRAVO, JOSÉ	CARRERA VERDUGO, FRANCISCA JAVIERA
BRAVO, JOSÉ MANUEL	CARRERA VERDUGO, JOSÉ MIGUEL
BRAVO, JOSÉ MARÍA	CARRERA VERDUGO, JUAN JOSÉ
BRAVO, LORENZO	CARRERA VERDUGO, LUIS
BRAVO, TOMÁS	CARRERA, ANDRÉS
BRICEÑO, JUAN	CARRERA, FRANCISCO
BRUNEL, JUAN FERMÍN	CARRERA, JUAN NICOLÁS
BUERAS, SANTIAGO	CARTI, FRANCISCO
BUSTAMANTE, JOSÉ ANTONIO	CARVALLO, JOSÉ
CASANOVA, GREGORIA	CORDOBES, MANUEL
CASANUEVA, AGUSTÍN	CÓRDOVEZ, GREGORIO

LA EMIGRACIÓN PATRIOTA AL RÍO DE LA PLATA

CASTILLO ALBO, FELIPE	COROS, ISIDRO
CASTILLO, MARCELINO	CORREA SAA, JUAN MANUEL
CASTRO, ASENCIO	CORTÉS, MANUEL
CASTRO, FRANCISCO	CRUZ MUÑOZ, MANUEL
CASTRO, JOSÉ MANUEL	CRUZ PRIETO, JOSÉ MARÍA
CASTRO, LÁZARO	CRUZ VILLALOBOS, JOSÉ
CASTRO, MANUEL JOSÉ	CRUZ, ISIDRO
CAT, JOSÉ ANTONIO	CRUZ, JOSÉ
CAVIERES, TOMÁS	CRUZ, JOSÉ ANTONIO
CENTENO, JOSÉ IGNACIO	CUADRA, JOSÉ CALIXTO
CERDA, RAMÓN	CUADRA, ANACLETO
CHACÓN, ANTONIO	CUADRA, CANDELARIO
CHACÓN, IGNACIO	CUADRA, DIONISIO
CHACÓN, PEDRO	CUADRA, FRANCISCO
CHACÓN, PEDRO IGNACIO	CUADRA, PEDRO
CIENFUEGOS SILVA, JOSÉ	CUADRA, RAMÓN
CIENFUEGOS, ANTONIO	CUERCIA, JOSÉ MARÍA
CIENFUEGOS, DOMINGO	CUEVAS, FRANCISCO
CIENFUEGOS, JOSÉ	CUEVAS, MANUEL
CIENFUEGOS, PABLO	DÍAZ ALDERETE, JOSÉ MARÍA
CIENFUEGOS, PEDRO	DÍAZ GALLARDO, MANUEL
CIENFUEGOS, TOMASA	DÍAZ SALCEDO, JUAN ANTONIO
CIENFUEGOS, VICENTE	DÍAZ, JOSÉ MARÍA
CIFUENTES, RAFAEL [FRAY]	DÍAZ, JUAN
CISTERNAS, PABLO	DÍAZ, JUANA
CISTERNAS, PAULINO	DÍAZ, MATEO
CISTERNAS, PEDRO	DÍAZ, MIGUEL
CLARO, JOSÉ	DÍAZ, SANTIAGO
CONCHA, FERNANDO MANUEL	DOMÍNGUEZ, FRANCISCO [FRAY]
CONCHA, JOSÉ MANUEL	ECHEVARRÍA, JUAN NEPOMUCENO
CONCHA, JOSÉ MARÍA	EDUARDO, DIEGO
CONCHA, PEDRO [FRAY]	ELEISEGUI, PEDRO JOSÉ
CONDE, JOSÉ	ELEISEY, JUAN JOSÉ
CONTRERAS, JUAN	ELIZONDO, AGUSTÍN
CONTRERAS, JUDAS TADEO	ENCALADA, MARÍA
ENRÍQUEZ, AGUSTÍN	GARCÍA, DOMINGO
ERASO, ANTONIO	GARCÍA, NICOLÁS
ESCAMILLA, VENANCIO	GARCÍA, NICOLÁS [FRAY]

CAMILO ALARCÓN

ESPEJO, FRANCISCO	GARCÍA, ROSARIO
ESPEJO, PEDRO ESTEBAN	GARRETÓN, LUIS
ESTAY, JOSÉ	GARRETÓN, VICENTE
ESTAY, JUSTO	GARRIDO, NICASIO
FERMANDOIS, JOSÉ ANTONIO	GASPAR, HILARIÓN
FERMANDOIS, JOSÉ IGNACIO	GAZITÚA, FRANCISCO
FERNÁNDEZ AGUILAR, MARÍA ROSA	GAZITÚA, MARGARITA
FERNÁNDEZ MANZANO, JUAN ESTEBAN	GODOY, JORGE
FERNÁNDEZ MANZANO, PEDRO MARÍA	GODOY, JUAN DE DIOS
FERNÁNDEZ, IGNACIO	GODOY, TOMÁS
FERNÁNDEZ, JOSÉ MIGUEL	GÓMEZ CASTRO, ANTONIO
FERNÁNDEZ, JUAN JOSÉ	GÓMEZ, BERNARDO
FERNÁNDEZ, MANUEL ANTONIO	GÓMEZ, DOMINGO
FERNÁNDEZ, ROSA	GÓMEZ, EDUVIGIS
FERREIRA, PATRICIO	GÓMEZ, IGNACIO [FRAY]
FLORES, LUIS	GÓMEZ, JOSÉ MIGUEL
FLORES, RUDECINDO	GÓMEZ, MANUEL
FONTECILLA, JUAN JOSÉ	GÓMEZ, RAFAEL
FONTECILLA, MERCEDES	GÓMEZ, RAMÓN
FORMAS, CARLOS	GONZÁLEZ, JOSÉ MARÍA
FORMAS, FRANCISCO	GONZÁLEZ, JOSÉ RAMÓN
FREIRE, RAFAEL	GONZÁLEZ, MANUEL ANTONIO
FREIRE, RAMÓN	GONZÁLEZ, ROMUALDO ANTONIO
FUENTES, PEDRO	GONZÁLEZ, FELICIANO
FUENZALIDA, JUAN DE DIOS	GORMAZ, RAMÓN
FUNES, JOSÉ [FRAY]	GUTIÉRREZ PALACIOS, BARTOLOMÉ
GAETE, GABINO	GUTIÉRREZ PALACIOS, ISIDORO
GAETE, JOSÉ	GUTIÉRREZ, CANDELARIO
GAETE, NICOLAS	GUTIÉRREZ, JUAN
GALEASO, JUAN NEPOMUCENO	GUZMÁN IBÁÑEZ, ANTONIA
GANDARILLAS GUZMÁN, MANUEL JOSÉ	GUZMÁN IBÁÑEZ, DIEGO
GARAY, JOSÉ MARÍA [FRAY]	GUZMÁN, CAYETANO
GARAY, JUAN DE DIOS	GUZMÁN, JUAN ENRIQUE
GARAY, LUCAS	GUZMÁN, SILVERIO
HENRÍQUEZ, CALIXTO, [ALIAS], ENRÍQUEZ, CALISTRO	LAGOS, AGUSTÍN
HENRÍQUEZ, CAMILO	LAGUNA, JOSÉ CIRILO
HENRÍQUEZ, CARMELA	LAMOZA, DOMINGO
HENRÍQUEZ, FELIPE	LANTANO, JOSÉ MIGUEL

LA EMIGRACIÓN PATRIOTA AL RÍO DE LA PLATA

HENRÍQUEZ, JOSÉ MANUEL	LANTANO, RAMÓN
HENRÍQUEZ, MARÍA JOSEFA	LANTAY, JOSÉ MIGUEL
HENRÍQUEZ, MARÍA LORETA	LANTAY, RAMÓN
HENRÍQUEZ, MERCEDES	LANTOLLA, MIGUEL
HENRÍQUEZ, SANTOS	LARA, DIEGO
HENRÍQUEZ, VICENTE [FRAY]	LARA, DOMINGO
HERAS, ANTONIO	LARENAS, DIEGO
HEREDIA, ANTONIO	LARENAS, ENRIQUE
HERMIDA, ANTONIO	LARENAS, JUAN DE DIOS
HERNÁNDEZ, JOSÉ	LASO, SILVESTRE
HERQUINIGO, PEDRO JOSÉ	LASTRA, MANUEL
HERRERA, BRUNO	LAVANDEROS, PASCUAL
HERRERA, MANUEL [FRAY]	LAVÍN, JUAN AGUSTIN
HERRERA, RUFINA	LAZO, AGUSTÍN
HINOJOSA, LORENZO	LAZO, BERNARDO
HODAR, FRANCISCO	LAZO, FRANCISCO
HUICI, JOSÉ ANTONIO	LINDSAY, SANTIAGO
HUICI, JOSÉ DOMINGO	LOBO, DÁMASO
HUICI, MANUEL	LOBO, DOMINGO
HURTADO, PEDRO	LOIS, NICOLÁS
IBÁÑEZ, FRANCISCO	LÓPEZ TIZNADO, JOSÉ MARÍA
IBIETA, JUAN JOSÉ	LÓPEZ, AGUSTÍN
IRISARRI, ANTONIO JOSÉ	LÓPEZ, JOSÉ MARÍA
JARA, DOMINGO [FRAY]	LOSAIS, JOSÉ
JARAMILLO, JOSÉ	LOZANO, SANTIAGO
JARAQUEMADA ALQUÍZAR, DOMINGO [FRAY] [DOCTOR]	LUARTE, MIGUEL [ALIAS MIGUEL DUARTE]
JARAQUEMADA, JOSÉ AGUSTÍN	LUCARES, NARCISO
JIMÉNEZ TENDILLO, JOSÉ	LUCERO, JOSÉ
JIMÉNEZ, JOSÉ SANTOS	LUCO, BERNARDO
JOFRE, JUAN AGUSTÍN	MACKENNA O'REILLY, JUAN
JORDÁN, MANUEL	MAGALLANES OTERO, MANUEL
JORDÁN, SERVANDO	MALUENDA, JUAN
LABBÉ, MANUEL ANTONIO	MANRÍQUEZ LARA, PEDRO
MANTEROLA, ANDRÉS	MULET, FRANCISCO
MANTEROLA, GASPAS	MUÑOZ URZÚA, MANUEL
MANTEROLA, JOSÉ MARÍA	MUÑOZ, JOSÉ VICENTE
MARÍN, JOSÉ GASPAS [DOCTOR]	MUÑOZ, MANUEL
MÁRQUEZ DE LA PLATA ENCALADA, FER- NANDO	MURCIA, JUAN DE DIOS [FRAY]

CAMILO ALARCÓN

MÁRQUEZ DE LA PLATA OROZCO, FERNAN- DO	MUSTIS, JUAN
MÁRQUEZ, DOMINGO	NABAGETE, CLEMENTE
MARTEL, JOSÉ	NIETO, DOMINGO
MARTÍNEZ, CASIMIRO	NOGUERA, MARCOS [FRAY]
MARTÍNEZ, GREGORIO	NOVOA, LUCAS
MARTÍNEZ, JUAN DE DIOS	NOYA, FERNANDO JOSÉ
MARTÍNEZ, MANUEL JOSÉ	NOYA, FRANCISCO
MARTÍNEZ, TOMÁS	NOYA, JUAN JOSÉ
MARURI, NICOLÁS	NUÑEZ, DOMINGO
MARZÁN NICOLÁS	NUÑEZ, JUAN DOMINGO
MATEN, JOSÉ	NUÑEZ, MARÍA MERCEDES
MATIENZO, JOSÉ ANTONIO	O'HIGGINS, BERNARDO
MATURANA, DOLORES	O'HIGGINS, ROSA
MATURANO, JUAN ANTONIO	OLIVARES, FERNANDO
MELGAREJO, JUAN	OLIVARES, JOSÉ MARÍA
MELO, FRANCISCO	OPAZO, ANTONIO
MELO, LUCAS	ORGERA, JOSÉ MARÍA
MENDOZA, JOSÉ	ORREGOLAS, RAMÓN
MENESES GUERRERO, JOSÉ GREGORIO	OVALLE, LUIS
MENESES, VICENTE [FRAY]	PACHECO, JOSÉ
MERINO, ANTONIO	PALACIOS LÓPEZ, MANUEL
MILLÁN GATICA, ANTONIO	PALACIOS LÓPEZ, TOMÁS
MOLINA, FRANCISCO JAVIER	PALACIOS, MANUEL
MOLINA, JOSÉ MANUEL	PALACIOS, PEDRO JOSÉ
MONAGA, PEDRO	PARDÍN, JOSÉ RAMÓN
MONTECINOS, SEBASTIÁN [FRAY]	PARDO, CECILIO
MORA, ISIDRO	PASOS COVARRUBIAS, JOSÉ
MORALES, DIEGO	PASQUEL, ANTONIO
MORALES, NICOLÁS	PATINO, BALTASAR
MOYA, FRANCISCO EXCEQUIEL	PAZOS, RAMÓN
MUJICA, JOSÉ DOMINGO	PEREGRINO, JUAN
MUJICA, LORENZO	PÉREZ GARCÍA, JOSÉ SANTIAGO
PÉREZ GARCÍA, MANUEL ANTONIO	RECABARREN, MANUEL ANTONIO
PÉREZ PETINTO, JOAQUÍN [FRAY]	REGALADO, PEDRO
PÉREZ, DOMINGO	REGALADO, PEDRO
PÉREZ, MANUEL	RENCORET, MANUEL
PÉREZ, PEDRO	RENGIFO, MANUEL
PÉREZ, VICENTE	RENGIFO, TOMÁS

LA EMIGRACIÓN PATRIOTA AL RÍO DE LA PLATA

PICA, JOSÉ MARÍA	REQUENA, TADEO
PICARTE CASTRO, RAMÓN	REYES, PEDRO JOSÉ
PINEDA, ISIDRO	REYNA, PATRICIO
PINTO, MIGUEL	RÍO, ANTONIO
PINTO, VICENTE	RÍO, ANTONIO
PIZA, JOSÉ [FRAY]	RÍO, JACINTO
PORTUS, JOSÉ MARÍA	RIOBO PÉREZ, MANUEL [FRAY]
PORTUS, MANUEL	RIQUELME, ISABEL
POZO, DIEGO	RIQUELME, PRUDENCIO
PRADO, MANUEL	RIVERA, ÁNGEL MARIA
PRATS URÍZAR, MARTÍN	RIVERA, JOSE ANTONIO
PRATS, FRANCISCO	RIVERA, JUAN DE DIOS
PRATS, PEDRO NOLASCO	RIVERA, PEDRO JOSÉ
PRIETO VIAL, JOAQUÍN	RIVERA, TORIBIO
PUENTE, PEDRO ANTONIO	ROCO, JUAN DE DIOS
QUEZADA CRISTI, TADEO	ROCUANT SILVA, JOSÉ MARÍA [FRAY]
QUEZADA, AGUSTÍN	RODRÍGUEZ ERDOYZA, AMBROSIO
QUEZADA, JOSÉ IGNACIO	RODRÍGUEZ ERDOYZA, CARLOS
QUINTANA, BLAS	RODRÍGUEZ ERDOYZA, MANUEL
QUINTANA, MANUEL	RODRÍGUEZ, PEDRO PASCUAL
QUIÑONES, IGNACIO	ROJAS, JUAN DE DIOS [FRAY]
QUIROGA, JOSÉ MARÍA	ROMÁN, PEDRO
QUIROGA, RUFINA	ROMERO, JUAN DE DIOS
QUIROZ, FRANCISCO	ROMERO, JUAN DE DIOS [FRAY]
RAMÍREZ, BARTOLOMÉ	ROMERO, VICENTE
RAMÍREZ, BONIFACIO	ROS, ENRIQUE
RAMÍREZ, JUAN CRUZ	ROSALES, SIMÓN
RAMÍREZ, JUAN PABLO	ROZAS, FERNANDO
RAMÍREZ, MIGUEL JOSÉ	ROZAS, JOSÉ MARÍA
RAMOS, ALEJO	RUEDAS, LORENZO
RAVEST, RAMÓN	SAAVEDRA, JOSÉ MANUEL
SALDANO, JUAN	SOTO, AGUSTÍN
SALDANO, MANUEL	SOTO, DIONISIO
SALINAS, JOSÉ	SOTO, JOSÉ MARÍA
SALVATIERRA, FELIPA	SOTO, NICOLÁS
SAMANIEGO CÓRDOBA, JOSÉ	SOTOMAYOR, AGUSTÍN
SAMANIEGO, JOSÉ	SOTOMAYOR, FRANCISCO
SAN MARTÍN, JOSÉ SANTOS	SOTOMAYOR, JOSÉ MARÍA

CAMILO ALARCÓN

SÁNCHEZ, FRANCISCO	SOTOMAYOR, MANUEL ANTONIO
SÁNCHEZ, JOSÉ IGNACIO	SOTOMAYOR, VICENTE
SÁNCHEZ, JOSÉ SANTIAGO	SOTTA, RAFAEL
SANDOVAL, GREGORIO	ZURITA, LORENZO
SANHUEZA, GREGORIO	TENORIO, PASCUAL JOSÉ
SANTA MARÍA ORO, JUSTO [FRAY]	TOBAR, RAMÓN
SANTANDER, JOSÉ CARMEN	TOLEDO, FRANCISCO
SANTIAGO PÉREZ, JOSÉ	TOLLO, LUIS BARTOLOMÉ
SANTIBÁÑEZ, JUAN JOSÉ	TORO, DIEGO
SEGUI, PEDRO	TORREALBA, JOSÉ MIGUEL
SERRANO, MANUEL	TORRES, EUGENIO
SERRANO, GREGORIO	TORRES, MARCELINO
SERRANO, JOSÉ GREGORIO	TORTEL, JUAN JOSÉ
SERRANO, MANUEL	TRIGUEROS, MARCOS
SIERRA, GERÓNIMO	TRUJILLO, PEDRO
SILVA, ANDREA	UFRACIO, JOSÉ
SILVA, DOMINGO	URBISTONDO, FRANCISCO
SILVA, GREGORIO	URCULLÚ, FÉLIX
SILVA, JOSÉ [FRAY]	URETA, JUAN DE DIOS
SILVA, MANUEL JOSÉ	URETA, MIGUEL
SILVA, MATÍAS	URIBE, JULIÁN
SILVA, MATÍAS ANTONIO	URIGOYTIA, FERNANDO
SILVA, PABLO	URÍZAR SUSSO, SILVESTRE
SILVA, PEDRO	URÍZAR, FERNANDO
SOLANO GARCÍA, FRANCISCO	URRA, TOMÁS JOSÉ
SOLANO LASTARRIA, FRANCISCO	URRIOLA, PEDRO ALCÁNTARA
SOLANO, JOSÉ MARÍA	URRUTIA, DOMINGO
SOLÍS, MANUEL	VALDIVIESO, JUAN DOMINGO
SOLOAGA, MANUEL	VALDOVINOS, DIEGO
SOMONTE, JOSEFA	VALDOVINOS, JOSÉ MARÍA
VALDOVINOS, MANUEL	VIDELA, BERNARDO
VALENZUELA, RAMÓN [FRAY]	VIDELA, FRANCISCO JAVIER
VARGAS VERBAL, RAMÓN	VIDELA, JOAQUÍN
VARGAS, JOSE RAMÓN	VIDELA, SANTIAGO
VARGAS, PABLO	VILLAGRÁN, JOSÉ ANTONIO
VARGAS, SALVADOR	VILLALOBOS, CASIMIRO
VÁSQUEZ NOVOA, FÉLIX ANTONIO	VILLALOBOS, CIPRIANO
VÁSQUEZ NOVOA, MANUEL	VILLALOBOS, JOSÉ ANTONIO

LA EMIGRACIÓN PATRIOTA AL RÍO DE LA PLATA

VÁSQUEZ NOVOA, PEDRO	VILLALOBOS, JOSÉ MARÍA
VÁSQUEZ NOVOA, RAMÓN NICOLÁS	VILLALOBOS, JOSÉ PASCUAL
VÁSQUEZ NOVOA, VICENTE	VILLALOBOS, JUAN JOSÉ
VÁSQUEZ, ALEJANDRO	VILLALOBOS, JUAN MIGUEL
VÁSQUEZ, TOMÁS	VILLALOBOS, MIGUEL
VEGA, FERNANDO	VILLALOBOS, SALVADOR
VEGA, MANUEL	VILLALÓN, JOSÉ MARÍA
VERA, ANDRÉS	VILLALÓN, JOSÉ PASCUAL
VERA, BERNARDO	VILLALÓN, RAMÓN
VERA, JUAN JOSÉ	VILLALÓN, SANTIAGO
VERA, TOMÁS JOSÉ	VILLAR, PEDRO ANTONIO
VERDUGO, BONIFACIO	VILLEGAS, HIPÓLITO
VERDUGO, LUCAS	VILLELA, JOAQUÍN [FRAY]
VERGARA, BERNARDO	VILLELA, JOSÉ
VERGARA, DIONISIO	VILLOTA, FRANCISCO LINO
VERGARA, FRANCISCO	VILLOTA, JOSÉ ANTONIO
VIAL SANTELICES, JUAN DE DIOS	VILUNO, TADEO
VIAL, FÉLIX ANTONIO	YRIGOYA, JOSÉ GREGORIO
VIAL, MANUEL	ZAMORA, DOMINGO
VIAL, MANUEL ANTONIO	ZAÑARTU, MIGUEL
VICENTI, JOSÉ MARÍA	ZAPATA, PAULINO
VICTORIANO, MARCELINO	ZELADA, EUSEBIO
VICUÑA, FELIPE	ZORRILLA, JOSÉ MANUEL
VICUÑA, IGNACIO	ZÚÑIGA, FELIPE
VICUÑA, PEDRO JOSÉ	ZÚÑIGA, JOSÉ ANTONIO
VICUÑA, JOAQUÍN	ZÚÑIGA, JUAN BAUTISTA
VIDAL, ISIDORO	ZÚÑIGA, LORENZO
VIDAL, PEDRO NOLASCO	ZURIETA, FRANCISCO
VIDELA ÁGUILA, MANUEL	

Fuente: Elaboración propia a partir de: AHM, EI, Carpetas 233, 234, 235, 236, 237, 238, 239, 240, 248, 284, 287, 457, 497, 701 /

AN, Fondo Vicuña Mackenna, Vol. 122.

BN, Manuscritos Barros Arana, Tomo 41.

Documentos para la Historia del Libertador General San Martín, op. cit., Vol. 2 y 3.

Pedro Pablo Figueroa, *Diccionario Biográfico de extranjeros en Chile*, Santiago, Imprenta Moderna, 1900, Vol. 1.

Pedro Pablo Figueroa, *Diccionario Biográfico de Chile*, Santiago, Imprenta, Litografía i Encuadernación Barcelona, 1897-1901, Vol. 1, 2 y 3.

Guerrero Lira, *Contrarrevolución...*, *op. cit.*

Guerrero Lira, «Los Chilenos», *op. cit.*, 79-80.

Sergio Vergara Quiroz, *Historia social del Ejército*, Santiago, Universidad de Chile, 1993.

MIRADAS AMBIGUAS: VISIONES LATINOAMERICANAS DE TIERRA SANTA EN EL SIGLO XIX¹

Gabriel Cid

I. INTRODUCCIÓN

HAY CIUDADES QUE POSEEN UN ENCANTO particular, únicas en sus detalles, rincones e historia. Jerusalén es una de ellas. Desde sus inicios fue considerada como una ciudad especial, escogida por Jehová para santificar con su presencia el Templo, pero la Ciudad Santa del judaísmo pronto fue también la ciudad en que Jesús pasó sus últimos momentos, fue crucificado y resucitó. Así, la vida de Cristo se condensó en sus muros. A partir de este hecho, el cristianismo y las múltiples tradiciones que se forjaron a partir de él vinieron a reforzar y enriquecer esta peculiaridad. Jerusalén se hizo más especial, más cautivante y más santa. Este fenómeno explica la milenaria tradición cristiana de viajar a Jerusalén y hacia aquellos lugares considerados a la luz de la tradición bíblica como sagrados y por tanto especiales, dignos de ser visitados. Este viaje en busca de la trascendencia divina es la peregrinación, y en ella nos centraremos a lo largo de este artículo.

En el siglo XIX muchos viajeros latinoamericanos acudieron a Tierra Santa buscando vivir personalmente la experiencia de pisar este suelo sagrado, rememorando el andar de Cristo y de los santos, pero también insertar a América Latina dentro de esta milenaria tradición judeocristiana. Para hombres y mujeres, religiosos y laicos, católicos todos, la atracción

¹ Este artículo se inserta en el seminario de investigación «Viajes y Representación» impartido por la profesora Olaya Sanfuentes. Agradezco a Olaya Sanfuentes y Carlos Sanhueza la lectura atenta y los valiosos comentarios, críticas y sugerencias formulados a una versión preliminar de este artículo. Asimismo, agradezco al gentil personal de la Biblioteca Patrimonial Recoleta Dominica, quienes me han otorgado todas las facilidades para consultar sus valiosos fondos bibliográficos, fundamentales para materializar este artículo.

era esencialmente la misma. En una lista que está bastante lejos de ser exhaustiva, pero que sí es bastante representativa de este fenómeno histórico, chilenos como Pedro del Río, José Agustín Gómez, Francisco Heriboso, Carlos Walker Martínez, Ramón Subercaseaux y Amalia Errázuriz; colombianos como Manuel Cordobés y Nicolás Tanco; peruanos como Francisco Esteban de Ingunza y Juan Bustamante; ecuatorianos como Vicente Cuesta, argentinos como Pastor Obligado y mexicanos como José María Guzmán, todos buscaban la conexión directa con la trascendencia divina que permitía este lugar. Sus viajes, anhelos, experiencias, reflexiones y visiones del «otro» y de sí mismos serán analizados en lo que sigue.

II. ENTRE LO SAGRADO Y LO PROFANO: LA DIMENSIÓN RELIGIOSA DEL ESPACIO

Para el hombre occidental contemporáneo, los espacios geográficos han perdido la carga mística que poseyeron alguna vez. La naturaleza ha sido «desmagicalizada» por el desarrollo del pensamiento lógico-científico, que desde mediados del siglo XVIII comenzó a socavar la concepción tradicionalista del universo. La crítica racionalista procuró dotar a los espacios de una igualdad intrínseca. Para el pensamiento científico, aunque existan valoraciones subjetivas hacia ciertos lugares, que determinan preferencias particulares, ningún espacio está dotado de una especialidad en sí. Esto no era así para muchas personas en el siglo XIX, ni menos para la mayoría en todos los siglos anteriores. Religiosa y antropológicamente, para el hombre el espacio dista de ser homogéneo. Simbólicamente, este se encuentra cargado de significaciones.

No todos los espacios poseen el mismo valor, sino que están ordenados y jerarquizados de acuerdo a consideraciones históricas, emotivas, religiosas y sociales². Cualquier hito que escape de la homogeneidad espacial actúa como punto de referencia, haciéndolo inteligible ante un mundo que, sin estos, aparecería como caótico. Montañas, rocas, bosques, desiertos, fuentes, incluso ciudades, todos estos puntos de referencia dotan al espacio de una dualidad específica y trascendental, mágica y mística a la vez. Religiosamente hablando, el mundo está fracturado en dos: en un espacio profano y uno sagrado. El espacio sagrado se define fundamentalmente a

² Emile Durkheim, *Las formas elementales de la vida religiosa*, Buenos Aires, Schapire, 1968, 16.

través de hierofanías, es decir, de manifestaciones de la divinidad en un sitio determinado, producto de lo cual tal espacio poseerá una carga religiosa y simbólica de tal importancia que lo hará ser fundamentalmente distinto de cualquier otro y, por tanto, valorado especialmente por los hombres³. La hierofanía en el espacio sagrado señala un centro que se constituirá en un eje axial –*axis mundi*–, que comunicará directamente lo humano con lo divino, lo sagrado con lo profano. Este centro es un umbral que comunica lo terrenal con lo trascendente. En palabras de Mircea Eliade, este lugar pasa a ser el «ombligo del mundo», el *umphalos mundi*⁴.

A lo largo de la historia han existido muchas ciudades que poseen cualidades distintivas que las vinculan a lo sagrado, donde los fieles sienten y palpan la presencia de lo divino. Ahí están, por ejemplo, La Meca, Medina, Roma, Lourdes o Santiago de Compostela. Sin embargo, hay una ciudad que se define a partir de lo sagrado y que resalta por sobre el resto: Jerusalén. Esta ciudad, tanto para el mundo judeocristiano occidental como para el mundo musulmán, es uno de aquellos espacios que se vinculan directamente con lo divino. La Ciudad Santa es el *axis mundi* por excelencia para gran parte del mundo, en especial para Occidente, ya sea por su carga cultural como por su profundo significado religioso. De ahí que la peregrinación a Jerusalén se constituya en un rito trascendental –aunque no necesariamente impositivo– de las tres religiones monoteístas más importantes del mundo: el cristianismo, el judaísmo y el islamismo.

A través de la peregrinación el hombre busca vincularse de forma mística y territorial con lo sagrado. La peregrinación se constituye así en un viaje profundamente espiritual, en que el peregrino busca palpar –literal y metafóricamente– la manifestación terrenal de la divinidad. Pero, además, es un viaje motivado por la aspiración de imitar y representar la vida de Cristo en el mismo terreno en que vivió y murió. Así, a través múltiples gestos y ritos religiosos, el peregrino busca transmutar el tiempo y revivir a Cristo.

La peregrinación a Jerusalén es una práctica religiosa que posee una larga data en el mundo occidental, pero que sin embargo presentó durante mucho tiempo un vacío notable, una excepción geográfica y cultural dentro de esta tradición: el mundo latinoamericano. América Latina quedó marginada de esta antigua tradición hasta el siglo XIX. ¿Cómo se insertaron

³ G. van der Leeuw, *Fenomenología de la religión*, México, Fondo de Cultura Económica, 1964, 381 y ss.

⁴ Mircea Eliade, *Lo sagrado y lo profano*, Barcelona, Labor, 1998, 32-40.

los viajeros latinoamericanos en esta novedosa práctica cultural? ¿Cuáles fueron las particularidades que presentaron sus peregrinaciones respecto al mundo europeo y también durante el siglo XIX frente al mundo estadounidense? Son preguntas que dan cuenta de un fenómeno relevante hasta ahora muy poco investigado, en rigor inexplorado por la historiografía⁵.

III. ENTRE LO SECULAR Y LO RELIGIOSO:

VIAJEROS LATINOAMERICANOS EN EL SIGLO XIX

El siglo XIX fue una época en la que el viaje y su producto escrito, la literatura de viajes, tuvo un sitio de privilegio como práctica cultural. Si bien el impulso para viajar es connatural al ser humano, en este siglo esta práctica gozó de una popularidad nunca antes vista, y quizás nunca tan registrada. Las mejoras en las comunicaciones y en los transportes, los nuevos territorios revelados ante los ojos occidentales, las expectativas de aventuras y exotismo, la influencia del romanticismo, todo confluía para consolidar esta nueva popularidad. A esto se unió una nueva concepción del viaje: este ya no era solo un medio para adquirir «cultura» en el sentido aristocrático del término, como lo fue el *Grand Tour* propio del siglo XVIII, sino que el viaje decimonónico se validaba a sí mismo. El fin del viaje era el viaje mismo⁶.

⁵ Es interesante notar que se trata de un tema mencionado, pero estudiado marginalmente por la historiografía latinoamericana. Si bien Frédéric Martínez enumera los relatos de viajes colombianos a Tierra Santa durante el siglo XIX, no profundiza en ellos, pues su estudio se centra en el viaje a Europa. Véase Frédéric Martínez, «Representación de Europa y discurso nacionalista en los relatos de viajes colombianos, 1850-1900», en Eduardo Posada Carbó (ed.), *Wars, Parties and Nationalism: Essays on the politics and society of nineteenth-century Latin America*, London, Institute of Latin American Studies, 1995, 56-57. Por otra parte, aunque Hernán Taboada también da cuenta de este problema histórico y enumera una serie de viajeros, no hay una mayor profundización al respecto, ya que su polo de atención está puesto en otros aspectos, como la visión de «Oriente» por parte de los latinoamericanos. Véase Hernán Taboada, «Un orientalismo periférico: viajeros latinoamericanos, 1786-1920», en *Estudios de Asia y África* xxxiii:2, México, 1998, 285-305. Agradezco a Carlos Sanhueza la gentileza de facilitarme este artículo.

⁶ Alberto González, «Del viajero ilustrado al paseo literario», en Leonardo Romero y Patricia Almarcegui (coords.), *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Madrid, Akal /Universidad Internacional de Andalucía, 2005, 151-157; Estuardo Núñez, «Los escritores viajeros en América», en *Revista de Historia de América* 51, México, 1961, 81-97.

Para los europeos del siglo XIX, los viajes hacia tierras extrañas y lejanas constituían una práctica cada vez más frecuente. Dos destinos predilectos para visitar fueron América y Oriente, cuya definición estaba dada más por parámetros culturales que geográficos. El viaje europeo hacia América Latina fue importante tanto cuantitativa como cualitativamente, entre otras cosas porque influyó en la manera en que los americanos se veían a sí mismos⁷. Sin embargo, pronto esta práctica cultural encontró seguidores en los propios americanos, sobre todo al amparo del romanticismo⁸. Si bien es cierto que en el siglo XVIII un número importante de americanos viajó hacia Europa, específicamente hacia las cortes españolas, este viaje era esencialmente «pasivo». El americano iba como súbdito y se posicionaba en una estricta relación jerárquica frente a lo europeo. No se manifestaba claramente la individualidad, sino que el viaje era fundamentalmente una «imposición social»⁹.

Ahora bien, esta situación tendió a cambiar a lo largo del siglo XIX. El viajero cortesano era ahora un viajero poscolonial. El viajero latinoamericano que viajaba hacia Europa manifestaba a cabalidad su individualidad en tanto americano. Ahora criticaba, comparaba, ironizaba o se burlaba de los europeos. Incluso a veces se sentía decepcionado al confrontar la Europa imaginada con la Europa presenciada¹⁰. Sin embargo, se mantenía una actitud fundamental –aunque no siempre unívoca– heredada del período anterior: el americano veía a la Europa noroccidental como el centro del mundo, un centro desde el cual emanaban las directrices que determinaban los paradigmas de civilidad y modernidad al mundo decimonónico. El americano que viajaba a Europa seguía sintiéndose –y siendo considerado– un «actor periférico». Sobre todo, el americano iba al epicentro de la cultura de la cual se hacía parte. Para la naciente burguesía americana, Europa otorgaba los patrones a imitar, al menos si se aspiraba a insertarse en el nuevo escenario forjado por la modernidad.

⁷ Mary Louise Pratt, *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmes, 1997, 325-326.

⁸ Emilio Carrilla, *El romanticismo en la América Hispana*, Madrid, Gredos, 1975, 2:119-122.

⁹ Carlos Sanhueza, «De la periferia colonial al centro del Imperio. Viajeros hispanoamericanos en las cortes españolas durante el siglo XVIII», en Renate Pieper y Peer Schmidt (ed.), *Latin America in the Atlantic World. El mundo atlántico y América Latina (1500-1850), Essays in honor of Horst Pietschmann* Colonia, Böhlhau Verlag, 2006, 213-220.

¹⁰ Carlos Sanhueza, *Chilenos en Alemania y alemanes en Chile. Viaje y nación en el siglo XIX*, Santiago, Dibam/Lom, 2006, 114-118.

De todo el análisis anterior, se desprende lógicamente la importancia que la historiografía latinoamericana ha otorgado al viaje hacia Europa, y en especial hacia París, «la capital del siglo XIX», al decir de Walter Benjamin¹¹, Los estudiosos han puesto de relieve cómo los americanos acudían hacia Europa anhelantes de recibir, aunque fuera marginalmente, el barniz cultural que emanaba desde el Viejo Continente, ayudándolos además a acrecentar el estatus social del viajero en su propio país. El viaje a Europa tenía ciertamente un fuerte componente de esnobismo social. A través del viaje europeo, el hispanoamericano intentaba vincularse al centro culturalmente hegemónico, apropiándose de esta cultura e intentando acortar la brecha entre centro y periferia, articulando la cultura latinoamericana con la europea.

Teniendo en cuenta esta situación, no es raro que el viaje a París haya sido considerado por los viajeros latinoamericanos –en especial por los intelectuales–, y analizado posteriormente por la historiografía, como una suerte de «peregrinación secular»¹². Esta analogía es bastante decidora: el latinoamericano que viaja a París lo hace buscando frutos y goces intelectuales, sociales y materiales, pero fundamentalmente terrenales que se encuentran condensados de forma particularmente seductora en la Ciudad Luz. El siempre perspicaz Benjamín Vicuña Mackenna resume este sentimiento de forma notable:

Estaba ya en París, realizando el sueño de la mitad de mi vida y la imaginación adormecida otra vez en nuevos sueños de admiración y portento! Estaba en la capital del mundo, el corazón de la humanidad en que todo parece latir con las pulsaciones gigantescas que el espíritu de todos los pueblos envía a este centro de vida y de inteligencia. Miniatura de Universo, aquí existe todo lo creado [...] Cuna y sepulcro, cadenas y libertad, hoy dictando la ley al mundo, mañana bajo la bota de un soldado. París, empero se encontrará siempre sobre la faz de la tierra como el faro que ilumine o extravíe al género humano en su camino!...¹³.

¹¹ Walter Benjamin, «París, capital del siglo XIX», en *Sobre el programa de la filosofía futura y otros ensayos*, Caracas, Monte Ávila, 1970, 125-138.

¹² Al respecto véase Francisco Javier González, *Aquellos años franceses. 1870-1900. Chile en la huella de París*, Santiago, Taurus, 2003; «Sueños y realidades de los latinoamericanos en París a fines del siglo XIX. ¿Viajeros ilustrados o *rastaquoères* marginados?», en *Bicentenario. Revista de historia de Chile y América* 3:2, 2004, 69-98; Jacinto Fombona, *La Europa necesaria. Textos de viaje en la época modernista*, Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2005, 67-108; Martínez, *op. cit.*, 55- 69; Lilianet Brintrup, *Viaje y escritura: viajeros románticos chilenos*, New York, Peter Lang, 1992.

¹³ Benjamín Vicuña Mackenna, «Páginas de mi diario durante tres años de viaje, 1853-1854-1855», en *Obras completas*, Santiago, Universidad de Chile, 1936, I:281-282.

Pero si este viaje es considerado como la vertiente secular de la peregrinación, paradójicamente la historiografía ha olvidado su cariz original, el religioso. Si el siglo XIX se caracterizó por el constante enfrentamiento entre las esferas laicas y religiosas, el viaje no quedó marginado de esta ambivalencia. La peregrinación hacia Tierra Santa actuó precisamente como el correlato religioso del viaje a París y, lo que resulta más interesante, así era percibido por algunos peregrinos. La peregrinación decimonónica estaba inserta en un ambiente intelectual modernizante y secularizador, y culturalmente puede ser comprendida como una forma de protestar tácita o explícitamente contra el «espíritu del siglo»¹⁴. En efecto, la peregrinación a Tierra Santa puede considerarse como una vía de escape a la modernidad o de reafirmación del catolicismo como rasgo fundamental, tanto de la identidad del peregrino como de la sociedad latinoamericana. Las palabras del argentino Pastor Obligado tras su viaje a Jerusalén ejemplificaban muy bien este fenómeno: «si el indiferentismo de la época pudo dañar en algo las primeras creencias, salimos indudablemente más fortificados y convencidos tras esta visita»¹⁵.

IV. EL PODER CREADOR DE LAS PALABRAS:

«ACTITUD TEXTUAL» Y ALTERIDAD

Como hemos observado inicialmente, Jerusalén presenta una serie de atractivos que la hacen ser una ciudad especialmente seductora para los latinoamericanos que peregrinaron hacia ella durante el siglo XIX. Una de sus particularidades, así como de otras ciudades, es ser un espacio que se conoce aun antes de arribar a él, sobre todo a partir de un vasto entramado textual y simbólico. Para los latinoamericanos, se trataba de un espacio leído, oído y visto –a través de grabados– desde la infancia (pero no un espacio «presenciado», como lo fue para el caso estadounidense)¹⁶. Tierra Santa

¹⁴ Cf. Jean Rémy, «Pilgrimage and modernity», en *Social Compass* 36:2, Louvain, 1989, 142.

¹⁵ Pastor Obligado, *Viaje a Oriente (de Buenos Aires a Jerusalén)*, París, Imprenta Americana de Rouge, Dunon y Fresné, 1873, 197.

¹⁶ Una de las particularidades más interesantes de la creciente vinculación estadounidense con Tierra Santa en el siglo XIX fue la creación, en 1874, de un inmenso parque en Chautauqua (Nueva York), que representaba a escala «lugares» de Palestina, como por ejemplo el río Jordán, Galilea y Jerusalén. Así, Tierra Santa no era sólo un espacio leído y oído desde antes de viajar, sino

en general y Jerusalén en particular poseen una fuerza especial, un poder semántico que cautivaba al viajero y que lo vinculaba con una dimensión espacio-temporal trascendente que fascinaba al imaginario aun antes de partir. ¿Cómo se configuraba y evidenciaba esta situación? O, reformulando la pregunta, ¿a partir de qué soportes textuales el peregrino se vinculaba imaginariamente a su destino? La importancia de esta interrogante es crucial, pues la respuesta puede abrirnos la puerta a la comprensión de la peregrinación a Tierra Santa. Para aproximarnos a una respuesta, es útil resaltar lo que Edward Said ha llamado la «actitud textual», que se evidencia en la aproximación del mundo europeo frente a lo extraño, lo «otro», al menos desde la Edad Media. Esta actitud parte de la preferencia intelectual hacia un mundo de referencias textuales por sobre los contactos personales que suponen la posibilidad de resultar desconcertantes, de alterar los esquemas mentales preconcebidos. El texto otorga la autoridad, la seguridad y el poder para hacer frente a la alteridad. En esta orientación cultural subyace la idea de que los hombres, los lugares y las experiencias se pueden describir siempre en un libro, de tal modo que este llega a adquirir una autoridad mucho mayor que la realidad representada. En otras palabras, y con implicancias más importantes, «este género de textos puede *crear* no solo un conocimiento, sino la realidad que parece describir»¹⁷.

En este sentido, podemos vislumbrar al menos tres dimensiones de la «actitud textual» presentes, en mayor o en menor medida, en todos los peregrinos latinoamericanos aquí analizados. En primer lugar, el *corpus* de textos que configura la «actitud textual» más importante de los peregrinos es la Biblia. Es la *guía de viajes* fundamental en este itinerario, actuando como un filtro que orienta y determina dónde se debe ir, lo que se debe ver, y lo que es verdaderamente digno de atención para el peregrino. Sin embargo, esta «actitud textual» produce una postura frente a la alteridad que resulta muy importante: Tierra Santa pasa a ser fundamentalmente un espacio perteneciente a un tiempo pasado y vivido, el peso de la historia sagrada orienta la mirada del viajero, las ciudades y habitantes contemporáneos son subsumidos al interior de este tiempo que permanece estancado. El filtro textual fosiliza y arqueologiza a Oriente y sus

que también en cierta forma era un espacio visto y «presenciado». Al respecto véase Lester Vogel, *To see a promised land. Americans and the Holy Land in the nineteenth century*, Pennsylvania, Pennsylvania State Press, 1993, 1-4; y Stephanie Stidham, «American protestant pilgrimage: nineteenth-century impressions of Palestine», en *Koinonia* XV: 1, Princeton, 2003, 60-61.

¹⁷ Edward Said, *Orientalismo*, Madrid, Debate, 2002, 135 y ss.

habitantes. Así, los habitantes de Palestina son confundidos, comparados e interpretados a partir de los pobladores de hace más de 2.000 años. Por ejemplo, el chileno Carlos Walker Martínez afirma, en un juicio comparado por otros peregrinos, que los beduinos del siglo XIX «en la Palestina, en Siria, son los mismos del Génesis»¹⁸.

En segundo lugar, otro conjunto de discursos que se leen sobre Tierra Santa antes de arribar a esta, y que generan otra «actitud textual», son los múltiples folletos¹⁹, hojas de inscripción de donantes²⁰, hojas circulares²¹ y los constantes memoriales que se refieren a la situación de los lugares santos de Palestina en su relación con el Imperio Otomano²². Todas estas publicaciones buscan, a través de una interpelación profundamente emotiva y dramática, que los fieles católicos latinoamericanos aporten recursos financieros para mantener la presencia de los religiosos franciscanos en Tierra Santa, a cambio de obtener las múltiples indulgencias ofrecidas. Son un conjunto textual vasto y variado, pero que apunta a la misma idea central: las constantes expoliaciones que realizan los otomanos sobre las instituciones religiosas cristianas de Tierra Santa son la señal inequívoca de su «barbarie». Ningún «verdadero» cristiano puede quedar impasible al con-

¹⁸ Carlos Walker Martínez, *Cartas de Jerusalén*, Santiago, Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, 1904, (1ª ed., 1896), 17.

¹⁹ Por ejemplo: *Relación verdadera de los grandes tributos que la sagrada religión de nuestro seráfico Padre San Francisco paga cada año al Gran Turco y sus ministros, así por la conservación del Santo Sepulcro, Pesebre de Belén, Convento de San Salvador y otros Sagrados Lugares de la Tierra Santa de Jerusalén, como por la habitación de dichos religiosos en ellos*, México, Oficina de D. Mariano de Zuñiga y Onueros, 1805 (otras reimpressiones: 1806 y 1819).

²⁰ Las hojas de donantes eran entregadas por los franciscanos de la Hermandad de Jerusalén a las principales ciudades de los países católicos, donde el feligrés se comprometía con una cierta cantidad de fondos a cambio de la obtención de indulgencias. En la Biblioteca Nacional de Chile se conserva una bajo la signatura de *Hermandad de Jerusalén*, Santiago, 1814 (Sala Medina, Microfilm: SM. 128.49).

²¹ Por ejemplo: *Circular. Fr. Francisco Pacheco, Guardián de este convento de recolección de franciscanos descalzos, Comisario de Tierra Santa en esta República de Chile. A todos y cada uno de nuestros hermanos en Jesucristo*, Santiago, 27 de octubre de 1853.

²² Los libros o folletos titulados *Memorial al cristiano*, impresos en Jerusalén, se reimprimieron y publicaron profusamente en toda Latinoamérica, incluso hasta mediados del siglo XX. En este artículo se han revisado las ediciones de 1848, 1863, 1871, 1877 y 1888, todas disponibles en la Biblioteca Nacional de Santiago.

templar imaginariamente cómo Tierra Santa es «hoyada y profanada por la nación mas bestial y tirana que tiene la tierra»²³. A partir de este discurso, el peregrino viaja con una imagen preconcebida del mundo musulmán que gobierna Palestina. El esquema mental fundado en este discurso mediará, como veremos más adelante, las descripciones que del mundo árabe se realicen en el momento del encuentro.

Finalmente, los relatos de viajes europeos configurarían otra «actitud textual», que será fundamentalmente exotizante hacia el mundo «oriental». Una serie de relatos de viajes europeos hacia Oriente son leídos como modelos literarios por los latinoamericanos de la segunda mitad del siglo XIX, dentro de los que se destacan principalmente autores como Chateaubriand y Lamartine²⁴. A través de estos textos y el modelo estético propuesto, la mirada exotizante y orientalista de los latinoamericanos frente a la alteridad se posiciona con gran fuerza y persistencia en las descripciones de Tierra Santa, aunque con todas las particularidades de este «orientalismo periférico»²⁵, prestado de la tradición europea. La moda orientalista cautiva finalmente a los viajeros latinoamericanos, quienes constantemente se refieren a los habitantes, lugares y costumbres de Palestina bajo adjetivos como «pintoresco», «exótico», «extravagante» y «salvaje», entre otros.

A través de este nutrido *corpus* textual que orientará la mirada cultural hacia Tierra Santa, los peregrinos latinoamericanos emprenderán sus viajes con una serie de prejuicios, estereotipos, esquemas e imaginarios hacia el complejo mundo con el que convivirán a lo largo de su travesía. Las «actitudes textuales» se superponen, complementan y refuerzan para configurar una mirada global despectiva frente al Oriente terrenal, profano, árabe. Sin embargo, el escenario es más complejo. No debemos olvidar que este imaginario se desenvolverá en situaciones concretas. La misma travesía y sus ocurrencias hacen que el viaje a Tierra Santa sea especial y que dé pie a este complejo conjunto de imágenes y discursos.

²³ *Relación verdadera de los grandes tributos...*, *op. cit.*, 4.

²⁴ Los relatos de viajes aludidos son *Itinéraire de Paris a Jérusalem y Souvenirs, impressions, pensées, et paysages pendant un voyage en Orient. 1832-1833*, respectivamente. Ambos relatos de viaje pronto contaron con traducciones al castellano. La mirada exotizante y despectiva hacia Oriente por parte de estos viajeros y otros es analizada por Said, *op. cit.*, 230-268; para el caso del viaje de Chateaubriand en particular, véase Tzvetan Todorov, *Nosotros y los otros. Reflexiones sobre la diversidad humana*, México, Siglo XXI, 1991, 342-350.

²⁵ Taboada, *op. cit.*, 285-287.

V. LA DIMENSIÓN MATERIAL DE LA PEREGRINACIÓN A TIERRA SANTA EN EL SIGLO XIX

Peregrinar a Tierra Santa durante el siglo XIX no fue una empresa fácil. Algunas de las características que limitaban desde el inicio la popularidad de este viaje religioso fueron la distancia y las incomodidades que había que enfrentar antes de llegar al destino deseado: Jerusalén. Esto era particularmente cierto durante la primera mitad del siglo; sin embargo, durante la segunda mitad las condiciones materiales y políticas de Palestina mejoraron en parte, por lo que la situación tendió a cambiar paulatinamente. Las facilidades para viajar aumentaban, sobre todo debido a la presencia diplomática cada vez más importante de las potencias europeas en Palestina tras la Guerra de Crimea, sumado al impulso modernizador emprendido desde 1831 tras las conquistas de los egipcios Mohamed Alí e Ibrahim Pashá. Aunque la causa principal de la presencia europea en Tierra Santa fuera conservar y proteger sus intereses y privilegios políticos y económicos, dentro de la doctrina del «equilibrio de las potencias», la mayor presencia diplomática también ayudó a mejorar las condiciones materiales de la peregrinación, dotándola de una mayor seguridad²⁶. Esta situación particular, junto a otra igualmente importante, como la formación de compañías turísticas como las del británico Thomas Cook en la década de 1860, explican el auge de esta peregrinación en la segunda mitad del siglo XIX²⁷.

Teniendo en mente estas consideraciones, ¿cómo era una peregrinación tipo en el siglo XIX? En lo que sigue intentaremos reconstruir imaginativamente, a partir de un viajero modelo, la peregrinación a Tierra Santa. El marco temporal de esta recreación será la década de 1870, un espacio privilegiado por su centralidad temporal entre los viajeros aquí analizados, quienes reproducen casi con exactitud el itinerario a continuación descrito, el que, además, era el propuesto por las detalladas y muy leídas guías de viajes, que orientaban la peregrinación católica, como la redactada por el sacerdote belga Lievin de Hame, quien además guiaba

²⁶ Alexander Schölch, «Britain in Palestine, 1838-1882: The roots of the Balfour policy», en *Journal of Palestine Studies* XXII: 1, Washington, 1992, 39-56; Mayir Vereté, «Why was a british consulate established in Jerusalem?», en *The English Historical Review* 85: 335, Oxford, 1970, 316-345.

²⁷ Doron Bar y Kobi Cohen-Hattab, «A new kind of pilgrimage: The modern tourist pilgrim of nineteenth-century and early twentieth-century Palestine», en *Middle Eastern Studies* 39: 2, London, 2003, 133.

personalmente a muchos peregrinos católicos de la segunda mitad del siglo XIX²⁸.

En primer lugar, para ir a Tierra Santa había que poseer una fortuna medianamente importante, de ahí que fuera un viaje realizado exclusivamente por la oligarquía latinoamericana. Había que costear inicialmente el viaje a Europa, particularmente a Marsella o a Nápoles, los principales puertos desde donde salían los vapores a Palestina. Se viajaba de preferencia entre diciembre y abril, por las mejores condiciones climáticas. Tras zarpar de alguno de estos puertos, el itinerario continuaba hasta arribar a Alejandría, tras unos 10 días de viaje por las costas del Mediterráneo, dependiendo de las condiciones climáticas. Eventualmente había unos cuantos días para estar en Egipto, hospedarse en El Cairo y visitar el Nilo y las pirámides, que resultaban especialmente atractivas para los latinoamericanos. Luego el itinerario proseguía a través del ferrocarril que unía las localidades de El Cairo e Ismailia. En este puerto el peregrino tomaba un vapor hacia Port-Said, desde donde se continuaba hasta Jaffa, el puerto de llegada a Tierra Santa. Tras unos 15 días de iniciado el viaje, montando a caballo el peregrino llegaba finalmente a Jerusalén, que albergaba en sus muros en este período unos 30.000 habitantes²⁹.

Si bien con frecuencia el viajero latinoamericano arribaba a Europa solo, la peregrinación tiene un fuerte componente de comunidad, por lo que salvo en instancias de profunda introspección, el peregrino se encuentra rodeado a cada instante por sus hermanos en la fe, provenientes de las más diversas partes del mundo occidental. La peregrinación a Tierra Santa posee la dualidad intrínseca de la intimidad y la camaradería. La estadía en la Ciudad Santa era relativa, pero solía ser de 7 a 14 días –no correlativos–, alojándose el peregrino católico en conventos como San Salvador u hospederías como la Casa Nouva, mantenidas por los franciscanos a cambio de la limosna que dispensaban los viajeros. Desde la madrugada hasta altas horas de la noche, el peregrino acudía a oír la misa a las múltiples iglesias que atiborraban cada calle de Jerusalén. Entre estas, la más importante era la iglesia del Santo Sepulcro –el clímax espiritual de la peregrinación, en especial si se pasaba la noche ahí–, donde se pagaba una

²⁸ Lievin de Hamme, *Guide indicateur des sanctuaires et lieux historiques de la Terre-Sainte*, Jérusalem, Imprimerie des PP. Franciscains, 1887 (1ª ed., 1869).

²⁹ Alexander Schölch, «The demographic development of Palestine, 1850-1882», en *International Journal of Middle East Studies* 17: 4, Cambridge, 1985, 489; Y. Ben-Arieh, «The growth of Jerusalem in the nineteenth century», en *Annals of the Association of American Geographers* 65: 2, Washington, 1975, 262.

contribución al guardia turco que custodiaba la entrada. Luego, siempre había tiempo para realizar el vía crucis por las calles de Jerusalén, ir al Monte Calvario, al Monte de los Olivos, el valle de Josafat y al huerto de Getsemaní, entre una multitud de otros lugares de alto valor religioso. En las calles de la ciudad, que estaban atestadas de peregrinos de las más diversas confesiones religiosas –solo entre los cristianos se cuentan coptos, abisinios, nestorianos, armenios, maronitas, ortodoxos griegos y rusos, latinos y protestantes–, se compraban con avidez recuerdos como relicarios, rosarios, medallas y cruces. Además, con una gran cuota de curiosidad de por medio, el peregrino latinoamericano iba a observar a los judíos en el Muro de los Lamentos, o a los musulmanes en la mezquita de Omar, el ex-templo de Salomón, si se obtenía previamente de las autoridades un *firman*, o pase para entrar junto a otros cristianos brevemente al recinto, si es que los recelosos vigilantes autorizaban el ingreso.

Una vez recorrida Jerusalén, las opciones de lugares por visitar se multiplicaban. El peregrino iba siempre a Belén, porque estaba solo a una hora y media de Jerusalén a caballo. En esta pequeña aldea el peregrino oía la misa en la Gruta de la Natividad. Con la ayuda de un *drogman*, es decir, de un guía árabe, se visitaban en caravana lugares relativamente cercanos, de 1 a 2 días de camino, como Emaús, Hebrón, o Ramleh. Si el peregrino tenía un poco de tiempo, valor y dinero para pagar las múltiples limosnas que exigían los guías árabes en cada ocasión, se emprendía el recorrido más peligroso y fatigoso de toda la peregrinación. En un viaje que duraba en promedio de 4 a 5 días ida y vuelta a caballo, el viajero y sus acompañantes sorteaban a los beduinos que habitaban el árido paisaje de Tierra Santa, hasta llegar finalmente al río Jordán –donde siempre hay tiempo para llenar algunas botellas con agua como regalos– y al Mar Muerto, uno de los escenarios naturales más llamativos de Palestina, donde la curiosidad del peregrino lo impulsaba muchas veces a bañarse. Luego, de retorno en Jerusalén, si aún quedaban tiempo y fuerzas, se podía ir a Nazaret, distante de 3 a 4 días. Tras volver a Jerusalén, había dispuestos un par de días para reponerse de las fatigas del viaje y reflexionar sobre la peregrinación en general. Si el peregrino había ejecutado todo este itinerario, entonces los religiosos franciscanos le otorgaban al viajero la «patente de peregrino», que confirmaba la realización de la peregrinación a Tierra Santa. Con este certificado, y sobre todo con la certeza de haber obtenido la indulgencia plenaria y múltiples indulgencias parciales, el peregrino podía emprender el viaje de regreso. La ruta de vuelta era frecuentemente la misma que la de llegada, aunque a veces había algunas desviaciones por

curiosidad hacia el Líbano y Siria. Así, tras una duración total de unos dos meses de viaje, el peregrino latinoamericano retornaba a su país, habiendo gastado unos 8.000 pesos o 1.500 francos, si la peregrinación era realizada en vapores y hoteles de primera clase³⁰.

Como hemos observado, la experiencia de la peregrinación se nutre de lo leído y lo oído, pero fundamentalmente de lo visto y, como veremos a continuación, de lo vivido a lo largo de los fatigosos itinerarios. Esta inextricable amalgama de experiencias textuales y visuales permite que la peregrinación a Tierra Santa posea un atractivo especial, que abre cognitiva, espiritual y sensorialmente al viajero. Es una experiencia personal, vital, única e irrepetible, pero que presenta una doble cara. Por más que el énfasis de la peregrinación, por el peso mismo de su definición, sea el religioso, la convivencia a cada instante de lo profano con lo sagrado, la curiosidad que representa el crisol cultural que es Palestina y el anhelo paulatinamente más evidente a fines de siglo de vivenciar el exotismo oriental, genera una reunión de experiencias que dotan a la peregrinación a Tierra Santa de una ambigüedad intrínseca, pero enriquecedora. La peregrinación termina por poseer una doble dimensión, que es el resultado de dos tipos de aproximaciones, espiritual y cultural, por parte del viajero, que conviven, se superponen y complementan: una aproximación con los «ojos del alma» y otra con los «ojos de la carne».

VI. SACRALIZAR LA MIRADA: DESCUBRIR TIERRA SANTA DESDE LOS «OJOS DEL ALMA»

«¿Después de Jerusalén, qué se puede ver sobre la tierra?»³¹. La pregunta retórica de Amalia Errázuriz tenía una respuesta consensual entre la gran mayoría de los peregrinos latinoamericanos aquí analizados: nada. La carga espiritual y emotiva de estar en suelo sagrado no dejaba lugar a dudas. De una u otra forma, todos los peregrinos latinoamericanos reflexionaban sobre qué elementos singularizaban de tal modo a esta ciudad para que fuera radicalmente distinta a todo lo visto. ¿En qué se basaba este halo que rodeaba a Jerusalén?

³⁰ Gastos totales propuestos por Obligado, *op. cit.*, 281-284.

³¹ Amalia Errázuriz, *Mis días de peregrinación en Oriente*, s.p.y., s.f., 239. El viaje de Errázuriz fue realizado en 1893.

En primer lugar, los atractivos había que buscarlos en otra parte que no fueran los factores materiales. Intentando responder la interrogante anterior, el sacerdote ecuatoriano Vicente Cuesta afirmaba que Jerusalén no era cautivante precisamente por sus atractivos naturales:

Ella no está a las orillas del mar, para ser emporio del comercio, ningún río caudaloso fertiliza sus alrededores; no tiene ninguna llanura en sus inmediaciones, fuera de aquel valle sombrío y lúgubre donde se reunirán las generaciones en el último día del mundo. Jerusalén, rodeada de rocas estériles sentada como nido de águila entre las secas montañas de la Judea, sin arroyo de agua para apagar la sed de sus habitantes, sin una ramada para recrear la vista, no tiene ni siquiera ruinas famosas como las ciudades de Egipto y Grecia³².

Urbanísticamente, tampoco tenía muchos atractivos para los viajeros. La primera impresión desde lejos era constantemente traicionada por la pobreza de la realidad interior. Así, en 1842 el peruano Juan Bustamante afirmaba que Jerusalén era una «triste y miserable ciudad», que en su exterior engañaba al viajero, pues «estando en el interior de la población la apariencia de grandeza que se nota por el exterior, no es más que en realidad una ciudad de escombros y de ruinas»³³. Además, no contaba con muchas distracciones para el viajero: «no hay un buen *restaurant* donde beber un vaso de cerveza, ni un bosque ameno, ni el más ligero *confort* que permita pasar unas cuantas horas en alegre esparcimiento», ni siquiera «teatros, ni clubs, ni cafés, ni jardines, ni nada de aquello que hace encantadores los Campos Elíseos»³⁴. Sintetizando este pensamiento sobre los escasos atractivos materiales de Jerusalén, el chileno Francisco Herboso sentenciaba: «si pudiera resumirse en una palabra el colmo de lo tétrico, sucio y antipático, no vacilaríamos en denominarlo Jerusalén»³⁵.

Si la singularidad de Jerusalén para los latinoamericanos no radicaba en lo material, entonces los factores religiosos e históricos eran claramente los determinantes. Como Carlos Walker Martínez lo explicaba, a diferencia de ciudades como Nueva York, París o Londres, donde el viajero

³² Vicente Cuesta, *Cartas del Dr. Don Vicente Cuesta sobre su viaje a la Tierra Santa*, Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1879, 87.

³³ Juan Bustamante, *Viaje al Antiguo Mundo*, Lima, Imprenta de Masías, 1845, 156.

³⁴ Walker Martínez, *op. cit.*, 216.

³⁵ Francisco Herboso, *Reminiscencias de viaje*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1906, III:47. El viaje de Herboso fue realizado en 1888.

«sale de ellas como a ellas se llega: sin entusiasmo, ni adhesión ni cariño», en Jerusalén en cambio se tocaba «lo divino»³⁶. Para Vicente Cuesta, la explicación de la singularidad de Jerusalén pasaba por alguien más concreto, Jesús: «Él lo explica todo, sin Él nada se comprende. JESÚS MUERTO en Jerusalén es también la piedra fundamental de todo lo que ha acaecido y acaecerá en los siglos posteriores hasta su consumación»³⁷.

Considerando esta situación, para valorar en su real dimensión a Tierra Santa el viajero latinoamericano debía venir con una disposición espiritual y sensorial distinta, por ejemplo, a la del tradicional viaje a Europa. En palabras de Walker Martínez, «a este lugar no debe venirse con espíritu simplemente de turista; debe venirse con espíritu cristiano, lo cual es muy distinto». Esta distinción era vital, pues «el turista no encontrará aquí sino unas ruinas desagradables, calles estrechas y sucias y no más! El hombre de fe hallará por dondequiera que vuelva los ojos, en cada rincón, en cada piedra un recuerdo piadoso, algo que levante su espíritu a consideraciones más graves»³⁸. Así, para valorar y disfrutar espiritualmente la peregrinación, el viajero debía aprender a mirar de un modo distinto: el peregrino debía viajar con la disposición de mirar a Tierra Santa con «los ojos del alma», según la sutil expresión del sacerdote chileno José Agustín Gómez³⁹.

Esta nueva dimensión perceptiva sin duda variaba de acuerdo al bagaje teológico del peregrino, pues la capacidad de valorar los lugares de Tierra Santa estaba en directa relación con cuán implicado estuviera el viajero en su cotidianidad con las prácticas religiosas católicas. De ahí que exista una disposición valorativa distinta entre los relatos de viajes escritos por sacerdotes (como Vicente Cuesta, José Agustín Gómez y José María Guzmán), y los escritos por laicos sin un compromiso religioso tan evidente. Sin embargo, en modo alguno los laicos estaban al margen de esta situación: de hecho, los relatos más profundamente espirituales aquí analizados son los escritos por los laicos chilenos Carlos Walker Martínez y Amalia Errázuriz. Así, esta nueva forma de mirar la realidad también podía ejercitarse, sobre todo a través de la lectura devocional constante y las «buenas pláticas» con los sacerdotes, antes y durante la peregrinación: la mirada desde los «ojos del alma» podía educarse.

³⁶ Walker Martínez, *op. cit.*, 9.

³⁷ Cuesta, *op. cit.*, 87 (destacado en el original).

³⁸ Walker Martínez, *op. cit.*, 215-216.

³⁹ José Agustín Gómez, *Impresiones de viaje de un chileno*, Santiago, Imprenta de El Independiente, 1889, 214.

Desde esta nueva posición, el peregrino latinoamericano podía valorar aquellos aspectos que una mirada más racional dejaba de lado, o desestimaba en primera instancia. En este punto, adquiere una relevancia patente al interior de la peregrinación lo que algunos estudiosos anglosajones han denominado acertadamente como «geopiedad» (*geopietty*), es decir, la capacidad de apreciar cada lugar no por sus cualidades físicas objetivas, sino por su significación histórica y religiosa. Cada lugar es capaz de transmitir un mensaje relevante si el peregrino puede vincularlo y decodificarlo en función a un hecho sagrado⁴⁰.

Es precisamente gracias a esta nueva perspectiva que el viajero religioso puede apreciar de otra forma los factores que no se valoraban materialmente de Palestina. Así, el árido paisaje que no llamaba la atención del viajero por su monotonía, adquiriría una significación trascendente en virtud de la «geopiedad». Por ejemplo, el colombiano Nicolás Tanco, describiendo el paisaje de Tierra Santa que se contemplaba desde el Monte de los Olivos, afirmaba que esta panorámica era definitivamente el «espectáculo más imponente del universo», más aún que las cataratas del Niágara, los tifones del mar chino y los diversos parajes de América y Asia que había contemplado a lo largo de sus siete años de viaje:

He sido testigo, en fin, de esas escenas o cuadros en que se ostentan todas las bellezas de la naturaleza, todos los fenómenos físicos, todos los misterios del orbe; pero confieso que nada me ha hecho tanta impresión como el panorama que acabo de hablar. Es verdaderamente el Antiguo y Nuevo Testamento indeleblemente impreso sobre rocas y ruinas; el poema santo escrito en letras de oro, y cuyas páginas no puede recorrer el devoto peregrino sin que toda su alma se impregne al momento de sublime y religiosa poesía⁴¹.

Por otra parte, si había un elemento que era fundamental en la peregrinación desde la perspectiva de los «ojos del alma», era sin duda la intensidad y diversidad de las emociones sentidas en Tierra Santa. Uno de los rasgos más evidentes que se vislumbraban al interior de la peregrinación decimonónica a Jerusalén era la amplia gama de emociones que vive el viajero latinoamericano. Muchas de estas emociones eran contradicto-

⁴⁰ Simon Coleman, «From the sublime to the meticulous: art, anthropology and victorian pilgrimage to Palestine», en *History and Anthropology* 13:4, London, 2002, 279.

⁴¹ Nicolás Tanco, *Viaje de Nueva Granada a China y de China a Francia*, París, Imprenta de Simon Raçon y Comp., 1861, 554.

rias y paradójicas, reflejando el significado de Tierra Santa en general y Jerusalén en particular para el mundo religioso cristiano. Por un lado se trataba del lugar donde Cristo predicó, murió y resucitó, redimiendo así los pecados de la humanidad, pero al mismo tiempo era la ciudad deicida, maldita por haber despreciado al Hijo de Dios. Las reflexiones del peregrino latinoamericano al confrontarse por primera vez a los muros de Jerusalén solían dar cuenta de las emociones paradójicas que despertaba en la cristiandad. Al respecto, las palabras del primer peregrino latinoamericano del que se conoce su relato de viajes, el sacerdote mexicano José María Guzmán, reflejaban precisamente esta situación:

Descubrimos los muros de la Santa aunque inquieta Jerusalén, cuya vista no puede menos de causar en un corazón cristiano muy encontrados afectos: la devoción, la ternura, la tristeza, la alegría, la gratitud, el amor, la indignación, todo lo conturba el espíritu. Allí representa la imaginación hasta dónde pudo llegar el amor y dignación de un Dios para con los hombres, y hasta dónde pudo llegar la ingratitud y perfidia de estos para con su Dios. Todo esto se me representó vivamente a la vista de Jerusalén, y no pude menos que derramar muchas lágrimas⁴².

Si las sensaciones despertadas al divisar los muros de Jerusalén eran grandes, a medida que la peregrinación avanzaba y se visitaban más lugares sagrados, las emociones del viajero iban creciendo proporcionalmente. Cada lugar visitado añadía más emoción al peregrino. Ahora bien, si Jerusalén es el *omphalos mundi* para el cristianismo, había un lugar especial que representaba el *axis mundi* cristiano principal en Palestina: el Santo Sepulcro, el clímax espiritual de la peregrinación a Tierra Santa.

Desde una perspectiva literaria, los relatos de viajes de los peregrinos latinoamericanos presentan una progresión dramática en su trama, desde que desembarcan en Jaffa, pisando por primera vez Tierra Santa, hasta que llegan a Jerusalén, tras una extensa serie de acontecimientos, aventuras e impresiones del autor, que van preparando al lector para vislumbrar el destino deseado. Dentro de la Ciudad Santa, el clímax emotivo se produce al ingresar a la basílica del Santo Sepulcro. Al interior de la iglesia, cada peregrino relata las impresiones que produjo en su vidas tal momento y, si bien hay matices, hay consenso en que es sin duda el momento de mayor tensión emotiva en todo el viaje, sobre todo si se pasa la noche ahí⁴³. La

⁴² José María Guzmán, *Breve y sencilla narración del viage que hizo visitar los santos lugares de Jerusalén*, México, s.e., 1836, 30-31.

⁴³ La excepción al respecto, dentro de los autores aquí revisados, es el relato de viajes del chileno Pedro del Río, quien al entrar a la basílica queda impresionada

atmósfera que se vivía al interior de la iglesia contribuía mucho para producir un alto grado de emotividad: las diversas confesiones religiosas que realizaban sus ritos al mismo tiempo, las voces de los múltiples coros, las luces de los miles de cirios que alumbraban a toda hora el lugar, el aroma del incienso que utilizaban los ortodoxos, los gritos y llantos de los miles de extasiados peregrinos que repletaban el lugar día y noche, entre otros factores. Con este panorama, cada descripción de esta experiencia llegaba a un verdadero paroxismo espiritual. El colombiano Manuel Cordobés afirmaba que lo que había sentido en este lugar era «una conmoción que fue una mezcla de pasmo y de amor»⁴⁴; el peruano Juan Bustamante sostenía que el Santo Sepulcro «inspira un temor y santo anonadamiento [...] ninguno se podrá mostrar indiferente, por mas irreligioso que sea al ver este santo lugar»⁴⁵. Asimismo, el colombiano Nicolás Tanco, que pasó la noche al interior de la iglesia, afirmaba:

¡Ah! ¡qué no siente el cristiano viajero al hallarse en presencia de estos restos sagrados! Así como los ojos del cuerpo humano se ofuscan al mirar de frente al astro radiante del sol, del mismo modo los del alma quedan heridos fuertemente en este santo sitio, y cae el pobre pecador prostrado, sintiendo en su interior una emoción inexplicable. Yo, por mi parte, pasé allí horas enteras sin poder darme cuenta en dónde estaba, ni lo que sentía mi alma. Las rodillas en el suelo, los brazos extendidos sobre el sepulcro, y con el labio pegado al mármol, me entregué a la contemplación de los grandes misterios de nuestra fe⁴⁶.

Finalmente, por su emotividad y porque condensan todo lo expresado en este sentido, las palabras del peruano Francisco Esteban de Ingunza merecen citarse *in extenso*:

Un sentimiento profundo de veneración, de dolor y de pavor sagrado se difunden por todo el cuerpo del que tiene la suerte de fijar sus miradas sobre tan venerado lugar. De mí sé decir, que cuando estuve allí un estremecimiento galvánico, cual si hubiese tocado un conductor eléc-

do por sus atributos materiales y riquezas, pero no hace ninguna reflexión de índole espiritual. Pedro del Río, *Viaje en torno al mundo por un «chileno» (Julio 1880-Julio 1882)*, Concepción, Imprenta Concepción, 1909, (1ª ed., 1883), I:466.

⁴⁴ Manuel Cordobés, *Viaje a Jerusalén por un ciudadano de la América del Sur, a fines del año de 1843*, Valparaíso, Imprenta del Mercurio, 1848, 21.

⁴⁵ Bustamante, *op. cit.*, 164.

⁴⁶ Tanco, *op. cit.*, 540.

trico, hizo temblar todo mi ser; sensaciones vehementes, que emanaban del Conductor Eterno, considerando ante mi triunfando de la muerte y los tormentos, y conquistando para el género humano la vida eterna!...

Mi alma se quedó embargada en la contemplación y absorta en un éxtasis de dulzura, mientras que todos los órganos de mi cuerpo, convulsos y como insensibles, parecían haber perdido su acción. Imposible es expresar todo lo que sentí, todas las emociones que experimenté, cuantas veces estuve postrado de rodillas, tocando con mis labios y frente ese relicario de los relicarios y tumba de las tumbas⁴⁷.

Por otra parte, hemos afirmado que la disposición para apreciar Tierra Santa desde los «ojos del alma» era distinta a la visión que ofrecía la mirada propia del viaje turístico moderno. A diferencia de los peregrinos de la primera mitad del siglo XIX, los viajeros latinoamericanos de fines de siglo vislumbraban una diferencia clara entre ambas perspectivas de viaje. En este sentido, debemos responder a una interrogante crucial, ¿hasta qué punto los viajeros latinoamericanos del siglo XIX fueron peregrinos en Tierra Santa y no «turistas religiosos», como los viajeros protestantes⁴⁸? y, de ser afirmativa la respuesta, ¿a partir de qué elementos se posibilitaba tal diferencia?

Si bien el concepto de «geopiedad» es fundamental para comprender la dimensión religiosa de la peregrinación de los latinoamericanos, no arroja mayores luces sobre la particularidad de sus viajes, pues es un elemento transversal al fenómeno mismo de la peregrinación. Si hay algo que diferencie la peregrinación de los latinoamericanos respecto al mundo protestante anglosajón, son precisamente dos elementos centrales de la confesión religiosa católica: el peso de la tradición y el ritualismo⁴⁹. Es precisamente en este sentido en que las diferencias entre latinoamericanos y anglosajones se tornaban decisivas y adquirían connotaciones excluyentes. Esto es central, pues la comparación sobre cómo se viajaba siempre estaba dada en relación al espejo protestante, y no a los ortodoxos, quienes efectivamente eran los peregrinos más numerosos en Palestina. Así, al momento de las comparaciones, los latinoamericanos asumían ser verda-

⁴⁷ Francisco Esteban de Ingunza, *Viajes por el Oriente*, París, Imprenta de Ad. Blondeau, 1852, I: 44-45.

⁴⁸ En este sentido, he seguido básicamente los planteamientos y discusiones contenidas en los trabajos de Coleman, *op. cit.*; y especialmente en Bar y Cohen-Hattab, *op. cit.*

⁴⁹ Cf. David Klatzer, «American catholic travelers to the Holy Land, 1861-1929», en *The Catholic Historical Review* 74:1, Washington, 1988, 66.

deros «peregrinos», relegando a la categoría de simples «turistas» a los anglosajones protestantes, sanción que a fines de siglo fue una constante por parte de los latinoamericanos.

El peso de la tradición en la peregrinación latinoamericana quedaba de manifiesto en la aceptación explícita de la veracidad de las múltiples leyendas que determinaban la particularidad de ciertos lugares, contrariamente a la duda y negación de la legitimidad de tales aseveraciones por parte de los protestantes. Esto explica que uno de los elementos centrales en el viaje a Tierra Santa de los protestantes, como es la arqueología, sea bastante marginal o esté de plano ausente en las narraciones latinoamericanas. Los peregrinos latinoamericanos no necesitaban comprobación científica para creer, porque según ellos ninguna de sus tradiciones era «fabulosa»⁵⁰, como afirmaba Pastor Obligado saliendo al paso de tales dudas. Esto explica que la ruta de la peregrinación escogida por los latinoamericanos esté basada en los lugares sagrados considerados a la luz de la tradición católica, y que los desplazamientos por curiosidad histórica y arqueológica estén casi ausentes en general, lo que constituye una gran diferencia con el «turismo religioso moderno» de los protestantes⁵¹.

Si el peso de la tradición orientaba la mirada y el andar del peregrino, la importancia del ritualismo en el seno de la peregrinación es lo que sienta las bases de la diferenciación más profunda con los protestantes, es decir, la forma en que se viaja. La religión católica, al igual que otras confesiones religiosas, está basada en la ejecución de un amplio conjunto de reglas establecidas para celebrar el culto y las ceremonias religiosas, ya que a través del ritual el feligrés trata de relacionarse con Dios. En este sentido, los gestos y la exterioridad de la devoción constituyen elementos centrales de la vida religiosa católica, una diferencia fundamental con la práctica más introspectiva del protestantismo decimonónico.

En la peregrinación a Tierra Santa esto se evidenciaba en la ejecución del vía crucis por las calles de Jerusalén. A diferencia del viajero moderno, que aspira a la libertad de desplazamiento y comportamiento en su itinerario, el peregrino latinoamericano exteriorizaba su devoción a través de un ritual preciso de imitación de los pasos de Cristo⁵². Al interior de sus rituales, todos los peregrinos católicos se comportaban exteriormente del

⁵⁰ Obligado, *op. cit.*, 207.

⁵¹ Bar y Cohen-Hattab, *op. cit.*, 135-137.

⁵² Eric Leed, *The mind of the traveller. From Gilgamesh to global tourism*, New York, Basic Books, 1991, 13-14.

mismo modo. La libertad de la exterioridad del viaje moderno era reducida por el peso mismo del ritual. Sin embargo, en modo alguno esta situación era vista en términos negativos, pues precisamente actuaba dotando a los peregrinos latinoamericanos de un marcado sentido de horizontalidad respecto a sus correligionarios, generando además un marcado sentido de pertenencia y exclusión frente al resto de las confesiones religiosas, para quienes, tanto la decodificación como el sentido del rito mismo, resultaban ajenos. Así, la imitación de los pasos de Cristo por medio del rito del vía crucis tenía connotaciones distintivas, trascendentes y profundamente emotivas en Jerusalén. Según el sacerdote chileno José Agustín Gómez:

¡Hacer el ejercicio piadoso de la Vía Sacra en Jerusalén, es andar el mismo camino por donde marchó Nuestro Adorado Maestro, seguir sus mismas huellas ensangrentadas, recorrer la misma Calle de la Amargura, detenerse en los mismos lugares, besar los mismos sitios por donde Jesús caminó con la Cruz sobre sus hombros, donde cayó tantas veces!... ¡Qué felicidad para mí y mis compañeros, pero qué fuertes impresiones experimenta el pobre corazón del peregrino!⁵³.

Así, podemos afirmar que los peregrinos latinoamericanos viajaron a Tierra Santa imbuidos de las formas devocionales del catolicismo, lo que se reflejaba en la importancia de la exteriorización de su comportamiento a través de la peregrinación. Cada lugar venía aparejado a un rito específico, a un gesto religioso, a una oración dicha para obtener indulgencias. Este último factor no era menor, toda vez que el solo hecho de que un rosario, cruz o medalla del peregrino tocara alguno de los múltiples lugares sagrados estipulados de antemano, significaba la obtención de la indulgencia plenaria y múltiples parciales. De ahí que las rutas de peregrinación contemplaran esta situación, y las fechas en que se ejecutaba el viaje coincidieran especialmente con períodos de gran significación religiosa, como Semana Santa. Después de todo, el peso de la tradición y del rito en los viajes de la mayoría de los latinoamericanos se evidenciaba explícitamente por la obtención de la «patente de peregrino», que acreditaba el comportamiento externo ejemplar acorde a la religiosidad católica.

Finalmente, una de las singularidades más evidentes de la peregrinación decimonónica a Tierra Santa es el aspecto marginal que ocupa en el conjunto de los relatos latinoamericanos la preocupación por los aspectos económicos o políticos de Palestina. Sus comentarios al respecto son cir-

⁵³ Gómez, *op. cit.*, 196-197.

cunstanciales, centrándose básicamente en algunos aspectos sociales, pero sobre todo en los religiosos. El viaje a Tierra Santa por parte de los latinoamericanos no estaba mediado por factores políticos, institucionales, académicos o económicos. En este sentido, y siguiendo los planteamientos de Edward Said, sus visiones de Oriente no estaban mediadas por relaciones de poder, intelectuales o materiales, como en el caso particular de los viajeros británicos, franceses y alemanes. Los latinoamericanos no buscaban –ni podían– «dominar a Oriente» a través de sus discursos⁵⁴. Así, su visión estaba encuadrada básicamente dentro de las fronteras de lo netamente religioso. No obstante, esto no quiere decir que los latinoamericanos no se manifestaran frente a los problemas terrenales de Palestina. Como veremos a continuación, aunque estos comentarios fueran cuantitativamente escasos, fueron una de las aristas más atractivas de sus peregrinaciones.

VII. LA MIRADA PROFANA: COMPRENDER ORIENTE DESDE LOS «OJOS DE LA CARNE»

La guía de viajes redactada por el franciscano belga Lievin de Hamme afirmaba que:

Por sus grandes recuerdos religiosos, por sus grandes escenas de la naturaleza, por la novedad y diversidad de su población, la Tierra Santa debe inspirar otra cosa que una simple atracción curiosa y más que pura distracción. Acá, incluso los frívolos turistas deben necesariamente convertirse en viajeros serios y piadosos peregrinos⁵⁵.

Sin embargo, las mismas características que el franciscano belga enunciaba para centrar la mirada del viajero en las cosas espirituales, con más frecuencia que lo deseado por él actuaban en un sentido opuesto. Precisamente por estas mismas características, y en especial por «la novedad y diversidad de su población», Palestina terminaba siendo un espacio privilegiado para que el peregrino latinoamericano centrara su atención en cosas distintas a las religiosas. En las perspicaces palabras de Carlos Walker Martínez, con frecuencia Tierra Santa se miraba también con «la curiosidad de los ojos de la carne»⁵⁶.

⁵⁴ Said, *op. cit.*, 30-54.

⁵⁵ De Hame, *op. cit.*, I:5.

⁵⁶ Walker Martínez, *op. cit.*, 217.

Una de las características principales y más interesantes de la peregrinación hacia Tierra Santa era que los latinoamericanos eran enfrentados a un espejo cultural lejano, que estaba lejos de constituirse en un referente cotidiano como el europeo: Oriente, que como ha señalado Edward Said, más que una realidad geográfica, es una construcción discursiva, ideológica y estética por parte de Occidente⁵⁷. ¿Cómo reaccionaron los latinoamericanos frente a este nuevo espejo cultural? ¿Cómo pensaron sus diferencias frente a Oriente?

Como hemos señalado anteriormente, la mayoría de los latinoamericanos que viajaron hacia Europa en el siglo XIX se consideraban actores periféricos dentro de la cultura occidental forjada por la modernidad. De una u otra forma, había consenso en que los modelos a imitar provenían de Europa. Ahora bien, la situación era bastante distinta en Palestina. Aquí los latinoamericanos se sentían parte activa de una cultura superior, la occidental, relegando a la barbarie al mundo oriental. Si en Europa el latinoamericano era marginado y a veces ridiculizado, en Palestina el latinoamericano nivelaba en parte esta marginación, pues se imaginaba en una situación de superioridad en todos los aspectos respecto a Oriente. Los relatos de viajes latinoamericanos, salvo excepciones bastante circunstanciales, no muestran ningún atisbo de relativismo cultural. Los habitantes de Tierra Santa, en especial los musulmanes, son analizados en forma despectiva bajo todos los parámetros posibles. Su inferioridad era cultural, religiosa, económica, social y moral respecto a los latinoamericanos, aspectos que eran exacerbados toda vez que los recuerdos de la «cultura Europa» estaban aún frescos en la memoria de los viajeros.

En su conjunto, para los peregrinos latinoamericanos Palestina era inferior debido a dos causas fundamentales, de las que se desprendían todos sus otros defectos: la religión y la cultura. Para explicar el primer punto, hay que comprender la dimensión excluyente de las grandes religiones, que se basan en la premisa de que ellas y solo ellas poseen y administran el patrimonio incuestionable de la verdad. En el caso del catolicismo de los latinoamericanos, esto era evidente y ni siquiera había lugar para cuestionarlo. Por esto, el peso de seguir una religión abiertamente «falsa» como el Islam, era la primera explicación que daban los peregrinos latinoamericanos para comprender la inferioridad de Oriente.

Si teológicamente Oriente estaba en el error, su historia sagrada también. Para los peregrinos latinoamericanos que visitaban recintos sagra-

⁵⁷ Said, *op. cit.*

dos del Islam en Jerusalén, como la mezquita de Omar, la postura despectiva y la descalificación explícita hacia la historia sagrada musulmana era transversal. La historia sagrada del Islam que legitimaba la sacralidad de tales lugares era calificada como una serie de «ridículos cuentos»⁵⁸, o como «patrañas de todo punto pueriles»⁵⁹.

Si la doctrina teológica islámica era desechada *a priori* y la historia sagrada musulmana era ridiculizada, las prácticas religiosas del Islam eran lo que más llamaba la atención de los viajeros latinoamericanos, siendo además el espacio donde se demostraba la «inferioridad» de los musulmanes. Para el peruano Francisco Esteban de Ingunza, el Islam había tornado a los habitantes de Palestina en un «pueblo ignorante y estúpido», porque el «fanatismo» había degradado su «dignidad de hombre, ante Dios y sus semejantes»⁶⁰. En esta misma línea, una de las prácticas religiosas más chocantes para los americanos era la veneración de los musulmanes hacia los derviches que deambulaban desnudos por las calles. Frente a esto, el mexicano José María Guzmán sentenciaba:

Lo que más lástima me causaba allí, era el ver los santos que ellos veneran. Estos son unos hombres impudentes, que no conocen la vergüenza, y así andan por las calles más públicas enteramente desnudos con horror de la humanidad. A estos hombres sucios y desvergonzados reputan por santos los turcos, y se tienen por dichosos tanto hombres como mujeres, con tocarlos o besarlos, lo que prueba su espantosa ceguera, ignorancia y fanatismo [...] Tienen otras estupideces que asombran, y que sería muy molesto referir. La mayor desgracia es, que estos delirios son en aquellos infelices irremediables, porque no admiten ilustración, ni permiten que se les hable sobre esto»⁶¹.

Resumiendo los discursos latinoamericanos frente a los efectos que producía la religión musulmana en los habitantes de Palestina, Amalia Errázuriz señalaba que «el mahometismo, que embrutece todo y que todo lo paraliza, ha dejado aquí su sello indeleble de atraso y de barbarie, como en los demás países de Oriente»⁶². En efecto, para los latinoamericanos, una de las cualidades intrínsecas del Islam era degradar la naturaleza del

⁵⁸ Cuesta, *op. cit.*, 84.

⁵⁹ Ramón Subercaseaux, *Memorias de 50 años*, Imprenta y Litografía Barcelona, Santiago, 1908, 496. El viaje fue realizado en 1894.

⁶⁰ Ingunza, *op. cit.*, 338.

⁶¹ José María Guzmán, *El viaje mas venturoso*, s.p.i., 90.

⁶² Errázuriz, *op. cit.*, 363.

ser humano, en contraposición al cristianismo, que había llevado la civilización a todos los rincones en los que había sido predicado. Si la religión musulmana tenía estas cualidades intrínsecas, para los americanos esto se ejemplificaba de forma evidente ante sus ojos en la situación de las mujeres musulmanas, que llamaban poderosamente su atención. La visión latinoamericana al respecto era resumida por el argentino Pastor Obligado. Según él, la mujer en Oriente:

No es cosa, no es ente, pero menos es persona. Permanece aun como el ser más despreciable y abyecto que duerme aún entre las sombras de una ignorancia sin fin. Nace, engendra y muere sin haber pensado un día en el espíritu que le anima, sin haberse dado cuenta de su paso sobre este valle, ni menos a la región a la que va⁶³.

Por otra parte, los latinoamericanos vislumbraban una característica especial de Oriente, que era la estrecha relación entre la religión y la cultura. Esta característica resultaba en una especie de simbiosis que reforzaba y complejizaba aun más la «barbarie» y la «inferioridad» del mundo oriental. Los latinoamericanos se empeñaban en buscar e inventar rasgos culturales característicos del mundo árabe que habitaba Palestina, y que los diferenciaban de ellos. Así, Carlos Walker Martínez llegaba a la conclusión de que una de las causas más importantes de la inferioridad de Oriente, era el hecho de que los árabes estaban encerrados en los «estrechísimos lazos de su fetiquismo estúpido»⁶⁴, mientras que Pastor Obligado afirmaba que los árabes poseían algunos rasgos intrínsecos, como eran la presencia de un «carácter indolente, perezoso y fatalista»⁶⁵. Resumiendo estos planteamientos de forma bastante tajante, Nicolás Tanco sostenía que existía una diferencia fundamental entre la cultura occidental y la oriental:

En mi concepto, la diferencia característica entre las costumbres de Occidente y las de Oriente consiste en la inmutabilidad, en el statu quo en que yace la naturaleza y forma de estas últimas desde los tiempos más remotos. En casi todos los países del occidente todo varía de fisonomía con los años: la civilización siempre progresiva hace tomar a todo, con los modernos adelantos, nuevas facies. No así en Oriente; el carácter especial de la civilización con sus aferradas costumbres, unido a ese espíritu de estabilidad inspirado en el Corán que no admite la difusión de las luces,

⁶³ Obligado, *op. cit.*, 96.

⁶⁴ Walker Martínez, *op. cit.*, 17.

⁶⁵ Obligado, *op. cit.*, 89.

no hace posible modificación alguna; hay un tipo fijo e invariable que durará hasta que desaparezca esta raza del mapa del mundo⁶⁶.

Como hemos apreciado, las posturas de los latinoamericanos frente a la religión y cultura musulmana eran generalmente consensuales. Sin embargo, muchas de estas posturas no quedaban ahí. Según pensaban algunos latinoamericanos, ya que Oriente estaba sumido en la «barbarie», era casi una obligación moral de las potencias occidentales intervenir en los asuntos políticos de estos países para revertir esta situación. La obligación de Occidente era expandir la civilización a todas las naciones, sin importar los costos materiales. Desde esta perspectiva, Amalia Errázuriz se complacía en la ocupación británica de Egipto, por la seguridad que otorgaba frente a la «barbarie» árabe. En efecto, tras finalizar su peregrinación a Palestina señalaba sentirse contenta de estar nuevamente «entre gente civilizada» –los soldados británicos–, pues «ya era tiempo»⁶⁷. Es más, el argentino Pastor Obligado sostenía que por sus características intrínsecas, la cultura islámica no podía resistir el avance del progreso occidental. Así, la resistencia de Oriente era inútil: «por más que santones, derviches y kedives opongan la más terrible resistencia, esta marea irresistible se mueve, avanza, invade y penetra, rompiendo, triturando, arrastrando y renovando todo»⁶⁸. En esta misma línea argumental, tras contemplar la situación en San Juan de Acre, el peruano Francisco Esteban de Ingunza hacía una recriminación a las potencias europeas por no intervenir en los asuntos políticos de Oriente, realizando un llamado a superar la

estoica frialdad e indiferencia con que la culta Europa se muestra, contemplando el atraso y abyección en que viven sus semejantes en toda esa parte del Levante, negándoles los consuelos que la civilización les hace a ellos gustar, y que un malentendido equilibrio europeo les cierra las puertas⁶⁹.

Si bien la confrontación con la cultura árabe era novedosa ante los ojos de los viajeros latinoamericanos, no era ciertamente la única cultura diferente que les llamaba la atención, porque Tierra Santa era además el lugar donde se podía encontrar al «pueblo escogido» por Dios: los judíos. Aunque en su conjunto la visión de los viajeros latinoamericanos hacia el

⁶⁶ Tanco, *op. cit.*, 230.

⁶⁷ Errázuriz, *op. cit.*, 382.

⁶⁸ Obligado, *op. cit.*, 99.

⁶⁹ Ingunza, *op. cit.*, 157.

mundo judío que habitaba Palestina era despectiva, había una serie de matices y ambigüedades en sus discursos, que configuraban una mirada distinta y mucho más compleja que la mirada que se tenía hacia el mundo árabe. En primer lugar, los peregrinos latinoamericanos no ponían en duda el origen divino del carácter especial del pueblo judío. Pero si el pueblo judío había sido escogido por Dios, su negativa situación social y política en Palestina era evidencia para los latinoamericanos de las maldiciones por haber crucificado a Cristo. La situación en que se encontraban los judíos palestinos era la que merecían por sus actos. Como sentenciaba Carlos Walker Martínez, el pueblo judío estaba destinado a ser un «pueblo errante, testimonio terrible y permanente de la verdad de la profecía, de la divinidad de Jesucristo y de la justicia eterna que sobre él pesa»⁷⁰. Así, la confrontación de lo que fue y de lo que era ahora el pueblo judío era una reflexión común en los peregrinos latinoamericanos, que podían exclamar como el chileno Pedro del Río: «¡Desgraciado pueblo, tan predilecto del Señor, antes tan altivo y soberbio y ahora despreciado por todo el mundo!»⁷¹.

En general, la mirada hacia la condición social y política de los judíos en Palestina era ambigua, pues si por una parte era la consecuencia inevitable de su acto deicida, por otra no se dejaba de ver con cierta lástima su condición. Esto se reflejaba en especial cuando se contemplaba a los judíos en el Muro de los Lamentos, donde habitualmente los americanos sentían lo mismo que el chileno Ramón Subercaseaux: «la impresión que queda es la de un espectáculo triste más que de una curiosidad»⁷². Es más, cabe destacar que precisamente respecto a este rito de los judíos se presenta la única reflexión latinoamericana de tolerancia religiosa frente al «otro», como es la planteada por el chileno Francisco Herboso. Según él, aunque asistió a contemplar el ritual judío de cada viernes con «espíritu preparado para la jocosidad y la ironía», tras contemplar el dramático llanto de los judíos, señaló que «lejos de causarme risa o desprecio esa ceremonia, me conmovió grandemente viendo la fe con que esperan la llegada del Mesías y la impasible resignación para soportar sus desgracias. A nadie le es lícito reírse de creencias ajenas, por extrañas que sean, cuando se profesan de buena fe»⁷³.

⁷⁰ Walker Martínez, *op. cit.*, 44.

⁷¹ Del Río, *op. cit.*, 470.

⁷² Subercaseaux, *op. cit.*, 503.

⁷³ Herboso, *op. cit.*, 54.

La excepcionalidad de la tolerancia religiosa profesada por Herboso –compartida hacia los judíos con el peruano Ingunza– deja en evidencia la pluralidad de las visiones latinoamericanas hacia el mundo judío, donde las impresiones variaban desde la tolerancia, la indiferencia, la crítica teológica, hasta la ridiculización, como la expresada por Nicolás Tanco: «Las ceremonias son una verdadera mojjiganga. Confieso que cuando entré en una de ellas, y vi a todos los judíos con sus gorros y sus turbantes puestos meneando constantemente la cabeza como muñecos de articulación no pude contener la risa»⁷⁴.

Por otra parte, a fines de siglo se puede apreciar otro aspecto de Oriente que cobra importancia al interior de los relatos de viajes latinoamericanos: la exotización estética del paisaje y de ciertas costumbres orientales. A diferencia de la visión despectiva frente a los habitantes musulmanes y judíos de Palestina, el paisaje y ciertas costumbres –como el tomar el café «a la turca»– eran considerados como atractivos especialmente cautivantes de Oriente. Aunque los latinoamericanos no realizaban formulaciones muy elaboradas sobre lo que era el exotismo estético oriental –salvo algunas breves propuestas del pintor chileno Ramón Subercaseaux⁷⁵, sí había ciertas ideas esporádicas y transversales. Había consenso estético, tomado de la tradición europea, sobre lo que conformaba un típico «cuadro oriental»: la sensualidad en los gestos femeninos, la confusión étnica en las estrechas y sucias calles sumado a un griterío ininteligible, el desfile multiétnico con sus respectivos ropajes, los múltiples aromas, colores y sabores que se consideraban exclusivos de Oriente, todo esto acompañado de infaltables adjetivos como «salvaje», «misterioso», «pintoresco» o «extravagante», que acompañaban espontáneamente cada descripción de algo que llamaba la atención.

Todas estos adjetivos que acompañan inevitablemente «lo exótico» son atribuibles al desconocimiento latinoamericano de Palestina, tanto por su lejanía geográfica como cultural. Aunque muchos de estos adjetivos no puedan ser calificados en sí mismos de negativos, en la práctica

⁷⁴ Tanco, *op. cit.*, 528.

⁷⁵ Ramón Subercaseaux reconocía explícitamente que su mirada de Tierra Santa era ambigua, pues era «a la vez religiosa y artística», lo que lo hacía captar de forma más explícita que el resto de los viajeros aquí analizados las formas exóticas de «Oriente». Su visión sobre lo que era realmente un «cuadro oriental» estaba dada por la presencia de los siguientes factores: ropas, olores, colores, gestos, gritos, arquitectura arabesca, suelo arenoso y palmeras, todo esto bajo el manto de un «cielo azul tirando a verde en el horizonte». Subercaseaux, *op. cit.*, 477.

implican tanto una mirada estereotipada y prejuiciada del «otro», basada en el desconocimiento, como un halo despectivo de una cultura que se proclama y entiende como «superior» frente a un «otro» que desprecia basado en esta premisa. La representación que se hace del «otro» y sus prácticas culturales responde, entonces, a la constitución ambigua del exotismo, el ser precisamente «un elogio en el desconocimiento»⁷⁶.

Finalmente, tras haber analizado la representación latinoamericana de Tierra Santa desde los «ojos de la carne», surge una pregunta crucial: ¿cómo representaron su identidad los latinoamericanos desde la experiencia de la distancia que posibilitaba el viaje?

Desde la perspectiva de la historia cultural, una de las características más interesantes del fenómeno del viaje es la representación que se hace de la propia identidad, posibilitada desde y a través de la experiencia de lo lejano y extraño, a través tanto de la comparación como de la invención discursiva de un «otro» que permita concebir un «nosotros», pues la referencia externa en la construcción de lo propio es indispensable.⁷⁷ A partir de estas premisas es posible estudiar la representación de la identidad latinoamericana desde la extrañeza que significó estar en Palestina, en Oriente. Al respecto, uno de los fenómenos más interesantes de constatar es que, a pesar de la diversidad nacional, intelectual, laboral y social de los viajeros latinoamericanos aquí analizados, sus relatos de viajes muestran la hegemonía, al interior de las múltiples identidades individuales, de tres visiones de sí mismos que se expresan explícita y persistentemente: la identidad de occidentales, católicos y latinoamericanos.

En primer lugar, los latinoamericanos en Tierra Santa se pensaban como occidentales a cabalidad. Aunque desde nuestra óptica esto pudiera parecer obvio, para los viajeros latinoamericanos decimonónicos no lo era tanto, pues el hecho de sentirse desconocidos y marginados en Europa como sujetos occidentales periféricos debilitaba la vinculación natural que pudieran sentir hacia la cultura del Viejo Mundo. Pero en Palestina, como afirmamos anteriormente, los latinoamericanos nivelaban esta situación asumiéndose formalmente como occidentales, a través de una vinculación que no era precisamente geográfica: la «barbarie» era el fac-

⁷⁶ Todorov, *op. cit.*, 306.

⁷⁷ Al respecto véase Sanhueza, *Chilenos en Alemania...*, *op. cit.*, 22-25; «Viajes e identidad, la experiencia de la distancia en la construcción de lo propio», en *Patrimonio Cultural* 33, Santiago, 2004, 28-29; François Hartog, *Memoria de Ulises. Relatos sobre la frontera en la antigua Grecia*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1999, 11-24 y 111-147; y Leed, *op. cit.*, 20-22.

tor principal que para los latinoamericanos reorganizaba el mapa cultural del mundo⁷⁸. Al descubrir personalmente que el musulmán, y en parte el judío, vivían sumidos en la «barbarie» propia que se atribuía a Oriente, los latinoamericanos se representaban a sí mismos como «civilizados», pasando a ocupar el centro del mundo como occidentales.

En segundo lugar, al estar confrontados frente a un espejo religioso múltiple como Tierra Santa, los latinoamericanos reafirmaron su identidad como católicos. El sentimiento de pertenecer al catolicismo como religión, permitía a los latinoamericanos establecer diferencias claras frente al mundo, excluyendo generalmente al otro como hereje, infiel o cismático. Desde esta perspectiva maniquea, el latinoamericano se representaba desde la verdad universal e inmutable del catolicismo apostólico romano, como la única religión válida.

Finalmente los viajeros latinoamericanos se representaban desde una identidad mucho más amplia que la nacional, pues su carta de presentación más frecuente en Palestina era la de «americanos». Esto no quiere decir que los latinoamericanos no se representaran nunca desde una perspectiva nacional, sino que en el caso concreto de Palestina, esta identidad era subsumida en el marco más amplio de la identidad latinoamericana. Quizás esto se deba, en primer lugar, a que el referente al que se confrontaban los latinoamericanos –Palestina–, no era una «nación» en el sentido moderno del término, sino una posesión del Imperio Otomano. Así, al estar ausente la referencia externa nacional, la comparación en los mismos términos resultaba ser sumamente dificultosa, de ahí que las comparaciones se extrapolaran hacia categorías más amplias como Occidente o América. En segundo lugar, esto se debía al escaso número de viajeros de un mismo país con la capacidad de llevar a cabo una peregrinación a Tierra Santa propiamente nacional, como las organizadas desde la segunda mitad del siglo XIX por británicos, franceses, alemanes, estadounidenses y rusos. De esta forma, al viajar solo o con mucho acompañado de otro connacional, y sumado al desconocimiento casi general de cada nación latinoamericana en particular en Palestina –a veces ni siquiera se conocía la existencia de América, como lo señaló sorprendido a mediados de siglo el peruano Ingunza⁷⁹, el referente más conocido y utilizado por los viajeros para consignar su origen e identidad cultural era el de americanos.

⁷⁸ Graciela Montaldo, «Nuestro Oriente es Europa», en Beatriz González (comp.), *Cultura y Tercer Mundo*, Caracas, Nueva Sociedad, 1996, II:210-211.

⁷⁹ Ingunza, *op. cit.*, 97.

VIII. REFLEXIONES FINALES

A través del viaje religioso a Tierra Santa, los latinoamericanos se insertaron dentro de la milenaria tradición occidental de peregrinar a Jerusalén, siguiendo las huellas de Jesús. Pero la peregrinación no fue solo una forma de conectarse territorialmente con lo sagrado, sino que fue también una forma de explorar las raíces culturales del mundo occidental, del que los latinoamericanos se hacían parte. Viajar a Palestina era buscar las raíces tanto de la historia del cristianismo como de Occidente, que estaban mutuamente imbricadas.

La peregrinación decimonónica a Tierra Santa estaba inserta en un contexto político e intelectual modernizante y secularizador, en que la dimensión pública de las expresiones religiosas iba paulatinamente siendo desplazada hacia la intimidad personal a medida que avanzaba el siglo. Aunque había ciertamente una cuota de curiosidad de por medio, que da cuenta de la mirada ambigua aquí analizada, el propósito de viajar a un mundo en que el peso del pasado bíblico era más importante, interesante y reconfortante espiritualmente que viajar a París, no debe sernos indiferente. Que en el «siglo del progreso» se valoraran más los atractivos espirituales y morales que se desprendían de un lugar, en detrimento de los atractivos materiales, intelectuales y sociales que podía proporcionar el tradicional viaje a Europa, es una realidad que da cuenta de una dimensión del viaje como práctica cultural hasta ahora casi inexplorada por la historiografía latinoamericana: el viaje hacia Tierra Santa.

Finalmente, podemos afirmar que la peregrinación a Jerusalén no dejó a ningún latinoamericano de los aquí revisados espiritual y emocionalmente defraudado, porque se trataba de un viaje radicalmente distinto a cualquier otro, donde el peso de lo sagrado era vivenciado como una experiencia única, mediante la que se intentaba aprehender parte de la trascendencia divina que se encontraba especialmente condensada en este lugar. Así, el viaje en cuanto experiencia que transforma y reorienta la individualidad tras vivenciar lo «otro», en este caso lo sobrenatural, cumplió sus propósitos. En este sentido, quizás ningún latinoamericano expresó mejor este sentir que la única peregrina aquí analizada, la chilena Amalia Errázuriz: «porque las cosas que en su significado sobrepasan lo material y lo humano y que nos llevan la vista del alma a lo sobrenatural y eterno, no dejan nunca decepción, sino que, por el contrario dejan un lleno incomparable y una satisfacción que dura para toda la vida»⁸⁰.

⁸⁰ Errázuriz, *op. cit.*, 447.

VIDA COTIDIANA Y JUVENTUD EN TIEMPOS DE HITLER. PROPUESTAS Y RESPUESTAS, NEGOCIACIÓN Y SIMBIOSIS¹

Verónica Luco

I. INTRODUCCIÓN

EL PRESENTE TRABAJO SURGE DEL INTERÉS por profundizar en la relación de aspectos cotidianos del ser humano con lo extraordinario que supone una dictadura. Un tema que favorece la visión en torno a los acomodados, flexibilidades, apropiaciones y rechazos de un discurso que busca imponerse.

Estudiar un totalitarismo desde la vida cotidiana podría parecer un absurdo. Tradicionalmente, la historia de las dictaduras del siglo XX se ha narrado desde las cúspides. Los políticos y militares acaparan los primeros párrafos, prescindiendo de la población que los envuelve.

Ya sea para movilizarla o para paralizarla, los dictadores contemplan a la población en función de su gobierno: necesitan su respaldo, y de ahí que no se pueda realizar un verdadero análisis de las dictaduras sin la contraparte de la población. Así, mediante su participación o resistencia, podremos determinar cuán totalitario fue el régimen. Bajo el análisis de la vida cotidiana podremos hurgar en los comportamientos de los hombres y mujeres, para ver si en ellos hay algún rasgo de iniciativa individual. Así confirmamos la postura de Peter Burke: «el cambio de escala ilumina los procesos sociales, permitiendo que sean vistos desde diferentes puntos»².

Me pregunto acerca de la interacción entre régimen político y juventud en las dictaduras europeas del siglo XX, tomando el caso de la Alemania nazi, desde 1933 a 1945. El disenso o el consenso de la sociedad hacia el régimen es difícil de determinar, por lo que ya no satisface la visión unilateral

¹ Este artículo se inserta en el seminario de investigación «La configuración de lo nacional entre la Guerra Fría y la Globalización. Chile entre 1945 y 2005 en una perspectiva de historia mundial» impartido por Alfredo Riquelme.

² Peter Burke, *History and Social Theory*, Cambridge, Polity Press, 1995, 41. Las traducciones serán de la autora.

de dominador/dominado. Matizando se consigue lograr una comprensión más verosímil de la vida en dictadura. Tal como últimamente lo vienen haciendo algunas publicaciones para las dictaduras europeas, intento romper con la visión de la población como un bloque uniforme, adentrándome en sus relaciones con el régimen. El acomodo es más la norma que la excepción, no pudiéndoselo dejar de lado si se quiere comprender el período. Interesan las respuestas y las reacciones que estas generan, las mediaciones y las interacciones. El régimen busca imponer un discurso, cautivar para movilizar, por lo que el cómo manobra el receptor importa en cuanto demuestra o no su conformidad con un régimen que busca que la esfera privada se dirija hacia la pública. E interesan los jóvenes porque nacen junto con el régimen, por lo que el proyecto de este es más decisivo frente a aquella generación. Los dictadores como Hitler quieren identificar su idea política con el vigor, la renovación, la energía de la juventud.

En materia de la vida cotidiana en la dictadura de Hitler, el campo es inaugurado por George L. Mosse, quien en *La cultura nazi* (1966), selecciona e interpreta fuentes primarias que nos transmiten la «vida vivida» de aquella sociedad. Lo siguen Detlev J.K. Peukert y Alf Lüdtke. También, surgen estudios sobre la URSS, Italia y España, que destacan el rol juvenil³.

Interesan los movimientos juveniles alemanes para niños y niñas, a los cuales se ingresaba a partir de los diez años para formarse en el «ser germano». A los 14 se era parte de la *Hitlerjugend* (Juventud Hitleriana), organización que en 1936 se vuelve estatal. Con una estricta jerarquía y al mando de Baldur von Schirach, la *Hitlerjugend* otorga una formación soldadesca a los jóvenes, en miras de su integración al frente o como madres del próximo ejército del *Führer*. Desde la década de los 80, la bibliografía

³ Para la URSS destacan Sheila Fitzpatrick, *Everyday Stalinism. Ordinary Life in Extraordinary Times: Soviet Russia in the 1930s*, New York & Oxford, Oxford University Press, 1999; Juliane Fürst, «In Search of Soviet Salvation: Young People's Letters of Confession to the Stalinist Authorities», en *Contemporary European History* 15:3, Cambridge, NY, 2006. Para Italia, Luisa Passerini, *Fascism in Popular Memory: the Cultural Experience of the Turin Working Class*, Cambridge, Cambridge University Press, 1987; Victoria da Grazia, Ellen Furloughs (eds.), *The Sex of Things: gender and consumption in historical perspective*, Berkeley & London, University of California Press, 1996. Para España, Mary Vincent, «Camisas Nuevas: Style and Uniformity in the Falange Española 1933-43», en Wendy Parkins (ed.), *Fashioning the Body Politics. Dress, Gender, Citizenship*, Berkeley & Oxford, Berger, 2002; David Gilmore, «The Role of the Bar in Andalusian Rural Society: Observations on Political Culture under Franco», en *Journal of Anthropological Research* 41:3, Albuquerque, 1985.

respecto a esta organización se ha multiplicado, tendencia que se ha acentuado desde el año 2000⁴.

Por motivos de espacio y tiempo, he seleccionado el caso alemán. Además, me concentro en los jóvenes en edad escolar, dejando de lado la época universitaria y los jóvenes trabajadores. Sin embargo, los mantengo en mente y establezco ciertas relaciones.

1. *Discusión bibliográfica: la opción por la vida cotidiana*

El enfoque de la vida cotidiana aparece en la historiografía, según Lüdtke, para «iluminar las formas de mediación –y las discrepancias– entre patrones de orientación (‘modos de vida’) y las formas de comportamiento diaria y experiencia (‘vida cotidiana’)»⁵.

Sus antecedentes están en la historia cultural, fundamental es la microhistoria. Desde los años 60, aquella prescinde de los grandes números de la historia serial: el comportamiento humano y la cultura popular recuperan su rol⁶. En esta corriente destaca Carlo Ginzburg, con *El queso y los gusanos*, en el cual, desde un juicio de la Inquisición a Menocchio, un molinero italiano del siglo XVI, se puede «trazar las características de un estrato social entero en un periodo histórico particular»⁷.

Los años 70 ven la revaloración de la historia cultural. P. Burke describe esta corriente, de difícil definición, como la «preocupación por lo simbólico y su interpretación»⁸ y rescata la interpelación del historiador de la cultura Johan Huizinga, «¿qué clase de idea podemos formarnos de una época si no vemos gente en ella?»⁹. De ahí que la historia cultural potencie el estudio de la vida cotidiana. Así como Menocchio era un nexo

⁴ Michael H. Kater, *Hitler Youth*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2004; Susan Campbell, *Growing Up in Hitler's Shadow*, Singapore, Scholastic, 2005; H.W. Koch, *The Hitler Youth: Origins and Development 1922-1945*, New York, Cooper Square Press, 2000; Henry Metelmann, *A Hitler Youth: Growing up in the 1930s*, London, Spellmount, 2004.

⁵ Alf Lüdtke, *The History of Everyday Life. Reconstructing Historical Experiences and Ways of Life*, Princeton, Princeton University Press, 1995, 15.

⁶ Burke, *History...*, *op. cit.*, 40.

⁷ Carlo Ginzburg, *The Cheese and the Worms: the Cosmos of a Sixteenth-Century Miller*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, trad. John and Anne Tedeschi, 1992, xx.

⁸ Peter Burke, «¿Qué es la historia cultural?», Barcelona, Ediciones Paidós, Trad. Pablo Hermida, 2006, 15.

⁹ Burke, «¿Qué es...», *op. cit.*, 23.

entre la clase popular y la intelectual, la gente común durante las dictaduras europeas del siglo XX nos da pistas acerca de la interacción con el régimen. La imagen estática gana movimiento, fluctúa y se acomoda.

Michel de Certeau también promueve el enfoque de la vida cotidiana¹⁰. Construye su teoría estudiando el *cómo* la gente usa las ideas o materiales que los poderosos proponen y subraya su término «producción del consumidor»: la persona es creadora, no pasiva. Entonces, el estudio de lo cotidiano es esencial: la producción se hace nada sin su utilización.

Siguiendo a Mosse, vemos que es la generación de los nuevos historiadores sociales de los años 60 en Alemania, como Alf Lüdtke y Detlev Peukert, la que con sus trabajos le dan ímpetu al movimiento por lo cotidiano. Centrándose en los obreros de la época nazi, Lüdtke defiende la posibilidad de reducir la distancia entre dirigidos y directores: los actores ya no son simples engranajes, sino que cobran un rol activo¹¹.

Timothy Mason renueva el estudio de los trabajadores en la Alemania nacionalsocialista, centrándose en las ambigüedades:

el mismo trabajador que ilegalmente se cambiaba de trabajo, escribía *graffitis* contrarios al régimen o participaba en protestas con trabajo lento, podía permanecer acrítico frente a Hitler, ir a los viajes de la agencia oficial 'Fuerza a través de la alegría' o mandar a sus hijos a las reuniones de la Juventud Hitleriana¹².

Peukert, continúa este análisis: los descontentos no generan agrupaciones de resistencia, sino que tienen comportamientos alternativos, ya que la molestia coexiste con una lealtad al mito de Hitler¹³.

Y terminada la Guerra Fría, las confrontaciones ideológicas ceden paso a estudios culturales: la vida cotidiana retoma fuerzas. Destaca Shelley Baranowski, quien ahonda en cómo la agencia «Fuerza a través de la alegría», ofreciendo actividades culturales a bajo costo, logra gran popularidad¹⁴. Claudia Koonz, en *Mothers in the Fatherland* (1987), se vale de

¹⁰ Michel de Certeau, *The Practice of Everyday Life*, Berkeley & Los Angeles, University of California Press, trad. Steven Rendall, 1984.

¹¹ Lüdtke, *op. cit.*, 4.

¹² Timothy Mason, *The Workers Opposition in Nazi Germany*, citado en Mary Nolan, «The Historikerstreit and Social History», en *New German Critique* 44, New York, Spring-Summer, 1988, 55.

¹³ Detlev Peukert, *Inside Nazi Germany: Conformity, Opposition and Racism in Everyday Life*, citado en Nolan, «The Historikerstreit...», *op.cit.*, 56.

¹⁴ Shelley Baranowski, *Strength through Joy: Consumerism and Mass Tourism in the Third Reich*, Cambridge, Cambridge University Press, 2004.

la historia oral del régimen. Asimismo se escucha a las víctimas en Judith Taylor, *Women's First Person Account of the Holocaust* (2000). Y acercándonos a nuestro objetivo, Deborah Dwork en *Children with a Star. Jewish Youth in Nazi Europe* (1991), apela a testimonios orales, contrastados con otras fuentes.

Mary Nolan reconoce los cambios que los historiadores de la vida cotidiana han provocado en el estudio de la Alemania nazi¹⁵. Primero, han desafiado la visión de un régimen completamente totalitario. Segundo, el pueblo no era tan homogéneo y unido como los nazis publicaban. «Existía mucho desencanto, murmuraciones e incluso comportamientos de oposición¹⁶»: surge el término *Resistenz* para mediar entre una oposición política y un apoyo entusiasta. Nolan, como tercer punto, reconoce que la *Resistenz*, aunque raramente se convierte en oposición, según muchos historiadores, fue más efectiva que aquélla. Cuarto, dentro de la *Resistenz*, no hay líneas divisorias claras entre los que estaban a favor o contra el régimen. «Criticaban políticas puntuales y a las personalidades, pero rara vez a Hitler en sí»¹⁷: las ambigüedades son la clave. Quinto, aparece lo «normal» en el régimen. En las memorias de lo cotidiano, los cambios no están dados por las políticas del régimen, sino por los altibajos de la economía y de la vida personal¹⁸. Finalmente, para Nolan, esta historiografía debe integrarse a la clásica.

La autora reconoce los peligros. Entre ellos, la despolitización del régimen: que la «normalidad» lleve a la «normalización», prescindiendo del contexto totalitario. Y recomienda, «la vida cotidiana requiere ser vinculada tanto a los éxitos del régimen, como a sus crímenes»¹⁹.

A través de este trabajo asumo el riesgo del enfoque, manteniendo en mente la historia macro. Además, al utilizar la historia oral estaré atenta a la tergiversación de la memoria, aunque más que omitirla, intentaré explicarla. Compenso el riesgo utilizando diversas fuentes. Corresponde la presentación de los dos entrevistados, ambos ex miembros de la *Hitlerjugend* sobrevivientes de la segunda guerra mundial, inmigrantes en Chile²⁰.

¹⁵ Nolan, «The Historikerstreit...», *op. cit.*, 59-60.

¹⁶ *Ibid.*, 60.

¹⁷ *Idem.*

¹⁸ *Ibid.*, 73.

¹⁹ *Ibid.*, 76.

²⁰ Willi Puschbeck, entrevista realizada por la autora, 19 de octubre de 2007; Günter Säuberlich, entrevista realizada por la autora, 11 de octubre de 2007.

Willi Puschbeck nació en 1920 en Dresden, Sajonia. Ingresó a la sección motorizados de la *Hitlerjugend* con 15 años, a los 19 comenzó estudios de técnica de máquinas y se integró al frente desde 1939 hasta 1945. En 1960 llegó a Santiago por problemas de salud y conoció a su señora. Hoy vive en Vitacura y se reúne mensualmente con soldados de guerra.

Günter Säuberlich nació en 1928 en Hannover. Ingresó al primer escalón de la *Hitlerjugend*, la *Jungvolg* (o *Pimpf*), a los 10 años. A los 14 comenzó a trabajar como aprendiz de dibujante técnico en una fábrica de armas. Partió a la guerra en 1944, dentro de la Fuerza Aérea, pero en 1945 fue capturado y no recuperó la libertad hasta 1947. Regresó a la fábrica, dónde trabajó como mecánico y en 1953 lo enviaron a Chile por tres años. Se casó con una chilena y murió el año 2008.

2. *Discusión bibliográfica: totalitarismo y fascismo*

La Alemania de Hitler se enmarca en los estudios del totalitarismo y el fascismo.

El *totalitarismo* es un término polémico, porque, además de su carga negativa, presenta una realidad globalizante, la cual es sospechosa. Ello, tanto respecto de si reúnen o no todas las expresiones sociales, como de si puede generarse un concepto que haga referencia al comunismo y al nacionalsocialismo, ideológicamente tan diferentes.

Los historiadores discrepan acerca de su uso. Joaquín Fernandois presenta este enfrentamiento²¹. Para esto cita a C. J. Friedrich y Z. Brzezinski, quienes rescatan el rasgo común de los totalitarismos de crear una ideología, traducida en una doctrina a acatar, condición para lograr una completa remodelación de la sociedad. La crítica al concepto es de quienes subrayan la oposición entre el comunismo y el nazismo por su ideología, sus fines y base social.

Fernandois presenta también los rasgos comunes de los totalitarismos del sociólogo J. Linz²²:

1. Un poder monístico, creación de la élite, del cual todas las instituciones o grupos obtienen su legitimidad.
2. Una ideología exclusiva que legitima el poder de todo el sistema y que genera una identidad para los grupos humanos que domina.

²¹ Joaquín Fernandois, «Totalitarismo y autoritarismo como nuevos sistemas políticos», en Joaquín Barceló *et al.*, *Ideologías y Totalitarismos*, Editorial Universitaria, Santiago, 1988, 92.

²² Fernandois, *op. cit.*, 97-101.

3. Un partido único que busca la movilización hacia labores sociales y políticas colectivas. Requiere un ciudadano positivo: la indiferencia es considerada hostil. El partido es el nexo entre Estado y Sociedad, reaccionando a la progresiva disolución del vínculo, efecto de la modernidad.

Fernandois distingue una ideología que permea a la sociedad, generándose un «control tranquilo»²³. Sin embargo, para Stanley Payne, aquel control no está asegurado, ejemplificando con un Hitler que no habría establecido un sistema acabado²⁴.

Hannah Arendt refuerza el concepto en *Los orígenes del totalitarismo*, estableciendo el rol del terror total en la eficacia de esos regímenes²⁵: creaban más aniquilando. Arendt subraya el totalitarismo como movimiento de masas, antiliberal y antihumanista, empecinado en el dominio mundial. De ahí la atmósfera amenazante, destacando el terrorismo como expresión política. Además, instala el éxito de la propaganda al captar a los espíritus desesperados. Este despliegue totalitario acaba con el «espacio para el movimiento [...] prerequisite esencial de todas las libertades²⁶».

Asimismo, hay discusión frente a los *fascismos*, entre quienes distinguen en los movimientos diferencias insalvables, descartando los estudios comparativos, y los que reconocen características generales²⁷. Unos definen el fascismo solo para los casos de Mussolini y Hitler, mientras otros, generalmente de izquierda, lo aplican a todo movimiento antidemocrático de fuerzas de derecha²⁸.

Roger Griffin –con complacencia– diagnostica que en los últimos años las diferencias se han limado, provocándose un acercamiento hacia la noción de una esencia común de los fascismos, antes enfocado en las particularidades²⁹. Así, desde la década de los 90, se destaca el carácter revolucionario del movimiento en pos de un orden futuro³⁰.

²³ *Ibid.*, 107.

²⁴ Stanley G. Payne, *El fascismo*, Madrid, Alianza Editorial, 1986, 206.

²⁵ Hannah Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Taurus, 1998, 385-580.

²⁶ *Ibid.*, 566.

²⁷ Ver Payne, *op.cit.*

²⁸ Elena Hernández, *Los fascismos europeos*, Madrid, Ediciones Istmo, 1992, 16.

²⁹ Roger Griffin, «The Primacy of Culture: The Current Growth (or Manufacture) of Consensus within Fascist Studies», en *Journal of Contemporary History* 37:1, London, enero de 2002, 21-43.

³⁰ *Ibid.*, 27. Griffin se refiere al autor de corriente marxista de *Fascism*, Mark Neocleous.

La fuerza del mito y del nacionalismo que fascina a toda la sociedad, el énfasis en la renovación, en crear un hombre nuevo, la alternativa frente al marxismo, pero también frente al liberalismo y una sociedad de masas que recuerda la experiencia traumática de la guerra son comunes denominadores del caso italiano y alemán.

Nuevamente aparece el tipo ideal de Weber. El fascismo, como concepto general, no implica que no haya especificidades. Sin embargo, M. Nolan destaca que de estudiar la forma cómo el fascismo llegó al poder, se ha pasado a estudiar el régimen mismo. De ahí los estudios particulares, los cuales debilitarían las teorías del fascismo genérico, obstaculizando las comparaciones³¹. Discrepo. Los objetos particulares comparten muchos elementos que se distinguen como parte del fascismo global. Prescindir de aquello es obviar un aspecto determinante en el análisis de esa especificidad.

Los movimientos en pos de formar una juventud, inscrita en los esfuerzos del Estado por conseguir un régimen totalitario, atraviesan las fronteras de fascismo y totalitarismo. El especial interés por criar jóvenes que representen la fuerza de la nueva nación se reconoce en Italia, Alemania, la URSS e incluso en Japón, por lo que realizaré un estudio cultural reconociendo en mi objeto –los jóvenes–, las características sociales, psicológicas y políticas de un contexto más general. Mi estudio será específico, pero pensando en lo que lo envuelve.

De ahí que coincida con Payne, Mosse y Griffin en estudiar las especificidades, pero según el fascismo genérico, aunque evitando las simplificaciones. Sigo a un G. Mosse centrado en las condiciones sociales que habrían dado el éxito al fascismo: «solo cuando hemos logrado comprender el fascismo desde adentro hacia afuera, logramos verdaderamente entender su atractivo y su poder»³².

Mosse en *Introduction to Fascism*, reconoce el origen del fascismo en el ataque del positivismo y el liberalismo de fines del siglo XIX: crecía la angustia frente a la amenaza del fin de los lazos tradicionales. De ahí que lo defina el espíritu de rebelión del *mass man* en contra de la sociedad burguesa, domada por el culto a un Mussolini, Hitler o Perón, líderes infalibles. Existe un conservadurismo –en pos de los lazos tradicionales–, combinado con un irracionalismo. De ahí que sus dictadores promuevan el activismo, destacando el «movimiento»: lo espiritual dispuesto a la ac-

³¹ Mary Nolan, «Antifascism Under Fascism: German Visions and Voices», en *New German Critique* 67, Winter 1996, 37-38.

³² George Mosse, *The Fascist Revolution*, en Griffin, *op. cit.*, 42.

ción. Sin embargo, Mosse distingue los «diques» de esta revolución: el nacionalismo, el racismo y la restauración de la moralidad tradicional sobre una visión orgánica de la sociedad, una misma «alma». Y los elementos «litúrgicos» la contienen: los *eslóganes*, coros y símbolos, los cuales refuerzan la idea de un movimiento de masas. Además, Mosse reconoce: el fascismo era un movimiento de la juventud. El énfasis estaba sobre el «nuevo hombre» a construir, por la causa común.

II. LA JUVENTUD EN LA ALEMANIA DE HITLER: 1933 A 1945

Vivíamos grandes tiempos y el creador y garante de ello era Hitler.

Joven alemán³³

¿Cómo se explica el que un hombre y su proyecto puedan provocar tal magnetismo? ¿Por qué los jóvenes, quienes usualmente claman libertad, fueron activos partícipes de un movimiento que desconocía la vida privada al margen de la institucionalidad política? Es que a la represión se le sumaba la persuasión. Se controlaba, pero también se ofrecía.

Desde sus orígenes, en 1922, el nacionalsocialismo buscaba captar a aquellos desilusionados con la República de Weimar. Además, la gran depresión hacía estragos desde 1930, sumando un mayor descontento entre los desempleados, sobre todo en la clase media y el campo. Y así Hitler consiguió el apoyo necesario para que, bajo un discurso inundado de promesas y de críticas hacia el régimen anterior, su partido lograra en 1932 la mayoría en el Parlamento y en 1933 fuera Canciller. Ello despejó el camino para que en 1934 Hitler, como Canciller y *Führer*, concentrara el poder político y militar.

Para configurar la sociedad orgánicamente, el régimen buscaba «nacionalizarla». Así, el nacionalsocialismo como partido único y con Hitler a su cabeza, eliminó toda institución alternativa y creó nuevas para asegurarse de que toda acción cotidiana individual se dirigiera a la política del *Reich*. Entre las organizaciones, Hitler aprovechó los diversos movimientos juveniles perméandolos con el nazismo: nacía la poderosa *Hitlerjugend*.

El adoctrinamiento de la juventud era prioridad dentro de este régimen, que buscaba alinearse con los valores de vigor, esperanza y renovación, que

³³ Detlev J. K. Peukert, *Inside Nazi Germany. Conformity, Opposition and Racism in Everyday Life*, Londres, Penguin, Trad. Deverson, 1989, 149.

aquella generación representaba. El régimen nazi «veía a los ‘puros’, bien educados y rectos niños alemanes como la primera generación que ellos podían nutrir y formar desde la infancia»³⁴. Debido a que los jóvenes que «llegaban a la vida» con el nuevo régimen no estaban contaminados. El Partido Nazi confiaba en una «nueva Alemania» que vería la gloria bajo la dirección de estos jóvenes en contraste con una política desgastada que en 1932 no lograba dar cabida a los 6 millones de desempleados.

La juventud es una fase vital donde se busca una identidad: de ahí se establece un vínculo estrecho entre el joven y un régimen que buscaba movilizarlo, ofreciéndole un rol. Lo confirma S. Lee, historiador de las dictaduras europeas del siglo XX, quien reconoce que la juventud, «más que cualquier otro sector de la comunidad, estaba preparada para sumergir su propia identidad y responder al llamado de Hitler al instinto de multitud»³⁵.

Se intentaba adoctrinar, implantar ideas: llenar espacios mentales. El Estado ponía en los jóvenes sus máximas energías, permeando todas sus esferas. Me detendré en donde se enfocaba con más fuerza: la familia, la educación escolar y la *Hitlerjugend*.

En el enfoque de la vida cotidiana surgen nuevas voces, rescatadas en los relatos de Günter Säuferlich y Willi Puschbeck. Ellos oponen a la decadente República de Weimar, el éxito de las políticas de Hitler, que entusiasmaban y generaban expectativas. Hay un contraste que posiciona los comienzos del gobierno del nacionalsocialismo en un espacio positivo. Desde ese enfoque, presentaré las voces de una juventud que se ilusiona con un régimen y participa de las actividades que le generan beneficios y leeré entre líneas para percibir los rasgos de adhesión y resistencias al régimen, intentando esclarecer las posibles causas de ello.

III. EL RÉGIMEN, LA JUVENTUD Y LA FAMILIA:

ORIGEN DE TENSIONES FRENTE A LOS NUEVOS ROLES

El nacionalsocialismo reclamaba fortalecer los lazos tradicionales frente a los burgueses, individualistas. De ahí que Hitler plasmara en su

³⁴ Nicholas Stargardt, *Witnesses of War, Children's Lives under the Nazis*, London, Jonathan Cape, 2005, 11.

³⁵ Stephen J. Lee, *European Dictatorships, 1918-1945*, 2nd ed, London & New York, Routledge, 2000, 167.

programa que «la familia es la unidad más pequeña, pero también la más importante de toda la estructura del Estado»³⁶.

En el colegio, los niños dibujan sus árboles genealógicos y distinguen rasgos heredados. Se destaca la importancia de la pureza racial en pos de la unidad aria: cada niño es responsable de su consecución.

El siguiente texto de 1940, dado a los niños de 14 años tras terminar la educación obligatoria, ilumina: «una vez que has logrado ver a tu gente [...] como una enorme y complicada, mas unificada, red de millones relacionados por la sangre, nunca podrás volver a considerarte a ti como un individuo aislado»³⁷. La integración genealógica permite la comunidad germánica.

Los problemas empiezan al definir lealtades. ¿Qué ocurre cuando los padres rechazan a Hitler? ¿Cómo se desarrollan los conflictos respecto a la asistencia obligada a la *Hitlerjugend*?

En el caso de la hermana de Peter Neuman, Léna, que logra casarse con un SS pese al rechazo del padre, él reclamará, «mi propia hija es una basura... Mi hija. Mis hijos. ¡Están podridos! ¡No son seres humanos!»³⁸. Léna le revela al SS el pasado comunista de su padre un Peter Neuman, que confía en Hitler, abandona a su padre, porque «cualquier alemán sensato sabe que los judíos y los comunistas solo nos pueden conducir a la ruina [...] y a la muerte de nuestro patrimonio germánico»³⁹. Aquí, la familia no es «la unidad más importante del Estado»: el Partido la aplasta. Los tres jóvenes de esta escena están convencidos de vivir los valores propuestos por Hitler, incluso si estos se sobreponen a los familiares.

Los valores en la sociedad no eran tan homogéneamente compartidos: los jóvenes no sintonizaban con los adultos. El conflicto generacional se plasma drásticamente.

Aquel conflicto es fomentado de cierto modo por las autoridades, en su deseo de generar un gobierno renovado, enérgico. Si hasta Hitler era joven, con 44 años al asumir el poder. Ello se plasma en los textos escolares, como el siguiente, de 1941:

³⁶ Adolf Hitler, «Mi programa» [1932], en Hernández, *op. cit.*, 216.

³⁷ «You and Your People (Volk)», en Randall Bytwerk, *German Propaganda Archive (en adelante GPA)*, <http://www.calvin.edu/academic/cas/gpa/du.htm>. Consultado el 27 de octubre 2007, 17:00 hrs.

³⁸ Peter Neuman, *Diario Intimo de un joven nazi*, Barcelona, A.T.E, Trad. J. L. Gállego, 1975, 41.

³⁹ *Ibid.*

Hoy están pasando cosas en el campo de deportes, Karl le dijo a su madre. Conseguiré un premio. Su mamá rió: oye, tú niño chico, ¡tú eres aún muy pequeño! Pero Karl salió por la puerta. La Juventud de Hitler y los Junkvolk estaban de pie ahí, junto con las niñas grandes y chicas. En la cancha sonaba la música. Los niños jóvenes y las jóvenes más grandes participaban en gimnasia, carreras y juegos. Karl pensó: ¡Si solo fuese mayor! De repente, alguien gritó: ¡Atención! ¡Los niños más pequeños pueden hacer una carrera! ¡Alinéense acá! ¡Allá está la meta! ¡Un, dos, fuera! Karl fue el primero. Recibió una salchicha caliente y un pretzel. Rió con mucho gusto. Cuando regresó a su hogar, su mamá le preguntó: ¿Dónde está tu premio? Karl respondió, me lo comí⁴⁰.

La burla de la mamá es devuelta con la risa de su hijo que supera las barreras de la autoridad materna. La confianza ya no está alineada con la familia, sino con la organización de Estado que permite la superación personal gracias a la voluntad. Un funcionario recomendaba a los niños, en 1936, «para cada decisión que tomes, pregúntate, ‘¿Cómo decidiría el *Führer* en mi lugar?’»⁴¹. Los padres eran desplazados.

Ello se le enrostra a las madres, quienes ven cómo una revista dirigida a ellas titulaba «¡La juventud de Alemania le pertenece al *Führer*!», y en su interior venían indicaciones de cómo debía ser la educación en la Nueva Alemania⁴².

Asimismo, el nuevo rol de la juventud en la familia es reflejado en *La marcha hacia el Führer*, documental donde los jóvenes son el eje social: toda la comunidad cae absorta ante esta generación que desfila hacia la concentración de Nüremberg⁴³. En un 1940 de guerra, los jóvenes traen el optimismo.

El jefe de la *Hitlerjugend*, Baldur von Schirach, subrayará en 1934 que su organización es un apoyo a la familia⁴⁴. Sin duda es una explica-

⁴⁰ «Primer for the Württemberg Public Schools», en GPA, <http://www.calvin.edu/academic/cas/gpa/textbk03.htm>, consultado el 27 de octubre 2007, 17:00 hrs.

⁴¹ Eric Michaud, «Soldiers of an Idea», en Giovanni Levi and Jean-Claude Schmitt (eds.), *A History of Young People in the West. Vol.2: Stormy Evolution to Modern Times*, Cambridge, Mass. & London, Harvard University Press, 1997, 265. «For each decision you make, ask yourself: ‘How would the *Führer* decide in my place?’».

⁴² «The Educational Principles of the New Germany», en GPA, <http://www.calvin.edu/academic/cas/gpa/frau01.htm>, consultado el 27 de octubre 2007, 17:00 hrs.

⁴³ *Der Marsch zum Führer*, 1940.

⁴⁴ Baldur von Schirach, «Die Hitler-Jugend: Idee und Gestalt», en Mosse, *La cultura Nazi*, Barcelona, Ediciones Grijalbo, 1973, 312-313.

ción que responde a tensiones entre las dos esferas. La juventud tiene nuevas motivaciones que muchos padres no entienden. La joven Inge Scholl explica, «Éramos jóvenes hitlerianos de corazón y con toda el alma, y no podíamos comprender por qué nuestro padre no decía feliz y orgullosamente ‘¡sí!’ a todo aquello. Al contrario, era completamente opuesto»⁴⁵.

Sin embargo, en general los padres solo observaban y asentían a la participación de sus hijos. U. Dickreuther, ex *Bund Deutscher Mädel* (BDM-Liga de Niñas Alemanas), reconoce la presión estatal y social hacia los padres, quienes compraban los uniformes para que no pensaran que se oponían al régimen⁴⁶. El terror de la cultura totalitaria se hacía presente. Según P. Oestrich, rondaba una resignación y pasividad, una suerte de «dejen que sigan su camino»⁴⁷.

Existe un acomodo, una negociación. El relato de otra ex miembro de la BDM, E. Frietsch, refleja la flexibilidad de los miembros familiares al momento de asumir la *Hitlerjugend*. Narra cómo su padre, pese a que no aprobaba el nacionalsocialismo, permitía que ella asistiera a las actividades dado su carácter obligatorio. Al contrario, su madre era más positiva frente a Hitler, pero frecuentemente escribía justificativos por la ausencia de su hija a las reuniones: «ella intentó arreglarlo de tal manera que mi padre no se diera cuenta. Él [...] creía que siempre había que escuchar al propio gobierno»⁴⁸. Las contradicciones y diversidad de reacciones de los padres frente al ingreso de sus hijos a la *Hitlerjugend* se vuelven presentes. Por ejemplo, los de I. Kleberger apoyaban el nacionalsocialismo producto de que les había conseguido trabajo tras el ascenso de Hitler⁴⁹.

Lo cierto es que a ojos del régimen, los jóvenes siempre están a la vanguardia. De ahí que la obra de Hanns Johst, *Shlageter* (1934), refleje las tensiones familiares, pero dejando en evidencia que los valores positivos se encuentran en los hijos⁵⁰. Augusto es el joven, quien le expone a su padre las nuevas luchas, centradas en la comunidad del pueblo.

⁴⁵ Inge Scholl, «Die Weisse Rosse» [1961], en Mosse, *La cultura...*, *op. cit.*, 287.

⁴⁶ *BDM History Website*, Ursula Dickreuther en Chris Crawford, <http://www.bdmhistory.com/narratives.html>, Consultado el 15 de octubre 2007, 19:00 hrs.

⁴⁷ Paul Oestreich, «Aus dem Leben eines politischen Pädagogen: Selbstbiographie» [1947], en Mosse, *La cultura...*, *op. cit.*, 291.

⁴⁸ *BDM History Website*, Elisabeth Frietsch en Chris Crawford, <http://www.bdmhistory.com/narratives.html>, consultado el 15 de octubre 2007, 19:00 hrs.

⁴⁹ *BDM History Website*, Ilse Kleberger en Chris Crawford, <http://www.bdmhistory.com/narratives.html>, consultado el 15 de octubre de 2007, 19:00 hrs.

⁵⁰ Mosse, *La cultura...*, *op. cit.*, 137-138.

SCHNEIDER: Tu padre es un antiguo oficial del Estado que considera la resistencia pasiva correcta y adecuada.

AUGUSTO: Y tu hijo es un revolucionario.

SCHNEIDER: ¡Mi hijo es un patán que va a recibir una bofetada en las orejas! ¡Ahora obedece!

Cediéndole la palabra a los entrevistados, Günter y Willi, sus casos no nos hablan de conflictos familiares como los de Léna o Augusto. Sus padres los apoyan. Günter subraya que los suyos «muchas veces iban despidiéndonos cuando íbamos a un *lager* [campamento] o a vacacionar. Ellos vieron esa parte buena». En Willi se percibe una relación estrecha de padre a hijo. Estaba pendiente de la opinión de ellos frente a lo que ocurría: «mi padre el año 37, hablaba con otros adultos, entonces yo escuchaba que decían que algo andaba raro, no estaban conformes».

En cambio, en Günter, se notaba una mayor independencia: «me dejaba libremente. Tenía que pedir permiso para ir a alguna parte y en ese sentido [mi padre] estaba conforme y sabía que estaba en buenas manos. [...] Después yo podía hacer lo que yo quería».

Así, mientras Willi demostraba interés por lo que opinaban sus padres, escuchando detrás de las paredes, en Günter era él quien contaba a los suyos lo que ocurría. «Ellos estaban bien conformes y vieron también que las cosas que yo contaba a ellos y todos los amigos míos también cuando venían a la casa». Entonces, la esfera «pública», vivida en la *Hitlerjugend*, se introducía dentro del hogar, mostrándose como algo positivo.

Ambos destacan los años previos al ascenso de Hitler; las desgracias de los años 20. Sin duda, ello era transmitido por los padres, y en Günter aquello se hacía más claro, porque reclama que su padre estuvo cesante «como 6 años, fue terrible. Llegó Hitler al gobierno y mi papá inmediatamente tenía trabajo». Su experiencia coincide con muchas otras.

En las respectivas familias, todos los hermanos participaron en el movimiento juvenil. El hermano mayor de Günter pertenecía a la Fuerza Aérea, mientras que el de Willi a los Motorizados dentro de la *Hitlerjugend*. Günter manifestó una clara afición por los planeadores, mientras que Willi lo hizo por los motores: sus hermanos mayores aparecían como intermediarios entre la familia y su rol futuro en la Juventud.

Entonces, los casos de estos dos entrevistados revelan un ambiente familiar de acuerdo con las organizaciones nacionalsocialistas; y si sus familiares sospechaban de algunos aspectos de este —como en el caso de Willi—, no se oponían a que sus hijos siguieran participando en las actividades del Partido. La mayoría de las familias alemanas asume silenciosamente las nuevas acti-

vidades de sus hijos. Sin embargo, las tensiones aparecen: Willi admite que había casos en que «los padres, no estando de acuerdo con el sistema, prohibían a sus niños entrar en la juventud». Por lo tanto, reconoce que los lazos familiares podían interponerse en la adhesión que el régimen buscaba generar en los jóvenes. Volvemos al comienzo, a la experiencia de Léna Neuman. De ahí se entiende el énfasis del nacionalismo en presentarse como revolucionario y que destacara el quiebre generacional, aun cuando ello no se concretara cotidianamente, como lo confirman los casos de Willi y Günter.

IV. LA EDUCACIÓN ESCOLAR: PRINCIPIO DE LA RAZA, EL CARÁCTER, LA ACTIVIDAD FÍSICA Y LO RITUAL

Hitler subraya el rol crucial de la educación, «las atenciones de la Nación deben ser más a favor de los niños que de los adultos»⁵¹. Y su ideología nazi presionaba por colarse en la vida cotidiana a través de los colegios. Su símbolo, el ¡*Heil Hitler!* a brazo extendido, era repetido por niños hasta incluso 50 o 150 veces diariamente⁵².

La quema de libros «nocivos», escritos por judíos, homosexuales, comunistas y otros «impuros», en la Universidad de Berlín (1933), simboliza el rol de la educación en el régimen, la que debía implantar ideas y doctrinas fijas, no abrir mentes⁵³. Confirmamos la teoría de Arendt: la educación totalitaria persigue destruir la capacidad para formar convicciones⁵⁴.

El nacionalsocialismo rechazaba el intelectualismo. Declaraba Hitler, «Los sabihondos son enemigos de la acción»⁵⁵. La batalla ya se tenía en mente y para esta era necesario que los rasgos de una educación enfocada en la ciencia, se cubrieran bajo lo físico y el desarrollo del carácter. El currículo se reorientó para alinearse con la ideología racista del régimen, lo que confirma Hitler en *Mi lucha*: la misión educadora se definía en primer lugar por la formación de hombres físicamente sanos. En segundo, por el desarrollo del intelecto, preferentemente carácter, la fuerza de voluntad, de decisión y la responsabilidad frente a los actos⁵⁶. La educación femenina estaba definida por su condición de madres, por lo tanto, el trabajo intelectual quedaba fuera de su alcance.

⁵¹ Adolf Hitler, *Mi lucha*, Santiago, Editorial Solar y Cía., 1995, 298.

⁵² Michaud, *op. cit.*, 261.

⁵³ Lee, *op. cit.*, 179.

⁵⁴ Arendt, *op. cit.*, 567.

⁵⁵ Adolf Hitler, citado en Mosse, *La cultura...*, *op. cit.*, 19.

⁵⁶ Hitler, *Mi lucha*, *op. cit.*, 300.

Los textos escolares están cargados de propaganda. *Mi lucha* funcionaba como texto de Historia, «lo leíamos y discutíamos con nuestro maestro, capítulo por capítulo, y cuando lo habíamos terminado lo recomenzábamos. Aunque se suponía que conocíamos el contenido del libro casi de memoria, nada se quedó muy adherido a mi mente»⁵⁷. Aparece el «uso» de Michel de Certeau: importa el consumo de lo propuesto. En este caso, la imposición no se logra, los matices se lucen.

La Biología instala la herencia racial. Los textos detallaban claves para distinguir la raza de una persona. El biólogo P. Brohmer, en 1933, explica la visión orgánica de la naturaleza, «detrás de cada hecho individual existe un plan lleno de significado y detrás de él está todo el organismo»⁵⁸. De ahí la «comunidad solidaria»; como un organismo, la dependencia de los sujetos es la ley para la «comunidad biótica germana».

En 1943 se suma un texto de Geografía para niños de quinto año. Sus títulos, «Espacio de vida insuficiente», «Nuestro derecho a las colonias», y la «La lucha decisiva», donde alude al choque de dos bloques, uno joven (obviamente, alemán) con uno desgastado (bolchevique), son claramente propagandísticos. Por ejemplo, en el último capítulo dice: «El pueblo alemán tiene una inquebrantable voluntad de victoria. Su fe en su *Führer* Adolf Hitler es también inquebrantable. Una Alemania unida conseguirá la victoria y concluirá su lucha por un nuevo orden en Europa»⁵⁹.

Asimismo, los textos trabajan el carácter. Ello con cuentos, entre los que destaca el de W. Steckelings, donde el autor compara el vigoroso roble con el joven alemán. Sobresale la firmeza, la solidez a imitar, e interpela: «¡Lucha! ¡Combate! [...] «¡No retrocedas nunca en la batalla! Crece con los obstáculos. Lo que no te quiebra, te hará más fuerte»⁶⁰.

Este adoctrinamiento es tan intenso que M. Mostowski reconoce la naturalidad con que lo asumían: «por supuesto que nosotros también éramos influidos políticamente, pero no lo percibíamos como algo negativo, solo era parte del currículum»⁶¹.

⁵⁷ Ilse McKee, «Tomorrow the World» en Mosse, *La cultura...*, *op. cit.*, 294.

⁵⁸ Paul Brohmer, «Biologieunterricht und völkische Erziehung» en Mosse, *La cultura...*, *op. cit.*, 110.

⁵⁹ «Germany», en GPA, <http://www.calvin.edu/academic/cas/gpa/textbk02.htm>, consultado el 27 de octubre de 2007, 17:00 hrs.

⁶⁰ Wilhelm Steckelings, «Desde el roble a la victoria cierta», en Mosse, *La cultura...*, *op. cit.*, 304.

⁶¹ *BDM History Website*, Marianne Mostowski en Chris Crawford, <http://www.bdmhistory.com/narratives.html>, consultado el 15 de octubre de 2007, 19:00 hrs.

Las festividades fueron fundamentales en este despliegue. En el patio central del colegio, se daba pie a los ritos que configuraban el «santoral» nazi. Las ceremonias reforzaban los lazos en torno a un «acto de fe»⁶². El izar la bandera, símbolo de la unidad germana, se transformaba en una ceremonia «completamente litúrgica»⁶³.

La escuela también era un escenario para que el profesor se comprometiera con la causa. Subraya H. Klauss, 1941, «El maestro [...] es un soldado [...] lucha por el espíritu del pueblo»⁶⁴. De ahí que se perseguía al profesor que se opusiera a la ideología⁶⁵.

Ursula Dickreuther recuerda a un profesor que siempre terminaba la oración diaria con un «mantén seguro al *Führer* todos los días, para que nada lo dañe. Amén»⁶⁶.

Baldur von Schirach instalará a los jóvenes líderes de la *Hitlerjugend* por sobre los profesores: para el jefe de las Juventudes los maestros no debían oponerse a estos líderes, ya que entonces verían mermada su autoridad⁶⁷.

Regresamos a nuestros entrevistados. Günter entró al colegio en el año 1936, en cambio, Willi entró dentro de la primera mitad de los años 20.

Destacan sobre todo la disciplina. Günter señala, «era sumamente estricto [...] los profesores a veces perdían la calma y pegaban frente a todos». Sin embargo, relacionan estos «desquites» con el mal comportamiento, justificando el castigo. La concientización de la recta actitud frente a la autoridad, la disciplina, se habría acarreado hasta nuestros días.

El relato de Günter coincide con la educación que Hitler pretendía imponer. Enfatiza el respeto con que se miraba a los profesores y recuerda que los textos escolares fueron censurados por el nacionalsocialismo y que algunos profesores fueron partidarios de Hitler. Destaca su participación en las concentraciones nacionales, «donde algunos profesores explicaban el Partido y por qué nos concentrábamos» e incluso recuerda el orden de las canciones, partiendo por la Canción Nacional. «Todo el colegio se juntaba en el patio, siempre hablaba un profesor del Partido y cantaban con la bandera».

⁶² Mosse, *La cultura...*, *op. cit.*, 121.

⁶³ *Ibid.*, 19.

⁶⁴ Hermann Klauss, «Fiestas en las Escuelas Alemanas», en *Ibid.*, 147.

⁶⁵ McKee, *op. cit.*, 294.

⁶⁶ *BDM History Website*, Ursula Dickreuther, en Chris Crawford, <http://www.bdmhistory.com/narratives.html>, consultado el 15 de octubre de 2007, 19:00 hrs.

⁶⁷ Von Schirach, *op. cit.*, 316.

Para Günter y Willi, el deporte cumplía un rol importante. Günter dice, «después del colegio teníamos unas dos horas de gimnasia o deportes. Había carreras. Yo participé mucho».

Pese a todo este despliegue que relata Günter, tanto él como Willi desmienten que se hablara de política entre compañeros. Willi señala, «para nosotros era pasarlo bien. [...] Francamente, a nosotros cuando jóvenes no nos preocupaba mucho la política». Willi declara que aquella juventud «estaba más tranquila que ahora, ya que estábamos más aislados. Crecimos sin tantos problemas como ahora». El fanatismo político en pos del nazismo, no se habría logrado en su totalidad. Más bien en la cotidianidad, la tónica era la tranquilidad política, relativizando el rígido programa totalizante respecto a la educación de la juventud.

La propaganda escolar nazi es muy fuerte, apela a todos los sentidos: se presenta tanto a nivel de contenidos, como de ritos realizados en el patio escolar, y a nivel de profesores, quienes eran incentivados a convertirse en publicistas del nacionalsocialismo.

Sin embargo, la idea contrasta con la realidad. El adoctrinamiento político no fue total. Abunda la indiferencia de los escolares. Sin embargo, existe la participación en los ritos y el recuerdo de ellos, lo que confirma su importancia. Además, aspectos de la educación son rescatados, como la disciplina escolar y el deporte. Si bien el colegio no envolvió completamente la cotidianidad, definió aspectos clave de ella, que mantuvieron vigente el nacionalsocialismo en los jóvenes: la vida diaria se politizaba; no obstante, en forma parcial.

V. HITLERJUGEND: PROPUESTA DE ASPIRACIÓN MILITAR, RESPUESTA PERSONAL

La ideología nazi se concentraba en la *Hitlerjugend*, órgano fundamental. Esta institución masiva de corte militar promovía la visión de Hitler acerca de la camaradería, el forjamiento de la voluntad y el sacrificio, abarcando tanto el adoctrinamiento político como la formación física: pilares de la totalitarización de la vida cotidiana que perseguía el nazismo.

Según Robert Mayer, las *instituciones* y su misión de «fabricar a la gente» están en el origen del gobierno nazi⁶⁸. Aquellas se definen como

⁶⁸ Robert Mayer, «Hannah Arendt, National Socialism and the Project of Foundation», en *The Review of Politics* 53:3, Notre Dame, Summer, 1991, 469-487.

contrapartida de las fuerzas que impulsaban hacia la desintegración del «ser y raza alemana». En *Mi lucha*, Hitler subraya, «solo con organización combativa puede el ardiente deseo [de independencia] de un pueblo convertirse en realidad»⁶⁹. Ello lo vuelca en la *Hitlerjugend*, a la cual dotó de una forma, estableciendo una «jerarquía juvenil», para después rellenarla con actividades capaces de atraer a la juventud en su demanda de esparcimiento.

El protagonismo que tiene la Juventud Hitleriana se refleja en que es la única organización que luce el nombre del *Führer*. Ello, para destacar la unidad de los jóvenes, todos dirigidos hacia el propósito del líder, es decir, el servicio de la comunidad racial.

En la *Hitlerjugend* el o la joven se convertía en un miembro social activo, ejercitándose para el combate y la competencia⁷⁰. De ahí que la propaganda fuera primordial para la movilización de las almas y los cuerpos juveniles.

El próximo paso eran los Servicios de Trabajo y las Fuerzas Armadas. El adoctrinamiento militar era central. Pertenecer al ejército era el horizonte del cuerpo juvenil, lo que se desprende de las declaraciones en 1933 del profesor de Berlín, A. Bäumer: «la educación técnica entregada por el ejército completa la educación soldadesca de los jóvenes»⁷¹.

El Partido vio en la agrupación femenina la opción de cooptarse a un sector tradicionalmente recluso en lo privado. Pero, pese a la posibilidad de un nuevo rol en la vida pública, la misión que se les asignaba era una biológica: «dar un niño al *Führer*»⁷². Se reforzaba la asociación de la mujer a lo familiar, pero ahora en pos de un bien nacional.

Si en 1933 ya había 15 mil miembros en la Juventud de Hitler, para fines de 1935 el número subía a casi cuatro millones⁷³. La Ley de la Juventud de Hitler de 1936 llamaba a la unificación de toda la juventud alemana, haciendo de la *Hitlerjugend* una organización estatal⁷⁴. La presión sobre los niños se hacía más fuerte, hasta que en 1939, dos órdenes del poder ejecu-

⁶⁹ Hitler, *Mi lucha*, op. cit., 280.

⁷⁰ Dagmar Reese, «The BDM Generation: a Female Generation in Transition From Dictatorship To Democracy», en M. Roseman (ed.), *Generations in Conflicts. Youth Revolt and Generation Formation in Germany 1770-1968*, Cambridge, Cambridge University Press, 1995, 30.

⁷¹ Michaud, op. cit., 259.

⁷² *Ibid.*, 269.

⁷³ Reese, op. cit., 238-239.

⁷⁴ *Ibid.*, 238.

tivo hacían el servicio juvenil obligatorio⁷⁵. Así, la cifra de los jóvenes que pasaron por la *Hitlerjugend* llega casi a los nueve millones⁷⁶.

Se ingresaba a los movimientos juveniles desde los diez años. Los hombres, a través de la *Deutscher Jungvolg*, permanecían ahí hasta los catorce, cuando podían formar parte de la *Hitlerjugend*. En cambio, las niñas comenzaban en la *Jungmädelbund*, para a los catorce años unirse a la *Bund Deutscher Mädel* (BDM-Liga de Niñas Alemanas), rama de la *Hitlerjugend*.

Los jóvenes se reunían al menos dos veces por semana. El sábado era el Día de la Juventud y la tarde del miércoles mantenían actividades obligatorias, generalmente de educación política. Además, algunos fines de semana realizaban paseos y en las vacaciones campamentos. En ellos, el eslogan era «Nacemos para morir por Alemania»⁷⁷. Los límites de lo privado y lo público son inexistentes para los gestores del movimiento.

Las ex BDM recuerdan que les enseñaban canciones folclóricas, deportes y juegos, aprendían acerca de la *Hitlerjugend* y la vida de Hitler⁷⁸. Se instala una visión de mundo.

Estas organizaciones incluso se extendían a las colonias alemanas. En Chile ya en el año 1933, y al menos hasta 1944, se realizaban en los alrededores de Temuco actividades para los jóvenes colonos: excursiones, campamentos, enmarcados en las actividades del Partido Nazi. En el Archivo Alemán Emilio Heid, encontramos un álbum completo de la *Hitlerjugend* chilena y los colegios alemanes en territorio nacional con la fotografía de Hitler en la pared. Se distinguen los uniformes oficiales, también el ambiente festivo de estos encuentros, al igual que marchas de unos 200 jóvenes, guiadas por las respectivas banderas y tambores.

Se pone énfasis en los textos para adoctrinar a niños y jóvenes. Por ejemplo, existía el *Pimpf im Dienst* (1938), para los *Jungvolg*⁷⁹. Casi todos los niños tenían una copia de este libro, que presentaba a Hitler como un héroe e imponía, «queremos convertirnos en lo que él es» como preámbulo de su biografía. A continuación ilustraba los valores

⁷⁵ Peukert, *op. cit.*, 151.

⁷⁶ Alexander von Plato, «The Hitler Youth Generation and its Role in the Two Post-war German States», en Roseman, *op. cit.*, 210.

⁷⁷ Michaud, *op. cit.*, 268.

⁷⁸ *BDM History Website*, Giesela Borgwaldt, en Chris Crawford, <http://www.bdm-history.com/narratives.html>, consultado el 15 de octubre de 2007, 19:00 hrs.

⁷⁹ «*The Life of the Führer*», en GPA, <http://www.calvin.edu/academic/cas/gpa/pimpfhitler.htm>, consultado el 27 de octubre de 2007, 17:00 hrs.

del *Führer*, siempre pensando en generar una respuesta en los niños que equivaliera a la de Hitler. Ello, en cuanto a la necesidad de liderazgo, la voluntad, camaradería, el compromiso con el movimiento y el rechazo a la política anterior a su ascenso⁸⁰.

Asimismo, encontramos revistas mensuales para los *Jungvolg*, como *Der Pimpf*. Esta destacaba las aventuras y la acción. En cambio, *Das deutsche Mädel*, para niñas, subrayaba actividades más pacíficas: caminatas, cuidado de soldados, preparación para su rol materno⁸¹.

El nacionalsocialismo, en su preocupación por desarrollar una «fe», refuerza los símbolos para así subrayar toda la fuerza del mito fundante de la «nueva Alemania». De ahí se entiende el énfasis en las banderas. Estas son el eje de los diversos rituales nazis, como los de juramento de los nuevos *Hitlerjugend*, generalmente acompañadas de canciones políticas.

Asimismo, el uniforme de la *Hitlerjugend* es símbolo de germanidad. Cada niño puede tenerlo y recibir recompensas sociales por lucirlo. Por lo tanto, se entiende que en los testimonios de las ex BDM, la mayoría detalla los elementos del uniforme, narrando las circunstancias sobre la consecución del mismo⁸².

Se le asignaba un rol a la juventud, una causa superior de la cual ella era el centro. La importancia de aquella responsabilidad es percibida por I. Scholl, ex miembro de las Juventudes y posterior detractora del régimen: «se nos tomaba en serio, y de un modo muy especial, y aquello nos proporcionaba una gran alegría. Nos sentíamos parte de un proceso, de un movimiento que había convertido una masa en un pueblo»⁸³.

Tanto Günter como Willi se hacen parte de la exaltación que provocaba este movimiento y reconocen el entusiasmo con el que ingresaron. Günter entró a los 10 años a la *Jungvolg*, en 1938, «incluso peleábamos para entrar en diferentes ramos». Willi lo hará a los 15, en 1935, «yo entré muy tarde, estaba un poquito reservado».

Günter se detiene varios minutos para recordar el día que se inscribió en la *Jungvolg*.

⁸⁰ *Ibid.*

⁸¹ , «Das deutsche Mädel», en GPA, <http://www.calvin.edu/academic/cas/gpa/images/maedel/dm9-38.jpg>, consultado el 27 de octubre de 2007, 17:00 hrs.

⁸² *BDM History Website*, Chris Crawford, <http://www.bdmhistory.com/narratives.html>, consultado el 15 de octubre de 2007, 19:00 hrs.

⁸³ Scholl, *op. cit.*, 288.

¡Ooooo, uuuu! Más o menos que no podía dormir el día anterior. Fue... cuando uno llegaba y podía ponerse el uniforme, la insignia y todo. Uuuu. [Con la mirada fija en su memoria, no escucha las preguntas]. Mucha gente andaba así no más [con uniforme]. Iba a la Iglesia así. [Risas] para los servicios [de la *Hitlerjugend*] era obligación.

Willi también apela al entusiasmo y a los recuerdos de «pasarla bien». Sin embargo, para él «era algo no pensando en el asunto político, era una formación de cómo organizarnos, cómo lo pasamos bien». De ahí que al objetivo del régimen se le superponen los particulares.

Esos objetivos se vislumbran tras las voces de los participantes, «era muy conveniente porque aprendimos mucho. No era tan malo como lo pinta hoy día la propaganda. La primera época era naturalmente de mucha alegría, entusiasmo y realmente lo pasábamos muy bien. Yo podía aprovechar mucho esas experiencias para mi vida». Goce, aprendizaje, visión de futuro y defensa frente a las críticas: todo se suma al momento de valorar lo que fue la *Hitlerjugend*.

Willi rescatará esas mismas oportunidades que brindaba el movimiento, debido a que se juntaban para «instrucciones, para conversaciones, o para cantar, visitar industrias o negocios, o cosas de la técnica». Y en los paseos,

salíamos en grupo hacia el campo, por ejemplo, pernoctábamos al aire libre, para conocer la naturaleza. Era bonito. Debían organizar hoy día algo así también. Entusiasmar a la juventud. Eso falta aquí: ofrecer algo, deporte, cultura, conocer la naturaleza, los animales. Y ustedes, ¿no pueden organizar esto?

Este último testimonio es riquísimo. Para Willi fue tan valioso lo que vivió en esos años de la *Hitlerjugend*, que desde sus recuerdos lanza preguntas hacia el presente e insta, incluso me interpela, a crear algo similar a la *Hitlerjugend*. Habla mucho del entusiasmo, de la actividad constructiva, en contraste con los valores que la juventud viviría hoy, de ahí que se acentúa el ver a la *Hitlerjugend* como una experiencia enriquecedora, recomendable y ejemplar para nuestro presente.

1. Excursiones: el encuentro con el suelo y la raza

Toda la ideología nazi está centrada en la comunidad biótica: el hombre, como todo organismo, se dirige hacia la naturaleza. La genética racial

toma todos sus ejemplos de esa naturaleza regidora. El hombre es parte de una conexión vital, que lo sostiene. De ahí lo fundamental del suelo en la concepción nazi del mundo. Y por lo tanto, los reclamos de tierra serán vistos como necesarios para el desarrollo biológico de los alemanes, para su sobrevivencia. En consecuencia, la exigencia por territorio será uno de los 25 puntos del Programa del Partido Nazi⁸⁴. Suelo y raza se unen.

De ahí que conocer el propio suelo sea un requisito de la *Hitlerjugend*. Hitler recordará, «no olvidéis nunca que el derecho más sagrado en este mundo es el derecho sobre la tierra que queremos cultivar y el sacrificio más sagrado, la sangre que derramemos por esta tierra»⁸⁵.

El biólogo nazi P. Brohmer, en 1933, expresa: «quien absorba en su alma la atmósfera del paisaje y la impregne en su espíritu, comienza a amar a su país, y es precisamente este amor del país propio el que queremos hacer renacer y crecer con la ayuda del concepto de comunidad biótica»⁸⁶. Bajo esos parámetros, la miembro de la Juventud I. Scholl sin duda ama a su país cuando declara, «cuando pensábamos en nuestra Patria nos acordábamos del olor del musgo, de la tierra blanda y de las sabrosas manzanas. [...] Nosotros la amábamos [la Patria] pero apenas podríamos decir por qué»⁸⁷.

Baldur von Schirach intenta generar ese mismo sentimiento al fomentar los paseos: apreciando a la gente del Reich y su suelo «le permitirá defender al Estado con su vida»⁸⁸.

Suelo y camaradas se unen en el viaje de la joven G. Streiter, quien describe una violenta tormenta en el Rin, celebrándolo como un «magnífico viaje. [...] Qué orgullosos estaban nuestros corazones y con qué entusiasmo veíamos ondear nuestras banderas entre aquél huracán»⁸⁹. Y ya en tierra, viendo a la numerosa gente en un ambiente festivo [Fiesta del Solsticio], manifiesta, «ya no veía ni oía lo que estaba sucediendo a mi alrededor. Solamente pensaba y me maravillaba; quería percatarme de cómo podría yo convertirme en una ayuda en la reconstrucción de nuestra Madre Patria»⁹⁰. Lo extraordinario de todo el escenario, los sentidos agu-

⁸⁴ Hitler, *Mi lucha op. cit.*, 501.

⁸⁵ *Ibid.*, 479.

⁸⁶ Brohmer, *op. cit.*, 112.

⁸⁷ Scholl, *op. cit.*, 287.

⁸⁸ Von Schirach, *op. cit.*, 311.

⁸⁹ Gudrun Streiter, «El diario de la novia de un hombre perteneciente a las SA», en Mosse, *La cultura...*, *op. cit.*, 143.

⁹⁰ *Ibid.*

dizados, la emoción de percibir un movimiento masivo dirigido hacia una fe, interpela a dirigir las propias energías hacia la nación. En el testimonio de Streiter se percibe el éxito de la política del régimen.

La alegría también está viva en las experiencias de Günter y Willi en la *Hitlerjugend*. Ambos subrayan la sensación de aventura. Partían los fines de semana a los *lager* o campamentos. Realizaban juegos, «de un *lager* contra otro. Generalmente juegos de ajedrez o juegos de la naturaleza, peleaban entre un grupo y otro, o natación. Era bien organizado y todo muy bien mantenido. Estábamos con todo entusiasmo. Si había un paseo a un lago, todos querían ir para allá».

Y si advierten las incomodidades, lo hacen solo para resaltar su disposición a no dejar vencer su entusiasmo. Así, mientras Günter destaca con orgullo, «nos conformábamos con lo que fuera», Willi detalla que en ese tiempo, «cada uno acarreaba su pedazo de carpa, que se juntaban con botones. [...] había lluvia y entraba el agua. Nos hizo bien la cosa. [...] Estos paseos eran siempre bonitos.» El entrenamiento en fortaleza brindaba sus frutos.

Las BDM también destacan las alegrías de los paseos. Elisabeth Frietsch, entusiasmada comenta, «cuando miro hacia atrás a mi época en las *Jungmäedel* [...] la mayoría de mis recuerdos son de hacer artesanías, cantos, escaladas, festivales deportivos, natación, nuestros queridos líderes grupales y los muchos amigos que hice»⁹¹.

2. *Camaradería e integración: en camino hacia la comunidad de la Nueva Alemania*

El énfasis que pone Willi en el abotonamiento de los trozos de carpa refleja un triunfo del nacionalsocialismo y la *Hitlerjugend* como símbolo de integración, espejo de lo que debiera ocurrir a nivel nacional. Las clases debían derribarse para así forjar esta renovada Alemania, consciente de su potencia racial. Hitler instala como condición para la civilización el ceder el «yo» ante la comunidad⁹². De ahí que destaca el espíritu de sacrificio del individuo frente al grupo, el cual solo se logra a través de la integra-

⁹¹ *BDM History Website*, Elisabeth Frietsch, en Chris Crawford, <http://www.bdmhistory.com/narratives.html>, consultado el 15 de octubre de 2007, 19:00 hrs.

⁹² Hitler, *Mi lucha*, op. cit., 227.

ción. La comunidad es lo primero. El énfasis en las actividades conjuntas de la nación favorece la legitimidad del movimiento nazi.

Es ese espíritu el que se contagia, lo que es subrayado por Hitler: «el hombre que lleno de dudas y vacilaciones entra en una asamblea, sale de ella íntimamente reconfortado: se convirtió en un miembro de la comunidad»⁹³. A ello se refiere Mosse cuando analiza el fenómeno de la sociedad de masas, en que el individuo sucumbe ante el atractivo de esta⁹⁴.

Es la sensación de colectividad tan central en la ideología nazi, que el Partido trata la «ceremonia de tránsito» de los jóvenes de 14 a los 15 años como un rito que debe celebrarse en comunidad. Y el guión de ceremonia, de 1939, propone que el discurso a los jóvenes advierta: «[...] si tú no trabajas y actúas cobardemente, caerás en un caos terrible y Alemania entrará en colapso»⁹⁵. Frente a estos drásticos presagios, nace el fomento de la camaradería.

Inge Scholl se emociona con la masa de juventud. «Nos atraía y arrebatava con una fuerza misteriosa: las columnas compactas de jóvenes que marchaban con las banderas al viento, la mirada al frente, al son de los tambores, y cantando»⁹⁶. El vínculo potencia la fuerza del movimiento y el brillo que este produce.

Importa el «ruido». El relato de P. Neuman de la celebración masiva en Berlín tras la rendición francesa, es decidor: todo es movimiento; «al viento de un auténtico huracán de alegría [...] Al son de trompetas y tambores, los soldados [...] desfilaron ante el pueblo que les aclamaba incesantemente. En la cabeza circularon los carros de combate que abrieron la brecha en Sedán, con un ruido atronador»⁹⁷. El sonido grupal se impone al silencio individual.

Los vínculos humanos se potencian. Así, Günter destaca que «el compañerismo era primordial» y relata cuándo esto se reflejaba y que la ayuda mutua era la regla.

Además, confirma la orientación que los dirigentes nacionalsocialistas buscaban darle a estas instancias de convivencia, al subrayar que ese compañerismo «nació ya en la Juventud. Cuando uno se junta dos veces

⁹³ *Ibid.*, 352.

⁹⁴ Mosse, *La cultura...*, *op. cit.*, 15.

⁹⁵ «Youth ceremonies- Rites of passage for the Youth. How do I organize a Youth Ceremony?», en GPA, <http://www.calvin.edu/academic/cas/gpa/jufeier.htm>, consultado el 27 de octubre de 2007, 17:00 hrs.

⁹⁶ Scholl, *op. cit.*, 287.

⁹⁷ Neuman, *op. cit.*, 101.

a la semana, va a la excursión, entonces uno va conociendo cada vez más a la persona, hay ahí un compañero. [...] Después de ir a un *lager* por un mes, la amistad queda». Se cumplía el diagnóstico de R. Ramlow, quien reconoce en la juventud nacionalsocialista la «camaradería generada por un sentimiento de responsabilidad compartida, el estar consciente de que las energías de su cuerpo y de su espíritu pertenecen a cada uno de sus compañeros tanto como a él mismo»⁹⁸. Sin duda, ello iría en beneficio de la instrucción militar.

Y ese sentimiento se reforzaba en las concentraciones. Tanto la anual en Nüremberg, como las regionales, hacían ver a los miembros de la *Hitlerjugend* que pertenecían a un proyecto conjunto. Ello entusiasmaba y sin duda entregaba legitimidad al movimiento.

La más emocionante para Günter será la concentración en Berlín, que ocurre tras un llamado de Hitler, sobre el fondo de una ciudad destruida por la guerra. Günter recuerda al *Führer* llamando a no caer, a «entrar voluntariamente a la guerra, a pelear, a defender a Alemania, con mucha voluntad.» Günter reflexiona acerca del sufrimiento de Alemania, sus repetidos bombardeos, lo cual «provocó más odio todavía contra los norteamericanos e ingleses, es natural». Por lo tanto, bajo el aspecto enfermo de su capital, opone la fortaleza de Hitler y de la Juventud, la cual debe transformar el odio en acción conjunta.

Günter destaca la interacción en el movimiento. «Hay jóvenes de diferentes vidas, hay gente rica, gente pobre. Ahí están todos. Les cargaban más a los ricos que a los otros. Aquí eran iguales. Les hacía muy bien. Yo tuve la posibilidad de conocer jóvenes de todos los lugares y clases». Günter idealiza la experiencia del movimiento. La individualidad se dirigiría hacia la comunidad, tal como Hitler buscaba que la vida privada se definiera según el bien de todos, reivindicando el sacrificio personal, aludiendo al totalitarismo.

Willi, pese a que reconoce que «no me gustaban francamente esas tremendas marchas», rescata el que, por conocer a los uniformados, «había un entendimiento, de juntarse.» Y de nuevo vincula el pasado –bajo una valoración positiva– con un presente oscuro, enfatizando: «eso es algo muy diferente a hoy día». Recuerda con simpatía la experiencia de Leipzig, durante una concentración de los jóvenes de Sajonia y, como Günter, destaca la igualdad social: «se logró una integración. Eso era algo feno-

⁹⁸ Rudolf Ramlow, «Herbert Norkus? –Hier! Opfer und Sieg der Hitler-Jugend», en Mosse, *La cultura...*, *op. cit.*, 302.

menal, cómo se juntaron juventudes sin distinguir entre unos más ricos o más pobres, principalmente estaban todos uniformes».

El diseño de la organización juvenil dio resultado. El compañerismo planteado generó una integración que es valorada por los antiguos miembros del movimiento.

Además, esa integración en muchos casos se volcó a la comunidad alemana (aria). Así, además de la vía militar, se plasma la orientación social de los jóvenes en su participación en actividades como la campaña de «Ayuda invernal», recolectando dineros para los más pobres. Asimismo, están los «Servicios Laborales». Marianne Mostowski fue al campo a ayudar a una familia con los niños, la limpieza, las compras. «En las noches regresábamos [...] a veces completamente exhaustos, porque algunas de las granjas estaban alejadas. Pero lo hacíamos con placer, porque estábamos trabajando para nuestra patria y pensábamos que estábamos ayudando a nuestro país a ganar la guerra»⁹⁹.

Trude Rittmeyer narra con orgullo las felicitaciones que recibió de la señora del campesino a la cual ayudó: «¡Ayudaste tanto hoy! No creíamos que ustedes, niñas de la ciudad, pudieran llegar a trabajar así»¹⁰⁰. Por lo tanto, la integración desde los jóvenes, sale a la comunidad.

3. La percepción de lo útil: la aplicación de la simbiosis

La *Hitlerjugend* definía un nuevo rol para la juventud. Hitler depositaba todas las esperanzas en esta generación, instándolos a «ser una unidad útil en la sociedad humana»¹⁰¹.

Para el régimen, era *útil* que los jóvenes asumieran la necesidad de «cumplir el deber» y la fuerza de la voluntad, para generar un movimiento de vanguardia que siguiese los deseos del Führer. De ahí que en *Mi lucha*, Hitler aluda al «placer de la responsabilidad»¹⁰², sobre todo en pos de la comunidad.

B. von Schirach irá más lejos, «el éxito del nacionalsocialismo es el éxito de la disciplina»¹⁰³. La obediencia propicia la unidad. La *Hitlerju-*

⁹⁹ *BDM History Website*, Marianne Mostowski, en Chris Crawford, <http://www.bdmhistory.com/narratives.html>, consultado el 15 de octubre de 2007, 19:00 hrs.

¹⁰⁰ *BDM History Website*, Trude Rittmeyer, en Chris Crawford, <http://www.bdmhistory.com/narratives.html>, consultado el 15 de octubre de 2007, 19:00 hrs.

¹⁰¹ Hitler, *Mi lucha*, *op. cit.*, 311.

¹⁰² *Ibid.*, 306.

¹⁰³ Von Schirach, *op. cit.*, 311.

gend aparece como la continuación –y acentuación– de las ideas de disciplina, voluntad y comunidad ya transmitidas.

Sin embargo, recordando a de Certeau, es necesario comprobar si la propuesta de lo *útil* para el régimen coincide con lo que es *útil* para los jóvenes de la *Hitlerjugend*. Sin duda estos perciben beneficios tras el movimiento. Gozan la independencia, podían disfrutar de su tiempo libre con otros jóvenes, explorar, participar en competencias deportivas, viajar, probarse a sí mismos –y ante los demás– y liberarse de la autoridad de los padres. Podían gozar de cierta autoridad al ascender de posición dentro de la *Hitlerjugend* o lucirse para ser aceptados en las SS. Es que el respeto a los líderes que el nacionalsocialismo demanda fomenta la necesidad de los jóvenes de convertirse en jefes, de respaldar su autoridad.

Como hemos visto, para las niñas estaba la oportunidad de desligarse de la esfera privada, alcanzando la pública. Ellas rescatan la posibilidad que la organización les daba de participar en el coro, tener amigas, divertirse en las tardes sociales o en las caminatas. U. Sabel agradece que las actividades organizadas le permitieran encontrar su vocación, la música¹⁰⁴.

Aquellos fines *útiles* estaban contemplados por el régimen. Es más, buscaban propiciarlos para así atraerse a la juventud. Por ejemplo, Helga Brachmann narra la necesidad de asistir a la *Jungmädelsbund* con tal de obtener financiamiento para sus clases de música¹⁰⁵.

Günter y Willi también obtienen beneficio: el movimiento les permitió satisfacer una inquietud personal. Günter satisfizo sus ansias por la aviación y recuerda que «desde el colegio tenía la afición por los aviones», enfatizando el que a los 16 haya ingresado a la sección planeadores, logrando el certificado de piloto de planeador el año 1944, parte de la Fuerza Aérea. Con orgullo, reclama un grado de responsabilidad: revisaba los aviones.

Willi en cambio se dirigió a los motorizados. Es por su fanatismo por los autos que «entró con interés» a la *Hitlerjugend* y con lo que más se emociona es con la posibilidad que le ofrecía esta formación de juntarse los domingos en una cancha donde manejaban las motos.

Los dirigentes nacionalsocialistas eran capaces de crear una organización que aparecía como beneficiosa para ambas partes: el joven y la *Hitlerjugend* en su conjunto.

¹⁰⁴ *BDM History Website*, Ursula Sabel, en Chris Crawford, <http://www.bdmhistory.com/narratives.html>, consultado el 15 de octubre de 2007, 19:00 hrs.

¹⁰⁵ *BDM History Website*, Helga Brachmann, en Chris Crawford, <http://www.bdmhistory.com/narratives.html>, consultado el 15 de octubre de 2007, 19:00 hrs.

La adhesión también se logró a través de los roles asignados a los jóvenes en los desfiles: gran oportunidad para lucirse ante la comunidad. Günter destaca que ingresó a una banda de los *Jüingvolg* con «trompetas y tambores» y con orgullo subraya: «participé en varios desfiles donde también participaba Hitler [...] Escuchábamos atentamente los discursos».

Ya hemos visto cómo los jóvenes valoraban los paseos. Allí se da pie a conocimientos *útiles*. Günter relata, «aprendía a hacer fuego. Naturalmente siempre había algo aprovechable»: en el goce de la naturaleza estaba la razón de reforzar el vínculo con la patria y así servir de escenario para una formación en comunidad.

Les fortalecían su compromiso con la patria a través de actividades de cooperación con los campesinos, lo que agradaba a Willi, quien fue a ayudar a los agricultores en las cosechas. «En ese tiempo era todo a mano, era necesario que todos ayudaran. Era todo interesante para un joven.» Se creaba un compañerismo y solidaridad.

Hoy Günter rescata, «a mí me formó con mucha disciplina y yo naturalmente hoy día sigo la misma línea: puntualidad, responsabilidad, porque es algo que se lo metían a uno. Y después entramos como soldados, entonces eso sigue». Hay un reconocimiento a la necesidad de una directriz, de ceñirse a ciertos parámetros que generen un orden vital. Los valores de la *Hitlerjugend* se prolongan en el tiempo y son vistos como positivos por sus ex miembros.

Las experiencias permitían mirar a la *Hitlerjugend* como una institución no solo al servicio de la comunidad, sino también para el crecimiento individual. Hitler, utilizando la esfera individual, cede respecto a su plan original totalizante en que lo personal no tiene cabida ante lo grupal. No obstante, ello recae en un mayor respaldo hacia el régimen.

VI. VISIÓN FRENTE A HITLER Y LAS AUTORIDADES:

ENTRE LA ADORACIÓN Y EL DEBER

Hitler necesita reforzar su liderazgo. El sistema jerárquico es fundamental para el cumplimiento de su programa. Así, en *Mi lucha*, se retrata como un héroe, un líder indiscutido para el progreso alemán¹⁰⁶. De ahí que frente al concepto de comunidad orgánica, se instale como la personalidad rectora: el eje de la nueva Alemania. Condiciona la fuerza del pueblo a: «la gracia de un hombre que el destino reservó para la realiza-

¹⁰⁶ Hitler, *Mi lucha*, op. cit., 259.

ción de sus aspiraciones; esto es, para la liberación de su cautiverio, para la supresión de esas amargas dificultades»¹⁰⁷.

Los textos infantiles aludían a este Hitler extraordinario, que doblegaba los fracasos pasados, «con una brillante visión y una firmeza sin precedentes, con sacrificios sobrehumanos, él resolvió todas de las tres enormes tareas. Versalles ha muerto, Alemania es grandiosa, y el estado étnico está establecido»¹⁰⁸. Hitler buscaba asociar su nombre a un futuro alemán victorioso.

Sin duda hay diversas reacciones.

Está la del soldado nazi, quien le escribe a su «querida Lieslotte», absolutamente convencido de su deber en el frente de 1941. Para él, «nuestro *Führer* es el hombre más excepcional de la historia. Yo creo absolutamente en él y en su movimiento. Él es mi religión»¹⁰⁹.

También, están los testimonios de la BDM. Ursula Sabel relata la ocasión en que Hitler fue a su ciudad. Todos esperaban y él venía en el último auto. «Nosotros alzábamos nuestros brazos y gritábamos, ‘*Heil Hitler!*’ Él pasaba rápidamente pero consideramos que la espera valía la pena –lo habíamos visto a él»¹¹⁰. Y los festejos no se reducían al *Führer*, incluían a los líderes oficiales. «Cuando una personalidad visitaba nuestra ciudad, teníamos que colocarnos al lado del camino, de uniformes, y ondear banderitas para darle la bienvenida»¹¹¹.

Los festejados se imponen y se ven legitimados por una sociedad que aprecia parte de los cambios que ellos han propiciado. Ello es recogido por P. Neuman, quien destaca a Hitler como «el único que podía infundir a la agotada Alemania el suero regenerador que le otorgaría suficiente fuerza para salir de la catástrofe, evitar la quiebra y escapar de un abismo en cuyo fondo le esperaban los temibles tentáculos de la plutocracia internacional»¹¹². Régimen y juventud sintonizan. Celebran a los líderes, por lo tanto, su éxito.

¹⁰⁷ *Ibid.*, 372.

¹⁰⁸ «*You and Your People (Volk)*», *op. cit.*

¹⁰⁹ «That is Victory! Letters of Faith in New Times and War», *en GPA*, <http://www.calvin.edu/academic/cas/gpa/sieg.htm>, consultado el 27 de octubre de 2007, 17:00 hrs.

¹¹⁰ *BDM History Website*, Ursula Sabel, en Chris Crawford, <http://www.bdmhistory.com/narratives.html>, consultado el 15 de octubre de 2007, 19:00 hrs.

¹¹¹ *BDM History Website*, Ursula Dickreuther en Chris Crawford, <http://www.bdmhistory.com/narratives.html>, Consultado el 15 de octubre de 2007, 19:00 hrs.

¹¹² Neuman, *op. cit.*, 24.

Günter rescata el acato a los jefes, refiriéndose a la atmósfera de respeto que reinaba en la *Hitlerjugend*. Nuevamente, nos topamos con la disciplina, la cual «era muy muy muy rígida» para Günter. No lo dice como queja, sino con aprobación. «Si uno no hacía lo que ellos querían, castigo fuerte: no puede participar en esto u esto otro». La máxima disuasión frente a la no obediencia era la amenaza de no poder participar, quedarse ajeno.

Por lo tanto al hablar de Hitler, Günter, tras admitir la locura de su proyecto universal («quería ser todo lo imposible: 65 millones de alemanes contra 500 millones del otro lado»), se desvive en retratar el entusiasmo al ver al *Führer*. «Imagínese, él hablaba y uno salía a matar a los enemigos. Fue tan impresionante. Las palabras y ooo, yo era era [...] Era algo muy especial. Nunca más vi a una persona así, que arrasaba con todo, con toda la gente». Günter no atendía las preguntas: estaba totalmente absorto en sus magníficos recuerdos. Y para destacar la intensidad de la experiencia, recuerda, «yo vi a comunistas que salían gritando ¡Heil! ¡Heil! Era un hombre que tenía este poder de convencer a la gente. Si no, nunca la guerra habría durado tantos años».

Reconoce que estaban como en un «embrujo», «al final la gente se dio cuenta de que era imposible. Hubo un atentado contra él y escapó *porque Dios es grande*». Y narra el memorizado «diario de vida» de Hitler: su origen sencillo, la organización del Partido, su habilidad para dibujar («cuadros que hoy tienen un valor millonario. Yo no tengo ninguno»).

El deslumbramiento de Günter por Hitler cede paso más bien a una indiferencia en Willi. Este nunca lo vio. Sin embargo, reconoce el entusiasmo tras su elección y los primeros éxitos socioeconómicos. Pero narra la «toma de conciencia»; «después viene la luz y uno dice: esto anda mal, ¿qué hacen allá? Algo anda raro. Sin embargo, ello era algo seguido por algunos adultos, nosotros cuando chicos, no».

Y al preguntarle por su participación en la guerra, habla más de responsabilidades, del deber de obedecer. Tras «la noticia, usted debe presentarse. Pero por fanatismo a Hitler, no».

Con Willi, se desestructura la imagen del movimiento forjado en pos de la autoridad. No hay entusiasmo por Hitler y su proyecto; más bien sale a relucir la disciplina implantada. Sin embargo, ello es funcional al proyecto. La devoción de jóvenes como Günter se combinaba con la responsabilidad de otros como Willi, para movilizar a la *Hitlerjugend* sin que el cuestionamiento pase a ser determinante.

VII. LA GUERRA Y EL DILEMA DE LAS LEALTADES

Tras la *Hitlerjugend* siempre estaba presente la eventualidad de la guerra. El realce de lo físico, la educación soldadesca, la disciplina, la integración en una agrupación sin clases, las concentraciones y desfiles, todo estaba dispuesto para que cuando comenzara la batalla, el sector más preparado respondiese. De ahí la voz de un niño: «parecía intolerable imaginar tener que vivir en un periodo de la post guerra sin haber servido en la primera línea del frente»¹¹³.

Hitler subraya,

proporcioné a la Nación alemana seis millones de hombres perfectamente entrenados en los deportes, todos con amor fanático por la Patria y educados en el más decidido espíritu ofensivo, y luego un Estado Nacionalista formará de ellos, si fuera necesario, y en menos de dos años, a un verdadero Ejército¹¹⁴.

La guerra se establecía como el escenario de prueba de las lealtades.

Al comienzo, existirá verdadero entusiasmo. Las victorias señalaban el buen camino y las lealtades se mantenían firmes. Así, un soldado del frente dice: «estoy feliz y agradecido de que, pese a que soy tan joven, puedo servir a mi patria como un soldado, y que puedo colaborar activamente en la gran lucha por la existencia»¹¹⁵.

Comenzarán las dificultades en el frente, y las tensiones en el interior de los jóvenes. Ello se plasma en las voces de Günter y Willi. El primero, «peleaba por entrar a la guerra, muy entusiasmado», motivado, porque «al principio era todo victoria, victoria, victoria». Ingresó a los 16 años a la Fuerza Aérea. Ello en 1944, cuando las derrotas y las bajas provocaron que se redujera la edad de ingreso al ejército de 18 a los 17, y luego, a 16.

Sin embargo, capturado Günter, la decepción cayó. Como prisionero, «nos dimos cuenta de que la guerra estaba perdida [con las derrotas] recién nos dimos cuenta de que no era tan grande, tan poderosa Alemania». Y se amarga ante el recuerdo. Con la guerra perdida «vino la reacción y entonces ahí nos dimos cuenta de que muchas cosas no estaban bien».

Por su parte, Willi entró en 1939 a la guerra, por lo tanto su experiencia en el frente es prolongada. El sufrimiento vivido es descargado a

¹¹³ Peukert, *op. cit.*, 150.

¹¹⁴ Hitler, *Mi lucha*, *op. cit.*, 395.

¹¹⁵ «*You and Your People (Volk)*», *op. cit.*

través de una palabra, «sobreviví», como si tuviera que confirmárselo a él mismo. «Me tocó la instrucción en Alemania, después nos mandaron a Francia, Rusia, Italia, Francia, y terminé como prisionero en Alemania».

Y el pesimismo cunde también en un Willi que había entrado al frente por un sentimiento del deber. Estando en Italia, «se notaba que estábamos casi perdiendo la guerra. Hemos visto ya a los aliados y eran demasiado fuertes, demasiado grandes».

En esos momentos se cuestionaba la trayectoria en la *Hitlerjugend*. La frustración e indiferencia se acentuaban, mutilando el proyecto de liderazgo.

VIII. WILLI Y GÜNTER: VISIONES DE LA ALEMANIA NAZI

Mi intención ha sido complejizar la visión frente a temáticas del régimen nazi, de ahí que sería contraproducente concluir el desarrollo del tema con el análisis categórico de la derrota. En cambio, la evaluación que los entrevistados hacen del régimen es más difusa.

Hemos visto que sus visiones frente al país se basan sobre los ejes de la dura vida que debieron pasar sus padres con la destrucción anterior y posterior a Primera Guerra Mundial, la crisis de los años 20 y principios de los 30, sumada a los sacrificios de la Segunda Guerra. Willi se liga con su región, «nosotros perdimos todo en la guerra en Dresden, [quedó] todo destruido».

Aquél análisis frente al pasado dejaba al descubierto un periodo de percepción positiva frente al país: aquél desde que asume Hitler hasta que los jóvenes se involucran en la guerra, entrando en contacto con la destrucción. Günter destaca más este contraste, «yo participé en la última parte de la guerra. Y ahí nos dimos cuenta realmente de lo que pasaba». Pero ello no elimina los comentarios positivos al régimen de Hitler de los años anteriores a la guerra, «él prometió, y efectivamente lo hizo [...] Alemania surgió de la nada».

Más profundo es el análisis de Willi, más crítico de la situación del régimen. Tras sus recuerdos, esconde bastante dolor. Le resulta más difícil que a Günter separar su experiencia en la *Hitlerjugend* de sus descubrimientos y juicios posteriores.

Willi también subraya las dificultades de los años 20. Destaca que Hitler y el cambio político fueron consecuencia del descontento general y la cesantía. «Habíamos visto mucho estas peleas entre partidos. De niño

había visto cómo se peleaban en la calle, se pegaban, salía sangre en las cabezas, era desagradable, malo». Y ligaba aquellos conflictos con las promesas de cambio de Hitler: «todas las elecciones son siempre reacciones de que algo anda mal. Y ahí salió este partido de Hitler, con promesas». Y reconoce los logros, «todos tenían trabajos, y había más orden. Y para nosotros, como chicos, era una vida más tranquila».

Y se defiende,

uno no sabía cómo irían las cosas para futuro, uno no captó. Se dice mucho que fuimos todos nazis ¿en qué forma nazis? Ese Partido era de adultos, nosotros éramos chicos. No teníamos nada que ver con lo que han hecho. Ni captamos cómo era su programa o cómo andaba la cosa. [...] En ese tiempo, estábamos más encerrados, más separados. Entonces no habíamos captado profundamente las cosas que pasaban políticamente.

Y concluye su análisis, dividiendo con su mano la mesa en dos niveles: «una cosa era la juventud de Hitler, la otra cosa era el Partido o la lucha, la política de Hitler». Por lo tanto, el movimiento no había logrado un adoctrinamiento político. La esfera privada y la pública se mantenían en paralelo, desintegradas. Más bien se reforzaba la organización del tiempo libre de la juventud. Ello recae en que no hay una crítica al régimen, pero tampoco un apoyo entusiasta a nivel político. Sin embargo, defienden al país en la guerra.

En Willi hay espacios para las desconfianzas. «Más grande, con 17, 18 años, me entró un poco en la cabeza que andaba algo un poquito raro [...] me preguntaba, ¿con los judíos qué han hecho? Y oía a los adultos que decían, ‘algo anda mal aquí’». Pero se refugia en la «escasa información»: la organización del régimen y sus valores transmitidos eran más poderosos.

Se involucran en la guerra. Mientras para Günter era algo ansiado, para Willi «era una obligación. ¿Patriotismo? no. No tenía entusiasmo por entrar, había que cumplir, ese cumplir era algo normal».

Se percibe el dolor acarreado por Willi producto de su participación en la guerra. Ello establece una sombra en su visión frente al régimen nacionalsocialista. «Ojalá que no pasen otra vez esas cosas malas». Pero, reclama, «una cosa es lo político y otro es la juventud». Enfatiza, «no tuvimos fanatismo político», pasando al relato de sus años alegres en la *Hitlerjugend*, «la juventud de nosotros en esta organización de Hitler, era bonito. No había nada de criminalidad, de desórdenes, nada». Nueva-

mente contrasta el hoy con el ayer, idealizando ese pasado. Las seguridades ofrecidas son sobrevaloradas. Y Günter subraya, «yo lo pasaba bomba. Pero, naturalmente uno se da cuenta ahora de que no era todo gloria».

IX. ¿Y LAS RESISTENCIAS?

Los historiadores se sorprenden ante la complacencia demostrada por los alemanes durante el régimen nazi: no se manifiestan resistencias políticas de importancia. Si hay escenarios que evidencian un cierto rechazo, estos son episodios muy puntuales, como el intento de atentado a Hitler, en 1944.

La resistencia no fue armada, tampoco existió una oposición organizada que amenazara al régimen¹¹⁶. El Partido Social Demócrata y el Comunista quedaron en la clandestinidad, desorganizados y reducidos. Y la represión nazi obstaculizaba cualquier comunicación entre las redes. Así, según M. Nolan, los estudios de la resistencia reconocen la desmovilización y desmoralización de la población, sumado a un entusiasmo por muchos de los proyectos nazi¹¹⁷.

No obstante, a fines de los años 30, nacen grupos alternativos. La idea asociada a la *Hitlerjugend* perdía magnetismo, debido a que era vista como un *establishment*¹¹⁸. Además, vimos como Willi y Günter nutren sus frustraciones con la experiencia del frente. Günter relata, «cuando se dan cuenta de que la guerra está perdida, el entusiasmo baja».

No obstante las murmuraciones, disensos menores y «quejidos» estaban bastante extendidos, alega S. Lee¹¹⁹ que era improbable que terminaran traducidos en oposición política. Willi y Günter descartan que se manifestaran resistencias mayores al interior de la *Hitlerjugend*. El primero afirma, «no había nada como una resistencia dentro del movimiento». Y para Günter, «algunos no participaban con tanto entusiasmo, pero más que nada era porque no tenían ganas. No había críticas políticas, nada contra Hitler. Era un entusiasmo tan grande, imposible describirlo».

¹¹⁶ Nolan, «Antifascism Under Fascism...», *op. cit.*, 39.

¹¹⁷ *Ibid.*, 41.

¹¹⁸ Lee, *op. cit.*, 192.

¹¹⁹ *Ibid.*, 190.

Sin embargo, da cuenta de la imposibilidad de resistir abiertamente. Según él, no había contramanifestaciones: «era peligroso, te tomaban preso al tiro».

Por su parte, Willi reconoce que había un margen de jóvenes alejado de la *Hitlerjugend*. Y lo explica más por una discrepancia frente a las actividades de esparcimiento al interior de la *Hitlerjugend* que por rechazo a los principios del régimen: no entran porque «como aquí a algunos no le gustan los deportes, no van». Y, como Günter, destaca lo peligroso de oponerse abiertamente. «Hablábamos entre los amigos no más, porque uno no podía decir públicamente las cosas por el peligro al castigo».

La norma era seguir la corriente. Willi comenta, «no sé cuantos jóvenes en ese tiempo pudieron ver las consecuencias políticas de las cosas. Había unos que se iban presos porque estaban en contra, pero no teníamos una visión de lo que podía ser o podía venir».

Sin embargo, había quienes sospechaban del régimen, ya que en el círculo de Willi, «los adultos miraban las cosas, se daban cuenta de que pasaba algo con los judíos». Asimismo, él también se sorprendió y desconfió ante el sistema cuando durante la guerra «vio cómo transportaban gente en tren, en vagones de carga, [y me preguntaba] ¿Adónde irán?».

Willi comparte el desconocimiento de Günter respecto a los movimientos de resistencia, como los *Piratas de Edelweiss*, *Swing* y *Meuten*, pero no respecto a los hermanos Scholl y su movimiento de oposición al régimen, de quienes conocía su existencia.

Pese a que reconoce la dureza del régimen, Willi rechaza que hubiera sentido miedo, que se le prohibieran espacios o que le estuvieran quitando la libertad. De ahí que se puedan considerar las resistencias como excepciones a la norma general de que la juventud estaba muy educada en el sentido del deber, la responsabilidad y obediencia ante la autoridad. Y destaca, «no entiende la gente ahora que esa organización de la juventud era una forma como de entusiasmo. Se ofrecía algo, se organizó, se bailaba, se cantó, se hacía deporte, se juntaban.» Y sanciona: «[no hubo] nunca algo en contra».

Sin embargo, en 1942, el líder de la Juventud estaba alarmado por la formación de grupos fuera de la *Hitlerjugend*: «antes y, particularmente durante la guerra, a tal grado que uno debe hablar de un serio riesgo político, moral y de subversión criminal de la juventud»¹²⁰.

Uno de los movimientos más destacados eran los *Piratas de Edelweiss*, de jóvenes de 14 a 18 años. En 1942, la policía estimaba en 750

¹²⁰ Peukert, *op. cit.*, 153.

sus miembros en la región del Ruhr y del Rin¹²¹. Construían su identidad basados en la oposición a las autoridades, con su slogan «Guerra eterna a la *Hitlerjugend*»¹²², mezclándose hombres y mujeres, a diferencia del movimiento juvenil oficial. Sin embargo, se inspiran en este último: organizan paseos a la naturaleza, crean canciones, pero siempre marcando una oposición a cómo el régimen dirigía las actividades de esparcimiento¹²³. Asimismo estaba el *Movimiento Swing*, que se definía por su preferencia por aquel estilo musical y el jazz. «El *Swing* se convirtió en un emblema de una cultura que rechazaba las normas de la Juventud de Hitler, despojándolo [al swing] de su carácter de baile de salón domesticado en favor de variedades más sensuales, lo que en lenguaje Nacionalsocialista era llamado ‘música de negros’»¹²⁴. Se creaba una cultura alternativa, mas no una política. De ahí que fuera subterránea.

Si estos grupos alternativos se definían en contra de aspectos culturales y no políticos, el desconocimiento de ellos por Günter y Willi nos habla de los límites de su fuerza. Pero, pese a que los entrevistados niegan resistencias abiertas al régimen, sus testimonios nos dan luces de eferescencias juveniles. Las conversaciones entre pares y el énfasis en los peligros de castigo a la oposición abiertamente manifestada, dan cuenta de que se respiraban aires de descontento en sectores de la *Hitlerjugend*. El terror a manifestarlo no quita la presencia de resistencias, ensombrecidas por las amenazas. Ya sean sociales o políticas, lo cierto es que con la guerra, hay disconformidades que dan un giro al apoyo de los miembros de la *Hitlerjugend*.

X. CONCLUSIONES

El estudio de la Juventud en los tiempos de Hitler sobre la base de la «vida vivida» nos permite extraer ciertas claves para entender el entusiasmo que causó el movimiento nacionalsocialista entre los jóvenes. Además, nos permite presentar los matices en la aplicación del modelo por parte del régimen. La juventud cedía ciertos valores al momento de alinearse con el nacionalsocialismo. Priorizaba aspectos del movimiento, subesti-

¹²¹ Michaud, *op. cit.*, 279.

¹²² Peukert, *op. cit.*, 155.

¹²³ *Ibid.*, 154-165.

¹²⁴ *Ibid.*, 167.

mando otros: el control no era total, sin embargo, era funcional para la estabilidad del régimen. La negociación permitía la simbiosis.

El régimen subrayaba los rasgos espirituales asociados a la juventud: la regeneración, energía, lucha, idealismo. Ello actuaba en forma potente sobre una generación que se encontraba disgustada con el resultado de sus antecesores. La propaganda explotó el estado de inferioridad alemana hasta el punto de que la juventud se sintió responsable de apoyar a Hitler en su proyecto de recuperación del estatus alemán. Cuando la juventud buscaba una identidad, un rol, aparejaba su destino al proyecto de engrandecimiento del Tercer Reich. Así, encontraba un propósito vital, y uno que le brindaba beneficios en cuanto a vínculos sociales, autoestima, recreaciones y sentido de pertenencia.

Esta asociación entre juventud y régimen se puede encontrar en los jóvenes soviéticos, dispuestos a soportar los sacrificios ante un futuro prometedor¹²⁵. Asimismo, la juventud italiana, ensalzada por un Futurismo que veía el éxito en relación a la fuerza, la energía y el movimiento –al menos en un principio– sintoniza con la revolución de Mussolini. Estos regímenes coincidían en ensalzar sus propios logros en contraposición a los fracasos del pasado: las nuevas generaciones asumían un nuevo papel, recogían la esperanza de «continuar con los triunfos». Y el régimen estaba pendiente de las reacciones de la juventud. Solo así se entiende el extenso y detallado programa de educación que sobre ella se posaba.

Para el caso alemán, constante es la referencia a las dificultades de los años 20 y 30. Las inseguridades que colmaban aquellos años previos a la llegada de Hitler, conducirán a la juventud a confiar en un movimiento que a futuro les promete existencias seguras. Solo cuando los jóvenes están en el frente, se percatan de sus errores de cálculo: Alemania no estaba en la vanguardia, la confianza depositada en las promesas tambaleaba.

Sin embargo, el recorrido de la juventud marcó. Y ello se percibe en los testimonios de Günter, Willi y las ex miembros de la rama femenina de la *Hitlerjugend*, quienes rescatan aspectos positivos del régimen. El entusiasmo es más bien la norma. No obstante, ello no excluye la crítica, reflejada en tantos compañeros de estos jóvenes que sospechaban del régimen, a puertas cerradas.

No obstante, las cargas negativas están presentes. Sobre todo, la frustración tras contrastar el ideal con la realidad: el régimen al que ellos se habían confiado era mortal. Las explicaciones que los entrevistados dan,

¹²⁵ Fitzpatrick, *op. cit.*

respecto a la ausencia de la información que les hubiese permitido enterarse de las atrocidades, es un esfuerzo por desentenderse.

De ahí que las complejidades sean muchas al momento de definir el consenso o disenso juvenil. El veredicto no es absoluto. Y son esas contradicciones las que enriquecen el relato. Este no se enfría en juicios categóricos, sino que, en vez de reducir las experiencias humanas, las reivindica. Así, las nuevas voces que permiten el enfoque de la vida cotidiana redundan en una mejor percepción de los procesos usualmente tratados desde una sola perspectiva. La discusión se renueva, favorecida por esta combinación de diferentes «lentes» de análisis.

Sin embargo, ello no significa prescindir de los conceptos de totalitarismos y fascismos. Al contrario, los rescato en cuanto las características de la dictadura nazi se dirigen hacia una idea totalitaria. Los rasgos con que definimos aquellos regímenes, la militarización, el carácter antiliberal y burgués, el rescate de lo espiritual y la apelación a las masas cubren el sistema nazi. Lo interesante es el cómo la población, en este caso la juventud, se apropió de esos elementos, dándoles vida. Macro y microhistoria se combinan.

SER JOVEN CATÓLICO EN CHILE. EDUCACIÓN CATÓLICA Y FORMACIÓN DE ÉLITES EN EL CHILE DEL CENTENARIO¹

Rodrigo Mayorga

I. INTRODUCCIÓN: LA PROBLEMÁTICA DE LA SECULARIZACIÓN

LO RELIGIOSO, EN TANTO FENÓMENO HUMANO, ha sido una dimensión propia de la existencia del hombre casi desde los inicios de su vida como especie, manifestándose en diversas formas y expresiones. Sea a través de cultos animistas, creencias ultraterrenas, religiones institucionalizadas o pensamientos racionales y filosóficos que buscan rechazarla o pararse de forma indiferente ante ella, lo cierto es que la religión sigue ocupando hasta el día de hoy un lugar preponderante en la vida de los seres humanos.

Lo anterior, sin embargo, no ha sido el discurso preponderante entre la gran mayoría de los pensadores y autores que han analizado el lugar que la religión ocupa en la sociedad moderna, justamente porque el fenómeno de la Modernidad vino a poner en tela de juicio el rol fundamental que hasta entonces poseía la religión al interior de la sociedad. El pensamiento ilustrado y la Revolución Francesa, en tanto expresiones de la Modernidad, llevaron esto al extremo de cuestionar directamente e incluso perseguir a la principal expresión religiosa del mundo occidental: el catolicismo². La religión, que había sido una suerte de *axis mundi* de

¹ Este artículo se inserta en el seminario de investigación «Religión, espacio público y secularización. Una revisión crítica» impartido por la profesora Sol Serrano.

² Probablemente una de las síntesis más brillantes a la vez que sencillas sobre el pensamiento ilustrado sea la expresada en Immanuel Kant, «¿Qué es la Ilustración?», en *Filosofía de la historia*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1979, 25-37. Sobre los detalles principales de la Revolución Francesa y sus tensiones con la religión católica, véanse Jacques Godechot, *Las revoluciones (1770-1799)*, Barcelona, Editorial Labor, 1981, 61-63 y Georges Lefebvre *La Revolución Francesa y el Imperio (1787-1815)*, México D.F., Fondo de Cul-

la sociedad, comenzó a perder ante los ojos de muchos la preponderancia social que hasta entonces había poseído. Este proceso es el que se ha conocido como la secularización.

El proceso de secularización fue abordado durante mucho tiempo por las ciencias sociales desde una sola perspectiva: la de que se trataba de un fenómeno inherente a la Modernidad, asociándolo no solo con un cambio en el papel jugado por la religión al interior de la sociedad, sino también con su inevitable declive y abandono. De esta forma, se estableció un axioma conocido como la teoría de la secularización, la cual planteaba que la religión no era otra cosa más que una especie en extinción, destinada a sucumbir en medio de una modernidad en la que no podía encontrar cabida. La fuerza de este postulado fue tan grande, que no sería cuestionado sino hasta la segunda mitad del siglo XX.

Este cuestionamiento no solo vino a poner en entredicho los postulados teleológicos asignados al fenómeno de la Modernidad, sino que además puso sobre la mesa la discusión sobre el papel jugado por la religión en la sociedad moderna. José Casanova, por ejemplo, establece la existencia de tres formas de entender la teoría de la secularización: una tendría que ver con el proceso de modernización social, a través del cual las esferas seculares –como el Estado, la economía o la ciencia– se diferencian y autonomizan de la esfera religiosa; la segunda sería la concepción de un inexorable declive de la religión al interior de las sociedades modernas y la tercera tendría relación con un proceso de retirada de la religión desde el espacio público al privado³. A estas tres formas de enfocar esta problemática las denominaremos respectivamente proceso de secularización, teoría de la secularización y privatización de lo religioso.

Lo importante de estos nuevos enfoques es que vinieron a poner en entredicho la noción de que lo religioso no tiene ningún papel que jugar al interior de las sociedades modernas, haciendo pasar a un segundo plano la noción axiomática de la inminente desaparición de lo religioso al interior del mundo moderno⁴. Si bien la variedad de enfoques existentes es

tura Económica, 1973, 71-74. Para un análisis en mayor profundidad sobre este proceso, enfocado desde una perspectiva más bien propia de la historia cultural, el lector encontrará una mirada reflexiva y esclarecedora en Roger Chartier, *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución francesa*, Barcelona, Gedisa, 1995, 107-126.

³ José Casanova, *Public religions in the modern world*, Chicago, University of Chicago Press, 1994, 19-39.

⁴ Esto no niega que aún persistan ciertas defensas de esta visión axiomática. Un ejemplo puede verse en Antonio Flavio Pierucci, «Soltando amarras: seculari-

diversa y el análisis y crítica que de cada uno podría hacerse bastaría para llenar estas páginas⁵, lo cierto es que estas nuevas miradas han permitido acceder al estudio de lo religioso entendiéndolo como un fenómeno humano y, por lo mismo, netamente histórico. Así se rechaza toda noción preconcebida de carácter teleológico o similar y se es capaz de observar las mil y una complejidades existentes en las nuevas formas adoptadas por la religión en general y por el catolicismo en particular, ante los procesos de secularización vividos por las sociedades modernas, fenómeno que cobró aún más matices y ribetes en una realidad tan distinta de la europea, como fue la latinoamericana⁶.

Chile, sin duda alguna, también vivió un importante proceso de secularización ya desde la Independencia, cuando el principio religioso que fundamentaba el poder de la monarquía vino a ser reemplazado por el postulado de la soberanía popular que pretendía sustentar un orden republicano y liberal. Desde entonces, y a pesar de que constitucionalmente la Iglesia y el Estado no estuviesen separados, la religión y el catolicismo en Chile vivieron una serie de cambios, reacomodaciones y batallas, en la medida en que el proceso de secularización iba fortaleciéndose y se veía expresado, tanto en el plano legal como en el político y cultural. Si bien el análisis de estos fenómenos excede con creces el enfoque constitucional y legal, creemos que un punto de inflexión importante se vivió en 1925, cuando la constitución dictada en aquel año separó definitivamente a la Iglesia y al Estado, estableciendo nuevos parámetros para la primera, en términos de cómo debía enfrentarse a los embates del proceso secularizador.

Dentro del análisis del proceso de secularización vivido por la sociedad chilena y del papel del catolicismo jugado dentro de este, creemos que

zación y destradicionalización», en *Sociedad y Religión* 16/17, Buenos Aires, 1997/1998.

⁵ Un ejemplo interesante de esto podemos verlo en las teorías del sociólogo Pedro Morandé, sobre el papel que juega la religiosidad barroca en la conformación de un *ethos* latinoamericano, y las críticas que a esta visión realiza Jorge Larraín, en su texto *Modernidad, Razón e Identidad en América Latina*, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1996.

⁶ Algunos análisis en extremo interesantes al respecto, que permiten observar dimensiones particulares y propias del catolicismo latinoamericano durante el siglo XIX, pueden encontrarse en José Pedro Barrán, *La espiritualización de la riqueza. Catolicismo y economía en Uruguay: 1730-1900*, Montevideo, Ediciones de la Banda Oriental, 1998 y en Macarena Ponce de León, *La reforma de la caridad ilustrada. Del socorro intramuros al socorro extramuros. Prácticas de caridad en Santiago, 1830-1880*, Tesis para optar al Doctorado en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 2007.

un aspecto de vital importancia es aquel referido a la educación. El énfasis dado por la historiografía tradicional al conflicto político respecto a temáticas como la educación religiosa, el papel del Estado docente o la libertad de enseñanza, ha obviado por lo general que la preponderancia de este conflicto en la política nacional tenía que ver, sobre todo, con el papel activo que la educación jugaba, no solo en la construcción del Estado y de la nación, sino también en la conformación de una sociedad religiosa o no⁷. Particularmente los establecimientos educacionales formadores de las élites –aquellos que poseían mayores recursos y capacidades, a la vez que influían en los sectores con mayor injerencia en la vida pública del país– habrían sido espacios privilegiados dentro de este proceso. Enfatizar demasiado lo que discutían los adultos ha impedido recordar que la discusión versaba sobre una realidad que estaban viviendo los niños y jóvenes y en la cual estos también tenían algo que decir, olvidando que a través de este proceso era justamente como se formaban las futuras élites. Estas, aunque perdiesen el monopolio del poder durante el siglo XX, seguirían ocupando un espacio fundamental en la vida pública chilena.

En ese sentido es que nos proponemos estudiar cómo el proceso de secularización y las acciones tomadas ante este por el catolicismo influyeron en la formación de las élites chilenas católicas de fines del siglo XIX y principios del siglo XX. Para ello tomaremos un caso de estudio particular, como es el del Colegio de los SS. CC. de Santiago, de carácter católico congregacional, a través del cual pretendemos observar no solo el papel jugado por la educación en este proceso, sino sobre todo el cómo influyeron en este los espacios de sociabilidad juvenil establecidos al interior del establecimiento, todo lo cual confluiría en identificar un «modelo formativo» particular. En pos de obtener el contraste necesario para una mayor claridad en el análisis, se comparará este «modelo formativo» con el proporcionado por otro establecimiento educacional secundario destinado a las élites: el Instituto Nacional, de carácter laico y estatal. De este modo creemos ser capaces no solo de acceder a las realidades vividas por los jóvenes de élite del Chile

⁷ Más recientemente una serie de historiadores, enfocados directa o indirectamente en las temáticas propias de la historia religiosa, han venido a poner énfasis y a analizar mucho más acuciosamente este aspecto tradicionalmente olvidado. A modo de ejemplo podemos mencionar a Sol Serrano y su estudio preliminar de *Virgenes viajeras. Diarios de religiosas francesas en su ruta a Chile, 1837-1874*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2000 y a Francisco Javier González Errázuriz, *Aquellos años franceses. 1870-1900. Chile en la huella de París*, Santiago, Taurus, 2003, 91-168.

finisecular, sino también de observar cómo fue vivido el proceso de secularización durante los siglos XIX y XX por la sociedad chilena, a través de una dimensión tan vital para esta como fue la de la educación y la reproducción y formación de sus elementos más jóvenes⁸.

II. EL PROBLEMA RELIGIOSO EN LA EDUCACIÓN Y EL PROBLEMA EDUCATIVO EN LO RELIGIOSO

La educación, tal como hemos señalado, poseyó un papel fundamental en el proyecto de Estado-nación establecido por las élites decimonónicas chilenas. Si bien es cierto que ya existía un pensamiento educativo ilustrado previamente a la consecución de la independencia⁹ y que la labor del Estado republicano al respecto no comenzó sobre un vacío educativo –los 45 conventos de órdenes religiosas existentes al finalizar la Colonia poseían sus escuelas de primeras letras, y en Santiago, hacia 1803, ya existían dos escuelas subvencionadas por el Cabildo y siete en manos de particulares, las cuales educaban a 364 alumnos–¹⁰, no es menos cierto que fue justa-

⁸ Es este el lugar preciso para agradecer a dos personas cuyo aporte a esta investigación ha sido fundamental y que son además educadores y formadores de jóvenes. En primer lugar, a Carlos Celedón, rector del Colegio de los SS. CC. de Manquehue, quien no sólo me orientó en las profundidades de la historia de la Congregación de los SS. CC. en Chile, sino que además me ayudó a acceder a documentación de vital importancia para esta investigación. En segundo lugar, a Rodrigo Cordero, bibliotecario del Colegio de los SS. CC. del Arzobispado de Santiago, quien me facilitó los originales de *La Revista Escolar* del Colegio de los SS. CC. de principios del siglo XX, permitiéndome trabajar con ellos con total libertad, además de nutrir esta investigación con su sabiduría y conocimientos sobre la historia de esta comunidad escolar. Por motivos de espacio sólo puedo dedicar a ambos estas modestas líneas de agradecimiento, a pesar de que el sentimiento de gratitud que las origina las excede y supera con creces.

⁹ El principal exponente de este pensamiento fue Manuel de Salas y su principal expresión la Academia de San Luis. Al respecto véase Ruth Aedo-Richmond, *La educación privada en Chile: Un estudio histórico-analítico desde el período colonial hasta 1990*, Santiago, Ril Editores, 2000, 20-24 y Gregorio Weinberg, *Modelos educativos en la historia de América Latina*, Buenos Aires, Editorial Kapelusz, 1984, 75-88.

¹⁰ Sol Serrano, «La escuela chilena y la definición de lo público», en Francois -Xavier Guerra y Annick Lempérière, *Los espacios públicos en Iberoamérica. Ambigüedades y problemas. Siglos XVIII-XIX*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1998, 342.

mente durante el período republicano, y particularmente durante el siglo XIX, que el Estado chileno se impuso en este ámbito, extendiendo por todo el territorio nacional un verdadero sistema educacional. Ya para 1853 las escuelas fiscales instruían a 13.465 alumnos de un total de 28.365 (47,4%), cifras que para 1858 habían aumentado a 21.349 alumnos sobre un total de 34.364 (62,1%) y a 24.388 alumnos sobre un total de 34.824 en 1863 (70%), mientras que las escuelas públicas habían aumentado de 500 a 833 (60,2%) en 1863 a 778 sobre 1095 en 1878 (71,1%)¹¹.

Si algo no se puede negar es que el aparato estatal buscaba, a través del sistema educacional, efectuar un cambio entre la población del país, siendo justamente este poder de influencia que poseía la educación lo que llevaría al conflicto religioso-educacional de fines del siglo XIX. No así durante la primera mitad del siglo; como bien ha señalado Simon Collier,

el control indirecto del Estado sobre las escuelas privadas a través de la Universidad de Chile estuvo exento de controversias y lo mismo ocurrió con el contenido de la educación, puesto que nadie cuestionó el principio de que debía incluir un elemento de instrucción religiosa, aunque hubo debates acerca del papel del clero en el cumplimiento de dicha instrucción¹².

Para que el conflicto se desatara era necesario que ciertos consensos básicos sobre los que se sostenía la sociedad chilena y su funcionamiento interno comenzaran a quebrarse, uno de los cuales era el de la religión católica. Si bien Ana María Stuen identifica los primeros resquebrajamientos de este pilar de consenso a mediados de la década de 1840¹³, lo cierto es que no fue sino hasta la segunda mitad del siglo XIX cuando se produjo el quiebre definitivo. En 1865, la ley de tolerancia de cultos vino a marcar el inicio de un conflicto constante entre el catolicismo y el Estado liberal,

¹¹ Porcentajes obtenidos en base a las cifras consignadas en *Anuario Estadístico de la República de Chile 1866-1878*, citado en Serrano, «La escuela chilena...», *op. cit.*, 345.

¹² Simon Collier, *Chile. La construcción de una república. 1830-1865. Política e ideas*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2005, 162. Para un análisis en mayor profundidad sobre esta temática, véase Sol Serrano, *Universidad y Nación. Chile en el siglo XIX*, Santiago, Editorial Universitaria, 1994, 81-89.

¹³ Ana María Stuen V., *La seducción de un orden. Las élites y la construcción de Chile en las polémicas culturales y políticas del siglo XIX*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 2000, 251 - 299.

que no haría sino agudizarse en los años siguientes y que se manifestaría de forma importante en el plano educativo. La enseñanza de la religión, por ejemplo, vivió en carne propia esta situación, pues su

enseñanza fue obligatoria en los Liceos hasta el año 1873, época en que, por solicitud de un grupo de disidentes y por Decreto 2.296, de 29 de Septiembre de ese año, se declaraba que 'la enseñanza religiosa no será obligatoria en los colegios del Estado para los alumnos cuyos padres, guardadores o apoderados, solicitaren esta excepción'¹⁴.

Lo que estaba ocurriendo era la explosión de un conflicto causado por un proceso de secularización, fuertemente promovido por el grupo liberal, detentador de la poderosa maquinaria del aparato estatal y que veía en la educación una herramienta fundamental para alcanzar sus objetivos. Roto el consenso religioso ya definitivamente, la concordancia sobre los contenidos y los mecanismos de control de la educación había necesariamente de desaparecer. Leyes como el Decreto 2.296 o el decreto del 15 de enero de 1873 del ministro conservador Abdón Cifuentes –que permitía a los colegios particulares evitar la fiscalización estatal de sus exámenes– no eran otra cosa que el reflejo legislativo de una discusión mucho más amplia, en la cual se buscaba utilizar o limitar el poder inherente a la concepción de Estado docente que existía. Tal como postula Sol Serrano:

La ruptura del universo católico compartido por la clase política puso en entredicho las facultades del Estado docente porque la educación dejó de ser entendida solo como una lucha contra la ignorancia, de una lucha contra los residuos del pasado, para formar parte de una lucha ideológica actual entre dos visiones de mundo que competían entre sí¹⁵.

La Iglesia Católica chilena no se limitó a quedarse de brazos cruzados ante estos embates. Si alguno de sus miembros había leído las obras de autores europeos que propugnaban el declive inminente de la religión en el mundo moderno, claramente no las tomaron en cuenta o, al menos, no estaban dispuestos a observar cómo esto ocurría sin hacer nada por evitarlo. Incluso más, su actuar ante esta situación no fue necesariamente reaccionario, sino que, por el contrario, buscó apropiarse de una serie de elementos y herramientas propias del mundo moderno, como lo han

¹⁴ Guillermo Rojas Carrasco, *El Liceo de Hombres de Copiapó. Su historia*, Santiago, Imprenta Nascimento, 1929, 50.

¹⁵ Serrano, *Universidad y Nación...*, op. cit., 221.

demostrado, entre otros, Macarena Ponce de León, Sol Serrano y Patricio Bernedo¹⁶. El catolicismo no solo no se quedó impasible ante los ataques del liberalismo y los avances del proceso secularizador, sino que además comprendió que era esta una batalla que se lucharía en condiciones bastante distintas a las que había conocido hasta entonces.

La educación fue una de las principales armas que la Iglesia Católica enarboló en esta batalla. Una vez satisfecha ante la creación de una institución como la Universidad de Chile, que le permitiría, debido al carácter católico del Estado, luchar contra las amenazas del liberalismo y el cientificismo¹⁷, pronto descubrió que los establecimientos educativos estatales ya no serían funcionales a la consecución de sus objetivos y que debería luchar en el plano educativo por medio de sus propias instituciones. La educación privada católica vivió en ese sentido un proceso de expansión en el período comprendido entre 1865 y 1925,

en parte, por las actividades de las autoridades eclesiásticas que estimulaban la religión católica y por el trabajo educacional de las órdenes religiosas existentes en el país hasta ese momento, y por otra parte, por la contribución de las nuevas órdenes que llegaron del extranjero a establecerse en el país y que procedieron a fundar nuevos colegios¹⁸.

Así, a aquellas congregaciones pioneras que habían venido a establecer proyectos educativos durante la primera mitad del siglo XIX –la mayoría de los cuales habían sido fomentados por las mismas autoridades chilenas– vinieron a sumarse nuevas órdenes como los salesianos, las Hijas de María Auxiliadora o los religiosos del Verbo Divino. De vital importancia fue también la derogación, en 1850, de la prohibición que impedía a los jesuitas establecerse en el país, lo cual les permitió instalar un proyecto educativo de envergadura, cuyo principal exponente fue el Colegio San Ignacio, fundado en 1856¹⁹.

Un aspecto fundamental dentro de esta embestida educacional católica fue su enfoque preferencial sobre los miembros de la élite. No quiere decir esto que la Iglesia no desarrollara una labor educacional importante entre los sectores marginales de la población, pero sí que el público

¹⁶ Ponce de León, *op. cit.*; Serrano, *Virgenes viajeras...*, *op. cit.*; Patricio Bernedo, «Prensa e Iglesia en el Chile del siglo XIX. Usando las armas del adversario», en *Cuadernos de Información* 19, Santiago, 2006.

¹⁷ Serrano, *Universidad y Nación...*, *op. cit.*, 89

¹⁸ Aedo-Richmond, *op. cit.*, 82.

¹⁹ *Ibid.*, 81.

objetivo de sus establecimientos educativos estaba entre los jóvenes de la élite chilena. Esto tenía justamente que ver con el reconocimiento del poder de la educación y de la influencia que, a través de ella, se podía ejercer en la formación de los sectores dirigentes del país. Como plantea Francisco Javier González, las congregaciones religiosas comprendieron ciertamente que «en sociedades cada vez más secularizadas, el destino de estas y, quizás también, la supervivencia de la fe, dependían de una sólida formación humanista con acento cristiano»²⁰. De esta forma, perdidas las instituciones educativas estatales como armas en la batalla contra la secularización, la Iglesia se preocupaba de gestionar nuevas herramientas que le permitieran dar la pelea en un campo de importancia tan vital como era la formación de los individuos en su juventud, etapa que para hombres como monseñor Mariano Casanova no era otra cosa sino:

el momento más propicio, o, si se quiere, el más precioso para emprender las grandes reformas. No conocen el corazón humano los que intentan mejorarlo cuando ya está definitivamente formado. Preciso es aprovechar este tiempo, que influye en toda la vida. No olvidemos tampoco que nada hay tan tenaz como los defectos de la primera educación. Esos defectos perseveran siempre en el fondo, bajo el barniz con que se les cubre más tarde y bajo las formas más o menos graciosas que los ocultan²¹.

II. LOS ESPACIOS ESCOLARES: EL COLEGIO DE LOS SS. CC. DE SANTIAGO Y EL INSTITUTO NACIONAL

Este ambiente de secularización y lucha religiosa se habría manifestado no solo en el Congreso, sino también en los distintos espacios escolares. Para analizar esto, sin embargo, es necesario regresar hasta los orígenes de aquellos que tomaremos como nuestros objetos de estudio. Remontémonos pues al año de 1848, cuando, bajo el gobierno del general Manuel Bulnes, aparecería el siguiente decreto:

Santiago, Septiembre 28 de 1848. Con lo expuesto por el Rector de la Universidad, a nombre del Consejo de este Cuerpo, en su informe que precede sobre la solicitud del Reverendo DOUMER, y considerando el

²⁰ González Errázuriz, *op. cit.*, 114.

²¹ Mariano Casanova, «Discurso en la apertura del Colegio del Sagrado Corazón en Valparaíso», en *Oradores sagrados chilenos*, Santiago, Imprenta Barcelona, 1913, 949.

Gobierno de notoria utilidad pública la planteación del establecimiento de educación que se propone, bajo las bases que se indica en su petición el referido DOUMER, he acordado y decreto: Concédese al Reverendo Obispo DOUMER el permiso que solicita para fundar en Santiago un Colegio de educación pública, en que deberán seguirse los mismos textos y métodos que en el Instituto Nacional. Se le recomienda el cumplimiento de las promesas que, a fin de obtener esta aprobación, ha hecho al Gobierno acerca del régimen que ha de establecerse en esa casa. Comuníquese. Bulnes. Salvador Sanfuentes»²².

El decreto anterior venía a sancionar el nacimiento del Colegio de los SS. CC. en Santiago. Gestionado ya desde 1846 por una serie de personas influyentes de la capital y de Valparaíso, lo interesante es que este documento no solo permitía su instalación, sino que además lo hacía formar parte del proyecto de fundación de un sistema educativo nacional, al uniformarlo bajo los parámetros educativos que regían al Instituto Nacional. La historia de ambos establecimientos, sin embargo, dista mucho de ser similar. El Instituto Nacional, fundado en 1813 como un elemento central de la ideología educacional de la emancipación, no solo vino a reunir en sí a todas las instituciones educativas coloniales, sino que las superó, en tanto se estableció como la base sobre la cual se pretendía formar un sistema educacional nacional de corte ilustrado y republicano²³. El Colegio de los SS. CC., por su parte, respondía a los lineamientos educativos propios de una congregación católica francesa que se había establecido en Chile en gran medida por los azares de la historia. A fines de 1832, la Santa Sede había ofrecido al padre Coudrin, superior de la Congregación de los SS. CC., las misiones católicas existentes en los archipiélagos de Oceanía, aceptando este el ofrecimiento y nombrando el 6 de julio de 1833 al padre Juan Crisóstomo Liausu como Primer Prefecto Apostólico de la Oceanía meridional²⁴. Este, junto a dos sacerdotes y un hermano, se embarcaron

²² Citado en Estanislao Raveau, *Nuestro colegio y su historia*, Santiago, Editorial Universitaria, 1979, I:7. El destacado es nuestro.

²³ Sobre la fundación del Instituto Nacional y el papel que se le confirió dentro del sistema educativo nacional, puede verse Serrano, *Universidad y Nación...*, *op. cit.*, 45-59. También, sobre la misma temática, puede consultarse Guillermo Feliú Cruz, *La fundación del Instituto Nacional*, Santiago, Imprenta Cultura, 1950.

²⁴ No es este el lugar para profundizar mayormente en los orígenes de la Congregación de los Sagrados Corazones. Sin embargo, todo aquél que desee hacerlo, encontrará sin duda alguna una obra fundamental y absolutamente imprescindible sobre el tema en Juan V. González Carrera, *El Padre Coudrin, la Madre Aymer y su comunidad*, Roma, Colección Etudes Picpuciennes, 1978.

hacia el territorio designado, haciendo escala en Valparaíso el miércoles 14 de mayo de 1834. Ahí serían alojados por el franciscano Andrés Caro, probablemente el gran responsable de que la Congregación de los SS. CC. se instalara en Chile. Tal como lo relata Gonzalo Arévalos:

Los días pasaban y el barco para continuar el viaje a Oceanía no aparecía. El P. Andrés Caro, de 66 años de edad, insistía en que uno de ellos debía quedarse. Estaban experimentando en ellos mismos las dificultades de combinar la llegada de Europa a Valparaíso y el encuentro de un medio para continuar a Oceanía. ¿Qué iba a suceder a los misioneros que los siguieran, si no encontraban a nadie en Valparaíso que los acogiera y orientara?²⁵.

Los argumentos del franciscano finalmente lograron convencer a los sacerdotes franceses, quedándose el mismo padre Liausu en el puerto. Ese año de 1834 marcaría, pues, la instalación de la Congregación de los SS. CC. en Chile, la cual en 1837 establecería un colegio en Valparaíso, proyecto que no solo contó con el entusiasmo de la Congregación, sino también del gobierno de la época. Así «el Ministro Joaquín Tocornal ya tenía en 1835 un proyecto al respecto que no había desagradado a las autoridades de la Congregación en Europa. Por otro lado, un testigo de la época escribía que Portales era ‘Gran amigo de los Misioneros franceses, especialmente del Padre J. Crisóstomo Liausu’»²⁶. Once años después, como ya se ha señalado, el gobierno chileno aprobaba la fundación de otro colegio regentado por la Congregación de los SS. CC., esta vez en Santiago, cuyo primer rector sería el Padre Vicente Ferrer Duboize.

De orígenes muy disímiles, el afán educacional estatal de mediados del siglo XIX vino a reunir a ambos establecimientos bajo un mismo propósito. Los recursos destinados y las capacidades pedagógicas de estas instituciones los convirtieron prontamente en colegios prestigiosos para gran parte de la clase dirigente. El Colegio de los SS. CC., por ejemplo, era reconocido como un establecimiento que brindaba una educación de gran calidad, lo que ciertamente atraía a las élites, que buscaban instruir a sus

²⁵ Gonzalo Arévalos SS. CC., *El fundador y primer rector del colegio de los SS. CC. de Valparaíso P. Juan Crisóstomo Liausu a los 160 años de su llegada a Chile y 155 de su fallecimiento*, Santiago, 1994, 3. En Archivo de la Congregación de los SS.CC., Provincia Chilena.

²⁶ Adolfo Etchegaray SS. CC., *Historia de la Congregación de los SS. CC. de Chile*, s.p.i, 18.

hijos bajo las enseñanzas de la educación francesa. En su *Memoria* enviada a la Universidad de Chile en 1859, el mismo Andrés Bello señalaba:

En los Colegios de los Sagrados Corazones, la enseñanza es más variada; y acaso más completa en algunos ramos y más adaptada a la demanda de la población en general. Gozan de una reputación que creo merecida [...] No omitiré lo que allí se hace para despertar en los jóvenes alumnos el amor a las ciencias naturales, poniendo a su vista una colección de elegantes instrumentos de física, cuyo uso les muestra por vía de recreación, con oportunas explicaciones²⁷.

Esta uniformidad en los objetivos y el público al que preferencialmente se dirigían ambos establecimientos sin duda sufrió cambios importantes en la medida en que el proceso de secularización fue avanzando y cobrando fuerza en la sociedad chilena. Así, por ejemplo, si bien el Reglamento del Instituto Nacional para 1864 establecía en sus artículos 74 y 75 que el capellán del Instituto debía decir misa diariamente en la capilla del establecimiento y hacer semanalmente una plática religiosa a los alumnos²⁸, que el artículo 94 obligaba a los alumnos a asistir a misa según turnos establecidos y a rezar el rosario²⁹ y que el artículo 136 fijaba como falta gravísima no confesarse en los días prescritos por el reglamento³⁰, lo cierto es que a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX la religión fue claramente perdiendo preponderancia dentro de los objetivos buscados por este establecimiento. Ya hemos mencionado cómo el Decreto 2.296 de 1873 había permitido que aquellos padres o apoderados que lo desearan podían eximir a sus hijos de la enseñanza religiosa en los establecimientos del Estado. El análisis de los planes de estudios y programas de la instrucción secundaria estatal del período presenta un panorama incluso más contundente. En el caso del plan de estudios de 1893, la educación religiosa solo contaba con 2 horas semanales en cada uno de los primeros cuatro años de humanidades, para desaparecer del todo en los dos últimos. Por si esto no fuera suficiente, ni siquiera se incluía en el documento un programa de enseñanza religiosa, como sí se hacía con el resto de los

²⁷ Citado en Esteban Gumucio, «A propósito de los 150 años de la Congregación de los SS. CC. en Chile», en *150 años de presencia en Chile*, Santiago, Congregación de los SS. CC. Provincia Chilena, 1984, 55.

²⁸ *Reglamento para el Instituto Nacional, dictado por el Supremo Gobierno el 5 de octubre de 1863*, Santiago, Imprenta Nacional, 1863, 18.

²⁹ *Ibid.*, 21.

³⁰ *Ibid.*, 31.

ramos consignados³¹. El plan de estudios de 1910, por su parte, fijaba 3 horas semanales de religión para el primer curso preparatorio y 2 para el segundo y el tercero, dando un total de 7 horas que se reducirían a 4 por el Decreto N° 1188 del 12 de abril de 1910, que convirtió los 3 años de curso preparatorio de secundaria en 2, quedando cada año con 2 horas de religión³². Las horas de religión, para el caso de los años de humanidades, se mantenían igual que en el plan de 1893, con la diferencia de que se agregaba 1 hora de enseñanza religiosa en quinto y sexto año, se reducía una hora en cuarto y se decretaba que si los alumnos que cursasen la asignatura de religión en cuarto, quinto y sexto año de humanidades no alcanzaren a ser 5, los rectores debían reunir a los alumnos de los 3 cursos bajo un mismo profesor³³. Todo lo expuesto permite entender por qué a fines del siglo XIX en el Instituto Nacional los únicos premios de carácter religioso que se entregaban a los alumnos fueran los de Catecismo de Religión en segundo año de humanidades y de Historia Sagrada en primer año de humanidades³⁴.

La situación vivida en el Colegio de los SS. CC. de Santiago era diametralmente opuesta. El artículo 9 del Reglamento de 1899 establecía que «la Comuni3n frecuente y la adoraci3n del Santísimo Sacramento en espíritu de desagravio y reparaci3n, serán prácticas preferentes y fundamentales»³⁵, mientras que el reglamento estatuido en el Prospecto de 1905, no solo exigía a quienes deseaban ingresar el establecimiento presentar la fe del bautismo, sino que además establecía como una obligaci3n estricta para los medio pupilos el asistir a misa en el colegio todos los domingos y días festivos a las 8 de la mañana³⁶. La educaci3n religiosa, está de más decirlo, no solo era obligatoria al interior del establecimiento,

³¹ Diego Barros Arana, *Plan de estudios y programas de instrucci3n secundaria aprobados por el Consejo de Instrucci3n Pública para los liceos del Estado*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1893.

³² *Plan de estudios i programa de instrucci3n secundaria. Curso preparatorio*, Santiago, s.n., 1910, 4.

³³ *Ibid.*, 5-8.

³⁴ *Distribuci3n de Premios a los alumnos de la Universidad y del Instituto Nacional el 16 de septiembre de 1891 presidida por el Excmo. Sr. Presidente de la Repùblica*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1893.

³⁵ Citado en Adolfo Etchegaray, «La labor pedag3gica de los Padres de los Sagrados Corazones en Chile (1837-1962)», en *La Revista Escolar* 420, Valparaíso, 1951, 63.

³⁶ *Prospecto del Colegio de los Sagrados Corazones de Santiago*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1905.

sino que ocupaba un lugar fundamental curricularmente hablando. Esto podía verse reflejado claramente en la importancia que se le entregaba en la ceremonia de distribución de premios, verdadero ritual escolar que se repetía todos los años con gran magnificencia, convertido en un evento social para las familias capitalinas³⁷. Al momento de publicar el documento oficial de la ceremonia, se ordenaban los premios según el orden de importancia, registrándose primero los premios de Conducta y de Aplicación y Aprovechamiento, para luego consignarse el Premio del Curso de Religión y, solo entonces, los demás premios de los cursos de Humanidades, Preparatoria y Curso Libre³⁸.

Por supuesto que el plantel docente influía enormemente en el rol que la religión ocupaba al interior de estos espacios escolares. Mientras en el Instituto Nacional eran escasos los profesores que fuesen a la vez religiosos seculares –dictando generalmente ellos solamente los ramos de carácter religioso–³⁹, la mayoría de los profesores del Colegio de los SS. CC. de Santiago eran sacerdotes franceses. Si bien existieron profesores laicos durante toda la historia de este colegio –particularmente tras la inclusión de la enseñanza gimnástica–⁴⁰, lo cierto es que los religiosos predominaban y ocupaban los principales puestos de poder y decisión. Su preparación pedagógica había sido realizada en muchos casos en Europa llegando muchas veces a superar a la de los maestros nacionales. A la preparación docente de calidad se sumaba un acabado equipamiento escolar, como por ejemplo los excelentemente bien dotados gabinetes de Física, Química e Historia Natural del colegio, traídos directamente de Francia e Inglaterra. Respecto a estos, Arturo Alessandri Palma –alumno

³⁷ Sobre las ceremonias de entrega de premios y su evolución en este período, véase Hugo Sanhueza Alvarado, *Historia del Colegio de los Sagrados Corazones de Santiago 1849-1995*, Santiago, Colegio de los Sagrados Corazones del Arzobispado de Santiago, 1995, 83-84.

³⁸ *Solemne distribución de premios en el Colegio de los Sagrados Corazones. Santiago, 30 de noviembre de 1907*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1907.

³⁹ Para un ejemplo de esto, véase el plantel de profesores del Instituto Nacional en 1913, cuyas fotografías, nombres y asignaturas correspondientes aparecen en Domingo Amunátegui Solar, *Breve reseña de las fiestas centenarias del Instituto Nacional, 1813-1913*, Santiago, s.n., 1913.

⁴⁰ Además de esto, hacia la década de 1880 colaboraban como profesores en el Colegio de los SS. CC. de Santiago los siguientes ex alumnos: Carlos Mönckeberg (Geografía), Ruperto Marchant (Historia), Enrique Nercasseau y M. (Castellano) y J. Ramón de Gutiérrez (Latín). Etchegaray, «La labor pedagógica...», *op. cit.*, 60.

del establecimiento entre los años 1880 y 1887— señalaba en un discurso pronunciado en la Academia Literaria del colegio en 1934:

Teníamos a nuestra disposición un gabinete de Historia Natural que no tenía semejante entonces en Santiago [...] Estaba tan bien provisto de todos los elementos de estudio que yo mismo, habiendo sido nombrado por el Gobierno examinador de la Universidad y debiendo, por lo tanto visitar casi todos los colegios de la Capital, no encontré en ninguna parte gabinetes de Ciencias Naturales como el que habíamos tenido en nuestro Colegio de Santiago⁴¹.

Los sacerdotes del Colegio de los SS. CC. de Santiago fueron también activos autores de libros y manuales de estudio, publicando un total de 20 libros de texto entre 1850 y 1900, entre los que se contaban, por dar algunos ejemplos, *Principios y problemas de aritmética y Sistema métrico*, del padre Pedro Moreno, *Fundamentos de la Fe*, de los padres Pablo Drinot y Francisco de Sales Soto, y, probablemente el más reconocido de todos, el *Tratado de Gramática española según las doctrinas de don Andrés Bello*⁴². Así, la influencia religiosa de los sacerdotes de la Congregación a través de la educación se reforzaba por medio de estos manuales de enseñanza. Sin duda no era un tema de menor importancia en la formación de los alumnos que el texto que utilizaran para aprender francés enseñara las fiestas religiosas antes incluso que las partes del cuerpo o los sentidos⁴³ o que, mientras el Programa de Estudios del curso de Historia dictado para los colegios estatales pusiera énfasis en que se hiciera en este ramo una «rápida revista de los progresos científicos e industriales de los tiempos modernos i en especial los de nuestro siglo, para dar una idea de la transformación que ellos han operado en la cultura i en el bienestar de la época contemporánea»⁴⁴, el libro utilizado en el Colegio de los SS. CC. para la enseñanza de la Historia Antigua, señalase en su introducción que:

«El advenimiento del Mesías, hecho capital de la Historia, la divide en dos partes: Historia Antigua, o de los tiempos que precedieron al nacimiento de Jesucristo, e Historia Moderna, o de los tiempos posteriores a

⁴¹ Citado en *Ibid.*, 61.

⁴² Estanislao Raveau Viancos SS. CC., *Reseña histórica de la Obra de la Congregación de los Sagrados Corazones de Jesús y María en Chile, desde 1834 hasta 1979*, Viña del Mar, s.n., 1978, 10.

⁴³ *Lecciones de Francés. Colegio de los SS. CC.*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1911.

⁴⁴ Barros Arana, *op. cit.*, 202.

tan grandioso acontecimiento. Esta división en tanto más natural, cuanto que, refiriéndose los hechos históricos a Jesucristo, da a la Historia su unidad; en los tiempos antiguos por la Historia Sagrada, o del pueblo escogido, para preparar la venida del Mesías; y en los modernos por la Historia de la Iglesia o de la sociedad establecida para propagar en el mundo la obra del Salvador»⁴⁵.

De vital importancia dentro del papel que el conflicto religioso jugaba al interior de estos espacios escolares, eran también las características de sus respectivas bibliotecas y el uso que se hacía de ellas. La biblioteca del Instituto Nacional contaba en 1899 con un total de 36.688 volúmenes⁴⁶, mientras que la biblioteca del colegio de los SS. CC. contaba con la tampoco nada despreciable cifra de 12.000 volúmenes, al menos hasta el incendio sufrido por el establecimiento en 1920⁴⁷. Para el caso del Instituto Nacional es invaluable el estudio realizado por María Eugenia Pinto Passi para el período de 1861 a 1890, el cual no solo nos permite saber que la biblioteca de este establecimiento, aun a pesar de su carácter público, era ocupada principalmente por los alumnos del Instituto –constituyendo estos el 79,2% del total de usuarios en 1883, el 92,2% en 1884, el 87,9% en 1885 y el 88,9% en 1886–⁴⁸, sino que además nos informa sobre el predominio en esta de obras de autores de la Época Moderna y particularmente del siglo XVIII y de la Ilustración, así como también de obras de la Antigüedad Clásica, fundamentales dentro de los planes de estudio. Eso sí, mientras las obras de la Antigüedad Clásica ingresadas a la biblioteca entre 1861 y 1890 aumentaron de 53 a 130 (es decir en un 245,3%), las obras de la Ilustración lo hicieron a un ritmo mucho mayor, pasando de 18 a 66 (creciendo en un 366,7%)⁴⁹. Un informe sobre libros prestados en 1899 nos entrega también información vital respecto a este tema, en tanto revela que, al menos entre los alumnos, ningún libro sobre Religión había sido pedido en todo el año⁵⁰.

⁴⁵ *Historia antigua*. A.M. SS. CC. J M. G., Santiago, Imprenta Barcelona, 1904, 3.

⁴⁶ Archivo del Instituto Nacional (AIN de ahora en adelante), *Documentos Biblioteca del Instituto Nacional*, 1899.

⁴⁷ Raveau, *Nuestro colegio y su historia*, op. cit., I:54.

⁴⁸ María Eugenia Pinto Passi, *La obra de pensadores europeos en la Biblioteca del Instituto Nacional, 1861-1890. Un estudio cuantitativo*, Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 1980, 79.

⁴⁹ *Ibid.*, 268-275.

⁵⁰ *Documentos Biblioteca del Instituto Nacional*, op. cit.

Lamentablemente no contamos con documentación similar para el caso del Colegio de los SS. CC. de Santiago. Si acaso existió, de seguro sucumbió junto a la mayoría de los 12.000 volúmenes de la biblioteca, en el incendio sufrido por el establecimiento en 1920. Sin embargo, sí poseemos otra fuente que nos permite acceder a una dimensión quizás mucho más importante aun de la relación entre los alumnos y los textos que estaban a su alcance. *La Revista Escolar* –órgano de publicación periódica de los Colegios de los SS. CC. en Chile a partir de 1907, sobre la cual profundizaremos en el capítulo siguiente– poseía una sección de carácter bastante irregular llamada «Bibliografía», en la cual se reseñaban y comentaban libros que eran recibidos en el colegio y que podían ser de interés para el alumnado. El análisis de las 36 obras reseñadas en esta sección entre 1908 y 1910 nos revela el interés del alumnado por las obras religiosas y político-religiosas, tal como se ve reflejado en la siguiente tabla:

TABLA N° I
TEXTOS RESEÑADOS EN LA SECCIÓN «BIBLIOGRAFÍA» DE
LA REVISTA ESCOLAR ENTRE 1908 Y 1910, SEGÚN TIPO⁵¹

TIPO DE TEXTO	OBRAS RESEÑADAS	%
Obras religiosas	22	61,1
Obras político-religiosas	4	11,1
Obras históricas	3	8,3
Obras escolares	4	11,1
Obras pedagógicas	3	8,3
Total	36	100

Si bien este análisis está lejos de la exhaustividad del planteado por María Eugenia Pinto Passi, lo consideramos de vital importancia, en tanto nos permite saber no a cuáles textos tenían acceso los alumnos de este establecimiento, sino más bien cuáles eran los que ellos consideraban lo suficientemente importantes y necesarios como para reseñarlos en el órgano de publicación que dirigían. Lo cierto es que durante este capítulo nos hemos preocupado principalmente de comprender los espacios escolares en que estos jóvenes se formaban, pero escasamente hemos accedido a las percepciones y el actuar de estos mismos jóvenes dentro de este proceso

⁵¹ Tabla realizada en base a la revisión de la sección «Bibliografía» de las ediciones de *La Revista Escolar*, publicadas entre 1908 y 1910.

de conformación identitaria. Ese será el paso que intentaremos dar en los capítulos siguientes.

III. PERCEPCIÓN Y AUTOCOMPRENSIÓN DE LA COMUNIDAD ESCOLAR: LAS REVISTAS ESCOLARES

La historiografía de la educación chilena ha tomado escasamente en consideración a los alumnos como objetos de estudio viables, en tanto las fuentes nos dificultan enormemente el acceder a ellos. Existe sin embargo una fuente particular y no ausente para este período, que nos permite abordar el estudio del alumnado en una forma que consideramos adecuada; nos referimos a las revistas escolares⁵².

Las revistas escolares tuvieron su origen durante el siglo XIX como fruto de la labor realizada en las academias literarias de los distintos colegios del país. Estas últimas eran principalmente espacios de creación literaria, donde los alumnos podían expresar sus pensamientos y opiniones, si bien dentro del marco institucional del establecimiento respectivo. Así, el reglamento del Instituto Nacional para 1864 establecía, en su artículo 103, que habría «una academia literaria a la que concurrirán los alumnos de los cursos superiores. Al rector corresponde fijar los días de reunión i las materias de las conferencias i nombrar a los profesores que deban presidirla, debiendo recaer este nombramiento en alguno de los profesores del establecimiento»⁵³. Para el caso del Colegio de los SS. CC. de Santiago, ya hacia 1852 hay constancias del surgimiento de un círculo literario, encabezado por el alumno fundador Manuel José Irrarrázaval, donde los alumnos participantes se dedicaban a componer y declamar poemas, ensayos y novelas, entre otras creaciones, una actividad de no menor importancia en tanto los «más sobresalientes podrán obtener después cargos como profesores de Castellano en su propio colegio, pues los religiosos franceses tardarán años en manejar con soltura nuestro idioma»⁵⁴. Durante el rectorado del padre Marino Hervieu (1858-1868), este círculo literario quedaría consolidado como institución bajo el nom-

⁵² Entenderemos aquí por ‘revista escolar’ toda aquella publicación realizada por los alumnos de un establecimiento educacional, sea esta de carácter clandestino o institucional

⁵³ *Reglamento para el Instituto Nacional...*, *op. cit.*, 24.

⁵⁴ Sanhueza Alvarado, *op. cit.*, 84-85.

bre de Academia Literaria, alcanzando su esplendor total durante el rectorado del padre Augusto Jamet (1870-1880). Este, buscando fomentar esta instancia en tanto espacio educativo, dotó a la Academia de una sala exclusivamente destinada a su funcionamiento y participó activamente de las sesiones que esta realizaba.

La difusión e importancia de las academias literarias aumentó enormemente hacia fines de siglo, sobre todo en la medida en que estas empezaron a desarrollar órganos de publicación propios, a través de los cuales las discusiones y creaciones internas llegaron a un público mucho mayor que aquél compuesto por quienes pertenecían a estos. Un artículo editorial escrito en 1895 señalaba así que:

El Instituto Nacional cuenta hoy con cinco instituciones emprendedoras i de halagüeño porvenir. La vieja i gloriosa academia DIEGO BARROS ARANA, fundadora de esta Revista e incansable en la batalla por las letras; la MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI hermana querida de la anterior i tan grande i activa como ella; la SANDALIO LETELIER (esencialmente gramatical) en honor del más viejo, más sabio i más bondadoso de los maestros, son las tres instituciones que en el Internado sirven a los jóvenes de centro para la lectura i crítica correcta de sus primeros ensayos. Los alumnos del segundo año concéntrico han fundado también una academia para contribuir con sus débiles, pero valientes esfuerzos a la gran obra en que están empeñados sus compañeros de aula. Los jóvenes han dado a esta institución el nombre del más eminente sabio americano, del genio sublime don Andrés Bello. Finalmente los alumnos esternos de los últimos años han organizado una simpática sociedad que lleva el simbólico nombre LA ILUSTRACIÓN⁵⁵.

Ciertamente un nombre como *La Ilustración* era simbólico, puesto que las academias literarias surgidas al interior del Instituto Nacional reflejaron a través de sus publicaciones un pensamiento de carácter netamente ilustrado, progresista y científicista. Los artículos publicados en sus distintas revistas exaltaban a aquellos hombres que, como Gutenberg, Colón, Copérnico, Galileo o Kepler, habían traído adelantos al mundo a través del estudio sistemático y el cultivo de la razón⁵⁶. Incluso hombres a quienes se reconocía como poseedores de una multitud inmensa de vicios, como era el caso de Pedro I de Rusia, eran ensalzados en tanto su genio y

⁵⁵ «Las Academias», en *Academia Literaria Diego Barros Arana*, Santiago 1:2, Santiago, 1895.

⁵⁶ Véase por ejemplo «Instrucción y Sociedad», en *Academia Literaria Diego Barros Arana* 1:1, Santiago, 1895 y «Ayúdate», en *Academia Literaria Diego Barros Arana* 1:2, Santiago, 1895.

los logros que con este habían conseguido respondiesen al modelo ilustrado⁵⁷. En la práctica, como rezaba una memoria de la Academia Miguel Luis Amunátegui, se trataba de que las academias fueran ante todo «el fecundo jermen de la civilización del progreso» y que sus frutos fueran «el amor a la Literatura, a las ciencias i a las artes: en una palabra a la civilización»⁵⁸.

Tradicionalmente se ha planteado que las juventudes conservadoras asistían a colegios católicos, mientras que las de carácter liberal y radical se educaban en colegios públicos⁵⁹, por lo que podría pensarse que estas academias literarias del Instituto Nacional habrían poseído un marcado carácter anticlerical. Sin embargo la situación distaba bastante de esto. La Academia Literaria Diego Barros Arana, por ejemplo, señalaba en una de sus editoriales que había:

alejado toda discusión o lectura, toda esposición o comentarios ajenos a los fines que persigue la institución i que puedan herir las ideas íntimas o las creencias sinceras que profesa i respeta cada cual; ha impedido siempre las polémicas i disertaciones que, por versar sobre temas religiosos o políticos, podían traer a ella luchas intestinas, reyertas de círculo, que debilitando su organización, tenderían únicamente a desmoralizarla i crear rencores i enemistades entre sus miembros⁶⁰.

Lo anterior permite observar en mayor detalle las características de la comunidad escolar del Instituto Nacional, más allá de lo que sobre ella nos pueda decir la conformación del espacio escolar en el cual se situaban. El conflicto educativo sobre la enseñanza religiosa ha llevado a pensar muchas veces que el Instituto Nacional era, en el ámbito educacional, una suerte de equivalente a lo que los partidos Liberal y Radical representaban en el Congreso. Pero la exclusión de toda discusión de tipo religioso y político del seno de las academias literarias demuestra que no existía una unanimidad militante entre el alumnado de este establecimiento sobre la necesidad de extirpar a la religión de la vida pública nacional y que, si

⁵⁷ «Un jenio», en *Academia Literaria Diego Barros Arana* 1:1, Santiago, 1895.

⁵⁸ «Memoria de la Academia ‘Miguel Luis Amunátegui’ en el 3er Período Reglamentario», en *Revista mensual de la Academia literaria Miguel Luis Amunátegui*, Santiago, 8 de agosto de 1894.

⁵⁹ Por ejemplo Timothy Scully, *Los partidos de centro y la evolución política chilena*, Santiago, CIEPLAN-Notre Dame, 1992, 134.

⁶⁰ «Adelante», en *Academia Literaria Diego Barros Arana* 1:1, Santiago, 1895.

existían alumnos que así lo consideraban⁶¹, había también suficientes jóvenes que se opondrían a esto, por lo que la discusión podía llevar a conflictos de proporciones⁶². Si las publicaciones de las academias literarias del Instituto Nacional poseían entonces un carácter ilustrado y progresista, abierto a la propagación del saber y de la civilización hacia y desde otros focos de irradiación ilustrada⁶³, no por ello adquirirían un carácter anticlerical ni militantemente secularizador.

Muy distinto fue el caso de las revistas escolares en el Colegio de los SS. CC. de Santiago, si bien también estas surgieron como una extensión del reducido espacio público que constituían las academias literarias. La primera de estas fue *El Sol de Septiembre*, periódico aparecido en 1865 y en el cual participaron numerosos miembros académicos, como Emilio, Luis y Ruperto Marchant Pereira, Mariano Egaña y Juan Nepomuceno Jara, entre otros⁶⁴. De escasa duración, su legado no sería recogido hasta 1906 por *El Correo Literario*, en el Colegio de los SS. CC. de Valparaíso⁶⁵, y *La Revista Colegial*, en Santiago, esta última censurada por las autoridades escolares a causa de una caricatura donde se mostraba al sacerdote y profesor Esteban Labroue en el infierno⁶⁶. La aparición de dos órganos de publicación escolar en un mismo año y en ambos colegios de la Congregación, daba cuenta no solo de la profusión y el desarrollo dado al cultivo de las letras y las ciencias en estos establecimientos, sino también de una necesidad existente por parte del alumnado de expresarse en tanto comunidad escolar. Uno de

⁶¹ Algunos, en forma sutil, lograron expresar esto a través de las revistas escolares del establecimiento. Un ejemplo fue el poema «Los miserables», en *Academia Literaria Diego Barros Arana* 1:1, Santiago, 1895.

⁶² Revelador al respecto es observar que, en un año donde el proceso de secularización estaba ya tan avanzado como era el de 1910, de un total de 569 alumnos externos que cursaban las Humanidades en el Instituto Nacional, sólo 10 solicitaron ser eximidos del ramo de Religión. La información la hemos obtenido de la revisión de AIN, *Matrícula de esternos*, 1910, Volumen 1 y 2.

⁶³ Esto quedaba reflejado en la diversidad de contactos establecidos por los alumnos del Instituto Nacional, los que les permitían realizar una serie de canjes de sus revistas con las publicaciones de otros colegios, como el Liceo de Talca e incluso establecimientos de La Plata y Córdoba en Argentina. Véase *La Nueva Revista*, Santiago, 15 de septiembre de 1894.

⁶⁴ Sanhueza Alvarado, *op. cit.*, 85.

⁶⁵ Respecto a *El Correo Literario*, véase «Carta abierta del Correo Literario a sus antiguos lectores del año 1906», en *La Revista Escolar*, 14 de julio de 1907.

⁶⁶ Sanhueza Alvarado, *op. cit.*, 115.

los redactores de la censurada *Revista Colegial*, el futuro escritor Jenaro Prieto, lo expondría años después de la siguiente forma:

El régimen del colegio, sin ser tiránico, tenía una marcada tendencia al autoritarismo; la disciplina nos resultaba intolerable. No poder hablar en las filas, ni salir de clases sin permiso, ni reírse un poco de los profesores, ni protestar por la comida, en una palabra, no hacer uso de la libertad de opinión, de reunión y hasta de petición, nos parecía un atentado a las garantías individuales y resolvimos, por eso, imprimir una revista para reconquistar esos derechos [...]⁶⁷.

Que esa necesidad de expresión existía, parece verse comprobado con las acciones que los mismos sacerdotes tomaron tras este incidente, gestionando en conjunto con un grupo de académicos de Valparaíso la creación de un órgano periódico de publicación. Así, el 13 de junio de 1907, el superior de ese colegio –padre Antonio Castro– recibía de manos de un grupo de alumnos de la Academia Literaria un curioso presente por el día de su santo: era el primer número de *La Revista Escolar*. Esta se declaraba «Órgano de Publicación del Colegio de los SS. CC.» y era dirigida desde la Academia Literaria por un Consejo Directivo, siendo editada en Valparaíso y enviada desde allí al Colegio de los SS. CC. de Santiago. El primer número presentaba el «programa» de *La Revista Escolar*, el cual daba cuenta no solo de las razones que la habían llevado a nacer, sino, además, de los objetivos de sus creadores:

Al ver realizadas nuestras esperanzas y satisfecho el ardiente deseo que animaba a la Academia interna de los Sagrados Corazones de fundar una publicación en el Colegio que hiciera oír la voz de los alumnos y llevar a sus hogares las halagüeñas noticias de sus triunfos escolares, no podemos menos de sentirnos íntimamente complacidos y estampar aquí, como primera palabra de esta publicación, una protesta de gratitud a Dios que ya ha bendecido esta naciente revista porque es ella una palanca poderosa de nuestras cristianas convicciones, a nuestros maestros que autorizándonos a realizarla han promovido imperiosamente entre los alumnos el gusto por las tareas literarias y a nuestros compañeros, que con sus aplausos, trabajos y erogaciones han demostrado un entusiasmo santo que no es común, un tesón por el estudio que nos honra y una generosidad propia del caballero⁶⁸.

⁶⁷ Citado en *idem*.

⁶⁸ «Nuestro programa», en *La Revista Escolar*, 13 de junio de 1907.

El caso de *La Revista Escolar* es en extremo interesante, en tanto logró constituirse en un verdadero espacio público escolar, al superar los estrechos límites de la Academia Literaria y alcanzar a la totalidad de la comunidad escolar de los ss. CC., tanto de Santiago como de Valparaíso. Sin embargo, para que este proceso se desarrollara se requería que este medio de difusión fuera capaz de consolidarse y volverse un órgano de publicación estable, pues no bastaba únicamente con contar con el apoyo de «Dios, los maestros y los alumnos» –como expresaba el editorial ya citado–, sino que se requería desarrollar una estructura administrativa interna y de financiamiento que permitiera asegurar a *La Revista Escolar* una mayor vida y vigencia que las que habían tenido las efímeras *El Sol de Septiembre*, *El Correo Literario* o la mayoría de los órganos de publicación de las academias del Instituto Nacional. Esto se logró principalmente gracias a la incorporación progresiva de avisaje comercial en las páginas de la revista⁶⁹ y a la capacidad de convertir a *La Revista Escolar* en un medio de comunicación atractivo y de carácter comunitario, en el cual no solo se publicaban los escritos de los miembros académicos, sino también noticias escolares de ambos colegios⁷⁰.

Todo esto permitía que *La Revista Escolar* no solo fuera un espacio público escolar efectivo, sino que también reforzara entre los alumnos de

⁶⁹ No deben obviarse los grandes esfuerzos realizados por los alumnos respecto a esto, pues ellos se preocupaban no sólo de conseguir, sino que también de administrar este avisaje, cobrando constantemente a quienes utilizaban este servicio y permitiendo así dar una mayor estabilidad financiera a *La Revista Escolar*. Esta labor se realizó con tal eficiencia, que el espacio promedio utilizado en cada edición para avisaje aumentó de poco más de página y media en 1907 a 6 páginas en 1908 y a 21 páginas en 1909.

⁷⁰ Cabe hacer notar que las secciones dedicadas a esto, ‘Vida Íntima’ en el caso del colegio de Valparaíso y ‘Ecos de Santiago’ en la capital, fueron ganando espacio e importancia rápidamente dentro de *La Revista Escolar*. Esto se debió no sólo al gran atractivo que generaban entre los lectores, sino que también a una organización interna del equipo redactor, que permitió satisfacer esta necesidad de ‘reportear’ la vida cotidiana de los colegios. Para 1908 se nombró incluso un corresponsal especial en Santiago, encargado de enviar las noticias de la capital, cargo que recayó en el alumno de 6° año de humanidades Rodrigo Sánchez Mira. Para el año de 1909 en tanto, no sólo se mantuvo este cargo, sino que además se creó un cuerpo de *reporters* compuesto por 9 alumnos, encargados de recolectar las noticias entregadas por los estudiantes desde los cursos de preparatoria hasta cuarto año de humanidades –posiblemente porque las noticias de quinto y sexto año eran proporcionadas por los mismos miembros de la Academia Literaria que redactaban la revista–.

los SS. CC. un verdadero sentimiento de comunidad. El conocimiento de sucesos tan cotidianos como el regreso de un compañero enfermo o el cambio de un campanero, permitían a cada alumno hacerse parte integrante de la vida de la comunidad escolar. Importantísimo en esto sin duda fueron las secciones «In Memoriam» y «Buzón de la Revista Escolar». La primera de ellas, que daba cuenta de todas aquellas defunciones relacionadas con los colegios de los SS. CC. además de los de aquellas figuras eminentes de la vida política y eclesial nacional, ocupó progresivamente más espacio, en la medida en que fue dando cada vez mayor importancia a las defunciones de familiares de alumnos de los establecimientos⁷¹. La segunda, por su parte, permitió abrir aún más este espacio público en la medida en que otorgó a todo alumno la posibilidad de enviar misivas cortas –sin perjuicio de que *La Revista Escolar* publicara constantemente cartas más largas–, que muchas veces no eran más que mensajes dirigidos por un alumno a otro. Un ejemplo claro de cómo estas secciones reforzaron el sentimiento de comunidad escolar fue una de estas tantas misivas, dirigida al alumno Wenceslao Vial del colegio de Santiago, cuyo difunto padre había aparecido en la sección «In Memoriam» de *La Revista Escolar* del 9 de octubre anterior:

Sr Wenceslao Vial Ovalle –Santiago– Sin conocerlo a usted, se han ofrecido en Valparaíso cincuenta comuniones por el alma de su papá. La simpatía tiene también una telegrafía sin hilos...

INCÓGNITO⁷².

La concepción del cuerpo escolar como si de una familia se tratara era algo que existía hacía bastante tiempo en los colegios de los SS. CC., donde por ejemplo una de las principales fiestas del año era la llamada Fiesta del Padre Rector, celebrada desde 1837⁷³; además de las celebraciones propias de aquel día y los discursos pronunciados en honor a los respectivos celebrados, *La Revista Escolar* se encargaba siempre de destacar en editoriales y artículos las virtudes y bondades paternas del rector correspondiente, incluso utilizando la totalidad de la portada para

⁷¹ Este énfasis conllevó necesariamente un aumento de espacio utilizado por esta sección, en la medida que requería dar cuenta de muchas más defunciones. Así, mientras en su primer año de existencia, en 1908, sólo hizo eco de 14 fallecimientos, durante los años de 1909 y 1910 informó sobre 80 y 54 defunciones respectivamente.

⁷² «Buzón de *La Revista Escolar*», en *La Revista Escolar*, 27 de noviembre de 1909.

⁷³ Etchegaray, *Historia de la Congregación de los SS. CC. de Chile...*, op. cit., 19.

saludarlo en su día⁷⁴. Un artículo llegaba a señalar que esta siempre era una fiesta importante en los colegios católicos y sobre todo en los de los SS. CC., pues estos buscaban reproducir la vida familiar del hogar⁷⁵. Este carácter familiar se reflejaba también en la preocupación mostrada por *La Revista Escolar* por todo lo que sucedía con los sacerdotes: sus nombramientos para cargos importantes, sus viajes e incluso la muerte de sus familiares⁷⁶. Y es que no solo el padre rector sino que todos los sacerdotes de los SS. CC. eran vistos por los alumnos como personajes de carácter paternal y benefactor, que además les habían entregado el regalo del catolicismo, tal como expresara el alumno Hernán Edwards Sutil en su discurso de despedida del colegio:

Nuestros maestros, digo mal, nuestros padres, puesto que así los llamamos y así merecen ser llamados, merecen algo más que nuestro cariño, algo más que nuestra gratitud: merecen nuestro amor.

Ellos nos han inculcado con su ejemplo y con sus enseñanzas una fe de profundas raíces y un catolicismo sincero que no se esconde delante del 'qué dirán' y qué sabrá responder con la cabeza muy alta a los sarcasmos del incrédulo⁷⁷.

Esta imagen paternal contrastaba fuertemente con la entregada por los alumnos del Instituto Nacional a través de sus revistas escolares. Ahí los profesores no aparecían como progenitores bondadosos, sino ante todo como sabios maestros que guiaban al alumno hacia la civilización. Las academias llevaban el nombre de algún antiguo e insigne maestro del establecimiento, los artículos y las memorias los reconocían como mentores⁷⁸ y se les nombraba como miembros honorarios de estas⁷⁹. La imagen del profesor

⁷⁴ Véase, entre otras, *La Revista Escolar*, 19 de julio de 1908 y 14 de agosto de 1908.

⁷⁵ «El colegio es un hogar», en *La Revista Escolar*, 19 de julio de 1908.

⁷⁶ Algunos ejemplos pueden verse en «Ecos de Santiago», en *La Revista Escolar*, 7 de noviembre de 1907 y 8 de noviembre de 1908, e «In Memoriam», en *La Revista Escolar*, 18 de abril de 1909.

⁷⁷ «Discurso del alumno del 6to año de Santiago, Hernán Edwards Sutil, en distribución de premios», en *La Revista Escolar*, 25 de diciembre de 1910.

⁷⁸ Véase «Memoria en el 1er período reglamentario», en *Revista mensual de la Academia literaria Miguel Luis Amunátegui*, Santiago, 23 de junio de 1894; «Memoria de la Academia 'Miguel Luis Amunátegui' en el 3er Período Reglamentario», *op. cit.*; y «Don Miguel Luis Amunátegui», en *La Nueva Revista*, Santiago, 15 de septiembre de 1894.

⁷⁹ Véase «Memoria en el 1er período reglamentario», *op. cit.*, y *Academia Lite-*

padre y bondadoso existente al interior de la comunidad escolar de los SS. CC. era muy distante de la del profesor maestro y sabio existente en el Instituto Nacional, excelentemente expresada por Luis R. Schmidt, Secretario de la Academia Miguel Luis Amunátegui, al pedir a sus compañeros no desfallecer en las tareas conducentes al progreso de la Academia:

Os basta para ello contemplar solamente la figura del ilustre sabio cuya divisa seguimos; recordad que ese apóstol de las letras no desmayó jamás en la tarea de ser útil a su patria prodigando a manos llenas la ilustración a sus hijos.

Somos justos, ya que elejimos su nombre como baluarte de nuestra sociedad, trabajemos con el entusiasmo que nos permitan nuestras fuerzas para pagar a ese coloso de la civilización, a la antorcha de nuestra Academia, el premio de su trabajo por concedernos la luz que tanto necesitábamos, ¡ quedarán cumplidas nuestras aspiraciones, nuestro deber [...] I rendido el homenaje que debemos al ilustre sabio don Miguel Luis Amunátegui⁸⁰.

Por otra parte, el sentimiento de cohesión comunitaria propio de los alumnos de los SS. CC. no era el de cualquier comunidad, sino el de una religiosa y católica, lo que se reflejó en forma clara en *La Revista Escolar*. A esto sin duda contribuían los límites y directrices impuestos desde la institución, pero también el interés por parte del alumnado por las temáticas religiosas y católicas. Esto queda de manifiesto al analizar la selección del material gráfico utilizado para ilustrar la revista, tal como puede verse en la siguiente tabla:

raria Sandalio Letelier, Instituto Nacional, Santiago, 1895.

⁸⁰ «Memoria de la Academia ‘Miguel Luis Amunátegui’ en el 3er Período Reglamentario», *op. cit.*

TABLA N° 2
MATERIAL GRÁFICO DE *LA REVISTA ESCOLAR*, 1907-1910⁸¹

	FOTOS RELIGIOSAS	FOTOS ESCOLARES	OTRAS FOTOS	ILUSTRACIONES RELIGIOSAS	CÓMICS	OTRAS ILUSTRACIONES
1907	4	6	6	1	2	2
	19,04%	28,60%	28,60%	4,76%	9,52%	9,52%
1908	14	34	12	18	3	9
	15,56%	37,78%	13,33%	20%	3,33%	10%
1909	7	46	18	23	5	25
	5,65%	37,09%	14,52%	18,55%	4,03%	20,16%
1910	9	29	22	28	7	30
	7,2%	23,2%	17,6%	22,4%	5,6%	24%

Si bien el material gráfico que se posicionó como el principal fueron las fotos relacionadas con la vida escolar de los SS. CC. –salvo en el caso de 1910, cuando las ilustraciones y fotos alusivas al Centenario de la Independencia Nacional y de la Argentina coparon gran parte de las páginas de la revista–, lo cierto es que las fotos e ilustraciones religiosas tuvieron en su conjunto siempre un lugar importante, llegando a ocupar hasta poco más de un tercio del espacio gráfico de la publicación. Ahora bien, si nos detenemos a analizar el caso del material gráfico utilizado en las portadas –entendiendo la importancia de este en tanto era la primera imagen a la que se enfrentaba el lector al momento de acceder a la revista– los resultados son aún más contundentes, tal como muestra la siguiente tabla:

⁸¹ Esta tabla ha sido elaborada en base a la revisión de todo el material gráfico publicado en *La Revista Escolar* entre 1907 y 1910. Se ha prescindido en este análisis de las ‘caricaturas’, las que la mayoría de las veces correspondían a un pequeño dibujo que ocupaba algún espacio que no se había podido llenar con texto y que claramente tenía mucho menos impacto visual para el lector que las fotos e ilustraciones.

TABLA N° 3
PORTADAS DE LA REVISTA ESCOLAR, 1907-1910⁸²

	PORTADAS RELIGIOSAS	PORTADAS ESCOLARES	PORTADAS HISTÓRICAS	OTRAS PORTADAS	SIN PORTADA
1907	3	4	1	3	3
	21,43%	28,57%	7,14%	21,43%	21,43%
1908	8	4	2	3	1
	44,44%	22,22%	11,11%	16,67%	5,56%
1909	12	3	1	1	1
	66,66%	16,66%	5,56%	5,56%	5,56%
1910	10	1	2	3	0
	62,5%	6,25%	12,5%	18,75%	0%

Estas cifras nos permiten entender que *La Revista Escolar*, en tanto reflejo de la comunidad de los Colegios de los SS. CC., tuvo efectivamente un carácter marcadamente religioso y católico, lo cual habría contado con la aprobación de los lectores, en la medida en que se trató de una práctica en incremento. El análisis de las composiciones literarias enviadas por los alumnos del colegio de Santiago para ser publicadas en *La Revista Escolar* viene a reafirmar esto: en 1908, de un total de 48 composiciones literarias en prosa y verso, 9 –es decir el 18,75%– poseían temáticas netamente religiosas, mientras que 24 –un 50% del total– utilizaban elementos religiosos explícitos, independiente de si poseían una temática religiosa o no. Los años 1909 y 1910 presentaron al respecto tendencias similares: 19,64% y 13,95% de las composiciones poseían temáticas religiosas respectivamente –entendiendo que el descenso de 1910 tuvo mucho que ver con un aumento de las composiciones de carácter histórico y nacional por la celebración del Centenario de la Independencia–, porcentajes que para aquellas composiciones que utilizaban elementos religiosos explícitos aumentaba a 42,86% y 53,49% en cada uno de los años consignados⁸³. Todo esto, sumado a las colaboraciones, artículos editoriales, etc., generaba que en un solo número de *La Revista Escolar* pudieran por ejemplo aparecer, junto a composiciones sobre la vacuna y las corridas de toros,

⁸² Cuadro elaborado en base a todas las ediciones de *La Revista Escolar* publicadas entre 1907 y 1909.

⁸³ Cifras obtenidas en base a la revisión de todas las composiciones publicadas por alumnos del Colegio de los SS. CC. de Santiago en *La Revista Escolar*, entre 1908 y 1910.

textos sobre el Padre Coudrin, el Cristo del Perdón, los Padres Mártires de la Comuna y el sacerdote apóstol de los leprosos Damián de Molokai⁸⁴.

Pero este sentimiento existente en el Colegio de los SS. CC. de formar parte de una comunidad de carácter católico no solo se circunscribía a los límites territoriales del establecimiento, sino que los superaba, volviendo a los alumnos parte integrante de la vida de la Congregación de los SS. CC., de la Iglesia y del mundo católico en general. En ese sentido *La Revista Escolar* siempre se preocupó de mantener ligada a la comunidad de alumnos con la Iglesia Católica mundial y particularmente la chilena, incluyendo noticias como podían ser la muerte del arzobispo de Santiago Monseñor Mariano Casanova, el santo del superior de la Congregación, padre Marcelino Bousquet, o las bodas de oro sacerdotales del Papa Pío X⁸⁵. Al mismo tiempo, *La Revista Escolar* se reconocía como un órgano de prensa católico, por lo cual no dejó de publicar todo aquel documento proveniente de las autoridades eclesiásticas que viniese a reafirmar este lazo, como fue la aprobación del gobernador eclesiástico de Valparaíso⁸⁶, una carta de felicitaciones del vicario capitular de la Arquidiócesis⁸⁷ e incluso una bendición apostólica concedida por el Papa y traída desde Roma por uno de los sacerdotes del colegio⁸⁸. Todo esto permitía que, a fines de 1910, *La Revista Escolar* no solo se declarase como órgano de publicación de los colegios de los SS. CC., sino que pudiera acompañar esto en sus portadas con la frase «Con aprobación eclesiástica y bendecida por su Santidad»⁸⁹. Y fue justamente este sentimiento de formar parte de una comunidad católica universal regida por el Vaticano lo que explica, en gran medida, la postura y las acciones tomadas por los alumnos del Colegio de los SS. CC. ante una serie de problemáticas sociales y culturales de su entorno, entre las cuales el avance de la secularización fue sin duda una de las más importantes.

⁸⁴ *La Revista Escolar*, 13 de junio de 1909.

⁸⁵ Al respecto véase respectivamente «In Memoriam», en *La Revista Escolar*, 10 de mayo de 1908; «El Revmo. Padre Marcelino Bousquet», en *La Revista Escolar*, 26 de abril de 1908, y *La Revista Escolar*, 13 de junio de 1908.

⁸⁶ «Vida íntima», en *La Revista Escolar*, 8 de diciembre de 1907.

⁸⁷ «Documento Precioso», en *La Revista Escolar*, 19 de julio de 1908.

⁸⁸ *La Revista Escolar*, 13 de junio de 1910.

⁸⁹ *La Revista Escolar*, 25 de diciembre de 1910.

IV. EL ALUMNO CATÓLICO FRENTE A LA SOCIEDAD: PRENSA CATÓLICA Y PATRONATO

Formar parte de una comunidad religiosa y católica, integrante de la colectividad de la Iglesia en su conjunto, no significaba para un alumno del Colegio de los SS. CC. únicamente asumir una postura y una forma católica de vivir la vida. Significaba además asumir un rol activo como miembro de la Iglesia y, en cuanto tal, defenderla de los ataques que le propinaban enemigos, como el liberalismo, el secularismo y el anticlericalismo. En ese sentido, un medio de difusión como el que se había establecido con *La Revista Escolar* permitía al alumnado de este establecimiento introducirse en forma explícita en la batalla contra las fuerzas que amenazaban a la Iglesia y a la religión. Así quedaba claro en numerosos artículos y composiciones, y sobre todo en las editoriales de este órgano de publicación, que además de tratar sobre temáticas de carácter religioso enfatizaban constantemente los peligros y errores propios de los agentes de la secularización. Un editorial publicado en 1907, por ejemplo, criticaba duramente a los países europeos secularizados, contraponiendo su actitud con la que países orientales como China y Japón habían adoptado en la fiesta patronal celebrada en Roma:

¡Qué ejemplo de respeto y veneración ofrece en este día el mundo pagano a la Europa cristiana y en especial a [Francia] la hija predilecta de la Iglesia que fustigada por gobernantes sin conciencia rasga los títulos de su honrosa filiación y rompe con su madre de tantos siglos! Grandiosa y oportuna demostración lanza hoy a la faz del Universo, el paganismo oriental golpeando humildemente las puertas del Vaticano para solicitar la luz del Evangelio de que reniegan las aves nocturnas de la vieja Europa porque las deslumbraba y porque al través de sus rayos de prístina transparencia se destacan los derechos injustamente violados, se describen las infamias injustamente fraguadas y se anatematizan los crímenes sacrílegamente cometidos⁹⁰.

La defensa de los intereses de la Iglesia no solo se realizaba en un plano teórico y universal, sino también en lo referente a problemáticas

⁹⁰ «En Roma», en *La Revista Escolar*, 1º de julio de 1907. Véase también «Liberdad, igualdad, fraternidad», en *La Revista Escolar*, 14 de julio de 1907; «Las huelgas escolares y nuestra actitud», en *La Revista Escolar*, 26 de julio de 1907; «Religión y Ciencia», en *La Revista Escolar*, 4 de noviembre de 1908, y «Francia», en *La Revista Escolar*, 2 de mayo de 1909.

propias de la situación político-religiosa nacional. Hay constancia en ese sentido de que la discusión sobre el papel que el clero y la Iglesia debían tener en la política y el Estado existían al interior de los colegios católicos y sus academias⁹¹, así como la defensa de los intereses de la Iglesia en el plano educativo aparecía reflejada en *La Revista Escolar*, no solo a través de editoriales y artículos, sino también en textos satíricos e incluso caricaturas⁹². La sección «Bibliografía», tampoco estaba exenta de reseñas sobre textos de carácter político-religioso, algunas de las cuales eran tan apasionadas como la hecha a *El Deber de los Católicos en Política*:

Bien conoce el dignísimo Deán de Concepción, Don Domingo Benigno Cruz, la necesidad imperiosa que urge hoy día en el mundo entero y particularmente en nuestra patria, de estimular a los católicos a que gasten sus mejores fuerzas en la lucha por la buena causa, y de ilustrarlos en sus obligaciones cívicas, cuya manifestación principal son los sufragios electorales. Por eso no podemos menos de recomendar a los alumnos de los Sagrados Corazones que antes de abandonar las aulas para lanzarse al campo de la pelea, procuren leer este discurso, cuya tercera edición acaba de publicar con el esmero y elegancia que le son propios, la casa editora de Herder, en Friburgo⁹³.

En la práctica el alumnado de los SS. CC. participaba de una concepción muy propia del período, que veía en la prensa un arma de batalla fundamental para la lucha de los católicos contra los embates del liberalismo secularizante⁹⁴. Una de las ediciones de *La Revista Escolar* incluso señalaba, en un brevísimo texto, que había «pasado la hora de edificar Iglesias y decorar altares. No hay sino una cosa urgentísima a saber: cubrir la

⁹¹ «Vida íntima», en *La Revista Escolar*, 14 de julio de 1907.

⁹² Dos ejemplos al respecto resultan enormemente reveladores al analizarlos en profundidad. El primero es un artículo llamado «La enfermedad del susto», publicado en la sección «Ecos de Santiago» de *la Revista Escolar* del 8 de diciembre de 1908, el que hablaba sobre el susto que tenían los alumnos del colegio ante los exámenes y las comisiones examinadoras desconocidas que los tomaban, para lo cual se encontraba sólo una solución: la libertad de enseñanza. Por otro lado, una caricatura publicada en la edición de *La Revista Escolar* del 27 de noviembre de 1909 mostraba a los examinadores como seres casi malévolos y peligrosos para el alumno del Colegio de los SS. CC., todo esto bajo el nada sutil título de «Ante el enemigo».

⁹³ «Bibliografía», en *La Revista Escolar*, 10 de abril de 1910.

⁹⁴ Para un análisis en mayor profundidad sobre esta temática, puede verse Bernedo, *op. cit.*

nación de periódicos que prediquen la verdad»⁹⁵. A través del espacio de expresión que les significaba *La Revista Escolar*, los alumnos del Colegio de los SS. CC. podían hacerse parte de esta batalla político-religiosa a que la Iglesia los llamaba, preparándose así para participar posteriormente en ella desde la prensa oficial⁹⁶. La labor realizada desde *La Revista Escolar* no se miraba en menos tampoco, en tanto se consideraba que ella permitiría no solo propagar las verdades religiosas y defender los intereses de la Iglesia Católica, sino que además llegaría a convertirse en «órgano de publicación, no solamente del Colegio de los SS. CC. sino de los establecimientos de enseñanza católica de nuestra Patria»⁹⁷.

Sin embargo la prensa no era el único frente de batalla en el cual se podía luchar en pos de los intereses de la Iglesia Católica; otro más, y de no menor importancia, tenía que ver con la acción social. La caridad, si bien era un elemento inherente al mensaje cristiano desde los tiempos de Jesucristo, no por ello dejó de adquirir otras connotaciones en un siglo tan complejo y conflictivo como fue el XIX. Recientemente Macarena Ponce de León ha analizado en profundidad cómo se realizó en Chile, entre 1830 y 1880, una verdadera reforma ilustrada que habría hecho de la caridad una actividad extramuros, generando en las élites un conocimiento y una conceptualización de las realidades de los pobres y sus condiciones de vida, a la vez que habría sido parte fundamental de la reconfiguración activa propia del catolicismo durante la segunda mitad del siglo XIX chileno. La autora detiene su estudio en la década de 1880, debido a los cambios ocurridos a partir de entonces por el masivo incremento de la pobreza obrera,

⁹⁵ *La Revista Escolar*, 20 de mayo de 1909.

⁹⁶ Hay que enfatizar que esto efectivamente ocurría. Así, por ejemplo, se señalaba en la edición del 4 de abril de 1909, que el ex alumno y antiguo corresponsal de *La Revista Escolar* en Santiago, Rodrigo Sánchez Mira, estaba dedicado a escribir en *La Unión* y *El Diario Popular*, «defendiendo las ideas católicas en moral, y las conservadoras y por lo tanto también católicas, en política». Incluso algunos alumnos no requirieron necesariamente salir del colegio para empezar una participación activa en la prensa nacional, sobre todo gracias a ofrecimientos de personas como José M. Vásquez, administrador de *El Chileno*, quien en 1909 ofreció reproducir los artículos más destacados de la revista en las páginas de su periódico. Al respecto véase «Buzón de *La Revista Escolar*», en *La Revista Escolar*, 18 de julio de 1909.

⁹⁷ «El Aniversario de Hoy», en *La Revista Escolar*, 13 de junio de 1908. Véase también «Vida íntima», en *La Revista Escolar*, 26 de junio de 1908; «Nuestro Aniversario», en *La Revista Escolar*, 13 de junio de 1909, y «Buzón de la Revista Escolar», en *La Revista Escolar*, 29 de junio de 1909.

el surgimiento de la llamada cuestión social y la promulgación de la Encíclica *Rerum Novarum*. Fue entonces cuando, siguiendo los dictámenes de la Doctrina Social de la Iglesia, se conformaron los llamados patronatos, originalmente espacios de recreación e instrucción cristiana para las juventudes obreras, pero que prontamente comenzaron a incorporar escuelas, bibliotecas populares, ollas comunes y toda una serie de servicios gratuitos que permitieron que padres, madres e hijos pudieran «acceder a una serie de beneficios sin ser separados en distintos asilos. Desde este punto de vista los patronatos fueron vistos por el Papado como ‘una misión permanente’ y por las elites locales ‘como una obra urgente de caridad’»⁹⁸.

Si bien la Congregación de los SS. CC. había instalado ya una escuela gratuita en Valparaíso desde sus primeros años en el país, no sería sino hasta fines de siglo, en 1899, cuando se fundaría un centro social de los SS. CC., cuya sección de Beneficencia se proponía «sostener una escuela gratuita para niños del pueblo, un Patronato anexo a esta escuela, una Conferencia de San Vicente de Paul y un fondo de limosnas para el socorro de los desgraciados»⁹⁹. Sería este el principal antecedente para que ocho años después, el 1 de abril de 1907, los sacerdotes del colegio invitaran a un grupo de ex alumnos a formar una obra en beneficio de los más necesitados, cediendo para ello un local que se ubicaba en el sur de la propiedad del colegio y que daba a la calle Campo de Marte. Este sería el origen del Patronato de los SS. CC. en Santiago, cuya labor comenzó modestamente con la escuela nocturna gratuita para niños Pío X, pero que pronto fue creciendo con la incorporación a este de la escuela diurna Ignacio Domeyko, una biblioteca, un centro social, una caja de ahorros, un servicio médico, una farmacia y un almacén permanente entre otros servicios. Al parecer la importancia del Patronato de los SS. CC. no fue menor en la capital, en tanto ya en 1909 la escuela nocturna mantenía una asistencia media de 152 alumnos y el Círculo de Obreros llegó a contar pronto con al menos 500 socios¹⁰⁰, llegando incluso a recibir la aprobación entusiasta del presidente Pedro Montt, quien efectuó una visita a este en diciembre del mismo año¹⁰¹.

⁹⁸ Ponce de León, *op. cit.*, 351.

⁹⁹ *Estatutos provisionarios del Centro Social de los Sagrados Corazones*, Santiago, Imprenta Cervantes, 1909, 8.

¹⁰⁰ Raveau, *Nuestro colegio y su historia*, *op. cit.*, I:49.

¹⁰¹ Sanhueza Alvarado, *op. cit.*, 127. *La Revista Escolar* también dio cuenta de esta visita, destacando los ‘vivas’ exclamados por los obreros y que uno de éstos incluso había sido quien interpretara la canción nacional. Véase «Ecos de Santiago», en *La Revista Escolar*, 8 de diciembre de 1909.

Entre los alumnos del Colegio de los SS. CC., el Patronato era visto como una labor fundamental y por ende muchos participaban activamente de este. Numerosas campañas se hacían constantemente, tanto en Santiago como en Valparaíso, para ayudar a costear sus labores y las necesidades de sus asistentes¹⁰², encomiándose la tarea caritativa que se realizaba en esta institución¹⁰³. No era esta sí cualquier tipo de caridad, sino una muy especial, que quería simbolizar «la unión del rico con el pobre, del niño aristocrático con el desheredado de la fortuna, del patrono de mañana con el obrero del porvenir»¹⁰⁴.

En ese sentido la caridad era planteada como claramente asistencialista y subordinante, en tanto se proponía su realización como un medio de permitir la estabilidad y la tranquilidad social. El Patronato era presentado como una institución capaz de «instruir al pueblo, con esa abnegación y entusiasmo que saben dar la Religión de Cristo y sus divinas enseñanzas»¹⁰⁵, siendo presentadas sus actividades como portadoras «en cada uno de sus detalles [de] una como cifra de aquella anhelada solución del problema moderno que los sabios denominaron *La cuestión social*»¹⁰⁶. Se destacaban por lo mismo los resultados que se habían logrado a través del Patronato entre los obreros, felicitándose, como ya hemos visto, actitudes como la tomada ante la visita del Presidente de la República o discursos como el que había dado el obrero Daniel Cancino en la Fiesta del Patronato de 1908, el cual habría demostrado, según el corresponsal de *La Revista Escolar*, «la gratitud que siente el corazón del pobre, cuando la caridad le envía sus benéficos rayos»¹⁰⁷.

¹⁰² «Las alcancías del Patronato», en *La Revista Escolar*, 13 de junio de 1907; «Rifa del Patronato», en *La Revista Escolar*, 1 de julio de 1907; «Vida íntima», en *La Revista Escolar*, 26 de julio de 1907; y «Vida íntima», en *La Revista Escolar*, 19 de julio de 1908.

¹⁰³ Probablemente el ejemplo más claro de esto se vio con la muerte de Francisco Patiño Infante, ex alumno del Colegio de los SS. CC. de Santiago y socio fundador del Patronato de la capital. Su «Corona Fúnebre», publicada por *La Revista Escolar*, es en sí misma no sólo una alabanza personal, sino sobre todo un elogio directo hacia la labor realizada por el Patronato, la cual se ejemplificaba claramente en la vida de Patiño Infante. Véase «Corona Fúnebre de Francisco Patiño Infante», en *La Revista Escolar*, 31 de julio de 1910.

¹⁰⁴ «Colegio y Patronato», *La Revista Escolar*, 27 de octubre de 1907.

¹⁰⁵ «El Patronato de los Sagrados Corazones de Santiago», *La Revista Escolar*, 27 de noviembre de 1909.

¹⁰⁶ «Una obra grande», en *La Revista Escolar*, 29 de septiembre de 1909.

¹⁰⁷ «Ecos de Santiago», en *La Revista Escolar*, 8 de septiembre de 1908.

Todo esto tenía directa relación con las mismas condiciones sociales que habían promovido una encíclica como la *Rerum Novarum*. Había sin duda mucho de verdadero sentimiento de caridad cristiana detrás de instituciones como el Patronato de los SS. CC., pero había también un interés por promover los intereses de la Iglesia entre los sectores más marginados de la sociedad y, particularmente, por defenderlos ante el progresivo avance de un nuevo enemigo secularizador, como era el socialismo. De esta forma, la instrucción religiosa y la «moralización» de los obreros por parte de las élites, a través del Patronato, permitían no solo mantener el orden social, sino que reforzar a la Iglesia ante las ideas socialistas que la atacaban directamente. Un ejemplo de esto eran las reuniones que se hacían para todos los obreros del Patronato, en los fundos de los socios durante el 18 de septiembre, las cuales tenían como objetivo alejarlos de la bebida, siendo vistas por sus organizadores como espacios de encuentro entre ricos y pobres, que resultaban en «un argumento muy poderoso contra el socialismo para el pueblo, y es más poderoso que todo raciocinio porque va al corazón y no solamente a la inteligencia»¹⁰⁸. De esta forma, la acción social ejercida por los alumnos del Colegio de los SS. CC. a través del Patronato, se convertía –tal como la prensa católica, la educación o las fiestas religiosas– en un arma más en una batalla sin cuartel en pos de la defensa de la Iglesia y de la religión católica al interior de la sociedad chilena y universal, tal como exponía con claridad inmensa el corresponsal en Santiago de *La Revista Escolar*, al comentar la Fiesta del Sagrado Corazón celebrada en el Colegio de los SS. CC. en 1910:

Hoy día comienza ya a diseñarse con caracteres algo indecisos, pero muy visibles, la lucha que han de sostener los católicos en lo futuro.

Por eso no puede uno menos que alegrarse al ver que el ejército es crecido y los oficiales entusiastas.

Esto se hace palpable cada vez que hay una fiesta religiosa, a la que asiste numerosa concurrencia para honrar al generalísimo.

El Sagrado Corazón de Jesús debe haber estado contento el viernes 3 de Junio pasado al ver desfilar a su ejército al pie del tabernáculo.

Él es el dueño de este colegio, es nuestro Rey, y como tal se regocija al ver que la enorme mayoría de los alumnos presentes y antiguos pertenecen a su ejército.

Pero no solo es preciso desfilar, sino también combatir.

El soldado no es solo para vestirse de parada y para ir a las revistas, sino también para empuñar las armas y entrar en el combate cuando el caso se presenta.

¹⁰⁸ «Ecos de Santiago», en *La Revista Escolar*, 9 de octubre de 1909.

Y ya es la hora de combatir.
¿Qué se diría de un general que no ataca al enemigo mientras lo puede vencer, sino que espera el ataque de aquél que solo lo dará cuando se encuentre superior en fuerzas?
Que es necio, se responderá.
Pues nosotros seremos unos necios si no nos preocupamos de combatir el socialismo, ahora que lo podemos vencer.
¿Cómo? ¿dónde? se preguntará.
Al pie de este colegio, aquí al lado, está ese campo de batalla, en el Patronato¹⁰⁹.

V. UN PAPEL QUE JUGAR EN LA HISTORIA DE CHILE: LOS ALUMNOS ANTE EL CENTENARIO

Llegados a este punto, hemos indagado ya cómo se situaba el alumno católico de principios del siglo XX ante la sociedad que lo rodeaba y específicamente ante la lucha que sostenía contra los elementos secularizantes de esta. Sin embargo, poco se ha dicho sobre cuál era la visión que los alumnos católicos poseían con respecto a esta sociedad chilena en su conjunto, qué fortalezas y errores veían en ella y, sobre todo, cuál era el papel que ellos como individuos y como grupo creían jugar al interior de esta, tanto en su historia como en su devenir. Para el caso de los alumnos del Colegio de los SS. CC. de Santiago, algunas de sus percepciones sobre estos asuntos se harían evidentes con motivo de la celebración del Centenario de la Independencia Nacional en 1910.

Las fiestas del Centenario sin duda alguna conformaron un evento nacional, al cual se intentó dar todo el carácter de una celebración apoteósica y colosal, a pesar de que la primera década del siglo XX había sido percibida por muchos observadores contemporáneos como un período de crisis¹¹⁰ y que los meses de preparación de las fiestas habrían sido testigos

¹⁰⁹ «Ecos de Santiago», en *La Revista Escolar*, 13 de junio de 1910.

¹¹⁰ Sin duda alguna, la principal fuente histórica que hasta el día de hoy da cuenta de la percepción de crisis existente en la sociedad de la época es Enrique Mac-Iver, *Discurso sobre la crisis moral de la república*, Santiago, Imprenta Moderna, 1900. Un análisis más historiográfico sobre esta situación y su relación con las celebraciones del Centenario de la Independencia Nacional, puede encontrarse en Luis Patricio Muñoz Hernández, *Los festejos del centenario de la independencia. Chile en 1910*, Tesis para optar al grado de Licenciado en Historia, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 1999, 10-21 y, más recientemente, en Soledad Reyes del Villar, *Chile en 1910. Una mirada cultural en su Centenario*, Santiago, Editorial Sudamericana, 2004, 145-203.

primero de la muerte del primer mandatario chileno, Pedro Montt –fallecido el 16 de agosto de 1910 en la ciudad de Bremen en Alemania– y luego de la de su sucesor, Elías Fernández Albano, el 6 de septiembre del mismo año. A pesar de todo esto, y aunque se discutió sobre la posibilidad de posponer las fiestas, la celebración del Centenario siguió su curso; concordamos al respecto con María Soledad Reyes Del Villar en que, en tanto se trataba esta principalmente de una fiesta organizada por la oligarquía, la crisis del centenario no hizo otra cosa más que reforzarla, pues era necesario para la élite dirigente ser capaz de mostrarse en todo su esplendor a través de estas fiestas, silenciando así a todos aquellos que cuestionaban su superioridad y su integridad moral como grupo rector de la sociedad¹¹¹.

Las juventudes que conformaban este grupo dirigente formaron parte también de los preparativos de esta celebración, y los jóvenes católicos no fueron la excepción. Ya en julio *La Revista Escolar* anunciaba el comienzo de los preparativos para celebrar el Centenario en el Colegio de los SS. CC. de Valparaíso y publicaba rumores de que septiembre traería un mes de vacaciones para los alumnos: las dos semanas de siempre, otra más por el Centenario y una cuarta por servir el Colegio de Santiago como alojamiento para la Escuela Militar o el Colegio Militar Argentino¹¹². Efectivamente, tras ceder a este último su local en la calle Blanco Encalada, la Escuela Militar nacional debió buscar otro lugar donde instalarse, el cual resultó ser el establecimiento del Colegio de los SS. CC. de Santiago¹¹³. Además de esto, la comunidad escolar participó activamente de las fiestas del Centenario, a través del concurso de ornamentación de la fachada de los edificios –en el cual obtuvo el segundo lugar gracias a una ornamentación luminosa que representaba el escudo de los Sagrados Corazones rodeado de una corona de espinas y bajo este el escudo de Chile– y una sesión literaria ofrecida por los alumnos a las escuelas militares de Chile y Argentina, efectuada el día 23 de septiembre¹¹⁴.

¹¹¹ Reyes, *op. cit.*, 266.

¹¹² «Vida íntima», en *La Revista Escolar*, 17 de julio de 1910.

¹¹³ Raveau, *Nuestro colegio y su historia*, *op. cit.*, I:42-43. Hay que señalar que no era primera vez que el Colegio de los SS. CC. de Santiago era utilizado por el gobierno del país. En 1906, tras el terremoto del 16 de agosto, el Congreso Nacional sufrió tal cantidad de daños que el parlamento decidió utilizar el teatro del Colegio de los SS. CC. para realizar sus sesiones, incluso proclamándose allí a Pedro Montt como nuevo presidente del país. Véase al respecto Sanhueza Alvarado, *op. cit.*, 122-125.

¹¹⁴ Raveau, *Nuestro colegio y su historia*, *op. cit.*, I:43.

Pero quizás más destacable que la participación activa de los alumnos en las fiestas del Centenario fue que, a partir de este, los jóvenes pudieron expresar la visión y la concepción que tenían de Chile y de su historia. Como ya hemos señalado anteriormente, las temáticas alusivas al Centenario y a la historia del país coparon las páginas de *La Revista Escolar* durante este año y fueron incrementándose progresivamente hasta llegar al día 18 de septiembre, cuando se publicó una edición especial en conmemoración de los cien años de vida independiente del país¹¹⁵. En esta se publicaron, entre otros, artículos sobre Bernardo O' Higgins, José de San Martín y Ramón Freire, así como también acerca de la Guerra del Pacífico, la gran epopeya nacional después de la Independencia. La publicación además relacionó directamente la celebración del Centenario con la Iglesia y el catolicismo, tanto a través de la portada –donde aparecían juntas la bandera de Chile y la de la Congregación de los SS. CC.– como a través de un editorial escrito por monseñor Ramón Ángel Jara, en el cual la Independencia era ligada directamente con la labor contemporánea del Congreso Social Católico y de la Iglesia misma¹¹⁶.

Muy interesante, sin duda alguna, fue la importancia concedida por los alumnos de los SS. CC. a la nación española dentro de esta celebración. Si bien no fue esta una tendencia que solo existió entre los jóvenes católicos¹¹⁷

¹¹⁵ La realización de esta edición especial sin duda demandó a los alumnos gran dedicación y preparación, además de generarles nuevas necesidades económicas para financiarla. Así, por ejemplo, ya en la edición del 17 de julio de 1910 de *La Revista Escolar*, el Directorio mismo utilizaba la sección «Buzón de *La Revista Escolar*» para pedirle a un tal Luis Nebel que, ya que era tan asiduo a la revista, ayudara económicamente a la publicación de esta edición especial.

¹¹⁶ «La Nueva Centuria», en *La Revista Escolar*, 18 de septiembre de 1910. En la misma edición se realizaba un homenaje a Monseñor Ramón Ángel Jara, equiparándolo explícitamente con el resto de los ‘padres de la patria’ homenajeados en la misma revista.

¹¹⁷ Así, por ejemplo, el senador Víctor Reyes expresó en la reunión parlamentaria celebrada con motivo del Centenario que, «obedeciendo a idénticos impulsos, supieron los pueblos de la América desligarse con entereza i constancia inquebrantables de los vínculos que los ligaban a la Madre Patria, de los vínculos políticos, no de los lazos del afecto, que subsistieron i habrán de mantenerse inalterables». Véase al respecto «Reunión parlamentaria celebrada el 17 de septiembre de 1910 con motivo del centenario de la Independencia Nacional», en *Cámara de Senadores. Boletín de la Sesiones Extraordinarias en 1910*, Santiago, Imprenta Nacional, 1910. La inauguración de un monumento a Alonso de Ercilla como parte de los festejos del Centenario de la Independencia Nacional es

y que también *La Revista Escolar* publicó textos que hablaban sobre la Independencia como una liberación de la esclavitud¹¹⁸, lo cierto es que España fue presentada por lo general como una nación que merecía ser tan ensalzada como los mismos independentistas criollos. Esta exaltación del vínculo nacional con España tenía una clara razón de ser, en tanto esta era la responsable de entregarle al país la Cruz y el Evangelio, «la fe en el crucificado que adoraron nuestros padres y que adorarán los chilenos mientras palpite el recuerdo de las glorias inmortales»¹¹⁹. Así, la edición especial del 18 de septiembre de *La Revista Escolar* publicó artículos como «Dos Patrias»¹²⁰ –en el que se agradecía a España la religión, la lengua y el valor entregado a Chile– o el poema «¡Madre España!», del poeta y apoderado del colegio Francisco A. Concha Castillo¹²¹, llegando incluso a intentar el Directorio de la revista obtener una fotografía autografiada del rey español Alfonso XIII, si bien este, a través de su secretario particular, se negó afectuosamente a enviarla, argumentando que ya había rechazado peticiones similares de importantes revistas españolas y americanas¹²². Pasadas las celebraciones, la misma publicación no escatimó esfuerzos en destacar que:

El recuerdo de amor a la Madre Patria ha sido una particularidad característica de las fiestas de Septiembre. Se olvidaron los nombres de aquellos gobernadores y capitanes que no supieron representar hidalgamente a la caballerosa España, y solo se vio a través del siglo transcurrido, la comunidad de raza, de lengua y de religión, que ata con triple cadena la América española al seno de su madre. Una corriente de amor y gratitud ha quedado establecida para siempre por el camino que siguieron Colón y Magallanes¹²³.

La edición especial de *La Revista Escolar* del 18 de septiembre de 1910 no solo nos permite analizar la percepción que estos jóvenes católicos poseían de la celebración del Centenario y de la Independencia

otro ejemplo del mismo fenómeno que constatamos. Véase *Programa Oficial de las Fiestas Patrias en Santiago. 18 de Setiembre de 1910*, Santiago, s.n., 1910.

¹¹⁸ «O' Higgins», en *La Revista Escolar*, 18 de septiembre de 1910.

¹¹⁹ «La voz del rector de la Universidad», en *La Revista Escolar*, 19 de agosto de 1910.

¹²⁰ «Dos Patrias», en *La Revista Escolar*, 18 de septiembre de 1910.

¹²¹ «¡Madre España!», en *La Revista Escolar*, 18 de septiembre de 1910.

¹²² «Honrosa comunicación enviada de la Corte de España por orden de S. M. el Rey D. Alfonso XIII a 'La Revista Escolar'», en *La Revista Escolar*, 31 de agosto de 1910.

¹²³ «Ecos del centenario», en *la Revista Escolar*, 15 de octubre de 1910.

como tal, sino que además nos otorga la posibilidad de adentrarnos en la visión que estos poseían de la historia de Chile en su totalidad. Esto, gracias a que esta edición traía consigo una suerte de suplemento llamado «Chile. Reseña Histórica (1535-1910)». Se trataba de un texto de poco más de 50 páginas que, como su nombre lo indicaba, reseñaba la historia del país desde la época precolombina hasta la fecha del Centenario de la Independencia. El elemento más interesante de esta publicación estaba sin duda en quiénes habían sido sus autores: salvo por la colaboración del literato y abogado porteño Darío Risopatrón Barros, cada uno de los 11 capítulos que la componían había sido escrito por alumnos y ex alumnos del Colegio de los SS. CC. de Santiago¹²⁴. A pesar de que el prólogo de este texto advirtiera que:

Nada de original debido a investigaciones personales se encontrará aquí, pues los alumnos de Santiago, que han tenido a gloria celebrar el Centenario de nuestra Independencia con el recuerdo de la historia patria que aprendieron en las aulas solo han demostrado en la presente edición un extraordinario empeño en el estudio y consulta de múltiples autores¹²⁵.

Lo cierto es que es bastante lo que puede obtenerse del estudio de esta fuente histórica. A través de ella, los alumnos del Colegio de los SS. CC. de

¹²⁴ Los capítulos que componían este compendio histórico y sus correspondientes autores eran: I. Descubrimiento-Florencio Guzmán Bañados (VI año de Humanidades); II. La Conquista-Darío Risopatrón Barros (literato externo); III. La Colonia-Sergio Montt Rivas (VI año de Humanidades); IV. La Revolución de 1810-Tomás Eduardo Rodríguez Brieba (V año de Humanidades); V. Patria Vieja y Patria Nueva-Carlos E. Manterota Gillet (IV año de Humanidades); VI. La República, primer período-Hernán Edwards Sutil (VI año de Humanidades); VII. La República, segundo período-Joaquín Monge Mira (ex alumno); VIII. Orígenes de la Iglesia en Chile-Fernando De la Cruz Rojas (V año de Humanidades); IX. La Sede Metropolitana de Santiago-Pablo Sánchez Mira (ex alumno); X. La literatura chilena-Alejandro Silva Yoacham (ex alumno); XI. Chile actual-Enrique Villamil Concha (V año del Curso libre).

¹²⁵ «Chile. Reseña Histórica (1535-1910)», en *La Revista Escolar*, 18 de septiembre de 1910, 295. Debido a la extensión de este documento y al lugar fundamental que le damos en nuestro análisis, las referencias sobre éste se harán de aquí en adelante en base a la numeración de páginas propia de *La Revista Escolar*. Esta numeración se iniciaba en la primera edición de cada año y continuaba de una edición a otra, por lo cual el compendio histórico que analizaremos se enmarca dentro de esta numeración anual.

Santiago expresaban por escrito cuál era la visión que poseían y la concepción que ellos mismos se habían construido sobre la historia del país.

La *Reseña Histórica* se iniciaba con un análisis de la historia precolombina de Chile y su posterior descubrimiento y conquista por parte de los españoles. Cabe destacar aquí que, ya desde un principio, Chile era presentado como una tierra majestuosa e imponente, un territorio sublime ante el cual no se podía sino «elevar nuestras alabanzas al Autor de tanta belleza y convencernos que esta región ideal era digna patria de héroes inmortales»¹²⁶. Era pues en este escenario privilegiado, donde vendría a darse una unión no menos privilegiada entre dos pueblos como eran el araucano y el español, los cuales, si bien poseían debilidades que se expresaban y criticaban claramente, eran dueños también de cualidades monumentales, como el patriotismo y valor del araucano o el cristianismo y el arrojo de los españoles, las que habrían conformado en su unión a la *raza* chilena. Tal como señalaba la *Reseña Histórica* en otra parte de su recorrido:

El acero del español golpeaba incesantemente sobre la piedra del indio. Eran el eslabón y el pedernal; de aquellos golpes debía brotar un nuevo pueblo, como la chispa: el pueblo chileno [...]

Nunca se engendró un hijo de más ínclitos padres. La raza invencible se había precipitado sobre la raza indomable, y el abrazo titánico de aquella lucha mortal debía durar siglos [...] ¡Siglos de esfuerzos sobrehumanos, de estertores jadeantes en cuya rudeza heroica se incubó la nueva nación [...]!¹²⁷.

En ese sentido, la visión reflejada por la *Reseña Histórica* sobre España y los conquistadores venía a coincidir ciertamente con las tendencias presentes en *La Revista Escolar* sobre el mismo tema. De esta forma, personajes como Diego de Almagro eran presentados como verdaderos héroes victoriosos cuyos errores y actos reprochables se disculpaban por razones como el terror o la ignorancia. Al mismo tiempo, la Colonia era presentada como un período monótono, a la vez que como la época en que había empezado «gracias a un reducido número de valientes y virtuosos misioneros, a extenderse por el nuevo mundo la religión de Cristo, herencia la más preciosa que nos legó la madre patria»¹²⁸.

¹²⁶ *Ibid.*, 296.

¹²⁷ *Ibid.*, 307.

¹²⁸ *Ibid.*, 309.

La Independencia surgía en este análisis histórico como un punto de inflexión, mas no de quiebre. Ante todo se la observaba, según lo ha hecho la historiografía chilena tradicionalmente, como un fenómeno originado por causas externas –independencia de EE.UU., la derrota de los ingleses en Buenos Aires y el influjo de las ideas ilustradas–, causas internas –descontento criollo ante el monopolio político y económico impuesto por los peninsulares– y causas inmediatas –invasión de Napoleón a España y deposición de Fernando VII–. No se negaba tampoco que la Independencia hubiese sido el momento histórico en el cual Chile obtuvo su libertad en tanto nación, ni se le quitaba el carácter épico que tradicionalmente ha acompañado al relato de este período, sin embargo, no había aquí una demonización de los españoles en general, preocupándose por ejemplo Carlos Manterola –autor del capítulo quinto sobre la patria vieja y la patria nueva– de dejar muy en claro las diferencias existentes entre los verdaderos déspotas, como Casimiro Marcó del Pont o Vicente San Bruno, y aquellos verdaderos caballeros, como Mariano Osorio. La mirada sobre los patriotas tampoco era totalmente homogénea: mientras que Manuel Rodríguez era presentado en forma muy favorable y Bernardo O’ Higgins era alabado a tal altura que pareciera que solo gracias a su genio se había logrado concretar la independencia nacional, José Miguel Carrera aparecía cometiendo tal cantidad de errores y actos deshonorosos en este relato historiográfico, que al lector difícilmente podía no quedarle la sensación de que la libertad tan ansiada había estado muchas veces a punto de perderse tan solo por culpa del actuar egoísta y soberbio de este personaje.

Sin embargo, el análisis más interesante a nuestro parecer era aquel realizado sobre lo que se denominaba como el período republicano, entre 1818 y 1891, el cual se dividía en dos períodos, cada uno abordado en un capítulo: el primero abarcaba desde 1818 hasta 1861, mientras que el segundo se iniciaba en esa fecha y concluía con la caída de José Manuel Balmaceda. El primer período, como había hecho toda la historiografía de la época, incluía la llamada «anarquía política» como una realidad existente hasta 1830, pero lo interesante es que no situaba su inicio ni en 1823 ni en 1818, sino en 1826, estableciendo entonces que el período comprendido entre la consolidación de la Independencia y la promulgación de las llamadas Leyes Federales –el cual recordemos estuvo caracterizado por el autoritario gobierno de O’Higgins así como por el establecimiento de la Constitución Moralista de 1823– había sido una época de orden y de estabilidad. En ese sentido, la batalla de Lircay en 1830 era presentada como una recuperación del camino perdido durante el interregno anárquico, un

verdadero «fin de ese desastroso período de la anarquía que duró cinco desgraciados años»¹²⁹.

Superado entonces aquel paréntesis caótico, Chile vendría a ser liderado por quien lo llevaría a su máximo esplendor: Diego Portales. Siguiendo una interpretación muy similar a la que sería propia de la escuela historiográfica conservadora durante el siglo XX, Portales aparecía como un verdadero genio, artífice y restaurador de la patria; un hombre «cuyo genio vasto y enérgico es capaz de detener una nación que camina hacia su ruina», que había podido en escaso tiempo «neutralizar todos los males que habían acarreado los anteriores años de anarquía y sanar a nuestra patria de la crónica enfermedad de las revoluciones» y que, sin ser instruido, «todo lo suplía con su talento rápido en comprender y su inquebrantable energía»¹³⁰. Sobre la obra de este «coloso» —que además había tenido la inteligencia suficiente para entender que la religión era la base del orden social e individual— se levantaría un período glorioso y magnífico de la historia nacional, que no solo había visto el triunfo de la nación chilena sobre sus enemigos peruanos y bolivianos, sino que además había observado, durante los decenios de Joaquín Prieto, Manuel Bulnes y Manuel Montt, un adelanto material e intelectual como nunca se había visto en el país, expresado, según Hernán Edwards Sutil, en obras como el Código Civil, el restablecimiento del Instituto Nacional —si bien este había sido reabierto en 1818—, la Universidad de Chile, el ferrocarril de Caldera a Copiapó, la línea telegráfica entre Valparaíso y Santiago, entre muchas otras. Sucesos como las revoluciones de 1851 y 1859 aparecían como de escasa importancia, meros altercados en medio de un período resplandeciente de la historia patria, coronado por el actuar de personajes a quienes la nación adeudaba una eterna gratitud, como el mismo Portales o el arzobispo Rafael Valentín Valdivieso.

Si el primer período republicano era presentado como una época gloriosa, distinto sería el tono utilizado para retratar lo ocurrido tras 1861. Si bien se mantenía todavía una actitud de alabanza hacia el gobierno de José Joaquín Pérez, esta se reducía considerablemente al momento de analizar los mandatos de Federico Errázuriz y de Aníbal Pinto. Pasado el relato épico de la Guerra del Pacífico, el análisis se tornaba totalmente crítico y agresivo con el gobierno de Domingo Santa María, quien incluso llegaba a ser acusado de haber sido «favorecido, si no por la adhesión po-

¹²⁹ *Ibid.*, 320.

¹³⁰ *Ibid.*, 320-321.

pular, por las influencias oficiales»¹³¹. Por supuesto, uno de los elementos centrales dentro de la crítica a la administración de Santa María tenía que ver con las llamadas Leyes Laicas y con el conflicto del gobierno con la Santa Sede a causa de la sucesión arzobispal, todo lo cual, según el autor del texto, le había enajenado al Presidente la voluntad de la mayoría del país, obligándolo a intervenir agresivamente y violar las libertades públicas en las distintas elecciones realizadas durante su mandato¹³². Si bien el tono del análisis se volvía un poco menos agresivo al momento de ingresar al gobierno de José Manuel Balmaceda, lo cierto es que no se destacaba mayormente ninguna de sus obras –salvo la solución del conflicto con el Vaticano– mostrándosele como condenado a sucumbir, incluso a pesar de la mediación del arzobispo Casanova. En ese sentido, la Guerra Civil de 1891 aparecía como un desenlace previsto, un abismo al cual el país se dirigía sin remedio ya desde los tiempos de Errázuriz. En contraposición a la esplendorosa caracterización con la que se había presentado el período dominado por los conservadores, el período liberal no aparecía sino como una etapa de continuos errores y de acelerada decadencia.

Los últimos cuatro capítulos del texto reseñaban la historia de la Iglesia Católica en el país, la historia de la literatura chilena y la situación actual de Chile. Sobre la literatura no entraremos en mayores detalles, si bien hay que destacar las elogiosas críticas realizadas, coincidentemente, a literatos conservadores –como Carlos Walker Martínez y Zorobabel Rodríguez– y a aquellos que eran además apoderados del colegio –como Alejandro Silva De la Fuente y Francisco A. Concha Castillo–. Respecto a la reseña histórica de la Iglesia, esta se remontaba hasta los tiempos de la Conquista, presentándola siempre como parte del rostro positivo de este proceso. No había pues aquí abuso ni error alguno por parte de los sacerdotes, sino por el contrario, solo consuelo y caridad en las manos de hombres destacados como Luis de Valdivia y Gaspar Villarroel, siendo además la Iglesia la gran gestora de todo progreso intelectual y moral ocurrido en esta época. La historia de la Iglesia durante el período republicano, a diferencia de la historia política del mismo, no era sino una época de eterna gloria y bienestar, guiada por colosos del porte de Rafael Valentín Valdivieso, Joaquín Larraín Gandarillas, Mariano Casanova o Juan Ignacio González Eyzaguirre, quienes habían sabido siempre estar a la altura de los conflictos de la vida nacional y de la Iglesia con el Estado,

¹³¹ *Ibid.*, 329.

¹³² *Idem.*

llevándolos siempre a buen puerto. Incluso monseñor José Santiago Rodríguez y Zorrilla, obispo en 1810 y quien había sido leal a la Corona durante el proceso independentista, era mostrado como un hombre ilustre y seguidor del mensaje de Cristo, justamente reivindicado por la historia. Se trataba esta de una historia monumental, sin descenso alguno y compuesta por una gloria constante e infinita. Como el mismo autor del capítulo sintetizaba al inicio de este:

La historia de la Iglesia en nuestra patria, en los cien años de vida independiente que llevamos, es una etapa de honor y gloria para la causa del Cristo.

Los hombres que la han gobernado han sido preclaros varones de sólida virtud, ilustrada inteligencia y magnánimo corazón; han bajado al sepulcro rodeados del respeto y admiración de Chile entero, y la historia ha estampado sus nombres en sus páginas de oro.

Parece que la misericordia divina nos ha iluminado con destellos singulares: ha querido que los rayos de luz celestial, inunden las inteligencias de los que en nuestra patria siembran la semilla del cielo; ha hecho también que los fulgores de su inmensa caridad enciendan los corazones de sus ministros, y por eso ha sido que la misión del sacerdote en Chile, aparece en todos los tiempos fecunda en obras de misericordia¹³³.

Como ha podido verse, la interpretación realizada por los alumnos del Colegio de los SS. CC. sobre la historia de Chile era netamente de carácter conservador y católico. Para ellos, la gloria política del país y de la nación había alcanzado su cénit durante los gobiernos conservadores y había comenzado a extinguirse progresivamente en la medida que los liberales secularizantes habían accedido al poder. Por ello el país necesitaba recurrir ahora a aquellos que podían devolverle la magnificencia perdida: los mismos conservadores y su aliada principal, la Iglesia Católica, cuya historia demostraba que, a diferencia del país, que había abandonado el camino correcto, se mantenía siempre elevada y majestuosa, sin crisis, errores ni caídas. En ese sentido hay que señalar que no se trataba de una visión pesimista de la historia de Chile, sino más bien de una que buscaba denunciar los errores cometidos, ya que aún podían ser enmendados. Enmendar estos errores era posible en tanto la situación actual era en extremo beneficiosa –Chile era definido en la misma reseña como un país que tanto «en el orden moral o intelectual, como en el régimen político y social, gracias a la influencia bienhechora de la religión, al patriotismo

¹³³ *Ibid.*, 335.

de sus hijos y a las riquezas de su suelo [...] se ha conquistado un puesto de honor entre las naciones Sudamericanas»¹³⁴, pero sobre todo en la medida que fuera guiada por las élites conservadoras y católicas que estos mismos jóvenes de los SS. CC. pasarían prontamente a engrosar.

Porque estos jóvenes poseían el convencimiento de que su educación no era otra cosa sino la preparación necesaria para pasar a formar parte del sector social que consideraban destinado a dirigir y a regir el devenir de la nación, cuya prosperidad estaba además directamente ligada a la defensa de las ideas y los intereses conservadores y católicos que como grupo sustentaban. *La Revista Escolar* se encargaba constantemente de destacar a aquellos ex alumnos del colegio que estuvieran ocupando lugares en la política, la prensa o la vida pública nacional, no dejando de enfatizar la influencia en ello de la labor formadora de los SS. CC.¹³⁵. A diferencia del Instituto Nacional, donde en general los textos de las revistas escolares presentaban al alumno como destinado a cumplir una labor en tanto ciudadano ilustrado¹³⁶, en el órgano de publicación del Colegio de los SS. CC. no era raro leer artículos que señalasen, por ejemplo, que el «niño de hoy adolescente, será mañana el hombre que ornamentará a la sociedad, dirigirá los destinos de la patria y será un defensor de la Iglesia, su madre»¹³⁷ o en los cuales los mismos alumnos exhortasen a sus compañeros a que:

resolviéndonos de una vez y para siempre, con toda la energía de que somos capaces, a cumplir con nuestros deberes escolares, nos prepararemos digna y honrosamente a regir los destinos de la patria que tanto espera de la juventud que se levanta y ennoblecer la sociedad que nos ve

¹³⁴ *Ibid.*, 350.

¹³⁵ Además del ya señalado Rodrigo Sánchez Mira y su labor periodística en los periódicos conservadores y católicos, fueron destacados también en *La Revista Escolar* Carlos Mönckeberg Bravo, por su labor realizada en la Maternidad Oficial del Hospital de San Borja, y Luis Sinn Tagle, Secretario de la Legación de Chile ante el Vaticano, entre otros.

¹³⁶ Algunos ejemplos pueden verse en «Adelante», *op. cit.*; «Las Academias», *op. cit.*, y «Explicación», en *Academia Literaria Instituto Nacional*, 1:3, Santiago, 1895. El único contraejemplo que hemos encontrado se encuentra en «Memoria en el 1er período reglamentario», *op. cit.*, si bien lo único que se hace en este artículo es aludir directamente a una labor futura de los alumnos en la «prensa o la tribuna».

¹³⁷ «¡Alumnos de los Sagrados Corazones!», en *La Revista Escolar*, 12 de abril de 1908.

crecer en su seno, y a defender nuestra bandera de cristianos que es nuestro emblema de inmortalidad¹³⁸.

Hay que señalar aquí que las pretensiones de estos jóvenes tenían cierto asidero en la realidad, pues en tanto pertenecientes a familias de condición acomodada formaban parte de las élites que habían hegemonizado casi por completo la vida pública y política del país. Tanto su condición económica como las redes y contactos familiares que poseían, les entregaban enormes ventajas al momento de ingresar a los círculos nacionales del poder. Así, si observamos a las generaciones de alumnos egresados durante los años 1908 a 1910, podemos encontrar ciertos fenómenos interesantes. Ocho alumnos de los cincuenta que egresaron durante estos años aparecen registrados en el *Diccionario biográfico de Chile*¹³⁹, además de once hermanos de ex alumnos que egresaron también del Colegio de los SS. CC. de Santiago, pero en otros años. De los ocho alumnos señalados, cinco estudiaron ingeniería, dos siguieron la carrera de la abogacía y solo uno siguió estudios de arquitectura, sin mayor inclinación de estos por la Universidad Católica (3 de los 8) o la Universidad de Chile (4 de los 8)¹⁴⁰. Además, tres de ellos poseyeron y trabajaron fundos, dedicándose incluso a la cría de caballos de polo o de animales finos. Cuatro de ellos fueron socios del Club de la Unión, uno de ellos director del Club Hípico y un tercero alcalde de Huique. Dos, además, obtuvieron puestos impor-

¹³⁸ «El R. P. Ministro», en *La Revista Escolar*, 26 de julio de 1907. Otro ejemplo clarísimo puede verse en el ya mencionado artículo de «La enfermedad del susto» del 8 de diciembre de 1908, donde se señala textualmente que «Nosotros los alumnos de hoy y que seremos mañana personas dirigentes de la sociedad, deberíamos formar una liga de compromisos para trabajar con talento y constancia a fin de aliviar a las generaciones venideras de estas críticas agonías de fines de año, desde que llegemos a ser Presidentes de la República, o Ministros de Estado, o Diputados o Senadores». «La enfermedad del susto», *op. cit.*

¹³⁹ Se han utilizado para efectuar este seguimiento las listas de alumnos egresados del Colegio de los SS. CC. de Santiago consignadas en *La Revista Escolar*, en sus ediciones del 14 de noviembre de 1908, 27 de noviembre de 1909 y 26 de noviembre de 1911, además del *Diccionario Biográfico de Chile 1937-1938*, Santiago, Imprenta Universo, 1938, exceptuando el caso de Fernando Santa Cruz Wilson, cuya información se ha obtenido de la edición de 1952 de la misma obra.

¹⁴⁰ La no concordancia de las cifras de asistencia a la universidad consignadas respecto al total de ex alumnos observados se debe a que no se registra en el *Diccionario Biográfico de Chile* la información sobre la universidad en la que estudió Alfredo Concha Garmendía.

tantes en el extranjero –Fernando Santa Cruz Wilson fue representante en Europa de la Asociación de Salitre y Yodo de la Compañía de Salitres de Chile y Hernán Edwards Sutil fue delegado de Chile en la Primera Conferencia Mundial de Energía en Wembley–. Si nos limitamos ahora a observar únicamente a los egresados de la generación de 1910, podremos observar que, de los diecinueve alumnos que la componían, 3 fueron accionistas de la Bolsa de Comercio de Santiago entre 1893 y 1960¹⁴¹.

Sería absurdo creer que el acceso a los espacios de poder e influencia social por parte de estos ex alumnos del Colegio de los SS. CC. de Santiago se debió únicamente a las ventajas que les otorgaba su posición de élites. Sin duda alguna influyó enormemente en esto el convencimiento de ser capaces de liderar al país hacia un futuro mejor, estrechamente ligado con el catolicismo, uniéndose muchas veces este convencimiento a una activa participación política y una decidida actividad social. Así por ejemplo, cuando en 1913 se celebró la Primera Convención de la Juventud Conservadora –cuyo segundo artículo establecía que «toda persona que se inscriba para tomar parte en esta Convención, se entiende que acepta el programa del Partido Conservador, reconoce sus Estatutos y se somete a las autoridades del mismo partido»–¹⁴²– de los diecinueve ex alumnos egresados del establecimiento en 1910, diez asistieron a esta. No es menor tampoco que en el período comprendido entre el último cuarto del siglo XIX y el primero del siglo XX hayan estudiado en el Colegio de los SS. CC. nueve futuros obispos de la Iglesia Católica Chilena¹⁴³, sobre todo si consideramos que en toda su historia el Colegio de los SS. CC. de Santiago ha

¹⁴¹ Información obtenida en base a las mismas listas de alumnos ya señaladas y al cruce de éstas con la «Lista de Accionistas de la Bolsa de Comercio 1893-1960», consignada en Juan Ricardo Couyoumdjian, René Millar y Josefina Tocornal, *Historia de la Bolsa de Comercio de Santiago 1893-1993*, Santiago, Bolsa de Comercio de Santiago, 1992, 587-606.

¹⁴² *Primera convención de la Juventud Conservadora celebrada en Santiago, del 1º al 5 de enero de 1913*, Santiago, Imprenta La Ilustración, 1913, 12.

¹⁴³ Monseñor Carlos Silva Cotapos entre 1881 y 1884, Monseñor Jorge Larraín Cotapos entre 1893 y 1902, Monseñor Augusto Salinas Fuenzalida entre 1909 y 1917, Monseñor Ramón Munita Eyzaguirre entre 1912 y 1909, Monseñor Alberto Rencoret Donoso entre 1919 y 1924, Monseñor Francisco Valdés Subercaseaux entre 1919 y 1920, Monseñor Raúl Silva Silva entre 1919 y 1927, Monseñor Eladio Vicuña Aránguiz entre 1918 y 1925 y el Cardenal Juan Francisco Fresno Larraín entre 1922 y 1930. Véase al respecto Jaime Caicedo Escudero, *Un colegio comprometido con su Iglesia*, Santiago, Colegio de los Sagrados Corazones del Arzobispado de Santiago, 1995, 21-126.

entregado catorce obispos al país. Y es que, si acaso los jóvenes católicos creían ser quienes debían luchar por los intereses del catolicismo y de la Iglesia en pos de guiar y regir correctamente los destinos del país, sin duda este convencimiento no solo se quedaba en la teoría, sino que llevaba a muchos a ponerse en acción en pos de ser capaces de llevarlo a la práctica y concretarlo.

VI. ALGUNAS CONCLUSIONES

La secularización sin duda significó un proceso de no menor importancia al interior de la sociedad chilena, impactando sus estructuras principales e incluso uno de los elementos centrales de consenso existente entre las élites durante la primera mitad del siglo XIX. En ese sentido, se trata de un proceso imprescindible de comprender si se quieren entender los conflictos y la diversificación al interior del grupo dirigente decimonónico y, por ende, gran parte de los siglos XIX y XX chileno.

Pero la secularización no puede ser entendida netamente como un proceso de declive de la religiosidad. Muy por el contrario, los procesos de secularización habrían llevado a la religión a perder su papel central al interior de la vida social, pero no por ello su importancia ni su rol público. En ese sentido, consideramos que el destino de la religión en general y de las instituciones que la sostienen en particular no está predeterminado de antemano al entrar una sociedad al camino de la modernidad, sino que más bien depende de las acciones que tanto sus partidarios como sus detractores tomen, en un proceso de conflicto, negociaciones y resignificaciones que está lejos de ser simple o sencillo, ni mucho menos teleológico.

El estudio del Colegio de los SS. CC. de Santiago a fines del siglo XIX y principios del siglo XX nos permite observar, de forma más clara, algunas de las dimensiones que poseyó el proceso de secularización vivido en Chile desde mediados del siglo XIX. Lo primero que impacta es observar cómo el catolicismo fue capaz de desarrollar una cosmovisión católica al interior de sus establecimientos educacionales dirigidos a la élite, pero no cualquier cosmovisión, sino una que se veía a sí misma amenazada y en peligro. Esto permitía que la reproducción social que efectuaba un colegio como este en sus alumnos generara en ellos un verdadero sentimiento de adhesión a la causa católica, que los llevaba a luchar decididamente y a oponerse a sus enemigos a través de una serie de medios, como la prensa, la discusión política y religiosa o la acción social. El principal elemento

responsable de este logro no era otro que la creación de una comunidad escolar cristiana al interior del establecimiento, comunidad de características bien definidas y de la cual formaban parte tanto alumnos como profesores. Poseedora de un gran sentido de pertenencia con respecto a una comunidad mucho mayor, como era la de la Iglesia Católica universal, hacía propia además una suerte de «sentido de misión», en tanto se consideraba representante del grupo social destinado a regir los destinos de la nación de la mejor manera que conocían: la conservadora y católica. Consideramos que aquí estuvo la gran diferencia existente entre un establecimiento como el Colegio de los SS. CC. y otro como el Instituto Nacional; en la identidad que generaban. Probablemente por razones de mayor diversidad social del alumnado, así como por motivos propios del proceso de conformación del espacio escolar, el Instituto Nacional generaba una identidad institucional más bien individual, muy propia de la lógica ilustrada del ciudadano moderno. El alumno del Instituto Nacional se habría sentido enormemente ligado a su colegio y orgulloso de los elementos recibidos por este, pero la única relación de lealtad desarrollada con una comunidad mayor a partir del espacio escolar habría sido la establecida con su nación. En cambio, un alumno de los SS. CC., con el mismo cariño y orgullo respecto a la institución que lo había educado, habría desarrollado además una identidad corporativa, mucho más propia de una sociedad tradicional, aunque resignificada para resultar efectiva en una sociedad moderna, expresada en una lealtad respecto al catolicismo y a la Iglesia Católica en tanto institución. La diferencia entonces no estaría en que un grupo de jóvenes poseyera una identidad escolar y el otro no, sino más bien en que la identidad de los alumnos del Colegio de los SS. CC., en tanto católica, requería ser defendida de enemigos como el liberalismo y el secularismo, provocando así una reacción de grupo y corporativa. Estas acciones, en el Instituto Nacional, habrían sido probablemente, en condiciones similares, más bien individuales o efectuadas por grupos atomizados cuya identidad no se había construido necesariamente en base a la conformación de una comunidad escolar definida.

Esta diversificación de identidades entre jóvenes de élite no puede ser entendida si no es a través del análisis del proceso de secularización como una realidad propia de la construcción de Chile en tanto nación y de su trayecto, en pos de alcanzar la modernidad. Tampoco puede entenderse si no se comprende primero el papel activo que el catolicismo jugó en relación a este proceso, buscando resignificar, modificar o defender a ultranza algunos de sus elementos característicos, pero jamás encerrándose

sobre sí mismo y adoptando una actitud reaccionaria e inmovilista. En este sentido es que consideramos que aún es necesario comprender de mejor manera el rol, las acciones y posturas que el catolicismo tomó activamente en América durante los siglos XIX y XX, en la medida en que esto nos permitirá observar el papel no menor que tanto la religión como la institucionalidad católica poseyeron en los procesos de construcción de los estados-nación y en la búsqueda de la modernidad a lo largo de Latinoamérica.

Cabe señalar aquí que el estudio realizado ha sido principalmente un análisis de casos. En ese sentido, otros trabajos deberán extender nuestro campo de investigación en pos de complementar o refutar algunas de las constataciones realizadas para el caso del Colegio de los SS. CC. de Santiago, entendiendo que no se trata de una realidad absoluta que pueda extrapolarse a toda la juventud católica de élite de principios del siglo XX. Tenemos claro que queda mucho por hacer al respecto y que nuestro estudio no es más que un pequeñísimo aporte a la materia. Sin embargo, creemos importante destacar la importancia de realizar una historia educativa que no solo se enfoque en la institucionalidad de los sistemas escolares, pues esta, por centrarse a veces excesivamente en los decretos, los planes de estudio y los reglamentos, olvida que la experiencia educativa del alumno muchas veces escapa a estas dimensiones y se construye en base a una serie de espacios de sociabilidad propios de la escuela, pero que superan con creces el reducido espacio de la organización institucional y del aula. Dentro de la misma lógica, consideramos importante también, tanto respecto a la historia educativa como a la historia de la religiosidad, el intentar incorporar las voces de un actor histórico muchas veces silenciado por la historiografía, como es el caso de los adolescentes escolares. Cuando estos comienzan cada día a hacerse escuchar más en nuestras sociedades y cuando estudios más bien contemporáneos plantean, por ejemplo, que entre los 15 y los 16 años se ubicaría la fase de interiorización de la religiosidad entre los individuos¹⁴⁴, los adolescentes en tanto actores históricos aparecen como un objeto de estudio fundamental en un análisis como el que hemos presentado. Quizás así permitamos que nuestro mundo adulto empiece a escuchar más las voces de niños y jóvenes, sobre todo cuando muchas veces estas han sido acalladas por ellos mismos al

¹⁴⁴ Andrés Mauricio Bello Araya, *Ethos socio-cultural de la religiosidad de jóvenes de colegios católicos*, Tesis para optar al Doctorado en Ciencias de la Educación, Pontificia Universidad Católica de Chile, Santiago, 2002, 11.

crecer, olvidando que sus sueños, miedos y experiencias de juventud son parte fundamental de la persona que son hoy y de la sociedad a la cual dan vida día a día.

SEDUCCIONES DE ORIENTE. REPRESENTACIONES Y CULTURA MATERIAL ASIÁTICA EN CHILE. SANTIAGO Y CONCEPCIÓN A FINES DEL SIGLO XVIII¹

Patricia Palma M.

I. INTRODUCCIÓN

*Digan si es cierto que lo que unicamente traje a mi familia fueron unas varas de genero de seda, unos seis paños de manos ordinarios angostitos, leoncitos de losa, cinco camisas de manta labrada, una peimeta con peynes de madera, y alfiletero de plata de Filipinas (...)*².

EL FENÓMENO DE LA CIRCULACIÓN MATERIAL que trajo consigo el proceso de conquista americano es fundamental para comprender nuevos procesos y prácticas sociales, ya que, aunque podría sonar obvio, los objetos que adquirimos tienen una significación más allá de su mera utilidad y no pueden ser reducidos a su simple materialidad. Estos cumplen un papel fundamental en cada cultura, ya que los hombres los utilizan para crear, aprender y principalmente como una forma de mediación en sus relaciones e interacciones sociales³.

Muchas preguntas surgen a partir de la importancia de los objetos en el contexto colonial, ¿habrán funcionado como mediadores en las socie-

¹ Este artículo se inserta en el seminario de investigación «Explorando la cultura material en Chile colonial: Usos y representaciones» impartido por Jaime Valenzuela. A quien le agradezco sus útiles comentarios, así como también a William San Martín por sus constantes aportes, una lectura crítica y el incentivo a no dejar el tema por difícil que fuera descubrir las fuentes.

² Archivo Nacional Fondo «Capitanía General (en adelante AN CG)», «Sobre la arribada del buque *Filipino* a Talcahuano, complicidad en un contrabando del administrador Juan Agustín Fernández», 1801, Vol. 372, fj.75 vta. - 76.

³ Ann Smart Martin, «Material Things and Cultural Meanings: Notes on the Study of Early American Material Culture», en *The William and Mary Quarterly*, 3rd Ser., 53:1, Virginia, Jan. 1996, 5 (traducción nuestra).

dades?, ¿qué relación tenían los sujetos coloniales con dichos artefactos?, ¿a qué se debió la mayor o menor valoración de un objeto? Sin embargo en esta investigación quisiéramos hacernos una pregunta que muy pocos historiadores se han hecho: ¿qué significaron los artefactos provenientes de lugares desconocidos? ¿Cuál fue su importancia en el proceso de conocimiento mutuo?

Para ello nos adentraremos a la materialidad oriental existente en Chile a fines del período colonial y de las necesidades materiales de productos de Oriente presente en los discursos de la época⁴. Queremos captar la importancia de los objetos más allá de su valor intrínseco, como signos portadores de la cultura, en este caso oriental, y fundamental en la representación del sudeste asiático⁵.

Esta investigación intenta captar la representación de oriente, a partir de la llegada del primer buque proveniente de Oriente que tuvo un contacto directo con Chile, en un contexto donde el comercio con dicha región estaba reservado solo para la capital del virreinato peruano. La fragata Francisco Xavier, de la Compañía de Filipinas, creemos que sustentó las ideas que permitieron justificar los dos proyectos de intercambio de bienes materiales y artefactos de comerciantes chilenos con Filipinas a fines del siglo XVIII, y actuó como mediador cultural entre Oriente y Chile, en la medida en que significó el arribo de bienes y noticias y fomentó intentos de comercialización.

Para ello analizaremos el caso de don José Urrutia y Mendiburu, vecino de la ciudad de Concepción –y uno de los hombres más ricos de Chile–, el cual intentará a fines del período colonial abrir comercio con Filipinas intercambiando «frutos de esa ciudad», y el caso de don Manuel Undurraga del comercio de la ciudad de Santiago, quien intenta satisfacer las demandas de la Compañía de Filipinas de pieles finas⁶, vinculadas a bienes simbólicamente relacionados con el lujo.

Sin embargo debemos aclarar que cuando nos referimos al comercio con Filipinas no solo hablamos de un intercambio con los productos co-

⁴ Se entenderá como Oriente el mundo difuso para la época que significaba extremo Oriente (principalmente China, Japón y Macao).

⁵ Entendemos el concepto *representación*, a partir de su formulación por Roger Chartier, para hacer referencia a los sistemas de percepción y de juicio que los individuos singulares o las *comunidades de interpretación* significan y construyen del mundo social. Roger Chartier, *El mundo como representación. Estudios sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa, 1992.

⁶ AN CG, Vol. 751, 'Sobre pieles de nutria', f.159 y ss.

merciales de dicha isla, sino más bien con la cultura material oriental, ya que «las Filipinas [...] mantenía un activo comercio con China y el sudeste asiático, desde donde se importaban alimentos, manufacturas diversas y algunos objetos suntuarios para los señores de las islas»⁷. Como veremos a nivel de las representaciones mentales, se prioriza una imagen y no «retratos» naturales, englobando Oriente en un todo, sea este Filipinas o China.

Dicho afán de comercio directo creemos nos permitirá comprender la alta valoración de la materialidad oriental, para intentar captar las motivaciones (más allá del claro beneficio económico) que llevaron a chilenos a establecer un contacto comercial con el mundo asiático, qué tipo de intercambio material trajo consigo y cuál fue el peso simbólico de los artefactos importados y adquiridos.

Consideramos importante el intento de comercio directo con Oriente, porque los términos de los intercambios nos permiten comprender las necesidades de determinadas sociedades y el nivel de conocimiento que tiene hacia otras, para poder solicitar ciertos bienes fundamentales que anhelan y no poseen, y porque creemos que dichos proyectos comerciales son una ventana para comprender tanto la cultura material como la representación del mundo asiático. Ya que, al ser un comercio no mediatizado por agentes peruanos o mexicanos, suponemos que los objetos de intercambio corresponderían más a las necesidades y «discursos de lo necesario» existentes en Chile a fines del período colonial.

De esta forma veremos que, mediante la circulación y globalización de muchos productos, los sujetos coloniales pudieron crear una imagen mental y otorgarle una serie de características a culturas lejanas a partir de su materialidad. Es por ello que no debe extrañarnos que en las fuentes cualquier elemento suntuario se ligue *con la China* («seda de la China», «porcelana de la China», etc.), aunque muchos de estos productos vinieran de Manila, Laos u otra región. Esto pareciera estar ligado con una «orientalización» de dicha región, entendiéndola desde el punto de vista de Said, «como una manera habitual de tratar cuestiones, objetos, cualidades y regiones supuestamente orientales; se considera entonces que

⁷ Ramiro Flores, «El secreto encanto de Oriente. Comerciantes peruanos en la ruta transpacífica (1590-1610)», en Scarlett O'Phelan Godoy y Carmen Salazar-Soler (editoras), *Passeurs, mediadores culturales y agentes de la primera globalización en el mundo ibérico, siglos XVI-XIX*, Lima, Institut français d'études andines. IFEA - Pontificia Universidad Católica del Perú. PUCP, Instituto Riva-Agüero, 2005, 381.

esta palabra, o frase, ha adquirido una cierta realidad, o simplemente es la realidad»⁸.

En cuanto a las fuentes que nos permitan analizar la cultura material y la representación de Oriente, estas son reducidas. El primer contacto directo entre Chile y Oriente bien documentado en nuestros archivo estará articulado en función de la figura del buque *Filipino*. Para la selección de un cuerpo documental que ponga de manifiesto dicha problemática, hemos revisado una serie de fondos, tanto en el Archivo histórico de Chile –Fondo antiguo, Fondo Varios, Fondo Capitanía General y Real Audiencia–, como en la Biblioteca Americana José Toribio Medina, sección Manuscritos.

A partir de aquella revisión documental, el estudio se basa en un conjunto de ocho casos de relaciones y ordenanzas relativas a Asia para la sociedad chilena, desde 1714 a 1803⁹, tres de los cuales (excluyendo legislación) creemos que son representativos de la relación que se tejió entre Chile y Oriente¹⁰. De estos tres, creemos, resulta un perfil constan-

⁸ Edward W. Said, *Orientalismo*, Barcelona, Debate, 2002, 109. Si bien el concepto ha sido expresado a partir de la empresa francesa y británica en los siglos XIX y XX, consideramos que muchas de las definiciones pueden ser aplicadas a la relación entre Oriente y occidente hispano. La apropiación y la colonización a partir de conocimiento, desde una perspectiva similar a la del orientalismo propuesta por Said, aunque posterior y más directamente postcolonial, es posible encontrarla en los trabajos de Walter Mignolo, *Historias locales/diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo*, Akal, Princeton University Press, 2000; y *The darker side o the Renaissance. Literacy, Territoriality and Colonization*, Ann Arbor, University of Michigan, 1995.

⁹ AN CG, Vol. 751, «Solicitud de don Manuel Undurraga del comercio de esa ciudad para que se le permita formar una compañía destinada a la casa de lovos en las Islas de Juan Fernández y demás costas de este Reyno, y comerciar sus pieles en la China», f. 159; Vol.721, «Real cédula sobre que se avise la forma en que se observa la prohibición del comercio de ropas de China en este reino», 1717, Diciembre 23, f. 155-155 v.; Vol. 720, «Real cédula en respuesta de la carta de 18 de noviembre de 1711, sobre evitar la introducción de ropas de China en este reino, i diciendo se cumpla lo que en este punto se ha mandado» 1714, abril 20, f. 329-330; Vol. 613, «El Conde de San Isidro, apoderado de la Compañía de Filipinas, en solicitud de pieles de nutria u otros anfibios», 1792, f. 203- 207 vta; Vol. 373, «Sobre proveer víveres a la fragata de S. M Maria que arribó a Talcahuano en viaje del Asia», 1796, fj. 74-96 vta.; Vol. 372, «Sobre la arribada del buque *Filipino* a Talcahuano, complicidad en un contrabando del administrador Juan Agustín Fernández»; Vol. 195, «José Veliz, sobre que se le permita internar a cuyo cierta cantidad de hilo de seda», 1803, f. 8.

¹⁰ AN CG, Vol.751, «Solicitud de don Manuel Undurraga...», *op. cit.*; Vol. 613, «El Conde de San Isidro, apoderado de la Compañía de Filipinas...»,

te. En primer lugar, los tres casos se articulan en torno a la información proveniente del primer navío de la Compañía de Filipinas¹¹; en segundo lugar, a partir de este diálogo, y de los objetos que allí circulan, se crean «imágenes» tanto de un *Oriente* opulento, como de una América (y Chile) que pareciera ser más bien exótica, en cuanto al tipo de materialidad que esperan los filipinos encontrar. Por lo tanto creemos que en dichos casos de estudio se pone en evidencia la representación de Oriente que justifica los proyectos comerciales directos que hasta ese momento habían estado vedados; en tercer lugar, los casos tienen como eje los «objetos», signos portadores de la cultura material oriental.

Por otro lado, haremos referencias a fuentes de manera indirecta. Los trabajos historiográficos, principalmente para los casos de Lima como México que están más documentados, son de gran ayuda para comprender la dinámica en el caso chileno, referencias del *Mercurio Peruano*, del «judío portugués» y de tantos otros relatos de la sociedad barroca del siglo XVIII.

Entenderemos el concepto de cultura material a partir de la antropología, que ha sido la disciplina que más ha teorizado sobre el tema. En conceptos antropológicos la cultura material consiste, en breve, en estudiar la relación entre cosas (artefactos), las relaciones sociales en las que se producen, sus niveles de significación y los fines a los cuales son dedicadas. En este sentido, explora los lazos existentes entre la construcción de realidad social y la producción y uso de cultura material¹², a la vez que plantea que los objetos «han funcionado a lo largo del tiempo y en muchas sociedades como elementos de diferenciación social o de sociabilización entre los individuos mediante la carga simbólica agregada a cada uno

op. cit., 1792; Vol. 372, «Sobre la arribada del buque *Filipino* a Talcahuano...», *op. cit.*

¹¹ La Real Compañía fue creada con el propósito del desarrollo de los recursos del archipiélago y sus beneficios se emplearían en 'fomento' –expresiva palabra española– de nuevos cultivos, tales como especias, manufacturas textiles y otros bienes (William Lytle Schurtz, *El galeón de Manila*, Madrid, Eds. de Cultura Hispánica, 1992. 344.) y fue creada por un lapsus de 25 años. Para profundizar en el tema ver: Ramiro Flores, «Iniciativa privada o intervencionismo estatal: el caso de la Real Compañía de Filipinas en el Perú», en Scarlett O'Phelan (comp), *El Perú en el siglo XVIII. La era borbónica*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú PUCP, Instituto Riva-Agüero, 1999.

¹² Cristóbal Gnecco, «Programa Cátedra de doctorado: Antropología de la cultura material» <www.soc.unicen.edu.ar/doctorado/curso_antropologia_de_la_cultura_material.doc>.

de esos objetos. Los artefactos pueden tener un papel utilitario, mas tienen también una función ideológica relacionada con la organización social»¹³.

En una sociedad de consumo, la significación de los objetos, más allá de su materialidad, puede verse claramente, ya que estos, al ser reemplazables y estar en constante desuso, sugieren que están sujetos a las apreciaciones culturales y sociales que son propias de determinado espacio y tiempo, las cuales les dan forma y sentido más allá de su simple función utilitaria¹⁴.

Sin embargo, pese a que la antropología puede sernos muy útil desde una perspectiva teórica para comprender la importancia de los objetos, sus definiciones han sido planteadas principalmente para las sociedades consumistas del siglo XX, por lo que muchos de estos conceptos deben ser tratados con sumo cuidado para el mundo colonial, ya que el término «consumo» implica un concepto moderno, diferenciándose de

¹³ Steven Lubar y David Kingery, *History from things: Essays on Material Culture*, Washington, Smithsonian Institution Press, 199. Citado por Sandra Nogueira, «Cultura material - a emoção e o prazer de criar, sentir e entender os objectos», en http://www.naya.org.ar/congreso2002/ponencias/sandra_nogueira.htm (traducción nuestra).

¹⁴ Jean Baudrillard, *El sistema de los objetos*, México, Siglo Veintiuno Editores, 1969, «Introducción». Si bien esta dinámica corresponde a una sociedad de consumo moderna, más que a la que se intenta indagar en este trabajo, creemos que es representativo de lo que se entiende por «cultura material» a partir de perspectivas antropológicas contemporáneas. A su vez que la «circulación» y al «resignificación» de los objetos nos parecen temas clave en el estudio aquí propuesto, en un contexto en que, como ha señalado Gruzinski, nos encontramos en los inicios ibéricos de la modernidad. Para Gruzinski, aquella occidentalización o mundialización desatada desde el siglo XVI conlleva, desde Sloterdijk, la modernidad. Los efectos de aceleración y la movilización generalizada («una expansión continua de la dominación militar, política y económica, una sucesión ininterrumpida de descubrimientos y hallazgos, una acumulación de nuevos saberes e información de todo tipo y origen, puesta en la circulación de objetos, mercancías, creencias e ideas») implican una circulación a escala planetaria, pero a la vez, el traslado de aquella movilidad a todos los sectores de la actividad humana (Serge Gruzinski, «Passeurs y elites 'católicas' en las Cuatro partes del mundo. Los inicios ibéricos de la mundialización (1580-1640)», en O'Phelan y Salazar-Soler, *op.cit.* 14). Sobre la modernidad, el autor se remite al texto de Peter Sloterdijk, *La mobilisation infinie*, París, Christian Bourgois, 1989. En el mismo sentido, en *El pensamiento mestizo*, el autor afirmaba «la modernidad estaba dando a luz unos destructores fatídicos de la noción de distancia» (Serge Gruzinski, *El pensamiento mestizo*, Barcelona, Paidós, 2000, 14).

una época en la que entre buena parte de la población, solo el alimento se consumía efectivamente en un plazo breve. Se compraba la tela, se confeccionaba la ropa y no regresaba a los circuitos de transferencia, y en tal sentido puede decirse que se ‘consumía’, pero su destino no era tan solo el uso, y su función no se limitaba a la utilidad práctica inmediata¹⁵.

La «cultura material» en la época colonial americana presenta características propias, ligadas con el proceso de mundialización que generó la monarquía católica desde fines del siglo XVI y las circulaciones «planetarias» desencadenadas por los ibéricos, que produjeron una

generalización de mestizajes vinculada con una circulación de cuerpos, prácticas, saberes e imaginarios que no dejaron de provocar enfrentamientos con otros sistemas de pensamiento, con modelos de vida diferentes, con memorias distintas y con presentes que parecían irreductibles al presente europeo¹⁶.

En estas representaciones y mestizajes que comenzaron a circular por las «cuatro partes del mundo»¹⁷, es crucial contemplar la dimensión material de los «contactos». Una serie de artefactos y objetos materiales actuaron como mediadores culturales o *passieurs*, correlatos ineludibles y causantes a su vez de la aceleración de los mestizajes y de la construcción de representaciones sobre las «otras partes del mundo»; los objetos desde esta perspectiva, son agentes que «negociaron» entre dos (o más) mundos.

Por lo tanto, este fenómeno de circulación material es fundamental para comprender la significancia cultural de los objetos, la valoración que le da, tanto la sociedad a la cual pertenece un objeto, como la sociedad receptora, la cual muchas veces le otorga un nuevo significado¹⁸.

¹⁵ Pilar Gonzalbo Aizpuru, «Del decoro a la ostentación: los límites del lujo en la ciudad de México en el siglo XVIII», en *Colonial Latin American Review* 16:1, New Mexico, 2007, 5.

¹⁶ O’Phelan y Salazar-Soler, *op. cit.*, 15.

¹⁷ Gruzinski, «Passeurs y elites ‘católicas’...», *op. cit.*

¹⁸ John and Jean Comaroff, *Ethnography and the historical imagination*, Boulder (Colorado), Westview Press, 1992, 127 (traducción nuestra). Ver además Arnold J. Bauer, «Introduction of Special issue on material culture», en *The Americas* 60: 3, Washington, January 2004, quien presenta el tema a través de la historiografía, y Daniel Miller, *Material Culture and Mass Consumption*. Oxford, Blackwell, 1987. Este es uno de los trabajos fundamentales para adentrarse al mundo de la cultura material, a partir de la antropología. Para el caso de Lima virreinal, ver el estudio de Oswaldo Holguín Callo, «Literatura y cultura material: el mobiliario doméstico en Lima (1840-1870)»,

Esto, a nuestro juicio, generó en las sociedades de Chile (y América en general) un proceso de resignificación (en cuanto a su sentido en el contexto original) de objetos exógenos, ya que, al no contar con suficientes «medios de comunicación» para conocer y tener suficiente información de usos y funcionalidades de los objetos, le fue imposible lograr una visión más profunda de ciertas áreas geográficas y sus formas de vida cultural y material, terminando muchas veces por crear una imagen de los lugares de donde proveían, a partir de los diferentes canales de información y medios por los cuales llegaban a sus manos. La información fragmentada, tardía y por canales informales (muchas veces simples rumores que circulaban) será una de las características que terminará por convertir en realidad cualquier tipo de información que llegara a Chile de cualquier región de «las cuatro partes del mundo».

La materialidad para los sujetos coloniales, al tener una importancia social, tiene como correlato una identidad que estuvo fuertemente ligada a los bienes que se poseían¹⁹, o más específicamente a lo que se decía tener, a lo que se ostentaba. Creemos que los objetos orientales anhelados por los chilenos a fines del periodo colonial se relacionan con la dimensión simbólica de lo material, con esa «veracidad» de la situación material, tanto de Oriente como de Chile, presente en los casos documentales. La apariencia es protagonista del modo de actuar en sociedad, situaciones materiales que no siempre corresponden a la realidad, ni tienen que estar relacionadas con la «verdad», sino con lo que es discursivamente verdadero, que termina transformándose en «lo real».

Por lo tanto, en la sociedad barroca chilena de fines del XVIII, la ostentación se liga a lo material, con las apariencia y bajo la dinámica colonial de «como te ven te tratan»²⁰, presente tanto en el espacio temporal que aquí estudiamos como en nuestros días.

en Scarlett O'Phelan Godoy *et al.* (coord), *Familia y vida cotidiana en América Latina, Siglos XVIII-XIX*, Lima, Pontificia Universidad Católica del Perú, 2003; y para el caso de Chile Javiera Ruiz Valdés, *Cultura material y sociedad colonial. Un estudio desde documentos notariales, Santiago, 1690-1750*, Tesis para optar al grado de Magister en Historia, Universidad de Chile, Santiago, 2005, disponible en www.cybertesis.cl/tesis/uchile/2005/ruiz_j/html/index-frames.html, la cual hace una importante descripción de fuentes notariales.

¹⁹ Arnold J. Bauer, *Somos lo que compramos: historia de la cultura material en América Latina*, México, Taurus, 2002, «Introducción».

²⁰ Gonzalbo, *op. cit.*, 5.

Este tema de la cultura material en Chile (y América) colonial, y esta aproximación al mundo asiático, es de por sí inédita y trae por eso mismo ciertas dificultades: escasas son las fuentes que nos permiten de manera efectiva llevar a cabo este tipo de análisis y difícil encontrar trabajos historiográficos que puedan complementar el análisis. En cambio, como plantea Frédérique Langué, numerosas son las oportunidades de deslizarse en diferentes temas, muchas veces por la vía de un anacronismo, ya no procurando explicitar el presente partiendo del pasado, sino lo contrario²¹, estableciendo los contrastes antropológicos y de representación a partir de un contexto contemporáneo.

Los antecedentes bibliográficos en torno al tema de los contactos coloniales americanos con Asia han apuntado hacia lo económico, poniendo el acento en el comercio que se establece a partir del denominado *Galeón de Manila*, con México y Perú. Cantidades, contrabando y reglamentaciones en torno a dicho comercio tiene como mayores exponentes a Lourdes Díaz-Trechuelo y William Lytle Schurtz²².

Por otro lado, los estudios se han enfocado en la situación política de Filipinas, ya que al ser una colonia de la corona española en Oriente tan alejada, fue necesario crear muchas veces una legislación especial, en la que algunos historiadores han buscado los puntos de comparación con América.

²¹ Frédérique Langué, «De la munificencia a la ostentación», en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, <http://nuevomundo.revues.org/document642.html>

²² Ver los artículos de Lourdes Díaz-Trechuelo, «El comercio de Filipinas durante la segunda mitad del siglo XVIII», en *Revista de Indias* 93-94, Madrid, 1963, 468-485 y «Filipinas en la recopilación de las Leyes de Indias», *Justicia, Sociedad y Economía en la América Española, siglos XVI al XVIII: trabajos del VI Congreso del Instituto Internacional de Historia de Derecho Indiano*, Valladolid, Casa-Museo Colón, 1983, 409-455; los de Lytle Schurtz, *El galeón de Manila, op. cit.*, «Mexico, Peru, and the Manila Galleon», en *The Hispanic American Historical Review* 1:4, Durham, Nov. 1918, 389-402 y «The Royal Philippine Company», en *The Hispanic American Historical Review* 3:4, Nov. 1920, 491-508; y el de Ovidio García, «Manila, Acapulco y Cádiz: una concepción del comercio español con Oriente en el siglo XVIII», en *Cuadernos Hispanoamericanos* 409, Madrid, 1984, 5-34. El aporte significativo de estos trabajos radica en presentarnos fuentes transcritas para estudiar el comercio directo de América con Asia, las que son escasas en los archivos locales, debido a que la mayoría están custodiadas en el Archivo de Indias, al cual, si bien ha avanzado en digitalizar muchos de sus fondos documentales, aún no es posible acceder al total de la información ahí custodiada y por lo tanto hacer seguimiento a los casos que aquí se citarán.

Las nuevas perspectivas historiográficas, como la de Serge Gruzinski, ayudan a comprender la significancia del proceso de mestizaje, la occidentalización y la globalización que se dio también en términos materiales²³.

Los *passeurs* o mediadores culturales presentes en la ruta comercial con Asia –como creemos que se comportó la fragata San Francisco Xavier– han sido descritos por Ramiro Flores en «El secreto encanto de Oriente. Comerciantes peruanos en la ruta transpacífica (1590-1610)»²⁴, trabajo donde se pone más énfasis en estos sujetos que transitan y circulan, que en los mismos productos ya descritos en tantos otros trabajos. De igual forma Carmen Bernand y Serge Gruzinski, en *Historia del nuevo mundo: Los mestizajes (1150-1640)*²⁵, son quienes hacen presente la diversidad cultural de oriente que llega a América, muchas veces produciendo mestizajes culturales «que desencadenan búsqueda de analogías, la convicción [...] de una diversidad resultante que enriquece el patrimonio cultural, en lugar de empobrecerlo»²⁶.

Por otro lado, encontramos una serie de investigaciones que corresponden más bien a historias regionales de América con el mundo asiático. Entre dichos trabajos destacamos el de Andrés del Castillo, quien establece las relaciones entre México y Filipinas durante el movimiento de independencia de México²⁷, y Fernando Iwasaki en su libro *Extremo oriente y Perú en el siglo XVI*, el cual se ha transformado en uno de los trabajos más citados, debido a la importancia de sus fuentes y documentos transcritos en él.

Si bien para el caso chileno no existe un número importante de trabajos en torno al tema, y los existentes fueron escritos hace más de 60 años, debemos destacar trabajos como el de Fernando Márquez de la Plata, «Los trajes en Chile durante los siglos XVI, XVII y XVIII», publicado en 1934, el cual, al trabajar sistemáticamente un número importante de

²³ Serge Gruzinski, «El historiador frente a los desafíos de la globalización». Conferencia dictada en Biblioteca Nacional del Perú (BNP) 8 Noviembre 2007, disponible en www.bnp.com.pe

²⁴ Flores, «El secreto...», *op. cit.*

²⁵ Carmen Bernand y Serge Gruzinski, *Historia del nuevo mundo: Los mestizajes (1150-1640)*, México, Fondo de Cultura Económica, 1999.

²⁶ *Ibid.*, 622.

²⁷ Andrés del Castillo, «El Fuerte de San Diego, el Galeón de Manila y los insurgentes de Morelos: Acapulco 1810-1821. Las relaciones México-Filipinas durante el movimiento de independencia de México», *XI Congreso Internacional de ALADAA*. México, UNAM, Colegio de México, disponible en www.ceaa.colmex.mx/aladaa/imagenesmemoria/andresdelcastillo.pdf.

fuentes, nos presenta testamentos y donaciones donde los trajes con telas orientales cobran protagonismo incluso desde el siglo XVI²⁸.

De igual forma la conferencia de Eugenio Pereira Salas a su ingreso a la Academia Chilena de la Historia en 1948, denominada «Las primeras relaciones comerciales entre Chile y Oriente», fue la puerta de entrada a nuestro tema, aunque las fuentes utilizadas no tienen referencias claras (por ser una conferencia transcrita) e incluso alguna de ellas fue imposible de ubicar en los fondos mencionados por el historiador²⁹.

Sin embargo, intentamos en esta investigación seguir la tendencia de los últimos años en relación al contacto de América con el mundo asiático; complejizar el análisis más allá de las perspectivas económicas y políticas con las que se ha tratado por la historiografía el tráfico mercantil de América con Filipinas; y apoyarnos en investigaciones que ponen el acento en los mestizajes, en las circulaciones materiales y de ideas y de *lo oriental*.

II. REALIDAD DE ORIENTE: PRIMEROS CONTACTOS Y REPRESENTACIONES

*Ya dije que nuestro Reino producirá quanto necesitan para su subsistencia las Islas Filipinas sin que quasi necesiten de otra parte pues todo lo tenemos y en mucha abundancia en nuestro Chile*³⁰.

1. Comercio a partir del Galeón de Manila

Pareciera, en palabras de don José Urrutia y Mendiburu, que los habitantes de Chile estaban al tanto de todas las necesidades de una provincia tan lejana como era Filipinas, a pesar de que nunca hubieran tenido contacto directo con ella. Si bien esto nos parece extraño, la «imagería de Oriente» y su representación estaba presente en la mayoría de los sujetos coloniales. Su «conocimiento» de las necesidades materiales de Filipi-

²⁸ Fernando Márquez de la Plata, «Los trajes en Chile durante los siglos XVI, XVII y XVIII», *Boletín de la Academia Chilena de la Historia* 3, Santiago, primer semestre de 1934.

²⁹ Eugenio Pereira Salas, «Las primeras relaciones comerciales entre Chile y Oriente», *Boletín Academia Chilena de la Historia* 39, Santiago, segundo semestre de 1948.

³⁰ A.N. Fondo «Antiguo» (en adelante AN FA), «Expediente formado a instancia de don José Urrutia y Mendiburu vecino y del comercio de la ciudad de la Concepción sobre abrir comercio para las filipinas de los frutos desta ciudad y el retorno en efectos de Asia», 1800, vol. 19, pieza 5, fj. 161 vta.

nas y de los productos que esta podía brindar para solucionar problemas locales eran los argumentos que se utilizaban para justificar el comercio con dicha provincia tan lejana.

Sin embargo este intento de comercialización directa que se trató de llevar a cabo entre Chile y el mundo asiático, a fines del mundo colonial, no puede ser comprendido de manera aislada, ya que solo percibiéndolo como una fase dentro de la inserción de Oriente en América, podríamos comprender por qué los sujetos de dicha época concibieron los productos traídos de las Filipinas como aquellos que podrían lograr satisfacer sus necesidades.

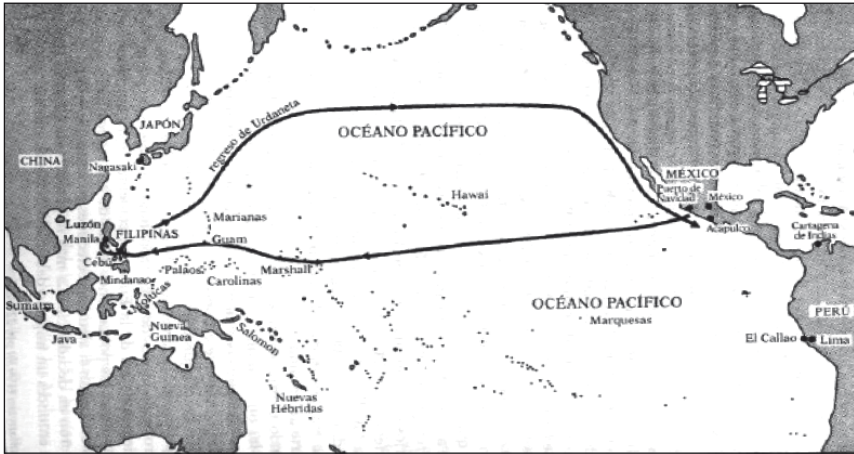
Es por ello que es necesario comprender partes fundamentales de este proceso que comenzó muchos siglos antes, primero en cuanto a las representaciones de Oriente tenidas en Europa que emigraron con los conquistadores, y luego de manera concreta, a través del denominado *Galeón de Manila*, el cual permitió introducir mercaderías orientales a todo el continente a partir de puertos mexicanos.

La adquisición de bienes orientales se dio producto de la circulación de artefactos que llegaban desde Manila hasta Acapulco, el puerto habilitado para recibir dichas mercaderías, las cuales debían ser embarcadas hasta España para luego retornar a América, dentro de la lógica del monopolio hispano. La circulación y el comercio ilegal permitieron que una serie de productos llegaran al virreinato peruano y a la capitanía chilena, ya que estaba prohibido para el resto de las provincias comercializar directamente con Filipinas, pese al beneficio que le significaba a los españoles y naturales de dichas tierras. Aunque los habitantes de Filipinas habían conseguido que la Corona autorizara en 1579 el comercio directo del archipiélago con Nueva España, Guatemala, Tierra Firme y el Perú, tales ordenanzas despertaron la protesta de la comunidad mercantil de Sevilla, que presionó al gobierno para cortar este tráfico. La sujeción tuvo éxito, y el 11 de junio de 1582 la Corona dictó una real cédula por la que se prohibió la navegación directa entre las Filipinas y el Perú³¹.

³¹ Flores, «El secreto encanto... », *op. cit.*, 381.

IMAGEN I

RUTA QUE SEGUIRÍA EL GALEÓN DE MANILA DESDE EL PUERTO DE ACAPULCO RUMBO A FILIPINAS, DURANTE MÁS DE DOS SIGLOS Y MEDIO, EN UN VIAJE QUE DURABA MÁS DE 60 DÍAS³²



A partir de entonces la corona española solo autorizó el comercio a partir del *Galeón de Manila* con México, para la sociedad local y los barcos españoles que iban a abastecerse al virreinato de Nueva España. Sin embargo, estos objetos se repartieron por todo el continente y principalmente hacia Lima, el otro virreinato que contaba con una élite que se había enriquecido desde el siglo XVI, producto de la minería y posteriormente del comercio y la hacienda:

De las mercaderías que vienen a México cada dos años de la China [señala un observador] se llevan al Perú grandes partidas de tafetanes y gorboranos enrollados y otros de librete, damascos ordinarios y damascos mandarines, que los mandarines son los señores de vasallos de la China, y estos damascos les pagan sus vasallos de tributo y otras sedas [...] Lima es ciudad rica y regalada, la mejor ciudad de la América, abastecida de cuantas mercaderías se benefician y labran debajo del cielo³³.

³² Bernard y Gruzinski, *op. cit.*, 482.

³³ Pedro de León Portocarrero (El judío portugués), *Descripción de Lima*, citado por Fernando Iwasaki Cauti, *Extremo oriente y Perú en el siglo XVI*, Madrid, Mapfre 1992, 30.

A esta circulación material hay que agregar la poca documentada llegada de asiáticos que se asentaron en la capital virreinal desde el siglo XVII. El censo realizado el año de 1613 por escribano de su Majestad don Miguel de Contreras arrojó como resultado que la población no solo estaba compuesta por indios, mestizos y españoles, sino también por más de 100 orientales, de las provincias de China, Filipinas, Japón y colonias portuguesas³⁴.

La llegada de estos migrantes, pero fundamentalmente las toneladas de bienes provenientes de Oriente, significó para las provincias del Imperio Español acceder a productos de importancia y que escaseaban. Las sedas y los textiles eran muy apreciados en América, sedas en diferentes grados de elaboración, prendas de vestir, hilo de plata, los muchos miles de pares de medias de seda, capas, túnicas y quimonos y en las arcas del galeón iban tapices y colchas, pañuelos, manteles, servilletas y ricas vestimentas para el servicio de las iglesias y conventos, desde Sonora hasta Chile³⁵.

Por lo tanto, Manila se transformó en un centro comercial de gran importancia para el Imperio Español. Gemelli Carrera –el gran viajero italiano que pasó por Filipinas a inicios del siglo XVII– ratificó este juicio al afirmar que «el Creador de la Naturaleza puso a Manila de tal manera entre los opulentos Reinos del Oriente y Occidente que puede considerarse como uno de los grandes centros comerciales del Universo»³⁶.

Dichos productos se transformaron en esenciales para las sociedades más acaudaladas, por lo que muchos conquistadores hicieron esfuerzos y sacrificios por trasladarse desde Hispanoamérica hasta Oriente para buscar fortuna; y los productos chinos de pequeño tamaño y ligero peso les proporcionaban ingentes ganancias si lograban enviarlos a América.³⁷

Al ser de tanta importancia el comercio con Oriente, se entiende que las prohibiciones nunca tuvieron real éxito. Los mercaderes peruanos, y americanos en general, pronto encontraron la forma de evadir la prohibición, a través del intercambio comercial con Nueva España³⁸.

³⁴ Ver también nuestro texto anterior, Patricia Palma M., «Primeras migraciones japonesas al virreinato del Perú», en *Seda. Revista de estudios asiáticos* 17, julio/agosto 2008, <http://www.revistaseda.com.ar/>

³⁵ Lytle Schurtz, *op. cit.*, 68.

³⁶ Flores, «El secreto...», *op. cit.*, 380.

³⁷ Diego Lin Chou, *Chile y China. Inmigración y relaciones bilaterales (1845-1970)*, Santiago, Centro de Investigación Barros Arana, 2004, 48.

³⁸ Flores, «El secreto...», *op. cit.*, 381.

En el caso de Chile las ordenanzas de prohibición también existieron. Así, en 1714 se establecía al «governador y Capitan general del Reyno de Chile y presidente de mi Audiencia [...] pusiesen todos los medios posible a que no se comerciaren en ese Reyno ropas de la China [...]»³⁹. Sin embargo, tres años después se dicta otra para asegurarse de que la anterior se estuviera llevando a cabo.⁴⁰

No obstante, la prohibición no tenía real efecto, por un lado la circulación y adquisición de dichos productos hizo que fueran comunes en Chile y otras provincias del Imperio Español. Así lo ejemplifica el testamento de Francisca de Prado, chilena, quien declara poseer:

«Una pieza de Raso de la china berde a flores entera [...] Otra pieza de rasso de la china blanco pura entera [...] Nuebe baras y media de rasso de la china alila [?] y carmesi [...] Un sillón de mujer nuevo de felpa de la china [...] Fundas de tafetán y saya⁴¹ con bordados de oro [...]»⁴².

Por otro lado, los problemas de contrabando y cédulas reales incumplidas permitieron que otros países europeos comercializaran con la colonia española de Filipinas, provocando la ira y protesta de muchos mercaderes chilenos, que se escudaban en el discurso del «perjuicio» a los intereses de la Corona. Así lo expresa Manuel Undurraga: «es cierto que los extranjeros estan aprovechandose de este ramo de comercio, ocupando nuestras islas principalmente la de mas afuera con infraccion de los derechos de Nuestros Soberanos, y no poca introduccion del contrabando en esta Mar del Sur»⁴³. Aunque, más que una preocupación por la

³⁹ AN CG, «Real cédula en respuesta de la carta de 18 de noviembre de 1711, sobre evitar la introducción de ropas de China en este reino, i diciendo se cumpla lo que en este punto se ha mandado», 20 abril 1714, Vol. 720, f. 329.

⁴⁰ ANCG, «Real cédula sobre que se avise la forma en que se observa la prohibición del comercio de ropas de China en este reino», 1717, Vol. 721, Foj. 155, 155v.

⁴¹ 'Falda', según la Real Academia Española.

⁴² AN Fondo «Escribanos de Santiago», Vol. 419, Fs. 2 a 7vta. A estos productos se le agregan «Vynete y tres libras de chocolate de la china [...] una fuente grande de loza de la china [...] Un mate de madera de la China con su pie. [...] Un frasco de loza de la china [...] Una chupa de rasso dela China con sus flecos de platta y votones bien tratada [...] Una ropilla y calsones de damasco neon [...] Un armador de Rasi de la China forrado [...] Cuatro polleras de la china [...] Otra sobrecama de la china».

⁴³ Biblioteca Americana José Toribio Medina, Fondo «Manuscritos». «El presidente de Chile da cuenta el 11 de febrero de 1803 de una solicitud de don Manuel María Undurraga para que se le autorice para la caza de lobos marinos y acopio de pieles», Tomo 216, Fj 23.

Corona, vemos una queja ante la «injusticia» que para dichos mercaderes significaba que otras potencias estuvieran beneficiándose de un comercio que podrían ellos mismos realizar, pero que por mandato real les estaba prohibido.

Las prohibiciones legales que restringían el comercio con Manila duraron hasta 1778, cuando el Consulado propuso al gobernador, como medio de mejorar la situación del comercio filipino, que el puerto de Manila quedase totalmente libre y abierto para todas las naciones⁴⁴, y que la Real Compañía de Filipinas –una de las últimas grandes compañías privilegiadas del antiguo régimen– tuviera como objetivo incentivar el progreso económico de las islas Filipinas y comercializar a lo largo del Imperio Español.

Dentro de la ampliación comercial de la Compañía, esta pudo establecer comercio interoceánico con Perú. El primer navío que realizó esta travesía fue la fragata *San Francisco Xavier*, alias el *Filipino*, que llegó al Callao en abril de 1800, llevando un cargamento de productos asiáticos valorados en 838 mil pesos⁴⁵ y que pasó y atracó en costas chilenas.

2. Representaciones de Oriente

El *Galeón de Manila* y posteriormente los navíos que comenzaron a llegar desde Oriente a América fueron mucho más que barcos transportando toneladas de seda a América. Verlo así sería reducir su importancia, ya que estos no solo provocaron la afluencia de mercaderías orientales, sino también de noticias e ideas concernientes a Asia.

Oriente se percibe como más que una realidad geográfica; «es una idea que tiene una historia, una tradición de pensamiento, unas imágenes y un vocabulario que le han dado una realidad y una presencia en y para Occidente»⁴⁶. Por lo tanto, la representación, más que los retratos naturales de Oriente, es lo que circula por las distintas partes de América, justificado por noticias verosímiles más que verdaderas: «plumas tan prestigiosas como la de Torquemada o la del alemán Heinrich Martin comentaron abundantemente los acontecimientos del archipiélago, de China y de Japón»⁴⁷ y, posteriormente, en el resto del continente. Esto se debe que hasta principios

⁴⁴ Díaz-Trechuelo, «El comercio...», *op. cit.*, 477.

⁴⁵ Flores, «Iniciativa privada...», *op. cit.*, 162.

⁴⁶ Said, *op. cit.*, 24.

⁴⁷ Bernand y Gruzinski, *op. cit.*, 500. *Ibid.*, 622.

del siglo XVIII la comprensión que Europa tenía de una de las formas de la cultura oriental –idea que circulará a América– se basaba en una ignorancia compleja, donde las cualidades más influyentes que se habían asociado a Oriente aparecían en *Los persas* de Esquilo, en la cual se atribuyen a Asia sentimientos de vacío, de pérdida y desastre⁴⁸.

Por lo tanto se da en América, producto de estos contactos informales con Oriente, con la autoridad que llevaba cientos de años escuchando relatos de la situación de Asia, lo que Said ha denominado *orientalismo*, es decir, «una institución colectiva que se relaciona con Oriente, relación que consiste en hacer declaraciones sobre él, adoptar posturas con respecto a él, describirlo, enseñarlo, colonizarlo y decidir sobre él»⁴⁹.

Como planteamos anteriormente, la información fragmentada, tardía y por canales informales (muchas veces simples rumores) será una de las características que terminará por convertir en realidad cualquier tipo de información que llegue de provincias tan remotas como Oriente, ya que, como se plantea en las fuentes, existe un grave problema de comunicación entre España (América) y Filipinas, su colonia en Oriente, situación que quería ser revertida por la corona borbónica, y que era una justificación más de los proyectos comerciales:

«pero que se mui recomendable y digna atencion con la navegacion desde Talcahuano tendra Su Majestad noticias frescas y prontisimas de aquellos remotos dominios, y tan frescas que a los 6 u 7 meses quanto mas se recibiran en Filipinas por esta misma via esta como dije es una utilidad mui ventajosa al estado quando suelen años enteros en que no se reciben allí noticias de nuestra península según he sabido por los oficiales de esta fragata el filipino»⁵⁰.

La falta de noticias hacía que fuera más difícil conocer el «verdadero retrato» de Oriente y que la representación que se tenía hace cientos de años se siguiera reproduciendo, lo que permitirá explicar la extrema valoración, no solo de los objetos que llegan desde tan remotos dominios sino también, como lo afirma Mendiburu, la importancia de tener «frescas noticias».

Es ilustrativo de esto cómo Juan Egaña, a comienzos del siglo XIX, ejemplificaba sus dichos con la «realidad» del mundo oriental: «Los pueblos más afectados a su independencia proporcionarán ventajas de comer-

⁴⁸ Said, *op. cit.*, 88-89.

⁴⁹ *Ibid.*, 21.

⁵⁰ ANFA, «Expediente formado a instancia de don Jose Urrutia y Mendiburu...», *op. cit.*, pieza 5, ff. 161.

cio *que los dejen más esclavos que en el Indostán*»⁵¹. Si en Indostán eran o no esclavos no es lo fundamental; se ejemplifica con algo que se conoce o se cree conocer, la imagen de lo oriental sigue operando de la misma manera.

Lo que representaba Filipinas significó que a comienzos del siglo XIX los héroes de la independencia idearan un pensamiento geopolítico,

ya que la fantasía del Lord Thomas Alexander Cochrane coincidiendo con un pensamiento geopolítico de Bernardo O'Higgins era la de conquistar las islas Filipinas, dominio español en el otro lado del océano y obtener bases navales en Callao y Guayaquil. La escuadra chilena, acabado el poder de España, impondría el orden comercial en todo el Pacífico, con un comercio liberal y abierto a todas las naciones. Este plan también había entusiasmado al General San Martín⁵².

Dentro de este contexto tardo colonial aparece en Chile la fragata *San Francisco Xavier*, alias el *Filipino*, que arriba al puerto de Talcahuano en 1799. Esta embarcación será fundamental en cuanto a la representación de Oriente, pues permitió reafirmar en Chile muchas ideas sobre Asia, principalmente como un lugar lujoso, y, por otro lado, fue el primer navío en nuestro país en dar noticias concretas de las cosas que acontecían en Oriente. Esta fragata permitió el cruce cultural, al transformarse en lo que en términos historiográficos se denomina *passeurs* o mediadores culturales. De este modo, creemos que se transformó en un «pasador», «conector» o «tejedor de redes intercontinentales», como afirma Gruzinski⁵³, y en este caso aun más, porque no conecta el centro (Europa) con la periferia (América), sino que actuó como puente entre «periferias».

En las fuentes observamos que el *Filipino* entregó información suficiente para justificar ideas comerciales: «[...] informes que me ha dado el comandante oficiales de esta fragata Filipina que aquellas islas y la escuadra junta en aquellos puertos se hallan mui escasos de viberes y otros utensilios necesarios para su subsistencia»⁵⁴, y en sí mismo, como portador de mercancías asiáticas lujosas, reafirmó la asociación entre lo oriental y el lujo, ya que en el proceso sobre la arribada del navío *Filipino*

⁵¹ Juan Egaña, «Plan de defensa general de toda la América», en *Escritos inéditos y dispersos*, Santiago, Imprenta Universitaria, 1949, 46.

⁵² Isidoro Vásquez de Acuña y García del Postigo, «El Proyecto Frustrado de una Talasocracia Chilena», en *Revista Mar* 190, Valparaíso, 2004, disponible en <http://www.ligamar.cl/revis5/65.htm>

⁵³ O'Phelan y Salazar-Soler, *op. cit.*, 27.

⁵⁴ AN FA, «Expediente formado a instancia de don Jose Urrutia y Mendiburu...», *op. cit.*, pieza 5, 159 vta.

a Talcahuano, todos los objetos que se dice que se quedó corresponden a bienes de ostentación:

digán si es cierto que lo que unicamente traje a mi familia fueron unas varas de genero de seda unos seis paños de manos ordinarios angostitos *leoncitos de losa*, cinco camisas de manta labrada, *una peineta*, *con peynes de madera*, y un *alfiletero de plata* de Filipinas y siestas dos ultimas alajas se rifaron en veinte y cinco o treinta pesos [...]⁵⁵.

Las consecuencias que traería el contacto, que se plantea en términos comerciales, permitirían un beneficio más allá de lo material y significarían un desarrollo técnico importante para el país, o por lo menos esa será una de las razones que permitirán justificar el proyecto comercial de José Urrutia y Mendiburu: «se aumenta considerablemente su agricultura tomara un sensible incremento, se fomentara las artes, la marineria que tanto escaza⁵⁶.

Por lo tanto, los objetos materiales tuvieron una importancia mayor que su mera utilidad, ya que estos, desde comienzo del mundo colonial, fueron un intento de conocimiento recíproco que buscaba lograr una comprensión mutua a partir de las representaciones. Productos agrícolas de China, tales como la naranja, cereza, mango, té, tamarindo y arroz, que fueron introducidos sucesivamente en América por Veracruz –en algunos casos también a Europa⁵⁷–, se hicieron parte de la dieta de la élite hispana; sin embargo no solo llegaban al Nuevo Mundo productos alimenticios, sino también artefactos elaborados, tales como sedas, terciopelo y porcelanas. De igual manera, hubo aportes de la América hispánica al mundo asiático y chino: el maíz, la papa⁵⁸, plata desde el virreinato peruano y una serie de productos agrícolas.

Sin embargo, esas...

mezclas fueron acompañadas inevitablemente de intercambios y de equívocos en cadena, ya que se efectuaban más sobre interpretaciones y traducciones que sobre elementos objetivos y, por lo tanto, sobre representaciones. Cada cual interpreta la cultura del otro en función de lo que 'sabe' y de lo que cree y pretende descubrir. Lo que desencadena esos

⁵⁵ AN CG, «Sobre la arribada del buque *Filipino* a Talcahuano...», *op. cit.*, f.75 vta.-76.

⁵⁶ AN FA, «Expediente formado a instancia de don José Urrutia y mendiburu...», *op. cit.*, pieza 5, fj 160.

⁵⁷ Lin Chou, *op. cit.*, 52.

⁵⁸ Bernand y Gruzinski, *op. cit.*, 505.

mestizajes culturales es la búsqueda de analogías, la convicción frecuentemente errónea⁵⁹.

Un caso ejemplificador de lo difícil que resultó para algunos comerciantes comprender las necesidades orientales es la petición de pieles de «nutrias» de la Compañía de Filipinas a Ambrosio O'Higgins, que este, ante la incapacidad de poder satisfacer dicha petición, pide a las autoridades chilenas que se hagan cargo del encargo de tan importante socio.

Existe una gran disposición a establecer comercio con Oriente. La misma Compañía, en su petición, pone de manifiesto los beneficios que podría traer: «notoriamente he manifestado en quanto puede contribuir al fomento de esas provincias a quienes precisamente resultara no poco veneficioso». Los comerciantes chilenos están conscientes de la gran oportunidad que se presenta, por ser una de las pocas y primeras ocasiones de comercio directo con Filipinas. Sin embargo hay un gran problema; no pueden traducir sus necesidades a los bienes locales:

Luego que recibí la orden instructiva de Vuestra Señoría de octubre ultimo con la copia del oficio de el Señor Conde de San Isidro apoderado de la Compañía de Filipinas en solicitud de pieles de nutria, u otros anfibios con que se pueda hacer el comercio; *procuré saver de los naturales de esta Frontera si conocian la Nutria, pero ninguno me ha sabido dar razon de que la haya con este nombre* (Ambrosio O'Higgins)⁶⁰.

Las autoridades, ante la posibilidad de comercio, intentan agotar todas las opciones para comprender exactamente lo que busca la Compañía de Filipinas. Se busca traducir e interpretar las necesidades orientales, para lo cual las autoridades chilenas recurren a lo conocido. De esta manera responden a Lima diciendo que: «el padre Febres en su Gramatica chilena dice que el Guillin es la Nutria, y siendo la piel de Guillin regularmente abundante, y de mucha finura quitandole el pelo largo, y aspero que cubre al segundo corto y suave»⁶¹. Solo a partir del momento en que se traducen las necesidades orientales es posible establecer comercio y decidir si están o no en condiciones de satisfacerlas.

Se observa la extrañeza de muchos ante dicha petición, por la representación que se tiene de Oriente como un lugar que posee las más finas telas,

⁵⁹ *Ibid.*, 622.

⁶⁰ AN CG, «El Conde de San Isidro, apoderado de la Compañía de Filipinas...», *op. cit.*, f. 205.

⁶¹ Bernand y Gruzinski, *op. cit.*, 622.

que es cuna de cientos de objetos lujosos y que exportaba miles de cargamentos de seda a todas las partes del mundo, que en el caso americano llegaban a través de Acapulco y Lima, para satisfacer no solo a las élites locales que las adquirirían y la hacían parte de los mínimos objetos necesarios para su ostentación, sino también para otros grupos no tan privilegiados, que en sus testamentos ostentaban sedas y tafetanes de diferentes calidades.

Sin embargo, este rico Oriente busca pieles de un animal que no se sabe si existe en Chile y, en caso de existir, no respondía a las necesidades de lo que en Chile se consideraba telas lujosas: «oi que no se dedican las gentes a cogerlos porque se usan mui poco sus pieles»⁶².

Como se observa en las fuentes, una vez «comprendido» lo que se quiere «negociar», viene una segunda fase donde entra el concepto de orientalismo de Said: se hacen declaraciones de Oriente y se adoptan posturas respecto a él, se comienza a hablar de la representación que se tiene de Filipinas y por ende de toda la región: «de estas pieles *estoi informado* que hacen ropa los habitantes de las Compañías dandole un hermoso azul; *no lo he visto*, y asi no salgo por garante de su certidumbre, *pero nadie pone duda en el hecho*»⁶³.

Sin embargo, creemos que existe un correlato al orientalismo para el caso aquí estudiado, ya que pareciera por las fuentes que existe la idea de una América exótica, en la cual es posible encontrar una serie de «animálitos» con pieles particulares que podrían ser utilizados como telas, pese a que no sean parte del «retrato natural» americano:

En los estrechos limites de la jurisdiccion de este gobierno no se conocen las nutrias ni otra especie de anfibios de cuias pieles se pueda hacer el comercio que proyecta el apoderado de Filipinas [...] y aunque he preguntado a algunos pescadores y otras gentes por las señas que Vuestra Señoría describe de dichos animales nadie me ha dado noticia de ellos, y solo si del guillino o guillin que se conoce y pesca en chiloe y Valdivia⁶⁴.

⁶² AN CG, «El Conde de San Isidro, apoderado de la Compañía de Filipinas...», *op. cit.*, fj. 205.

⁶³ *Idem*.

⁶⁴ *Ibid.*, fj. 207

III. MATERIALIDAD ORIENTAL: OPULENCIA DE LA «CHINA» VERSUS POBREZA DE FILIPINAS

*que es cierto que en su casa del dicho Don Juan Agustín bio baras
de genero de seda negro y que de mas bio cortar una pollera ala esposa
y tambien uno o dos leoncitos de losa*⁶⁵.

1. Las ansias de ostentación

Los «bienes de ostentación» fueron la tónica del comercio con Oriente en América y Chile, para una sociedad barroca que le daba protagonismo a la apariencia, al exceso, exuberancia y despilfarro. Fue esta dinámica colonial del querer ostentar opulencia y extravagancia, con bienes provenientes de manera ilícita desde Oriente, lo que soterró las posibilidades de que el administrador interino de la aduana de Concepción, don Juan Agustín Fernández, acusado de tener comercio ilegal con el navío asiático *El Filipino*, pudiera salir sin cargos después de dicho juicio.

En la vanidad que lleva a la ostentación, creemos poder retratar la valoración que determinada sociedad tiene de ciertos bienes o artefactos, y con mayor razón si en ese afán de lujo se va en contra de la legislación, ya que, si bien por un lado se iba en contra de «leyes suntuarias», por otro se incumplía la «prohibición que existía a cabos, almirantes y oficiales de participar en el comercio de la nao bajo pena de privación perpetua de sus oficios y perdidas de las mercancías embarcadas»⁶⁶ y, finalmente, se incumplía la ley cuando existía participación de las autoridades locales en comercio ilícito, como sucedió en Chile con Juan Agustín Fernández. Este juicio es muy significativo para adentrarnos en la valoración de objetos provenientes de Oriente para una sociedad colonial a fines del siglo XVIII, Concepción, pero que creemos que es extensivo a otras sociedades americanas, debido a que la representación sobre dichas tierras pareciera ser similar.

El caso de Juan Agustín Fernández es relevador, en cuanto es un personaje público y prestigioso en la élite de Concepción, demostrado en un juicio que cuenta con más de veinte testigos de alta «calidad» para comprobar la veracidad de su versión –de no haberse quedado para sí con ninguno de los objetos que dicho barco traía consigo–, ya que haber sido así, habría sido declarado culpable de «contrabando» y habría tenido que

⁶⁵ AN CG, «Sobre la arribada del buque *Filipino...*», *op. cit.*, f.125 vta.

⁶⁶ Relación a las leyes que hacen referencia a Filipinas. Libro IX, tít 45, ley 48, en Díaz-Trechuelo, «Filipinas en la recopilación de las Leyes de Indias», *op. cit.*

dejar su cargo, en un juicio donde los testigos le dan más relevancia a los bienes que se guardó para sí y su familia que al comercio que pudo haber establecido *a posteriori* con las mercaderías.

Entre los objetos que «dicen» se guardó para sí y su familia, se encuentran desde elementos «necesarios» que podrían justificar el ilícito, a ojos de las autoridades, a otros extravagantes. De esta manera Don Joaquín Valenzuela, secretario del obispo de Concepción, declara en torno a los bienes que dicen que se quedó el administrador Fernández: «que le consta [...] las figuras de loza, y del alfiletero también le hoyo desir a dicho Don Juan Agustín»⁶⁷. Para muchos de los sujetos coloniales presentes en la documentación, los objetos venidos de Oriente eran sinónimo de estatus y dignos de ostentar en el espacio público. De esta manera pareciera que los artefactos, estando en la denominada «vida privada», no cobrarán tanto valor como cuando se exhiben, debido a «la idea de la actitud de aparentar una determinada posición en la sociedad»⁶⁸.

En el juicio de Juan Agustín Fernández también queda de manifiesto la importancia que tiene la apreciación de los testigos ante el supuesto hecho ilícito, y que lo que expresen será definitorio en la sentencia. Así, vecinos como Francisco Benimelli dicen: «que lo que unicamente *ha hoido desir* a varios sujetos que el citado Don Juan Agustín trajo unas varas de genero negro para el gasto de la familia»⁶⁹. Si bien el testigo no vio lo que declara, por lo tanto podríamos decir que su afirmación no es «verdadera», para la dinámica colonial, es «verosímil», ya que el rumor muchas veces adquiere categoría de verdadero y la ostentación de dichos productos actuó como factor fundamental a la hora de que los declarantes se expresaran acerca de dicho comercio ilegal⁷⁰.

Dentro de los objetos que más parecieran valorarse para la sociedad colonial y que están presentes en la lista de las piezas de contrabando que se dice se quedó el administrador Juan Agustín Fernández, sin duda destacan los textiles y elementos decorativos. Figuras de loza, tela y seda de diferentes colores son algunos de los objetos que ostentó dicha autoridad en la ciudad de Talcahuano, conjuntamente con su familia. De esta manera, las estrenadas telas no podrían pasar inadvertidas para los testigos y vecinos de la ciudad que los veían día a día en el espacio público. Así,

⁶⁷ AN CG, «Sobre la arribada del buque *Filipino...*», *op. cit.*, fj. 117 vta.

⁶⁸ Gonzalbo, *op. cit.*, 13.

⁶⁹ AN CG, «Sobre la arribada del buque *Filipino...*», *op. cit.*, fj. 108 vta.

⁷⁰ Frédérique Langué «De la munificencia a la ostentación», en *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, <http://nuevomundo.revues.org/document642.html>

Juan Antonio Bello expresa que: «ha visto a la mujer del citado Don Juan Agustín la saya que se expresa, y a sus hijos con ropas de maon»⁷¹. Incluso representantes del poder espiritual declaran sobre los bienes que se dice posee don Agustín; el padre fray Pedro Madrid manifiesta: «que es cierto que en su casa del dicho Don Juan Agustín bio baras de genero de seda negro y que de mas bio cortar una pollera a la esposa»⁷².

Al igual que Juan Agustín, muchos otros chilenos y americanos apreciaban los productos orientales, y en especial los textiles, principalmente por dos motivos: eran manufacturas finas y altamente valoradas como símbolo de estatus y su precio era sustancialmente inferior al de los géneros europeos. Por lo tanto eran mucho más accesibles para la sociedad chilena y americana. Como plantea Ramiro Flores,

los costos de fabricación de las prendas en China eran espectacularmente bajos en comparación con el de sus similares españoles. Pero esta ventaja podía ser subsanada con altos impuestos de importación a los textiles chinos, con lo cual se podría revertir esta diferencia. Sin embargo, el problema no solo venía por el lado de la producción, sino también existían diferencias en cuanto a la tributación y los costos de transporte en el comercio con España y México⁷³.

El contrabando de estos productos va a ser una de las maneras en que personas de lugares tan periféricos como la ciudad de Talcahuano de la capitanía de Chile pudieran acceder a tales bienes y pudieran ostentarlos. Por lo tanto, los textiles se transformaron en el grueso de los productos embarcados en dichos galeones, aunque la variedad era la nota característica de la oferta de productos asiáticos en las Américas.⁷⁴

Otros productos muy valorados del comercio con Asia radicaban en los bienes decorativos y con valor artístico. Esta influencia china llegó a ser ejercida por las porcelanas y por las propias lozas en lugares como Guatemala, Ecuador, Perú o Chile, donde, pese a las continuas prohibiciones, también llegaban, de contrabando, productos del Galeón. En 1717, un tal Pablo de Aylbardo, desde Buenos Aires, pide a su corresponsal chileno Pedro de Eraso que le envíe media docena de ollitas de barro de Chile, «como las que Vuestra Merced habrá visto traer de la China»⁷⁵.

⁷¹ AN CG, «Sobre la arribada del buque *Filipino...*», *op. cit.*, fj. 110.

⁷² *Ibid.*, fj. 125 vta.

⁷³ Flores, *op. cit.*, 394.

⁷⁴ *Ibid.*, 384.

⁷⁵ Mariluz Urquijo, J. M., «Notas sobre la cerámica en el Río de la Plata (Siglos

Al igual que este comerciante, Agustín Fernández también se vio tentado por dicha materialidad. La importancia de la loza y porcelana radicaría en que para la sociedad colonial fue uno de los productos más atractivos, junto con la seda, el marfil, el carey y la laca⁷⁶, los atractivos de este material siempre fueron constantes: «su vítrea translucidez, su metálica sonoridad, su quebradiza dureza, su higiénica blancura, su brillo espejeante y su delicada decoración»⁷⁷.

Este interés por lo decorativo queda de manifiesto en el caso del Agustín Fernández, en las palabras de testigos como Francisco de Borja que declara:

que es sierto que le vio comprar todas las cosas que se expresan [unas varas de genero de seda unos seis paños de manos ordinarios an-gositos leoncitos de losa, cinco camisas de manta labrada, una peineta, con peynes de madera, y alfiletero de plata de Filipinas], y mas vio que tambien compró un baston con su puño, y que tambien *le parese que compro un poco de loza*⁷⁸.

De igual manera, Don Pedro Jose de Elezgn[?] responde a la misma pregunta: «que solamente le ha visto al citado Don Juan *dos leoncitos de loza* que dijo heran del Filipino, y *una Tabaquera de marfil* y lo demas lo ignora»⁷⁹.

La valoración de tales productos, pero principalmente los textiles, se vuelve a repetir en el proyecto comercial de Mendiburu. Dicho mercader, más allá de su discurso de querer beneficiar a las pobres provincias de Filipinas, ansía el envío de «viberes y otros utensilios necesarios para su subsistencia como son los trigos, carnes, sebos, mantequilla, quesos, azei-

XVIII-XIX)», en *Entre Puebla de los Ángeles y Sevilla. Homenaje al Dr. J.A. Calderón Quijano*, Sevilla, Escuela de Estudios Hispano-Americanos y Universidad de Sevilla, 1997, 500, citado por Alfonso Pleguezuelo, «Regalos del galeón. La porcelana y las lozas ibéricas de la edad moderna», en VV.AA., *Filipinas, puerta de Oriente. De Legazpi a Malspina, Lunwerg*, Barcelona, 2003, 141, disponible en http://www.seacex.es/documentos/flipinas_09_galeon.pdf.

⁷⁶ «Barniz duro y brillante hecho con esta sustancia, muy empleado por los chinos y japoneses». *Diccionario de la Real Academia Española*, 2002.

⁷⁷ C. García-Ormaechea, «La porcelana del Palacio Real», en Marina Alfonso Mola, Carlos Martínez Shaw (comisarios), *Oriente en Palacio, Tesoros asiáticos en las colecciones reales españolas*, Madrid, Patrimonio Nacional, 2003, 226, citado por Pleguezuelo, *op. cit.*, 131.

⁷⁸ AN CG, «Sobre la arribada del buque *Filipino...*», *op. cit.*, fj. 113.

⁷⁹ *Ibid.*, fj. 115.

te, azeitunas»⁸⁰, a cambio de lo que, según él, nuestro país necesitaba con suma urgencia: «este Reino se proveera del mismo modo en el retorno de las producciones de aquellos países surtiéndose *de los géneros*⁸¹ que necesita para su subsistencia indispensable, y mas en el día que esta escasisimo de todo con motibo de una guerra tan penosa y de tanta duracion».

Según las palabras de Mendiburu, podemos apreciar la idea de que es Oriente quien tiene la capacidad y está en una mejor posición para poder satisfacer las necesidades locales. No la metrópolis, a través de «géneros de castilla», o Lima, enviando «pañó de Quito», sino que una región tan lejana y al parecer opulenta como la China:

efectos que se necesitan en Chile y de los cuales hai aquí una necesidad extrema quando han escaseado quasi totalmente los generos de Europa y los pocos que se hayan estan a los precios mas subidos, y tanto que apenas se halla lienzo de que hazerse una camisa. Es constante pues que se necesiten los generos de China con una necesidad urgentisima»⁸².

Si bien es cierto que los habitantes de Chile ya habían tenido hace siglos contactos con una serie de productos exóticos que captaron de inmediato la atención de la sociedad a través del *Galeón de Manila*, las sociedades más periféricas a los centros comerciales –ya sea Acapulco o la calle de los mercaderes en Lima– anhelaban tener un comercio directo que los beneficiara solo a ellos, que las mercaderías orientales no llegaran por circulación a precios subidos, sino que, al igual como se beneficiaban potencias como Inglaterra, también ellos pudieran gozar de comercio con ese Oriente opulento. Los chilenos estaban al tanto de que «los consumos producía a los mercaderes de la Compañía de Filipinas ganancias calculadas en un 200%, sirviendo de estímulo al empeño por abrir directamente los mercados de Oriente y que fue recibido como herencia de esperanza por los activos comerciantes patriotas»⁸³.

Sin embargo, el beneficio para mercaderes no solo estaba en la venta de tales productos. Para una sociedad donde la apariencia era primordial, las copias de los productos venidos de Oriente fueron un negocio que inten-

⁸⁰ AN FA, «Expediente formado a instancia de don Jose Urrutia y Mendiburu...», *op. cit.*, pieza 5, fj. 159 vta.

⁸¹ Si bien la palabra ‘género’ puede ser entendida como ‘especie’, en fojas siguientes queda claro que se refiere a telas.

⁸² *Ibid.*, pieza 5, fjs.s 161 y vta 162.

⁸³ Pereira Salas, *op. cit.*, 15.

taron llevar a cabo tanto mercaderes locales como europeos, que estaban conscientes de la valoración que tenían para Occidente y América. No importaba si un artefacto era «de la China», lo importante es que «pareciera a los que se producen en la China». De esta forma se intentarán copiar a costos más bajos productos que desde siempre habían sido traídos desde Asia. En *El Mercurio Peruano* del año 1791, presentan el caso de:

Don Josef Vasquez Grabador de laminas y sellos de esta cuidad [...] que ha trabajado con teson en el descubrimiento del secreto de las tintas que llaman de China, que sirve principalmente al dibuxo, y nos traen los comerciantes del Asia. Por la continua repeticion de sus tentativas logró hacer una que iguala á la mas exquisita que viene de aquellos paises [...] Han hecho pruebas de ella algunas profesionales del diseño, y no le hallan diferencia en el uso de la mejor de la China⁸⁴.

Para el caso chileno sucedió algo similar con los

muebles ejecutados por los Chippendales [creadores de los muebles al estilo japonés] y sus numerosos imitadores; a muchos se les aplicó las lacas imitando dibujos japonés y chinos. Todos los países que mantenían relaciones con Inglaterra se surtían de estos muebles y muchos llegaron a Chile en los tiempos coloniales⁸⁵.

De esta forma, la «cultura material asiática» no solo se refería a la proveniente de dicha región, sino a toda aquella que parecía ser de Oriente, aunque solo se fabricara en la capital virreinal con los modelos venidos desde Asia, que daban vida a lo exótico y opulento pero a precios más accesibles.

2. El lujo

Entre quienes describieron la sociedad virreinal de las últimas décadas del dominio español, era común la opinión de que se gastaba exageradamente en alardes de riqueza⁸⁶. El «fenómeno del lujo no solo fue la propensión a lo superfluo y lo suntuario, sino que constituyó en esa época

⁸⁴ *Mercurio peruano de historia, literatura, y noticias públicas que da á luz la Sociedad Académica de Amantes de Lima, y en su nombre D. Jacinto Calero y Moreira*, Lima, Impr. Real de los Niños Huérfanos, Tomo I, 1791, f. 24.

⁸⁵ Arturo Fontecilla, «Muebles coloniales de influencia asiática», en *Boletín Academia Chilena de la Historia* 34, Santiago, primer semestre de 1948, 106.

⁸⁶ Gonzalbo, *op. cit.*, 13.

una forma de encarar la existencia. Se configuró como una expresión de la estética de la gratuidad, del disfrute de los placeres de la existencia al margen de la previsión del futuro»⁸⁷.

Desde un principio, el virreinato del Perú apareció como consumidor de mercaderías chinas, por su población adinerada, dada al lujo y a la exhibición de él, y al derroche y extravagancia.

En la calle de los Mercaderes, casi medio centenar de comerciantes, algunos con capitales superiores al millón de pesos, ofrecían todos los lujos de Europa y de Asia. En 1602 denuncia Monterrey que la gente vive con todo lujo, vistiendo sedas de las más caras y que los vestidos de las mujeres son tantos y tan excesivos que no hay iguales en reino alguno⁸⁸.

Esta situación no solo se vivió en la capital virreinal; si bien los niveles de ostentación pudieron ser menores en lugares periféricos como Chile, en comparación con las capitales virreinales, la sociedad chilena intentaba copiar las mismas dinámicas de estos centros de referencia, principalmente a la sociedad limeña, la cual funcionaba como un espejo en el imaginario social⁸⁹. Dentro de los usos y costumbres de la élite limeña, la ostentación material, sobre todo de elementos exóticos y finos como los de Oriente, va a ser un elemento característico.

En el caso de Chile, Arturo Fontecilla plantea cómo

las damas de el siglo XVIII se extasiaban mostrando a los amigos los bibelots⁹⁰ de origen asiático, las porcelanas de bien distribuidos colores, cuya combinación y los dibujos exóticos les llenaban la imaginación de fantasías. Esta aproximación a los objetos traídos del lejano Japón, provocaba deseos, en aquella sociedad acostumbrada al lujo y al buen vivir⁹¹.

De esta manera, la materialidad de oriente llegó a nuestro país con toda la carga simbólica que significaba.

⁸⁷ Isabel Cruz, *El traje transformaciones de una segunda piel*, Santiago, Ediciones Universidad Católica de Chile, 1996, 100.

⁸⁸ Lytle Schurtz, *El galeón...*, *op. cit.*, 312.

⁸⁹ Jaime Valenzuela, «Afán de prestigio y movilidad social: los espejos de la apariencia», en Rafael Sagredo y Cristián Gazmuri (eds.), *Historia de la vida privada en Chile*, Tomo I: *Chile tradicional. De la conquista a 1840*, Santiago, Taurus, 2005, 86.

⁹⁰ «Figura pequeña de adorno». *Diccionario de la Real Academia Española*, 2002.

⁹¹ Fontecilla Jarrín, *op. cit.*, 97.

Pero las autoridades no permanecieron indiferentes a este fenómeno social de las apariencias y los excesivos gastos. La autoridad civil, mediante su poder en el Cabildo, comienza a intentar ordenar esta sociedad. Es por ello que desde el siglo XVII se comienzan a emitir ordenanzas sobre los trajes debido a: «lo mucho que los gastos excusados y excesivos que se hacen en los costosísimos trajes que cada se varían enflaquecer las repúblicas desustanciándose del dinero, sustancia, sangre y nervios que las conservan y reduciéndolas a empeños irredimibles»⁹².

Sin embargo, tales dictámenes resultaron en buena medida letra muerta, como demuestran inventarios de bienes, cartas dotales⁹³ y las ansias de comercio directo con Oriente, para obtener de manera más sencilla la materialidad y lujo proveniente de dicha zona.

3. Escasez de las Filipinas

Si bien la representación de Oriente en su conjunto era vista como opulenta, lujosa y llena de finos objetos, la colonia hispana en Asia no estaba en las mismas condiciones. La materialidad de Filipinas era vista como paupérrima por los pobladores de Chile y Concepción, y fue esta «falta» de bienes lo que llevó a instaurar proyectos comerciales entre los frutos de la tierra de Concepción y Filipinas.

Esto porque las Filipinas, contra lo que se pudiera pensar debido a la representación de los objetos venidos en el galeón, no era una colonia rica, ya que, como plantea Ramiro Flores, «apenas producía un poco de oro aluvial, telas de algodón, carey, cera blanca y amarilla y cordelería. Sin embargo, mantenía un activo comercio con China y el sudeste asiático, desde donde importaba alimentos, manufacturas diversas y algunos objetos suntuarios para los señores de las islas»⁹⁴.

Desde el primer viaje desde Acapulco a las Filipinas en 1564, el virreinato novohispano, que esperaba encontrar en las islas parte de las fabulosas riquezas y productos legendarios asiáticos, sufrió una enorme decepción, al descubrir que la región carecía de la seda, té, especias y artesanías esperadas⁹⁵.

⁹² Acta del Cabildo de Santiago, 23 de octubre de 163, Vol XXX, 289, en Jaime Valenzuela, *Las liturgias del poder*, Santiago, Dibam, 2001.

⁹³ Cruz, *op. cit.*, 100.

⁹⁴ Flores, «El secreto...», *op. cit.*, 381.

⁹⁵ Vera Valdés Lakowsky, «México y China: del *Galeón de Manila* al primer tratado de 1899», Álvaro Matute (editor), *Estudios de Historia Moderna y*

Sin embargo, pese a los contactos locales con sus ricos vecinos, las islas de Filipinas se hallaban sumidas en una gran pobreza. Para fomentar los intercambios materiales que sacaran de dicha situación a la colonia, se creó la Compañía de Filipinas, con el objetivo de incentivar los intercambios con otras provincias del Imperio Español.

La posibilidad de dicho comercio estimuló a don Manuel de Urrutia y Mendiburu a crear su empresa y la pobreza de dicha región significó para los mercaderes chilenos tener la posibilidad de comercializar con ellos, de poder abrir una ruta comercial que, como habíamos expuesto, estaba prohibida. Por lo tanto los discursos expuestos tanto por Mendiburu como Undurraga, en sus cartas a las autoridades chilenas, hacen hincapié en que este intercambio material estará referido a bienes de subsistencia, que es por la necesidad de ambas regiones y que traerá gran beneficio a este reino: «[...] me puse a meditar muchas veces dentro de mi mismo sobre varios arbitrios y podrian producirle utilidad a un terreno fertil como este pero igualmente miserable por la pobreza de la mayor parte de sus pobladores y la decadencia de la agricultura»⁹⁶.

El intercambio en la empresa de Mendiburu estaba referido a productos de la tierra que, según las noticias, escaseaban en las islas Filipinas. Por lo tanto, se plantea como la realidad de dicha región:

constandome con evidencia, y por cartas del señor general Igño Naria de Alava y por informes que me ha dado el comandante oficiales de esta fragata Filipina q aquellas islas y la escuadra junta en aquellos [ileg] se hallan mui escasos de viberes y otros utensilios necesarios para su subsistencia como son los trigos, carnes, sebos, mantequilla, quesos, azeite, azeitunas, almendras, pasas, igos, nuses, lentejas, vinos y aguardiente⁹⁷.

Por lo tanto, la mutua necesidad de materialidad hace que por parte de Chile se entreguen bienes naturales, que son aquellos a los que la sociedad tiene acceso y de los que pueden disponer en abundancia, los determinados bienes de la tierra, que en el contexto local no tienen una gran importancia, pero que, sin embargo, son valorados por la Compañía de Filipinas: «mui Seños mio para la Real Compañía de Filipinas pudiera

Contemporánea de México, v. 9, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas, 1983, disponible en <http://www.iih.unam.mx/moderna/ehmc/ehmc09/107.html>

⁹⁶ AN FA, «Expediente formado a instancia de don José Urrutia y Mendiburu...», *op. cit.*, pieza 5, fj. 158.

⁹⁷ *Ibid.*, fj. 159 vta.

ser útil el comercio de pieles finas de nutrias, y cualquier otras especie de anfibios que las tengan de buena cantidad en esas costas es opinion de que abundan estos Animales»⁹⁸.

Se da un fenómeno en cuanto a la cultura material complejo, ya que un mismo producto, dependiendo del contexto, cambia su valor de manera importante. De esta forma pueden existir necesidades más o menos similares, pero la materialidad con que estas son satisfechas se modifica. La valoración en Chile hacia las nutrias es nula, la población no conoce su uso, por lo tanto, no pueden darle el valor real ni monetario que para Filipinas tiene: «Oí no se dedican las gentes a cogerlos porque se usan muy poco sus pieles. Con todo me dicen que se venden a 4 o 5 cada una sin desmotar o quitar el pelo»⁹⁹.

IV. CONCLUSIÓN

En el transcurso de esta investigación nos hemos querido acercar, a partir de la cultura material, a la valoración que tuvo la sociedad chilena, en el período tardo colonial, a aquellos bienes y artefactos que transitaban en sus vidas provenientes de las «cuatro partes del mundo», a partir de un caso de estudio particular: la relación que se tejió con Oriente a partir de los contactos materiales, primero indirectos y posteriormente –y fundamental para esta investigación– relaciones directas a partir de la arribada de la fragata San Francisco Xavier, que permitió a causa de las noticias traídas sobre la «real situación» de Asia y Filipinas justificar proyectos comerciales de mercaderes de Concepción y Santiago.

La valoración de los productos provenientes de Oriente, como pudimos observar a través de las fuentes, está ligada a su contexto, a una sociedad barroca con ansias de ostentación que busca aparentar opulencia y lujo y que ve en los productos exóticos asiáticos la posibilidad de cumplir dicho propósito, y, principalmente, a la representación que se tuvo de los lugares de donde provenían dichos objetos. Expresamos la importancia de la imagen mental más que de la «realidad», porque hablamos de un contexto donde la «geografía imaginaria» primaba por sobre la situación real, pero que se establecía como discursivamente verdadera.

⁹⁸ AN CG, «El Conde de San Isidro, apoderado de la Compañía de Filipinas...», *op. cit.*, Vol.613. f. 204.

⁹⁹ *Ibid.*, fjs. 205-205 vta.

A partir de los casos de estudio, creemos fue posible visualizar las representaciones que tenían los chilenos de un contexto tan alejado como era Asia, donde se crea una «realidad» a partir de mediadores culturales, los cuales estuvieron presentes desde el siglo XVI a partir del denominado *Galeón de Manila* en la relación América-Oriente, y que en el caso chileno creemos que el incidente mejor documentado fue la arribada del buque *El Filipino* en Concepción, el cual dio noticias de Oriente y a partir de su propia materialidad y contrabando con la autoridad de Talcahuano reafirmó la imagen de Oriente como opulento, aunque Filipinas fuera una provincia totalmente pobre. Su paupérrima condición no opacaba la representación de un Oriente rico lleno de seducciones para la sociedad occidental y chilena.

Este trabajo presentó una serie de dificultades propias de un tema no trabajado antes, bibliografía reducida, fuentes dispersas y escasas pero que, sin embargo, nos permitió una aproximación al tema, formulando una serie de preguntas que intentamos responder.

La comparación con la representación de hoy de Asia creemos que fue fundamental para poder establecer un contraste de contextos, de materialidades, y para ver cómo la mayor información a partir de los medios de comunicación nos han permitido acceder a realidades particulares, países, aéreas geográficas menores que se alejan de la «geografía imaginaria» que significó Oriente en su conjunto por tantos siglos y que hacía más necesaria la creación de cuadros representativos, donde cada artefacto era casi «único» en su especie, en comparación de nuestra sociedad donde lo masivo, lo homogéneo, es la característica.

Creemos que en los casos presentados podemos ver a los sujetos coloniales con ansias de contacto, con deseo de obtener bienes orientales, que se pueden captar en cada línea. Los chilenos estaban ansiosos de obtener artefactos costosos, lujosos y profundamente valorados, y en la imaginación solo un lugar como Oriente podía hacerlo posible.

ISBN 978-956-14-1101-2



9 789561 411012